Ece Temelkuran

Cómo perder un país

Los siete pasos de la democracia a la dictadura

ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Ece
Temelkuran
Cómo
perder un país
Los siete pasos
de la democracia
a la dictadura
ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Índice

Portada
Introducción. ¿Qué puedo hacer yo por ustedes?
1. Crea un movimiento
2. Trastoca la lógica y atenta contra el lenguaje
3. Elimina la vergüenza: en el mundo de la posverdad...
4. Desmantela los mecanismos judiciales y políticos
5. Diseña tu propio ciudadano
6. Deja que se rían ante el horror
7. Construye tu propio país
Agradecimientos
Créditos
Notas

A Umut,
su nombre significa «esperanza» en mi lengua materna

INTRODUCCIÓN
¿Qué puedo hacer *yo* por ustedes?

Los aviones de combate rompen el cielo nocturno en gigantescos trozos geométricos como si el aire fuera un objeto sólido. Es el 15 de julio de 2016, la noche del intento de golpe de Estado en Turquía. Yo estoy apilando almohadas contra los temblorosos cristales de las ventanas. Me parece que acaban de lanzar una bomba en el puente, pero no veo fuego alguno. En las redes sociales la gente habla del bombardeo del Parlamento. «¿Entonces es eso?», me pregunto. «¿Esta noche vendrá a ser como el incendio del Reichstag para lo que queda de la democracia turca y de mi país?»

En la televisión, varias decenas de soldados levantan barricadas en el puente del Bósforo, mientras gritan a los atemorizados civiles:

–¡Váyanse a casa! ¡Esto es un golpe militar!

Pese a sus enormes cañones, algunos de los soldados están claramente aterrados, y todos parecen perdidos. La televisión afirma que se trata de un golpe militar, pero este no es el característico golpe de Estado. Normalmente los golpes de Estado tienen cara de póquer: no hay regateo ni negociación, y, desde luego, no se duda en absoluto a la hora de utilizar la artillería pesada. Lo absurdo de la situación provoca sarcasmo en las redes sociales. Esta clase de humor no pretende necesariamente provocar risas; es más bien un concurso de amarga ironía, que solo parece normal a quienes participan en él. Los chistes hacen referencia principalmente a la idea de que se trata de un acto orquestado para legitimar el sistema presidencial –como alternativa al parlamentario– que el presidente Recep Tayyip Erdogan lleva tiempo reclamando; un cambio que le otorgaría aún más poder del que ya tiene como único gobernante *de facto* del país.

El humor negro desaparece a medida que los cielos de Estambul y de Ankara se convierten en bulliciosas colmenas de aviones de combate. Estamos aprendiendo el lenguaje de la guerra en tiempo real. Lo que yo había creído una bomba era en realidad un estampido sónico: el estruendo, similar a una explosión, que producen los aviones de combate cuando

rompen la barrera del sonido. Esa es la terminología adecuada para explicar que el aire se rompe en gigantescos pedazos y se precipita sobre nosotros en forma de temor: temor a darnos cuenta de que antes de que salga el sol podríamos perder nuestro país.

En la capital, Ankara, la gente intenta diferenciar entre los estampidos sónicos y el auténtico sonido de las bombas que caen sobre el Parlamento y el cuartel general del servicio de inteligencia. La catástrofe que se desarrolla ante nuestros ojos se ve constantemente desdibujada por lo absurdo de las noticias que aparecen en nuestras pantallas. La televisión transmite en directo cómo los diputados corren por el Parlamento tratando de encontrar el refugio antiaéreo, olvidado desde hace largo tiempo, y cuando por fin lo localizan nadie encuentra las llaves, mientras fuera, en las calles, la gente, en pijama y con el cigarrillo en la boca, da patadas a los tanques y grita improperios a los aviones.

En nuestras pantallas se está produciendo una explosión de comunicaciones, y muchos de nosotros sabemos que eso no es demasiado normal. La historia reciente de Turquía nos ha enseñado que un auténtico golpe de Estado empieza cuando el ejército arresta a los políticos y cierra las fuentes de información. Además, los golpes suelen producirse en las primeras horas de la mañana, no durante el horario de máxima audiencia televisiva. En este golpe, meticulosamente televisado, durante toda la noche aparecen representantes del gobierno en distintos canales de televisión, pidiendo a la gente que ocupe las calles y se oponga al intento de usurpación del ejército. Internet no se ralentiza como suele hacerlo cuando ocurre algo que desafía al gobierno; por el contrario, va más deprisa que nunca. Aun así, la velocidad e intensidad de los acontecimientos de la noche no permiten a los escépticos procesar correctamente estos extraños detalles.

Erdogan se comunica por FaceTime, y sus mensajes se emiten en CNN Türk. Llama a todo el mundo a ocupar los centros de las ciudades. Como la mayoría de la gente, no imagino a los partidarios del gobierno saliendo a la calle para enfrentarse al ejército. Desde la fundación de la moderna República Turca en 1923, bajo el liderazgo de Kemal Atatürk, tradicionalmente el ejército ha sido la institución más respetada del país, cuando no la más temida. Pero al parecer han cambiado muchas cosas desde

el último golpe militar, producido en 1980, cuando fueron los izquierdistas quienes se resistieron, y fueron encarcelados y torturados por ello: el llamamiento del presidente halla eco en miles de personas.

Las pantallas de televisión no muestran en ningún momento a los jóvenes y aterrorizados soldados que mueren golpeados y estrangulados por la multitud. Es entonces cuando en todos los minaretes del país se inicia una interminable *sela*. La *sela* es una oración especial que se recita tras la muerte de alguien. Tiene un tono tan estremecedor que incluso quienes no están familiarizados con las costumbres musulmanas perciben que habla de lo irreversible, del final. Esta noche, a la *sela* le siguen ruidosos llamamientos desde los minaretes invitando a la gente a salir a la calle en nombre de Dios para salvar al presidente, la democracia, a la nación... Ahora la salmodia de la muerte comparte el cielo con los aviones, el delirante *Allahu akbar* de los partidarios de Erdogan y los gritos de socorro de los soldados. Recuerdo el poema que lo empezó todo:

> Los minaretes son nuestras bayonetas.
> Las cúpulas, nuestros cascos.
> Las mezquitas, nuestros cuarteles.
> Y los fieles, nuestros soldados.

Fue Erdogan quien recitó el poema en un evento público en 1999, lo que le llevó a ser encarcelado durante cuatro meses por «incitar al odio religioso», y le convirtió primero en un mártir de la democracia y luego en un despiadado líder. Y ahora, diecisiete años después, la noche del golpe, el poema parece una de esas profecías que entrañan su propia realización, una promesa que se ha mantenido a costa de todo un país.

Con el tiempo hemos aprendido que en Turquía los golpes de Estado siempre terminan igual, independientemente de quién los haya iniciado. Es como en aquella lastimera frase del exfutbolista inglés reconvertido en experto televisivo Gary Lineker, que decía que el fútbol es un sencillo deporte en el que se juega durante ciento veinte minutos y al final los alemanes ganan en los penaltis. En Turquía los golpes de Estado se llevan a

cabo durante toques de queda de cuarenta y ocho horas, y al final se encarcela a los izquierdistas. Después, obviamente, se extirpa a otra generación de progresistas, dejando el alma del país aún más estéril de lo que era.

Viendo los informativos progubernamentales a lo largo de la noche, me resulta cada vez más evidente que no ha cambiado nada. Aparecen imágenes y vídeos de soldados arrestados yaciendo desnudos en las calles bajo las botas de civiles –como yacían los izquierdistas bajo las botas de los militares tras el golpe de 1980–, mientras los medios informativos y los troles del gobierno en las redes sociales, en absoluto paralizados como el resto de nosotros, nos presentan la perspectiva que juzgan más apropiada: «Gracias al llamamiento de Erdogan, la gente ha salvado nuestra democracia.»

En mi calle se multiplica el grito de *Allahu akbar*, acompañado de disparos de ametralladora desde vehículos en marcha. Después de tantos años bajo el gobierno del AKP, aparentemente la devoción al ejército se ha visto reemplazada por el compromiso religioso con Erdogan. Estamos presenciando cómo su rostro y su nombre se convierten en los símbolos de la nueva Turquía en la que vamos a despertar. Bajo la locura y el ruido, una maquinaria propagandística cuidadosamente elaborada funciona a pleno rendimiento, preparando ya el nuevo reino político que cobrará vida por la mañana. Y, después de haber criticado durante mucho tiempo el régimen de Erdogan, al romper el alba ya está claro –con la cristalina claridad de la noche de los cristales rotos– que en esta nueva democracia no habrá sitio para las personas como yo.

Ver producirse un desastre ejerce un efecto sedante; como millones de personas en todo el país, estoy adormecida. A medida que nuestra sensación de impotencia crece junto con la desgracia, la cacofonía se transforma en una única sirena, un estribillo constante: «Ya no puedes hacer nada; es el fin.» Los informativos globales se suben al carro. Para el resto del mundo, los acontecimientos de la noche son como la escena inicial de un *thriller* político, pero en realidad constituyen el clímax, el desenlace. Ha sido una película larguísima y agotadora, insoportablemente dolorosa para aquellos

de nosotros que nos hemos visto obligados a presenciarla o a participar en ella. Y recuerdo cómo empezó: con la llegada de un populista. De ahí que, mientras en la televisión los presentadores británicos y estadounidenses formulan apresuradas preguntas a los analistas presentes en los estudios, a mí me entren ganas de decir: «Cuando nuestra historia termina, la vuestra apenas está empezando.» Amanece un sombrío día.

Recuerdo el día exacto en el que vi amanecer por primera vez. Una mañana temprano me despertó el ruido de la radio a todo volumen en la sala de estar, y encontré a mis padres fumando un cigarrillo tras otro mientras escuchaban la proclamación de un golpe de Estado. Conforme el día clareaba, sus rostros se ensombrecían. Era el 12 de septiembre de 1980. Miré al cielo azul y me dije: «¡Vaya!, eso debe de ser lo que llaman el alba.» Tenía ocho años, y justo en aquel momento estallaba uno de los golpes militares más cruentos de la historia moderna. Mi madre lloraba en silencio, como haría con frecuencia durante varios años después de aquel amanecer.

A partir de aquel día, como millones de hijos de padres que querían una Turquía justa, igualitaria y libre, crecí en el bando derrotado; en el de los que siempre debían tener cuidado, y de los que –como me decía mi madre cada vez que mi rendimiento en la escuela no era perfecto– estaban «obligados a ser más inteligentes que los que están en el poder, porque tenemos que hacerles frente». La noche del 15 de julio de 2016, «nosotros», como siempre, fuimos más inteligentes que «ellos», puesto que supimos combinar el análisis perspicaz con el brillante sarcasmo. Pero en cada plaza de cada ciudad del país eran las multitudes enfervorizadas las que jugaban el final de la partida, quizá no tan inteligentemente, pero con efectos devastadores.

El 15 de julio de 2016, mi sobrino Max Ali tenía la misma edad que tenía yo el 12 de septiembre de 1980. Es un año y medio mayor que su hermano, Can Luka. Son mitad turcos, mitad americanos, y viven en Estados Unidos. Se suponía que deberían haber vuelto allí el 16 de julio, tras pasar unas vacaciones con su *babaanne* –«abuela» en turco–, es decir, mi madre. Max

Ali es un auténtico devoto de los desayunos de *babaanne*. Es uno de los pocos afortunados del planeta que conocen los épicos desayunos turcos, y cree que solo *babaanne* sabe prepararlos. En nuestra familia nos sentimos orgullosos de que prefiera los tomates y el queso turco a los Cheerios, que mi padre denomina «comida para animales». De no haber visto amanecer durante el golpe, sus recuerdos de *babaanne* se habrían limitado a sus copiosos desayunos. Pero, en lugar de dirigirse al aeropuerto durante la mañana, al romper el alba vieron a su *babaanne* llorando y fumando un cigarrillo tras otro frente al televisor. Mi madre me dijo que Max Ali le hizo la misma pregunta que le había hecho yo treinta y seis años antes: «¿Le ha pasado algo malo a Turquía?» *Babaanne* estaba demasiado exhausta para decirle que en este país cada generación tiene su propio recuerdo sombrío de un amanecer; y le dio la misma respuesta que me había dado a mí treinta y seis años antes: «Es complicado, cariño.»

Cómo y por qué la democracia turca fue finalmente eliminada por un despiadado populista y su creciente grupo de partidarios la noche del 15 de julio de 2016 es una historia larga y complicada. Pero el propósito de este libro no es contar cómo perdimos nuestra democracia, sino intentar extraer lecciones de ese proceso en beneficio del resto del mundo. Obviamente, cada país tiene su propio conjunto de condiciones peculiares, y algunos de ellos deciden creer que la madurez de su democracia y sus sólidas instituciones estatales los protegerán de tales «complicaciones». Sin embargo, las sorprendentes semejanzas existentes entre lo que ocurrió en Turquía y lo que el mundo occidental ha empezado a experimentar poco después son demasiado numerosas para descartarlas. Hay algo similar a un patrón en esa locura política que hemos dado en llamar «el auge del populismo» y que todos estamos presenciando en mayor o menor medida. Y aunque muchos todavía no sean capaces de expresarlo en palabras, un creciente número de personas en Occidente sienten que también pueden acabar viviendo amaneceres parecidamente sombríos.

«Esta noche los turcos deben de estar observándonos y partiéndose de risa», rezaba un tuit de un estadounidense la noche de la victoria electoral de Donald Trump, menos de cinco meses después del fallido intento de

golpe en Turquía. No, no hacíamos tal cosa. ¡Bueno!, puede que se nos escapara alguna que otra sonrisa burlona. Pero tras esas sonrisas se ocultaba la exasperación por tener que volver a ver la misma tediosa película, y esta vez en la pantalla gigante de la política estadounidense. Teníamos la misma expresión de dolor después del referéndum del Brexit británico, durante las elecciones holandesas y alemanas, y cada vez que en algún lugar de Europa aparecía un líder populista de derechas exhibiendo esa sonrisa sardónica y engreída que constituye la firma característica del movimiento.

La noche de las elecciones presidenciales estadounidenses, el día en que se hizo público el resultado del referéndum del Brexit, o cuando algún populista local enardece a una multitud sorprendentemente numerosa con un discurso que parece un absoluto sinsentido, muchos se han hecho la misma pregunta en sus diferentes idiomas: «¿Es este mi país? ¿Es este mi pueblo?» El pueblo turco, después de plantearse esas preguntas durante casi dos décadas y presenciar el gradual desmoronamiento político y moral de su patria, ha involucionado hasta el punto de plantearse otra peligrosa duda: «¿Son los seres humanos malos por naturaleza?» Esta pregunta representa la derrota final de la mente humana, y se tarda un tiempo tan prolongado como doloroso en comprender que en realidad es una pregunta errónea. El objetivo de este libro es convencer a sus lectores de que se ahorren ese tiempo y esa tortura haciendo avanzar rápidamente la película de terror que recientemente les haya tocado vivir y mostrándoles cómo detectar las pautas recurrentes del populismo, con el fin de que tal vez así puedan estar más preparados para afrontarlo de lo que lo estábamos nosotros en Turquía.

Daría igual que Trump o Erdogan fueran derrocados mañana, o que Nigel Farage nunca se hubiera convertido en un líder de opinión. Los millones de personas enardecidas por su mensaje seguirían estando ahí, y seguirían dispuestas a actuar bajo las órdenes de un personaje similar. Y desafortunadamente, como pudimos experimentar en Turquía de una manera especialmente destructiva, aunque estés decidido a mantenerte apartado del mundo de la política, los lacayos te encontrarán, incluso en tu propio espacio personal, armados con su propio conjunto de valores y listos para lanzarse a la caza de cualquiera que no se parezca a ellos. Es mejor reconocer –más pronto que tarde– que no se trata meramente de algo

impuesto a las sociedades por unos líderes a menudo absurdos o limitado a una serie de operaciones digitales encubiertas del Kremlin: surge también de las bases. La enfermedad de nuestro tiempo no se quedará en los pasillos del poder de Washington o Westminster. La horrenda ética que se ha elevado hasta los niveles más altos de la política se filtrará y se multiplicará, llegará a todas las ciudades e incluso penetrará en las urbanizaciones valladas. Es un nuevo *zeitgeist* en ciernes. Es una tendencia histórica, y está convirtiendo la *banalidad del mal* en el mal de la banalidad. Y ello porque, por más que se presente de manera distinta en cada país, es hora de reconocer que lo que está ocurriendo nos afecta a todos.

«Entonces, ¿qué podemos hacer por usted?»

La mujer del público junta las manos en un gesto compasivo mientras me formula la pregunta; sus cejas levantadas permanecen en un delicado equilibrio entre la piedad y la auténtica preocupación. Corre el mes de septiembre de 2016, han pasado solo dos desde el fallido intento de golpe de Estado en Turquía, y yo me hallo en Londres, en un evento de presentación de mi libro *Turkey: The Insane and the Melancholy* (Turquía: los locos y la melancolía). Bajo la luz de los focos del escenario, me detengo un segundo a deshacer el invisible equipaje que acarrea la pregunta: el hecho de que ella me vea como una víctima necesitada; su confianza en la inmunidad de su país frente al malestar político que arruinó el mío; pero sobre todo, aun después de la votación del Brexit, su inquebrantable creencia de que el Reino Unido todavía está en condiciones de ayudar a alguien. Su incapacidad de reconocer que todos nos estamos sumiendo en la misma locura política me irrita. Finalmente logro reajustar esta combinación de pensamientos en una respuesta no demasiado intimidante: «¡Bueno, ahora me siento como un bebé panda esperando a ser adoptado a través de un sitio web!»

En ese momento todavía hay muchos que creen que Donald Trump no puede salir elegido, algunos confían sinceramente en que el referéndum del Brexit no significará que Gran Bretaña tenga que abandonar la Unión Europea, y la mayoría de los europeos dan por supuesto que los nuevos

líderes del odio son solo un capricho pasajero. De modo que mi acerba broma no provoca ni una sola sonrisa entre el público.

Ya he cruzado el Rubicón, así que ¿por qué no seguir avanzando? «Lo crean o no, lo que sea que le haya pasado a Turquía también les amenaza a ustedes. Esta locura política es un fenómeno global. Así que, en realidad, ¿qué puedo hacer *yo* por ustedes?»

Lo que decidí que podía hacer era agrupar las similitudes políticas y sociales de diferentes países a fin de detectar la pauta común del auge del populismo de derechas. Para ello he utilizado historias, que creo que no solo son los transmisores más potentes de la experiencia humana, sino que asimismo constituyen la penicilina natural para las enfermedades del alma humana. He identificado los siete pasos que tiene que dar un líder populista para pasar de ser un personaje ridículo a convertirse en un autócrata seriamente aterrador, mientras corrompe hasta la médula a toda la sociedad de su país. Estos pasos son fáciles de seguir para cualquier aspirante a dictador, y, por lo tanto, resultan igualmente fáciles de ignorar para quienes pretendan oponerse a él, a menos que aprendamos a leer las señales de advertencia. No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo centrándonos en las condiciones peculiares de cada uno de nuestros países: debemos ser capaces de reconocer estos pasos cuando se dan, definir una pauta común y encontrar una forma de romperla; juntos. Para ello, tendremos que combinar la experiencia de aquellos países que ya han sido víctimas de esta locura con la de los países occidentales cuya capacidad de resistencia aún no se ha agotado. Se requiere una urgente colaboración, y para ello es necesaria la conversación global. Este libro pretende humildemente iniciar una.

1. CREA UN MOVIMIENTO

«¡Tenemos *que llevarnos al ciervo! ¡Tenemos que hacerlo!»*

Son palabras de Leylosh, de cuatro años, que alza la voz para enfatizar el hecho de que *debemos* poner al ciervo imaginario en el asiento trasero, infinitamente grande, de nuestro coche igualmente imaginario, que ya está lleno de varios otros animales, incluido un dinosaurio que afortunadamente hemos logrado salvar de la congelación. Vamos de viaje desde Lewisburg, una pequeña y antaño próspera población agrícola situada unos cien kilómetros al norte de Harrisburg, Pensilvania, a casa de su abuela en Estambul, para darle el pato que hemos construido con Lego y luego asado en una cocina en miniatura. Leylosh entorna los ojos por el viento imaginario mientras pone una aterradora banda sonora invernal a nuestro arduo viaje: «¡Oouuuuvvoouuuv!» De vez en cuando echa un vistazo rápido para asegurarse de que le sigo la corriente. Satisfecha con mi capacidad de imaginación, vuelve la cabeza para tranquilizar a nuestros pasajeros: «No tengas miedo. Pronto estaremos con la abuela. Hoy no tenemos que ir al cole.»

En un universo paralelo menos emocionante, dentro de quince minutos ella tiene que ir al jardín de infancia, y dentro de una hora yo tengo que dar una conferencia en la Universidad Bucknell, una institución especializada en humanidades, sobre «el auge del populismo» y en torno a mi novela *Devir* (en inglés *The Time of Mute Swans)*, que trata en parte de cómo Turquía se convirtió en el ejemplo perfecto del tema en cuestión. La madre de Leylosh, Sezi, una vieja amiga que da clases en Bucknell, me convenció de ello, puesto que en su opinión el mundo académico estadounidense tiene que saber de la experiencia turca y debe ser advertido sobre las últimas etapas de la administración Trump. De modo que ha llegado el momento de dejar de enseñar a Leylosh a «besar como un pez» y volver a desempeñar mi papel en la vida real: flotar como el ángel de la corneta del cuadro *La caída de los ángeles rebeldes* de Bruegel para alertar a las masas despistadas. Sezi no deja de mirar el reloj. Pero ni Leylosh ni yo tenemos

ganas de bajar del coche imaginario, y, en cierto sentido, sus razones no son menos políticas que las mías.

Sezi toca el fortepiano y es experta en instrumentos musicales de los siglos XVIII y XIX. Leylosh probablemente cree que todas las madres tocan a Chopin en pianos antiguos para persuadir a sus hijas de que se tomen el desayuno. Seguramente tampoco le resulta inusual que su padre sea un antropólogo que periódicamente va a visitar a las tribus indígenas de la selva amazónica. Su escuela, un jardín de infancia para niños cuyos padres trabajan en la universidad –un reducto para hijos de académicos cosmopolitas en una pequeña población provinciana estadounidense–, está llena de niños como ella: hablan al menos dos idiomas, hacen regularmente viajes intercontinentales, y no tienen la menor idea de que lo que es normal para ellos está lejos de ser lo corriente.

«Antes le gustaba ir a la escuela», comenta Sezi. Pero últimamente las mañanas han empezado a llenarse de gritos de «¡No, mami! ¡No!». Mientras Leylosh se aferra a la puerta de nuestro coche imaginario resistiéndose a ir a la escuela, su madre me explica que esta nueva actitud –como muchos otros inconvenientes actuales de Estados Unidosse inició tras la llegada de Trump al poder. Ahí radican los problemas políticos de esta niña de cuatro años llamada Leylosh.

La mañana después de las elecciones, Leylosh llegó a la escuela acompañada de su madre. Las tres maestras estaban esperando en la puerta, con las manos en las caderas y exhibiendo una nueva sonrisa sardónica. «Era como si nos estuvieran diciendo: "¡Chúpate esa!"», cuenta Sezi. «Todas son partidarias de Trump que cuidan a los hijos de los votantes de Bernie o de Hillary. La tensión ha ido aumentando gradualmente desde entonces, y ahora afecta a los niños.» Sezi se detiene un momento para encontrar las palabras adecuadas. «Estas personas cambiaron de repente, es como si ahora fueran una especie distinta.»

Como reza un proverbio argentino, «Pueblo chico, infierno grande». Esto resulta especialmente cierto en el mundo actual, dado que el fenómeno del auge del populismo tiene mucho que ver con el provincianismo. Las poblaciones pequeñas son los lugares donde la gente acostumbra a toparse por primera vez con esta corriente política y social. Aun así, en general no

suele describirla tan diligentemente como los analistas políticos, y aunque lo haga, sus inquietudes son en gran parte desoídas. El discurso movilizador de la nueva orientación política se alimenta de las percepciones provincianas de la vida y del mundo; unas percepciones que se juzgan demasiado arcaicas para que las entiendan los cosmopolitas. Los pequeños cambios desestabilizadores producidos en las provincias pueden parecer intrascendentes en las grandes ciudades, donde se ha perdido el hábito de controlar a los vecinos. En consecuencia, los analistas políticos y los grandes medios de comunicación solo son capaces de diagnosticar el populismo de derechas mucho después de que este haya sido percibido ya por los habitantes de provincias.

Sezi me proporciona más ejemplos de cómo ha cambiado la actitud general de la gente hacia el prójimo en su pequeña población a raíz de la victoria de Trump; son ejemplos que a los habitantes de las grandes ciudades podrían parecerles insignificantes: sonreír de manera ostentosa cuando los «académicos liberales» entran en los restaurantes locales; no quitar los letreros electorales de «Make America Great Again» de sus jardines meses después de haberse celebrado los comicios, y cosas por el estilo. A medida que los ejemplos se multiplican, parecería que intenta describir un olor extraño: «Es como si eso ya estuviera ahí, bullendo silenciosamente, y la victoria de Trump hubiera activado algo, como si se hubiera desatado un sombrío movimiento.»

Algo se ha desatado ciertamente en el mundo occidental. En varios países, un gas invisible e inodoro viaja de las provincias a las grandes ciudades: un gas hecho de rencores. Flota en el aire *cierto olor a final*. Se está corriendo la voz. Las *personas reales* se trasladan de las pequeñas poblaciones a las grandes ciudades para tener finalmente la oportunidad de ser *los capitanes de sus almas*. Nada permanecerá inalterado, afirman. Está surgiendo un nuevo *nosotros*. Un *nosotros* que probablemente no le incluya a usted, desasosegado lector de este libro. Recuerdo cómo fue antaño esa repentina exclusión.

«No, nosotros somos distintos. No somos un partido, sino un movimiento.»

Corre el otoño de 2002, y un nuevo partido denominado Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), con una ridícula bombilla como emblema, participa por primera vez en unas elecciones generales en Turquía. Como columnista política, viajo por todo el país, deteniéndome en ciudades remotas y pueblos pequeños, para tomarle el pulso a la nación antes del día de los comicios. Cuando me siento con varios representantes de otros partidos convencionales en una cafetería de una pequeña población del centro de Anatolia, tres hombres permanecen de pie fuera del círculo, con las cejas arqueadas en una actitud de arrogante impaciencia, esperando a que termine mi entrevista. Los invito a unirse a nosotros en la mesa, pero se niegan cortésmente, como si yo estuviera sentada en medio de un invisible cenagal en el que no quisieran entrar por temor a ensuciarse. Cuando los demás finalmente se disponen a irse, se acercan a mí con la máxima elegancia de la que son capaces los machos anatolios.

–Puede considerarnos un movimiento, el movimiento de los virtuosos –dice uno de los hombres–. Nosotros somos más que un partido. Vamos a cambiar por completo este sistema corrupto.

Se muestra ostentosamente orgulloso, y apenas me hace el honor de mirarme a los ojos.

Los otros dos hombres asienten con aprobación mientras su portavoz dispara con extremada calma expresiones como «sistema disfuncional», «nuevos representantes del pueblo no contaminados por la política» o «una nueva Turquía con dignidad». Su inquebrantable confianza, derivada de convicciones vagas pero fuertemente arraigadas, me recuerda a los jóvenes izquierdistas revolucionarios sobre los que he escrito durante varios años en diversos países. Emiten potentes vibraciones místicas, agitando el ambiente de la cafetería de esta pequeña y desesperada población. Son como discípulos visitantes de un plano moral superior, con la barbilla levantada como los jóvenes guardias rojos de los carteles de propaganda maoísta. Cuando los otros políticos provincianos se burlan de su insistencia en distinguir su «movimiento» de otros partidos, los tres hombres parecen crecerse con los comentarios condescendientes, como miembros de un culto religioso que aceptan la humillación para estrechar los lazos de su círculo íntimo.

Su portavoz golpea la mesa con el puño, con suavidad pero con resolución, para terminar su discurso:

–Nosotros somos el pueblo de Turquía. Y cuando digo pueblo, me refiero al *pueblo real*.

Es la primera vez que oigo utilizar la expresión «pueblo real» en ese sentido. Los otros políticos, tanto de izquierdas como de derechas, se sienten irritados por la frase y protestan burlonamente:

–¿Que se supone que significa eso? También nosotros somos el pueblo real de Turquía.

Pero ya es tarde: los tres hombres están disfrutando del placer de ser los propietarios legítimos de la expresión. Ahora les pertenece.

Después de ver repetirse la misma escena sin apenas variación en otras ciudades, escribo en mi columna: «Ganarán». Mis colegas se burlan de mí, pero en noviembre de 2002 el partido de la bombilla ridícula de los tres hombres de la cafetería se convertiría en el nuevo partido gobernante de Turquía. Hoy aquel movimiento que fue acumulando poder en las pequeñas poblaciones de todo el país lleva diecisiete años gobernando Turquía de manera ininterrumpida, y cambiándolo todo exactamente como prometieron.

«Aquí sucede lo mismo. ¡Exactamente igual! Pero ¿quién es ese pueblo real?»

Corre el mes de mayo de 2017, y viajo a Londres, y luego a Varsovia, para hablar de mi libro, ya mencionado, *Turkey: The Insane and the Melancholy*, explicando a dos audiencias distintas la historia de cómo el *pueblo real* se apoderó política y socialmente de mi país, reprimiendo a todo el resto de la población, a la que consideraba *irreal*. El público asiente con preocupación, y todas las sesiones de «ruegos y preguntas» se inician siempre con la misma cuestión: «¿De dónde demonios ha salido ese *pueblo real?»*

Los asistentes reconocen el léxico debido a que ese rencor provinciano politizado y movilizado ha anunciado su gran entrada en la escena mundial repitiendo básicamente la misma declaración en distintos países: «Este es un movimiento, un nuevo movimiento del pueblo real situado más allá y

por encima de todas las facciones políticas.» Y ahora muchos quieren saber quién es ese *pueblo real*, y por qué ese *movimiento* ha invadido las altas esferas de la política. Hablan de ello como si se tratara de un desastre natural, predecible solo después de su inesperado advenimiento. Me recuerda a quienes cada verano se sorprenden por la ola de calor en Escandinavia, y solo entonces se acuerdan de las noticias sobre el cambio climático que leyeron el invierno anterior. Yo les digo que este «nuevo» fenómeno en realidad lleva ya bastante tiempo con nosotros en ebullición.

En julio de 2017 se desprendió un enorme iceberg de la Antártida. Durante varios días los informativos mostraron al monstruo blanco como la nieve flotando a la deriva. Era el majestuoso buque insignia de nuestra época, susurrando desde las pantallas de todo el mundo en el crujiente lenguaje del hielo: «Esta es la última fase de la era de la desintegración. *Todo lo que se mantiene firme* se romperá, todo se hará pedazos.» No era un *espectro*, sino un monstruo sólido narrando la historia de nuestra época: desde el ente más grande hasta el más pequeño del planeta Tierra, no quedará nada tal como lo conocemos. Las Naciones Unidas, ese cuerpo enorme e impotente creado para fomentar la paz mundial, se está desmoronando, mientras que la unidad más pequeña, el alma, se está descomponiendo como nunca antes. Un solo segundo puede dividirse en siglos durante los cuales unos pocos ricos se preparan espacios vitales no contaminados para vivir más tiempo mientras decenas de miles de niños en Yemen mueren de cólera, una enfermedad que corresponde a una época anterior al siglo XX. El iceberg gritaba silenciosamente: *El centro no puede resistir*.

Diversos movimientos progresistas surgidos en todo el mundo, desde las protestas en la conferencia de Seattle de la Organización Mundial del Comercio, en 1999, hasta la revuelta de la plaza Tahrir de El Cairo, en 2011, constituían en muchos aspectos una respuesta a estos tiempos *fracturados*. En un mundo donde hablan cada vez más personas pero se escucha cada vez a menos, querían decirle al resto de la humanidad, a través de sus cuerpos, que independientemente de nuestras diferencias podemos, y de hecho debemos, aunar esfuerzos para encontrar respuestas colectivas a esta

nuestra era de desintegración, ya que de lo contrario todo se desmoronará. Exigían justicia y dignidad. Exigían que el mundo se diera cuenta de que hace falta un contramovimiento para revertir el curso global de los acontecimientos. Nos mostraban que replegarse no es la única respuesta a la pérdida de esperanza a escala mundial. Fueron ellos quienes resistieron la tentación de «ceder ante el proceso de mera desintegración» y rechazaron la idea de que se trataba de «una necesidad histórica».* Su respuesta a la desintegración fue crear minimodelos nuevos, vigorizantes y transitorios de colectivos dispersos en las plazas de ciudades de todo el mundo. Respondieron en varios idiomas distintos a las célebres palabras de W. B. Yeats con el mensaje de que, si las personas se unen, el centro *puede* resistir.

Sin embargo, con el paso del tiempo muchos de aquellos movimientos progresistas terminaron siendo suprimidos, marginados o engullidos por el sistema político convencional. Por diversas razones –todas ellas comprensibles– no pudieron terminar lo que habían comenzado; aún no. Sin embargo, su voz se escuchó con claridad cuando anunciaron a escala global que la democracia representativa (maltratada por las instituciones financieras y despojada de la justicia social) estaba sufriendo su mayor crisis desde la Segunda Guerra Mundial.

Hoy estamos presenciando la respuesta a unos temores similares por parte de una masa de personas completamente distinta; una con un vocabulario más limitado, sueños menos ambiciosos para el mundo y menos fe en la supervivencia colectiva de la humanidad. También ellos dicen que quieren cambiar el *statu quo*, pero quieren hacerlo para construir un mundo en el que se cuenten entre los pocos afortunados que sobrevivirán bajo el liderazgo de un hombre fuerte. No es casualidad que el «muro», ya sea literal o virtual, se haya convertido en la consigna entre los crecientes movimientos políticos de derechas. «Sí, el mundo se está desintegrando», dicen, «y nosotros, el *pueblo real*, queremos asegurarnos de que estamos en el lado bueno del muro divisorio.» No es que quieran quedarse quietos viendo morir a los bebés en el Mediterráneo, es que no quieren morir también *ellos*. Lo que estamos escuchando, tal como se transmite de las provincias a las grandes ciudades, es el grito de supervivencia de aquellos

cuyo miedo a ahogarse en el creciente mar de desintegración supera a su interés en la supervivencia del prójimo. Y así, inexorablemente, *se mueven*.

Los movimientos políticos son promesas de transición de la realidad a la potencialidad, a diferencia de los partidos políticos, que deben operar en el marco de la realidad, siguiendo las reglas del juego pero manteniéndose inmóviles. Esa es la razón por la que en muchos lugares, desde Turquía hasta Estados Unidos, incluidos los países más desarrollados con sus instituciones democráticas aparentemente fuertes, como Francia, Reino Unido y Alemania, hemos visto agruparse a la gente en torno a implacables y audaces líderes populistas para avanzar juntos y atacar esa realidad que ellos llaman el *sistema*;[1] para atacar las propias reglas del juego por juzgarlas disfuncionales y corruptas. Un *movimiento del pueblo real* es el nuevo *zeitgeist*, la promesa de restaurar la dignidad humana *drenando el pantano* del agua estancada en la que se ha convertido la política. En otras palabras, *les invisibles*, las masas, durante tanto tiempo consideradas indiferentes a la política y a los asuntos mundiales, están retirando globalmente su consentimiento implícito al sistema representativo actual, y el sonido que producen es como el de un trozo de hielo desprendiéndose de la Antártida.

El trabajo de cambiar el curso global de los acontecimientos constituye, obviamente, una tarea demasiado ardua para el frágil *yo,* de ahí que el *nosotros* esté volviendo al mundo de la política y de la ética. Y ese retorno constituye el núcleo del fenómeno global que hoy presenciamos. El *nosotros* anhela distanciarse de la tierra firme del lenguaje político, desmantelarlo y construir un nuevo lenguaje para el *pueblo real*. Si uno quiere saber quién es el *pueblo real*, debe hacerse la pregunta: ¿qué es el *nosotros?*; o bien, ¿por qué *yo* ya no quiero ser *yo* sino *nosotros?*

Es uno de esos concurridos domingos en el lado europeo del Bósforo, en el verano de 2015. El domingo es el día en que las clases medias-altas de Estambul se trasladan en masa a los cafés de la orilla del mar para disfrutar del famoso desayuno turco, que dura más o menos todo el día. Los cafés están situados junto a las murallas de la fortaleza otomana, donde se

libraron sangrientas guerras para permitir que un día pudiéramos celebrar estos gloriosos festines y sentirnos irritados cuando tardan en servirnos. Hay una familia, en la acera, vestida con sus mejores galas. No son lo bastante ricos para sentarse en los cafés, pero pueden apañárselas para pasearse por el vecindario más rico del Bósforo y observar la ardua campaña de desayunos del fin de semana. Los dos niños pequeños siguen a su joven madre, que se esfuerza para que no resulte demasiado evidente que es la primera vez que vienen a esta parte de la ciudad. El padre parece buscar algo en el suelo mientras camina. Entonces se detiene y señala un punto en la calzada.

–¡Aquí! ¡Aquí! –grita entusiasmado–. Este es el sitio. Este es. Yo puse eso ahí. –Su mirada recorre todo el pavimento con orgullo–. Esta es la calle más larga de Estambul –añade–, y la hicimos *nosotros*.

Siempre me he preguntado si las familias de los trabajadores caídos en los grandes puentes, los grandes túneles, las grandes calles o carreteras, van a visitar alguna vez las pequeñas placas conmemorativas que suelen colocarse en dichas construcciones. ¿Se sacan fotos delante de ellas, señalando un nombre? ¿Y es esencial que describan la calle como «la más larga», el túnel como «el más profundo», su país como «el más grande»? De no hacerlo así, ¿la vida y la muerte de su pariente carecerían de sentido? Algunos de nosotros no entendemos, ni entenderemos nunca, por qué un hombre que apenas puede ganarse la vida se muestra orgulloso de que el palacio de Erdogan sea «el más grande», o por qué se alegra al escuchar que el coste diario de gestionar ese palacio es diez veces más de lo que él gana en un año. Para muchos de quienes tienen el privilegio de hallarse en posición de intentar analizar los importantes asuntos de la gran política, la sensación de pequeñez del hombre corriente y la rabia que genera son inaccesibles, por lo que les resulta igualmente difícil comprender cómo esa pequeñez puede ansiar desesperadamente formar parte de un *nosotros* que promete grandeza.

«Yo juego con las fantasías de la gente. La gente quiere creer que algo es lo más grande, lo mejor y lo más espectacular. Yo lo llamo hipérbole veraz.

Es una forma de exageración inocente, y una forma de promoción muy eficaz.»

En su primera obra literaria, *El arte de la negociación*,* Donald Trump describía ya la «hipérbole veraz» que más tarde le llevaría a la Casa Blanca. Debe de sentirse orgulloso de haber demostrado que para convertirse en el presidente de Estados Unidos no necesitaba leer ningún libro más que el suyo. Trump conocía un sencillo hecho acerca de la gente que muchos de nosotros preferimos ignorar: que por más que el individualismo como concepto haya gozado de un elevado estatus durante muchas décadas, el hombre corriente sigue necesitando un pastor que le conduzca hacia la grandeza. Él sabía lo deprimente y frustrante que puede resultar darte cuenta de que solo eres una persona mediocre en un mundo en el que te han repetido hasta la saciedad que puedes ser todo lo que te propongas.

Y también sabía que el llamamiento a romper las imaginarias cadenas de la esclavitud que impedía al *pueblo real* alcanzar la grandeza tendría eco entre sus partidarios, por más que sonara absurdo para quienes *sí* habían tenido la oportunidad de convertirse en lo que se habían propuesto. «No eres tú», les dijo. «Son *ellos* los que nos impiden ser grandes.» Les dio algo sólido a lo que odiar, y ellos le dieron sus votos. Y cuando empezó a hablar en nombre de *nosotros* –como ha ocurrido muchas veces a lo largo de la historia–, ellos se mostraron dispuestos a sacrificarse. Como los estadounidenses saben muy bien por su propia Constitución, las palabras «Nosotros, el pueblo» pueden construir un nuevo país y obligar a un imperio a hincar la rodilla. Y, lo crean o no, incluso los británicos, un pueblo que se enorgullece de no dejarse conmover con facilidad, tampoco son inmunes al encanto del *nosotros*.

«Hemos luchado contra las multinacionales, hemos luchado contra los grandes bancos comerciales, hemos luchado contra la gran política, hemos luchado contra las mentiras, la corrupción y el engaño... [*Esta será*] *una victoria del pueblo real, una victoria de la gente corriente, una victoria de la gente decente.»*

Aunque estas palabras podrían hacernos pensar en Salvador Allende, el líder marxista de Chile, hablando tras su victoria electoral en 1970, en

realidad son de Nigel Farage, el antiguo líder del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) y, por cierto, también antiguo banquero. Las pronunció la mañana del 24 de junio de 2016, al día siguiente del referéndum del Brexit británico. También él utilizaba la magia ancestral asociada a hablar en nombre del «pueblo». Aquel mismo día, sin embargo, muchos londinenses cosmopolitas, que fueron automáticamente excluidos de tan enardecedor discurso, se preguntaron quién era ese *pueblo real* y por qué mostraban tanto rencor hacia las grandes ciudades y las personas cultas. Y los que tenían edad suficiente empezaron a escuchar ciertos ecos que resonaban a través de varias décadas.

Después de las horribles experiencias de la Segunda Guerra Mundial, no había demasiada gente en Europa occidental que esperara que las masas volvieran a ansiar convertirse de nuevo en una totalidad única. La mayoría creía de buena gana que si los humanos tenían la libertad de elegir qué podían comprar, a quién podían amar y en qué podían creer, se contentarían con eso. Durante más de medio siglo, la palabra *yo* fue promovida a la esfera pública por la siempre sonriente economía de mercado y sus adláteres, el discurso político dominante y la cultura establecida. Pero ahora el *nosotros* ha regresado como la propia esencia del *movimiento*, bruñéndolo hasta dotarlo de un fulgor revolucionario, y muchos se han encontrado con que no estaban preparados para esta repentina resurrección.

Su voz ha sido tan fuerte y tan inesperada que los inquietos críticos se han esforzado en encontrar un léxico político actualizado con el que describirlo o contrarrestarlo. La intelectualidad crítica dominante se apresuró a reunir munición echando mano de la historia, pero por desgracia la mayor parte de dicha munición se remontaba a la era nazi. La palabra «fascismo» parecía obsoleta, incluso infantil, mientras que «autoritarismo» o «totalitarismo» tenían una excesiva tonalidad caqui para describir a esta bestia tecnicolor en un mundo neoliberal. Sin embargo, en los dos últimos años se han escrito a toda prisa numerosos libros de autoayuda política llenos de citas de George Orwell, y de repente *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt vuelve a estar en las listas de los más vendidos tras una pausa de sesenta y ocho años. La expresión moderna que

la intelectualidad dominante decidió utilizar finalmente para referirse a esta ansia retro de totalidad fue «el auge del populismo».

«El auge del populismo» es una expresión muy conveniente para nuestra época: oculta el contenido ideológico derechista de los movimientos a los que hace referencia a la vez que ignora la inquietante cuestión del sospechoso deseo del *yo* de fundirse en un *nosotros*. Retrata de manera magistral a los retorcidos líderes carismáticos que están movilizando a las masas como locos al tiempo que desecha diligentemente a dichas masas al tildarlas de gente engañada e ignorante. También elimina la historia previa que podría revelar cómo hemos terminado metiéndonos en este embrollo. Además de esto, existe el problema de que los populistas no se definen a sí mismos como «populistas». En un mundo supuestamente posideologías, se sienten con libertad de afirmar que están más allá de la política y de las instituciones políticas.

Tampoco es que el pensamiento político se haya aprestado a librar esta nueva batalla. Uno de los principales escollos ha sido que las personas críticas con el fenómeno se han dado cuenta de que «el auge del populismo» es un extraño fruto de la práctica actual de la democracia. Al profundizar en la cuestión, no han tardado en descubrir que no era una herida que apareciera de repente en el cuerpo político, sino que en realidad se trataba de un vástago mutante de la deteriorada democracia representativa.

Además, estaba en juego un nuevo problema ontológico gracias a los portavoces de la derecha. De pronto los académicos, los periodistas y las personas cultas se veían incluidas en el bando de los *enemigos del pueblo,* formando parte del *sistema* corrupto, y sus críticas a este fenómeno político, o hasta sus comentarios más minuciosamente elaborados al respecto, eran considerados opresivos por el *pueblo real* y los portavoces del movimiento. Fue difícil para ellos adaptarse a ese nuevo entorno en el que se habían convertido en la «élite opresora» –cuando no en «fascistas»– pese al hecho de que algunos habían dedicado su vida a la emancipación de aquellas mismas masas que ahora los trataban con ese desprecio. Uno de ellos fue mi abuela.

«¿Ahora me llaman fascista, Ece?»

Una noche, en 2005, mi abuela, miembro de una de las primeras generaciones de maestras de la joven República Turca, una mujer comprometida con el laicismo que había pasado muchos años alfabetizando a los niños de las zonas rurales, se volvió hacia mí mientras veíamos un debate televisado en el que participaban representantes del AKP, y me preguntó: «Han dicho "fascista", ¿verdad?» Rechazando mi intento de explicarle las peculiaridades de los nuevos discursos políticos, exclamó: «Y, en cualquier caso, ¿qué significa eso? *¡Élite opresora!* Yo no soy una élite. Pasé hambre y penalidades cuando enseñaba a los niños de las aldeas en la década de 1950.»

Después de haber cruzado los brazos en actitud defensiva, ahora los alzaba en el aire, apuntando con el dedo mientras anunciaba, como si se dirigiera a una clase: «¡No! Mañana iré a la sede local de su partido y les diré que yo soy tan real como ellos.» Y lo hizo, solo para regresar a casa sin decir palabra, arrastrando sus cansadas piernas de ochenta años hasta su cama para echar una inédita siesta de mediodía motivada por su derrota. Las únicas palabras que pude sacarle fueron: «Son diferentes, Ece. Son...» Pese a su excelente dominio del idioma, fue incapaz de encontrar un adjetivo apropiado.

Recordé la aventura de mi abuela cuando una estadounidense de unos setenta y tantos años se me acercó con cierta vacilación después de una charla que di en la Universidad de Harvard en 2017. La mujer, obviamente una de esas personas que dudan en molestar a otros con asuntos personales, me dio una versión rápida de su historia: en la década de 1960 había sido voluntaria del Cuerpo de Paz y había estado enseñando inglés a los niños en una remota población turca; luego había trabajado como una entregada profesora de instituto en Estados Unidos, y desde su jubilación se había convertido en una ferviente devota de los seminarios de Harvard. No se mostraba menos sorprendida que mi abuela ante el hecho de que los votantes de Trump la calificaran de miembro de la «élite opresora». Me dijo: «Yo intento explicarme con ellos cuando hablamos de política, pero...» Estaba ganando terreno un despiadado discurso político que calificaba su trabajo de toda la vida como irrelevante y opresor. En este nuevo escenario

político, ella se encontraba ahora tratando de salir del profundo agujero que se había excavado para las élites; un hoyo que estaba resultando demasiado profundo para sus frágiles piernas. El problema más grave era que el *pueblo real* nunca le había pedido que se uniera a él, ni se había ofrecido a ayudarla a salir del hoyo. Lo único que exigían de ella era «respeto».

«El respeto es algo de lo que oigo hablar con mucha frecuencia a los votantes de Trump. El espíritu de ese sentimiento suele ser: "Puede que Trump sea un majadero, puede que no haga lo que dice que hará, pero actúa como si la gente como yo fuera importante y la gente que no me respeta no lo fuera."»

En septiembre de 2016, el *Chicago Tribune* reprodujo un artículo de opinión publicado originalmente en Bloomberg por Megan McArdle.* Como ya había expresado anteriormente en otras columnas, McArdle se mostraba perpleja ante el hecho de que cualquier conversación con los partidarios de Trump generalmente se veía interrumpida con la palabra «respeto». Cuando Trump entró en escena afluyeron a la política estadounidense carretadas de «respeto», y la observación que hizo Hillary Clinton sobre los partidarios de Trump tildándolos de «deplorables» proporcionó a estos un nuevo filón que explotar. De repente los medios de comunicación cuestionaban su propia capacidad de respetar a la gente corriente. La autocrítica entre los periodistas, junto con los ataques masivos de los partidarios de Trump a los medios de comunicación por ser irrespetuosos con el *pueblo real* ya no se podían ignorar. Tanto es así que después de las elecciones el *New York Times* creó una sección «solo para votantes de Trump» en la que estos podían expresarse con libertad sin el filtro condescendiente de los medios elitistas. Aunque posiblemente la nueva plataforma sirviera como una rica fuente de materia prima de investigación para el ámbito académico, era definitivamente un triunfo de los votantes de Trump en su intento de obtener respeto, una victoriosa batalla en la larga guerra del reconocimiento.

El *nosotros* siempre somete a sus oponentes a normas éticas (como la objetividad) que por su parte no se siente obligado a cumplir, dado que los originales propietarios del *nosotros* tienen el monopolio de la moralidad y

el privilegio de ser la *verdadera* voz de las masas. Fin de la historia. Las voces críticas se quedan tan paralizadas que no se dan cuenta de que el «respeto» que les exige el *nosotros* es en realidad un silencio incondicional.

También el líder húngaro de derechas Viktor Orbán utiliza con frecuencia la palabra mágica «respeto». «¡Respetad a los húngaros!» fue el eslogan de su partido en las elecciones al Parlamento Europeo de 2014. Entre esa fecha y finales de 2017, Orbán reiteró sin descanso la importancia fundamental del respeto. Exigió respeto a Alemania, Estados Unidos y la Unión Europea, y cuando fue atacado por sus políticas xenófobas, replicó: «Según mi manera de pensar, eso es un signo de respeto.» Anunció su solidaridad con Polonia porque este último país no era lo bastante respetado, al tiempo que, por su parte, ofrecía sus respetos a Trump, Putin y Erdogan. También se quejó de que «el respeto es un bien escaso en Europa», y afirmó que solo este podía salvar al continente.

De manera similar, también Erdogan introdujo cantidades excesivas de «respeto» en la política turca tras su subida al poder en 2002. En repetidas ocasiones demostró al pueblo turco que el respeto ya no tenía que ganarse: simplemente podía exigirse de manera incondicional. Cada vez que había acusaciones serias de fraude electoral, él exigía respeto para «mi gente y sus decisiones», del mismo modo que lo exigía para los fallos judiciales solo cuando estos resultaban en el encarcelamiento de sus adversarios. En cambio, cuando el Tribunal Constitucional decidió poner en libertad a varios periodistas detenidos por criticarle, declaró: «No respeto la decisión del tribunal y no voy a acatarla.» Al igual que para Orbán, Trump y otros, para Erdogan el respeto es una vía de sentido único: él solo acepta estar en el lado del destinatario.

«[Respeto] es lo que realmente quiere Putin», escribía Fiona Hill en un artículo para el sitio web de la Institución Brookings en febrero de 2015.* Y proseguía: «Quiere respeto en el sentido anticuado, de “poder duro”, de la palabra.»

«Tú vienes y me dices: “Dame justicia.” Pero no lo pides con respeto.» Estas no son palabras de uno de esos líderes políticos obsesionados por el respeto, sino de Don Corleone en la escena inicial de *El Padrino*. Uno

podría confundirlas fácilmente, dado que el circuito mundial de intercambio de respeto (donde Geert Wilders respeta a Farage, Farage respeta a Trump, Trump respeta a Putin, Putin pide que se respete más a Trump, y así sucesivamente, de manera similar a como Hitler y Stalin expresaron antaño su respeto mutuo) está empezando a sonar como una especie de conversación mafiosa supranacional. La red de respeto entre líderes autoritarios se ha expandido tanto que uno podría olvidar que toda esta mascarada se inició a una escala menor, con una pregunta aparentemente inofensiva. Se inició cuando la gente corriente empezó a transformarse en *pueblo real* al exigir un poco de cortesía política: «¿Acaso no merecemos un sencillo respeto?»

Pero veamos cómo se desarrolla la secuencia de acontecimientos en el momento en que el respeto se convierte en una mercancía política. Cuando el *pueblo real* se transforma en un movimiento político, su primera pregunta retórica es esta: «Nuestras creencias, nuestra forma de vida, nuestras opciones, ¿no importan en absoluto?» Obviamente, es imposible que alguien diga que no, de modo que los líderes del movimiento empiezan a aparecer en público, y contribuyen a la discusión política respetados y con los mismos derechos que los demás.

La siguiente palabra clave es *tolerancia*: tolerancia frente a las diferencias. A continuación algunos líderes de opinión, que han detectado las tensiones sociales derivadas de la polarización de la esfera pública, esgrimen la expresión *paz social*. Parece una expresión sensata y tranquilizadora, por lo que nadie desea rechazarla. Sin embargo, a medida que el movimiento cobra impulso, la tolerancia y el respeto se convierten en un patrimonio exclusivo de sus miembros que solo ellos pueden otorgar a los demás, y el líder empieza a llevar la tregua de la «paz social» a sus límites, exigiendo tolerancia y respeto cada vez que libra una nueva batalla.

Sin embargo, en un determinado momento el respeto se convierte en un bien escaso. En el caso de Turquía, este cambio invisible se produjo en 2007, la noche de las elecciones que otorgaron un segundo mandato al AKP. Erdogan declaró: «Los que no nos han votado también representan diferentes colores de Turquía.» En aquel instante, a muchos periodistas

políticos la frase les sonó como la voz conciliadora de un padre compasivo que busca la paz social. Sin embargo, no mucho después de eso Erdogan empezó a hablar en «padrino». Dejó de pedir respeto y subió el listón, advirtiendo a casi todo el mundo, desde políticos europeos hasta figuras públicas locales, que estaban obligados a «saber cuál es su sitio». Y cuando esa advertencia no bastó, pasó a formular amenazas. El 11 de marzo de 2017, Turquía se vio envuelta en una disputa diplomática con Alemania y los Países Bajos después de que estos dos países prohibieran a los funcionarios turcos hacer campaña en sus respectivos territorios en apoyo de un referéndum para ampliar los poderes del presidente turco. Erdogan dijo entonces: «Si Europa sigue así, ningún europeo en ninguna parte del mundo podrá caminar tranquilo por la calle.» Al amenazar a todo un continente, se convertía en el cruel Michael Corleone de la segunda parte de *El Padrino*.

Incluso a los países que no han empezado a experimentar un proceso social y político similar hasta fecha muy reciente, esta secuencia de acontecimientos es ya un cliché. Sin embargo, la forma en que la lógica de la política identitaria contemporánea sirve a este proceso todavía es relativamente novedosa y rara vez objeto de debate. En el siglo XXI resulta mucho más fácil para los movimientos populistas de derechas exigir respeto envolviéndose en la membrana política blindada de la identidad política y cultural y explotando una corrección política que desarma a los analistas críticos. Por otra parte, el uso de un discurso de identidad sacrosanta cambia las tornas, enfocando la lámpara del interrogador sobre los críticos del movimiento en lugar de enfocarla sobre el movimiento en sí, y obligándoles con ello a preguntarse: «¿Acaso no somos lo bastante respetuosos, y por eso están tan enfadados?» Mientras la oposición se queda enfangada en la búsqueda de soluciones de compromiso, el movimiento empieza a lanzar sagaces preguntas: «¿Estáis seguros de que no nos estáis intimidando por arrogancia?, ¿podéis asegurar que esto no es discriminación?»

Y todos sabemos lo que sucede cuando un intelecto que duda de sí mismo choca con la ignorancia evidente y despiadada; para quienes creen en lo evidente, da la impresión de que la necesidad básica de cuestionar no

puede hallar una respuesta, y el silencio embarazoso ante la más descarada desvergüenza adopta la forma de un mudo temor reverencial. Luego la ignorancia politizada ocupa orgullosa su silla entre los miembros de todo el espectro político y se consagra a dominar la mesa, dando constantemente codazos a todo el mundo mientras pregunta: «¿Estás seguro de que tienes el brazo en el lugar correcto?» Y la oposición se ve obligada a contorsionarse para seguir las nuevas reglas de la mesa con el fin de poder seguir allí sentada.

«Nos sentimos cada vez más incómodos cuando la gente se aprovecha de nuestra libertad y estropea las cosas.»

Estas palabras son de un político holandés, pero no del famoso xenófobo Geert Wilders. Las escribió su oponente, el primer ministro y líder del centroderechista Partido Liberal, Mark Rutte, en una carta a «todos los holandeses» publicada el 23 de enero de 2017. Aunque estas palabras parecían hacer referencia genéricamente a cualquiera que «se aprovechara», en realidad iban dirigidas a los inmigrantes. La oposición de Rutte al populismo de derechas se estaba viendo distorsionada por el hecho de que se sentía obligado a demostrar que también él compartía las preocupaciones del *pueblo real*: la gente normal y decente. Debía de creer que para poder seguir sentado en la mesa de la élite política tenía que encontrar una solución de compromiso. Y ese es el hombre que dos meses después traería la alegría a los liberales holandeses al derrotar a Wilders. Aunque a regañadientes, muchos votantes holandeses aceptaron la nueva realidad en la que la opción menos mala es la única opción. Ahora el *nosotros* así fabricado es lo bastante fuerte no solo para movilizar y energizar a los partidarios del movimiento dándoles el gusto –largo tiempo olvidado– de formar parte de una entidad superior, sino también para influir en el resto de la esfera política jugando al tira y afloja con la oposición hasta que esta se transforma de manera irreversible. Con ello crea una nueva normalidad que nos acerca a todos a la locura.

«Nosotros también somos musulmanes.»

Esta era la introducción más frecuente ofrecida por los socialdemócratas

que participaban en los debates televisivos los primeros años en los que el AKP ostentó el poder en Turquía. Del mismo modo que todo aquello que representaba formar parte del *nosotros*, de «la gente real, normal y decente», implicaba a la vez apoyar el Brexit en Gran Bretaña o aceptar un poquito de racismo en los Países Bajos, también implicaba ser musulmán suní provinciano y conservador en Turquía. Una vez establecidos los parámetros por los propietarios originales del *nosotros*, todos los demás empezaron a intentar demostrar que ellos también rezaban, aunque solo en privado. En poco tiempo, una serie de palabras árabes que la mayoría de la gente no había oído en su vida pasaron a formar parte del debate público, mientras los socialdemócratas intentaban competir con los «verdaderos musulmanes» pese a su limitado conocimiento de la religión. Los asesores del AKP se apresuraron a poner en circulación nuevos conceptos religiosos, cogiendo siempre con el paso cambiado a los críticos, que se veían forzados constantemente a superar exámenes sorpresa sobre las antiguas escrituras.

Uno podía preguntarse qué ocurriría si superara todas las pruebas para ser tan real como ellos, como hice yo una vez. En 2013, después de estudiar el Corán durante más de un año mientras escribía mi novela *Düğümlere Üfleyen Kadınlar* (Mujeres que soplan en los nudos), estaba lista para el examen. Cuando se publicó el libro, me invitaron a participar en un debate en televisión con una asesora política del AKP que llevaba velo: la clásica charada televisiva que aspira a provocar una sonora riña entre una mujer laica y una religiosa. Cuando recité en árabe el versículo que da título a mi novela y respondí a sus preguntas sobre el Corán, ella me obsequió con una sonrisa condescendiente y me dijo: «¡Bien hecho!» Me recordó cortésmente que yo era, en el mejor de los casos, una mera aprendiz del oficio que ella había llegado a dominar, y que de alguna manera era patrimonio suyo, y me dejó muy claro que las personas como yo solo podían habitar en el círculo más externo del *pueblo real*. No importa cuánto nos esforzáramos: solo podíamos ser miembros de la denostada élite. Cualquier intento de dejarse caer por uno de los «pubs para gente real» de Nigel Farage o por una de las barbacoas de los partidarios de Trump sin duda terminaría con una sonrisa paternalista similar, y quizá una palmadita condescendiente en el hombro: «¡Muy bien, chica!»

Uno de los aspectos más interesantes y raramente mencionados de este proceso es que a veces los ciudadanos escépticos y decepcionados, por más críticos que sean con *el movimiento*, disfrutan en secreto del hecho de que las aguas anden revueltas. El rostro conmocionado del *sistema* les divierte. Saben que el enorme descontento de las masas desatendidas acabará generando una reacción política igualmente enorme, y tienden a creer que *el movimiento* podría tener el potencial de ser la respuesta correctiva a la injusticia tanto tiempo esperada. Hasta que descubren que no es así. «La insinuación de que el exterminador no está del todo equivocado», afirma J. P. Stern, «es la creencia secreta de la era de Kafka y de Hitler.»* La ilimitada confianza del *movimiento* no se basa íntegramente, pues, en sus propios méritos: también los indecisos, así como muchos adversarios, pueden infundírsela a través de sus propias dudas. Al fin y al cabo, no hay nada malo en decir que el *sistema* es corrupto, ¿verdad? Al mantener sus objetivos ideológicos difusos y utilizar una terminología suave, el movimiento seduce a muchos en la medida en que les permite atribuirle sus propios ideales o desilusiones. ¿Qué tiene de malo ser *decente* y *real*, en cualquier caso? La vaguedad del discurso y ese *nosotros* que todo lo abarca permiten al líder del movimiento forjar alianzas contradictorias, antes imposibles, tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político. Gracias a la ausencia de forma ideológica del movimiento, el líder también puede atraer financiación de extremos opuestos de la sociedad, desde los estratos más pobres hasta los más ricos. Y lo que es más importante: cuando el líder habla de explotación, desigualdad, injusticia y conciencia, tomando prestada la terminología y las referencias políticas tanto de la derecha como de la izquierda, un creciente número de personas desesperadas que dudan de sí mismas y un buen puñado de prominentes líderes de opinión terminan por declarar: «En realidad lo que dice tiene mucho sentido. Nadie puede negar que una gran parte de la sociedad se ve marginada y despreciada, ¿no?»

«No entiendo cómo han podido ganar. Le aseguro, señora, que ni un solo pasajero decía que fuera a votarles. Entonces, ¿quién ha votado *a esos tipos?»*

Esta frase formaba parte de la conversación habitual con los taxistas de Turquía tras la segunda victoria electoral del AKP. Como consecuencia, lo de «Entonces, ¿quién *ha votado* a esos tíos?» se convirtió en una popular frase introductoria en muchas columnas periodísticas. Obviamente, ni los taxistas ni la mayoría de los autores de artículos de opinión podían explicar el incesante éxito del movimiento a pesar de la creciente inquietud al respecto. Tras escuchar repetidas veces la misma pregunta, finalmente respondí a uno de los taxistas con una frase que se convertiría en la introducción de una de mis propias columnas: «Está claro que todos ellos cogen el autobús.»

Después del referéndum del Brexit, no cabe duda de que mucha gente en Londres se hizo una pregunta similar. Si yo hubiera sido una columnista británica, el título de mi columna podría haber sido «El bacalao cabreado derrota a los ideales europeos». Entre los grupos que votaron a favor de salir de Europa en el referéndum se encontraban los pescadores escoceses, que llevan muchos años obsesionados con el hecho de que a los pescadores europeos se les permita pescar en sus aguas, además de estar cabreados por toda otra serie de cosas, todas ellas relacionadas con Europa, que prácticamente no tienen ninguna consecuencia para Escocia. De manera similar, en países como Hungría y Polonia, donde el populismo de derechas controla el discurso político, siempre ha habido una «élite condescendiente con Bruselas», o «esos condenados alemanes», que impiden que la gente corriente pueda vivir mejor, además de obstaculizar la «grandeza» de la nación.

Soy consciente de que lo arriba escrito podría parecer los comentarios –no menos condescendientes– de una *persona cosmopolita e irreal*, y de que, por supuesto, existe un sentimiento real y sólido de victimización detrás de todos esos nuevos movimientos: muchos de sus miembros pertenecen de hecho al sector de la población que coge el autobús y que ha visto subir el precio de sus *fish and chips*. Por lo tanto, en palabras del economista y exministro de Finanzas griego Yanis Varoufakis, no sería más que una intrascendente gimnasia mental para los intelectuales limitarse a analizar estos movimientos «psicoanalítica, cultural, antropológica y estéticamente, y, por supuesto, en términos de política identitaria».* Y coincido con él en

que «la incesante guerra de clases que se ha librado contra los pobres desde finales de la década de 1970» se ha omitido intencionalmente del discurso y se ha mantenido escrupulosamente fuera del debate mundial dominante. Además, esos movimientos populistas de derechas también pueden verse, de hecho, como vehículos de nueva construcción que permiten avanzar rápidamente a los ricos; un medio que permite a la clase dominante deshacerse de las regulaciones que restringen la economía de libre mercado sumiendo en el caos todo el ámbito político en su conjunto. Al fin y al cabo, hay ciertamente un sufrimiento real, una auténtica victimización detrás de esos movimientos.

Sin embargo, estos no *solo* surgen del sufrimiento real, sino también de un victimismo fabricado. De hecho, es este último el que proporciona al movimiento la mayor parte de su energía y crea sus peculiares características.

En Turquía, ese victimismo fabricado consistía en afirmar que las personas religiosas eran oprimidas y humilladas por la élite laica del *sistema*. Los partidarios del Brexit afirman que se han visto privados de la grandeza del Reino Unido; los votantes de Trump, que los mexicanos les roban sus puestos de trabajo; los populistas de derechas polacos, que los nazis cometieron crímenes contra la humanidad en su territorio sin su participación y que el mundo entero desprecia la feroz resistencia de su país a la invasión alemana en 1939; la AfD (Alternative für Deutschland) alemana, que los «indolentes griegos» se benefician del trabajo duro de los *verdaderos* europeos; etcétera. El contenido en realidad no importa, porque en las últimas etapas cambia constantemente, se transforma y se reemplaza en función de las necesidades emergentes y los objetivos del movimiento.

Y en cada ocasión las masas se adaptan al nuevo discurso, independientemente del hecho de que a menudo este contradice los propios comienzos del movimiento. En Turquía, el movimiento Gülen, una red religiosa supranacional liderada por un imán que actualmente vive en Pensilvania, fue parte integrante del movimiento de Erdogan, hasta que, de la noche a la mañana, fue calificado de terrorista. Los mismos ministros del AKP y miembros del partido que se arrodillaban para besarle la mano al imán Fethullah Gülen menos de veinticuatro horas después rivalizaban por

maldecirlo, y ninguno de los partidarios de Erdogan cuestionó ese cambio. Seguramente los votantes de Trump tampoco se extrañaron cuando el FBI, el mejor amigo de este durante la investigación del escándalo de los correos electrónicos de Hillary Clinton, de repente se convirtió en «una vergüenza» cuando empezó a cuestionar si la organización de la campaña electoral de Trump se había confabulado con el gobierno ruso. Lejos de ello, Fox News pasó a calificar al FBI de «camarilla criminal» y empezó a hablar de un posible golpe de Estado, convencido de que los partidarios de Trump seguirían la nueva pista, sintiéndose –como su líder– víctimas del irrespetuoso *sistema*. Una vez iniciada la identificación de las masas y del movimiento con el líder, la naturaleza siempre cambiante del contenido de la victimización fabricada pasa a ser insignificante. Y cuando el líder es un maestro de la «hipérbole veraz», incluso el propio contenido se vuelve irrelevante.

Pero ¿a santo de qué –cabría preguntarse– las masas, desechando por completo la historia mundial, empezaron a actuar en contra de sus propios intereses y contra objetivos que resultan ser tan evidentemente erróneos? No las empresas gigantescas que buscan mano de obra barata, sino los mexicanos pobres; no la crueldad de la economía de libre mercado, sino los pescadores franceses; no las causas de la pobreza, sino los medios de comunicación... ¿Cómo han llegado a adoptar una actitud tan vengativa hacia grupos que tan poco tienen que ver con sus problemas? ¿Por qué exigen respeto a la élite culta pero no a los dueños de las multinacionales? ¿Y por qué han hecho esto creyendo en un hombre solo por el hecho de que aparentemente era «uno de ellos»? Esto resulta casi infantil, podría pensarse. Parece infantil. Y de hecho lo es. De ahí que, para empezar, este tipo de líderes necesiten infantilizar a la gente.

Como veremos en el próximo capítulo, la infantilización de las masas a través de la infantilización del lenguaje político es un factor crucial. De no ser así, no se las podría inducir a creer que todos pueden subirse a un coche imaginario y viajar juntos a través de continentes enteros. Además, una vez que infantilizas el discurso político común, resulta más fácil movilizar a las masas, y a partir de ahí puedes prometerles cualquier cosa.

Sezi le promete a Leylosh que por la tarde tendrá una sorpresa para persuadirla de que vaya a la escuela. Le pregunto cuál es la sorpresa. «No hay ninguna sorpresa, pero seguramente no se acordará», me responde Sezi antes de dejar escapar una sonrisa diabólica. «Y si se acuerda, ya me inventaré algo.»

2. TRASTOCA LA LÓGICA Y ATENTA CONTRA EL LENGUAJE

«... y fue entonces cuando Chávez reunió a sus leales amigos bajo una higuera en lo alto de una colina. Todos ellos juraron sobre la Biblia. He aquí cómo y por qué empezó la revolución.»

El embajador de Venezuela en Turquía acompañó las palabras finales de su discurso con un ensayado gesto de la mano señalando hacia el Cielo, de donde provenía la verdad irrefutable. Su dedo permaneció así durante un dramático momento, apuntando al techo de la Facultad de Derecho de Ankara. Había terminado su intervención, y, como uno de los participantes en la mesa redonda, ahora me tocaba a mí abordar la cuestión de cómo los venezolanos habían logrado hacer una revolución.

Esto ocurría en 2007, un año después de que yo publicara *Biz Burada Devrim Yapıyoruz Sinyorita!* (Aquí estamos haciendo una revolución, señorita), una serie de entrevistas que realicé en los barrios de Caracas para describir cómo el movimiento de base había empezado a organizarse en comunas mucho antes de que Hugo Chávez se convirtiera en presidente. En consecuencia, estaba bastante segura de que la verdadera historia no tenía nada que ver con elementos míticos como higueras en lo alto de colinas o mensajes recibidos del Cielo. Mantuve una desconcertada y silenciosa sonrisa durante todo el tiempo que pude, esperando que Su Excelencia, que se sentaba a mi lado, aplicara un poco de sentido común, pero me encontré con que poco a poco el gesto de mi boca se iba convirtiendo en un triste rictus mientras mi rostro adoptaba la expresión de un ser humano racional enfrentado a un auténtico creyente. Ya era demasiado tarde para descartar su cuento de hadas como un mero disparate, de modo que me limité a decir: «Bueno, en realidad no fue así.» Siguieron unos largos segundos de tenso silencio mientras nuestros ojos se encontraron –los míos abiertos de par en par; los suyos vidriosos–, y luego mi tono pasó del sarcasmo a la auténtica curiosidad: «Lo sabe, ¿verdad?» Su rostro permaneció impasible, y comprendí, con algo parecido a una mezcla de temor y compasión, que aquel culto diplomático se veía obligado a contar aquel cuento de hadas.

El nombre de Hugo Chávez ya formaba parte de la galería «Grandes Populistas». Criminalizaba todas las voces críticas calificándolas de *enemigas del pueblo real*, al tiempo que afirmaba ser no solo el único representante de toda la nación, sino la propia nación. Obviamente, también inventaba relatos interesados que convertía en la historia oficial, infantilizando a toda una nación y haciendo de la inteligencia humana básica un crimen contra el «proceso», esto es, la transformación generalizada del país a su supuesto socialismo, o más bien a cierta versión de este adaptada por el propio Chávez. El embajador parecía un niño cansado que solo quería llegar al final de la historia para irse a la cama. En ese momento yo ignoraba que poco tiempo después lidiar con esa clase de cuentos de hadas pasaría a convertirse en moneda corriente en Turquía, y que nos veríamos obligados a demostrar que lo que todo el mundo había visto con sus propios ojos en realidad había sucedido.

«Se dice que el continente americano fue descubierto por Colón en 1492. En realidad, en 1178, trescientos catorce años antes de Colón, ya habían llegado eruditos musulmanes al continente americano. En sus memorias, Cristóbal Colón menciona la existencia de una mezquita en lo alto de una colina, en la costa de Cuba.»

El 15 de noviembre de 2014, el presidente Erdogan contó esta historia en un encuentro de líderes musulmanes latinoamericanos. Al día siguiente, periodistas de todo el mundo informaron sobre la grandilocuente aportación del presidente turco a la historia, ocultando sus sonrisitas burlonas detrás de frases corteses que insinuaban confiadamente: «Es evidente que no ocurrió así, pero eso usted ya lo sabe.»

Ni el Brexit ni Trump habían sucedido aún, así que los periodistas occidentales ignoraban que sus sonrisas se convertirían en rictus cuando la racionalidad se revelara impotente no solo frente a los disparates de un solo hombre, sino también frente a los hipnotizados ojos de millones de personas que se los creían. De habérselo preguntado, los venezolanos o los turcos podrían haber descrito a aquellos periodistas el camino de desesperación que lleva de una mezquita en lo alto de una colina cubana a lo alto de una colina de Ankara donde los disparates se convierten en la historia oficial y

una nación entera sucumbe al agotamiento. También podrían haberles explicado cómo la máquina populista, decidida a infantilizar el lenguaje político y destruir la razón, empieza su trabajo diciendo: «¡Sabemos muy bien quién es Sócrates! ¡Ya no podéis seguir engañándonos sobre ese malvado!» Y ahora el lector se preguntará: «¡Un momento! ¿Quién ha hablado para nada de Sócrates?»

«Con el populismo en auge en toda Europa, de vez en cuando afrontamos el reto de tener que hacer frente a las posturas populistas en el discurso público. En este taller los participantes aprenden a defender con éxito sus ideas frente a los argumentos populistas. Mediante ejercicios prácticos y técnicas concretas, los participantes aprenden a evaluar mejor los argumentos populistas, a identificar rápidamente sus puntos fuertes y débiles, a formular sus propios argumentos de manera concisa y a enfrentarse de manera segura y constructiva a las personas con puntos de vista populistas.»

Estoy reproduciendo un anuncio del Institut für Argumentationskompetenz, un *think-tank* alemán. El título del curso que ofrecen a sus clientes es «Cómo usar la lógica frente a los populistas». Es obvio que la impotencia de la racionalidad y del lenguaje ante la retorcida lógica del populismo ya ha creado una considerable demanda en el mercado político, y, como consecuencia, hoy se están enseñando técnicas de razonamiento defensivo que parecen propias de las artes marciales. El curso consiste en dos jornadas de talleres, y se invita a los asistentes a aportar sus propias experiencias personales, sin duda exasperantes. Si yo asistiera al curso con mi bagaje de dieciséis años de experiencia turca, propondría humildemente, a riesgo de que Aristóteles se revolviera en su tumba, iniciar esa guía de argumentación populista para principiantes planteando el famoso silogismo aristotélico «Todos los humanos son mortales; Sócrates es humano; luego Sócrates es mortal»:

ARISTÓTELES: Todos los humanos son mortales.

POPULISTA: Esa es una afirmación totalitaria.

ARISTÓTELES: ¿No cree que todos los humanos son mortales?

POPULISTA: ¿Me está interrogando? Solo porque nosotros no seamos *ciudadanos* como usted, sino *gente*, ya somos ignorantes, ¿es eso? Puede que lo seamos, pero sabemos cómo es la vida real.

ARISTÓTELES: Eso es irrelevante.

POPULISTA: Por supuesto que para usted es irrelevante. Durante años usted y los de su clase han gobernado este lugar, diciendo que el pueblo es irrelevante.

ARISTÓTELES: Por favor, responda a mi pregunta.

POPULISTA: El pueblo real de este país piensa de otro modo. Nuestra respuesta no se encuentra en ningún papiro elitista.

ARISTÓTELES: *(Silencio.)*

POPULISTA: Demuéstrelo. Demuéstreme que todos los humanos son mortales.

ARISTÓTELES: *(Sonrisa nerviosa.)*

POPULISTA: ¿Lo ve? No puede demostrarlo. *(Sonrisa burlona de autoconfianza, un rasgo distintivo que se exhibirá constantemente para molestar a Aristóteles.)* Está bien. Lo que nosotros entendemos de la democracia es que todas las ideas pueden verse representadas en el espacio público, y todas merecen igual respeto. Los dioses afirman...

ARISTÓTELES: Eso no es una idea, es un hecho. Y aquí estamos hablando de humanos mortales.

POPULISTA: Si por usted fuera, mataría a todo el mundo para demostrar que todos los humanos son mortales, como lo haría su predecesor.

ARISTÓTELES: Eso no conduce a nada.

POPULISTA: Por favor, termine de exponer su pensamiento, porque yo tengo cosas importantes que decir.

ARISTÓTELES: *(Suspiro.)* Todos los humanos son mortales; Sócrates es humano...

POPULISTA: Tengo que interrumpirle.

ARISTÓTELES: ¿Perdón?

POPULISTA: Bueno, tengo que hacerlo. Hoy en día, gracias a nuestro líder, está perfectamente claro quién es Sócrates. ¡Sabemos muy bien quién es Sócrates! ¡Ya no pueden seguir engañándonos sobre ese malvado!

ARISTÓTELES: ¿Bromea?

POPULISTA: Para nosotros esto no es ninguna broma, señor Aristóteles, aunque para usted pueda serlo. Sócrates es un fascista. Mi gente finalmente ha comprendido la verdad, la *auténtica verdad*. Al final el perro enseña los dientes. Ya no pueden seguir engañando a la gente. Iba usted a decir: «Luego Sócrates es mortal», ¿verdad? Estamos hartos de sus mentiras.

ARISTÓTELES: Está usted rechazando los fundamentos de la lógica.

POPULISTA: Yo respeto sus creencias.

ARISTÓTELES: Esto no es una creencia; es lógica.

POPULISTA: Yo respeto su lógica, pero usted no respeta la mía. Ese es hoy el gran problema en Grecia.

Este es un sencillo ejemplo de la lógica populista básica que, con variaciones, se emplea actualmente en muchos países. Sin embargo, incluso en esta conversación ficticia hay al menos cinco falacias según las reglas generales del debate racional, las reglas fundamentales de la lógica que llevamos siglos utilizando en nuestra vida cotidiana, aunque no sepamos una palabra de latín:

1. *Argumentum ad hominem* (refutar un argumento atacando personalmente al adversario en lugar de refutar la esencia de su argumento): *Usted y los de su clase han gobernado…*
2. *Argumentum ad ignorantiam* (apelar a la ignorancia afirmando que una proposición es verdadera porque aún no ha sido refutada): *¿Lo ve? No puede demostrar que todos los humanos son mortales*.
3. *Argumentum ad populum* (suponer que una proposición es verdadera simplemente porque mucha gente la cree): *El pueblo real de este país piensa de otro modo*.
4. *Reductio ad absurdum* (intentar probar o refutar un argumento tratando de mostrar que conduce a una conclusión absurda): *Mataría a todo el mundo para demostrar que todos los humanos son mortales*.
5. *Razonamiento ad-hoc* (explicar por qué algo determinado *puede ser* en sustitución de un argumento acerca de por qué *es): La democracia consiste en respetar las ideas, así que respete la mía*.

Aunque las falacias cometidas en la conversación anterior puedan resultar notorias, no les parecieron infantiles a la mitad de los británicos cuando Boris Johnson y sus adláteres del Partido Conservador y la campaña en favor de la salida de Europa las esgrimieron generosamente durante el debate sobre el Brexit. Como escribió Zoe Williams en el *Guardian* el 16 de octubre de 2016: «Uno espera congruencia y coherencia; en su lugar [se encuentra con] el extraño espectáculo de un partido que afirma haber estado siempre en contra del mercado único porque Michael Gove lo dijo en una ocasión.» En otras palabras: *argumentum ad ignorantiam*. Michael Gove fue el hombre que –exhibiendo un sorprendente parecido con el populista que sacaba de quicio a Aristóteles en la conversación anterior– declaró que «la gente de este país ya está harta de expertos». Fueron comentarios como este los que llevaron a la otra mitad de los británicos a creer que los argumentos en favor del Brexit eran demasiado pueriles para tomarlos en serio, y que solo los niños se dejarían engañar por ellos. Al igual que millones de personas en toda Europa, también ellos pensaron que, si se retrataba repetidamente a los líderes populistas como pueriles, nunca se les tomaría lo bastante en serio como para permitirles obtener el poder real.

«Le daré una descripción que todo el mundo daba [*en la Casa Blanca*]*, que todos tienen en común. Todos dicen que es como un niño.»*

Casi un año después del referéndum del Brexit, los estadounidenses ejercían la misma «estrategia adulta» al otro lado del Atlántico. Cuando se publicó el libro *Fuego y furia: en las entrañas de la Casa Blanca de Trump*

en enero de 2018, su autor, Michael Wolff, repitió esta frase en varias entrevistas de televisión. Los preocupados gestos de asentimiento de los circunspectos presentadores, junto con la característica expresión de Wolff propia de quien es portador de malas noticias, crearon la impresión de una reunión entre padres y maestros para hablar de un niño problemático. En cada entrevista se hacía hincapié en el comportamiento infantil de Trump, proporcionando con ello una visión cómodamente minimizada de la situación a los preocupados estadounidenses adultos. *Él es solo un niño rebelde, ya sabes, y nosotros somos adultos. Nosotros tenemos más juicio*.

En cualquier país que experimente el auge del populismo es frecuente que se califique de pueril al líder populista. Reducir un problema político al nivel de tener que tratar con un niño travieso ejerce un efecto tranquilizador, constituye una reconfortante minimización de un problema serio. El 5 de enero de 2018, el *New York Times* publicó una carta de un lector que incluía esta frase: «Viendo los titulares del jueves [sobre la guerra verbal entre Trump y su antiguo jefe de estrategia, Steve Bannon], me pregunto si tenemos un gobierno o un consejo de alumnos de secundaria.» De algún modo, la confianza de ser el único adulto presente en la sala debió de hacer que el autor de la carta se sintiera seguro de sí mismo; tal como debió de sentirse el primer ministro de Gales, Carwyn Jones, cuando el 15 de noviembre de 2016 afirmó: «Eso es como darle una motosierra a un niño», respondiendo a una propuesta en la que se había planteado el nombre de Nigel Farage como alguien que podría ayudar a impulsar las relaciones comerciales con la Norteamérica de Trump.

Pero presentar a los líderes populistas como pueriles no es la única trampa en la que resulta fácil caer. Escudriñar su infancia buscando los traumas que debieron de convertirles en tan despiadados adultos, y con ello revestir la realidad política de cierta compasión médica que en realidad el líder populista no ha solicitado en ningún momento, es otra táctica común utilizada por los críticos para evitar sentir una auténtica ansiedad política. Tanto el ex primer ministro populista polaco Jarosław Kaczyński como el turco Erdogan han sido objeto de este tipo de exámenes *in absentia* por parte de destacados psiquiatras, y se ha calificado a ambos de «niños rotos». Elżbieta Sołtys, una socióloga y psicóloga polaca, diagnosticó a Kaczyński

como un niño traumatizado. En una entrevista, declaró que probablemente su baja inteligencia emocional estaba relacionada con su educación estricta y falta de amor, añadiendo que su furia actual era una explosión derivada de años de represión. El diagnóstico de Erdogan fue similar: su padre solía colgarlo por los pies como castigo por soltar tacos, y, como resultado, ahora un país entero tiene que sufrir sus inestables cambios de humor.

La principal consecuencia de calificar de pueriles a estos líderes y buscar explicaciones psicológicas a su crueldad no es otra que hacer que sus críticos se sientan más adultos y mentalmente sanos en comparación. Se atribuye íntegramente cualquier clase de política infantil al líder populista y sus partidarios, como si todos los demás (incluida la autora de este libro y sus lectores) fuéramos absolutamente inmunes a la posibilidad de una percepción del mundo infantilizada. *Bueno, no es así. Lo sabe, ¿verdad?*

«¿Por qué veis esas películas? No son más que cuentos de hadas para niños. ¡Ya sois adultos, maldita sea!»

Corre el año 2016, y mi amiga Zeynep está hablando con algunos de nuestros amigos turcos en Estambul. Todos rondamos los cuarenta y tantos, y los hombres a los que reprende son todos cultos, de clase media alta y gran éxito profesional. Acaban de jugar un partido de fútbol virtual en la PlayStation y ahora están intentando decidir qué película van a ver. Aunque tienen la misma edad que los profetas y líderes revolucionarios del siglo pasado, con sus mochilas tiradas en el sofá parecen adolescentes que acaban de salir de la escuela. Su actividad política se limita a votar, principalmente porque se consideran por encima de la política. Obviamente, no son tan infantiles como quienes optan por creer a un fanático que no deja de repetir el cuento de hadas de «hacer que Turquía vuelva a ser grande». Pero sienten debilidad por los cuentos de hadas; solo que los suyos tienen que ver con vampiros, superpoderes y Cristiano Ronaldo. Como Zeynep se niega a quitarle importancia a la situación, en un primer momento los hombres intentan defenderse de su ataque con la risa, tal como harían los niños. Pero ella insiste:

–Lo digo en serio. ¿Por qué?

Deciden ver *Los juegos del hambre*, quizá como un intento de

conciliación; pero ella sigue esperando una respuesta con cierta enjundia, alguna señal de autoconciencia o autocrítica, como hacen las chicas. Entonces los hombres pasan rápidamente a la diplomacia dura. Uno de ellos le dice, y no precisamente en tono de broma:

–Bueno, tú ves películas de dibujos animados, ¿no? ¡No eres mejor que nosotros, *mami!*

Zeynep y yo llevamos nuestra conversación adulta a otra habitación. Ella me comenta lo infantil que llega a ser esta generación de hombres, como seguramente hacen millones de mujeres en muchos otros países. Y yo empiezo a divagar sobre la teoría del realismo capitalista de Mark Fisher, la hegemonía ética del «Así es el mundo» y la *hedonía depresiva* que comporta. Pero luego nos ponemos a hablar de lo realmente divertida que resulta la nueva *Lego película*. Más tarde, esa misma noche, pienso en la cuestión de si la imagen de los «buenos» líderes de nuestra época es o no más adulta que la de los «malos».

«Conduzco un viejo Volkswagen porque no necesito un coche mejor.»

Corre el mes de noviembre de 2015, y el expresidente uruguayo José Mujica habla en un estrado. Yo presido la que llegará a recordarse como una charla casi legendaria a un público de cinco mil personas, la mayoría de las cuales en realidad no están dentro del edificio del congreso en Esmirna, sino fuera, mirando una pantalla gigante. Mujica quiere explicar que Uruguay necesita máquinas para cortar carne (puesto que, para poder exportar su carne, el país necesita poder cortarla de acuerdo con las regulaciones de otros países), pero el público parece preferir centrarse en cosas más divertidas: su viejo y bonito Escarabajo, su humilde vivienda, etcétera. Al día siguiente, todos los periódicos describen a Mujica del mismo modo: «El más humilde de los presidentes, que conduce un Volkswagen Escarabajo y vive en una pequeña casita...» No se hace mención alguna del hecho de que es socialista, nada de palabrería ideológica, nada del aburrido contenido propio de los adultos. Es como Bernie Sanders, al que en las primarias demócratas se retrató como un anciano sabio y genial, o Jeremy Corbyn, cuya mermelada casera y cuya bicicleta roja recibieron más atención que sus planteamientos políticos.

Estos son los derviches de nuestro tiempo, reducidos al papel de los bondadosos viejecitos de los cuentos de hadas; los cuentos de hadas que atraen a quienes se ven a sí mismos como adultos y se mofan de los «infantiles» partidarios de los líderes populistas.

Buena parte de la bibliografía sobre el populismo y el totalitarismo interpreta el relato infantil de los populistas, así como el de las masas «engañadas» que los apoyan y deciden pensar en su lenguaje de cuento de hadas, como una reacción política que les es peculiar. Sin embargo, en realidad da la impresión de que ni es una reacción ni es peculiar. Antes bien es una consecuencia coherente de los tiempos que vivimos, y algo que además nos contamina a todos, aunque de diferentes maneras. Por más que pueda parecer que los actuales líderes populistas de derechas están realizando alguna especie de truco de magia para hipnotizar a unas masas adultas hasta entonces racionales y convertirlas en niños, en realidad no fueron ellos quienes le abrieron las puertas al lenguaje político infantilizado. Ese proceso se inició mucho antes, cuando, en 1979, un famoso bolso saltó al escenario político y el mundo cambió.

Ese fue el año en que una mujer le arreó un bolsazo a toda una nación con su Asprey de cuero negro declarando: «No hay alternativa.» Cuando Margaret Thatcher «rescató» a su país de la carga de tener que pensar en alternativas, su gesto halló eco al otro lado del Atlántico en un hombre que había perfeccionado su sonrisa presidencial haciendo películas de vaqueros. Mientras la celebración decenal de la falta de alternativas desembocaba en un triunfalista baile disco neoliberal sobre los restos del Muro de Berlín, el vocabulario político dominante se convirtió en una bola de espejos formada por palabras como «visión», «innovación», «flexibilidad» y «motivación», al tiempo que se distanciaba poco a poco de conceptos adultos que ahora adquirían un tono sepia como «solidaridad», «igualdad» y «justicia social». Porque «así es el mundo».

Mientras tanto, en Turquía, todos estos términos, junto con otras doscientas «palabras izquierdistas», fueron oficialmente prohibidos del léxico estatal y eliminados del canal de la televisión pública tras el golpe militar de 1980. Ya fuera a través de la violencia o de la persuasión

neoliberal, el vocabulario establecido utilizado a escala mundial para hablar y pensar sobre el mundo y sobre nuestro lugar en él –independientemente del idioma que uno hable– se transformó en un recinto de arena en el que pudiéramos jugar sin peligro, con el socialismo y el fascismo en extremos opuestos como elementos improbables de la política, y la religión y la filosofía en los otros dos extremos como factores irrelevantes de la ética. La política se redujo a la mera administración, cediendo la tarea de cuidar de nosotros a personas que sabían de números y derivados. Se convirtió en el tipo de bebida amarga que los niños evitan instintivamente; pero si la gente insistía en probarla, se vertían carretadas de cifras en sus vasos para darle una lección. No resulta sorprendente que Nigel Farage dijera: «Soy el único político que mantiene viva la llama del thatcherismo.» Y aunque muchos se enfurecieran cuando el biógrafo de Thatcher, Jonathan Aitken, declaró: «Creo que ella le habría aplaudido en secreto» (a Farage) por su política contra los refugiados, es bastante fácil imaginarse a Thatcher haciendo honor al que fuera su apodo en la década de 1970, arrebatando la leche de manos de los niños sirios y diciendo: «La gente debe empezar por valerse por sí misma.» De manera similar, tampoco Ronald Reagan se mostró menos infantil cuando a su equipo se le ocurrió el eslogan «Hagamos que Estados Unidos vuelva a ser grande» para su campaña electoral de 1980.

El infantil lenguaje político del presente, que parece estar causando una regresión en todo el espectro político –desde la derecha hasta la izquierda–, no es en realidad una reacción contra el *sistema,* sino más bien un factor paralelo a las fracturas ideológicas que surgieron en el seno de este en la década de 1980. La única diferencia significativa entre los precursores y sus sucesores –aparte del ilusorio auge económico que hizo que los primeros parecieran más íntegros de lo que realmente eran y la respuesta a la invasión de refugiados que hace que los últimos parezcan aún más antipáticos de lo que realmente son– es que hoy la voz de la infantil política populista se ve amplificada a través de las redes sociales, multiplicando así más que nunca los cuentos de hadas y permitiendo que los ignorantes se reclamen iguales a las personas bien informadas. Debido a ello, esta vez son lo bastante poderosos como para que su ataque a nuestra capacidad de

pensamiento político y razonamiento básico no tenga límites. Y todos sabemos ya que no les preocupan demasiado las buenas maneras.

«El uso de un lenguaje grosero subraya que está en sintonía con el hombre de la calle. El estilo despreciativo, que a menudo raya en el insulto, remarca su deseo de distanciarse del sistema *político.»**

Aunque esta descripción podría encajar perfectamente con Trump, Erdogan, Wilders y cualquier otro líder populista, en realidad se refiere a Beppe Grillo, antiguo cómico y líder del italiano Movimiento 5 Estrellas. Grillo es solo un ejemplo más de cómo los populistas politizan el denominado lenguaje cotidiano para establecer una línea de comunicación directa con el *pueblo real*. Una vez establecida esa línea el líder levanta el vuelo, lo que le permite dar la impresión de flotar no solo por encima de la política, sino tan alto como desee: el cielo es el límite. Lo que se percibe como la sinceridad, o autenticidad, de la comunicación directa con las masas, y la imagen del líder fundiéndose para hacerse uno con ellas, constituye un ritual político habitual del populismo. Hugo Chávez lo hacía todas las semanas en su programa de televisión personal *Aló, Presidente*; Erdogan lo ha hecho a través de sus propios medios; Grillo realizaba la misma maniobra en su sitio web, y Trump utiliza sus famosos tuits para mantener un contacto directo con su gente sin tener que pasar por el filtro de la *élite mediática*. El único truco importante que el líder populista tiene que dominar consiste en hacer creer a sus partidarios que rechaza a los esnobs elitistas y sus medios de comunicación. Y lo hace incluyendo a dichos medios en su definición de «la élite política», a la que posiciona como un oponente pese al hecho de que son precisamente los medios los que posibilitan su conexión con esas masas.

Es este un nuevo juego político para el que los periodistas no están preparados; un truco populista que Putin y Trump han utilizado en varias ocasiones. El 7 de julio de 2017, durante la sesión fotográfica previa a la reunión cara a cara de ambos mandatarios en la cumbre del G-20 en Hamburgo, Putin se inclinó hacia Trump, señaló a los periodistas presentes en la sala y le preguntó:

–¿Son estos los que le están haciendo daño?

Trump no vaciló en responder:

–Sí, son estos. Ha acertado.

De repente era como si el matón novato y el matón veterano se dispusieran a dar una paliza a algunos de los niños más débiles en el patio de recreo. Los periodistas que habían asistido a la cumbre se quedaron perplejos ante aquel repentino e inédito cambio del foco de atención. Ahora no solo constituían la noticia ellos, sino que además se veían retratados como adversarios en la escena política.

Sin duda, los partidarios de ambos líderes disfrutaron del momento y se deleitaron con la idea de que estaba a punto de empezar una buena pelea –ya fuera al estilo estadounidense o al ruso– para dejar fuera de combate a aquellos mocosos malcriados de los medios. Mientras tanto, los desconcertados miembros de la prensa se encontraron riendo tontamente y bailando impotentes alrededor del ring en su intento de evitar los ataques.

Probablemente los medios de comunicación globales no se habrían mostrado interesados en lo que dijo el primer ministro tailandés Prayut Chan-o-cha en una conferencia de prensa celebrada el 9 de enero de 2018 si este no hubiera puesto una figura de cartón de tamaño natural delante de un micrófono para decir acto seguido a los periodistas allí congregados: «Hagan sus preguntas a este tipo.» Luego abandonó el estrado pavoneándose, como la viva imagen del líder populista alegre y jovial que ha logrado hacer ya un montón de cosas a pesar de que aún no es siquiera mediodía. Los periodistas se quedaron con una embarazosa sonrisa en el rostro, como si un niño hubiera hecho algo escandaloso y no hubiera nada que los adultos presentes pudieran hacer salvo ocultar su embarazo riendo. La BBC recurría a esa misma clase de risa en un tráiler en el que aparecía Trump en una conferencia de prensa acosando verbalmente a una reportera de la BBC –«Aquí hay otra belleza»– mientras los demás periodistas presentes sonreían arqueando las cejas como adultos intimidados en el patio del colegio. Erdogan hace lo mismo, aunque en un estilo más machote característico de Oriente Próximo, reprendiendo de vez en cuando a los miembros de sus propios medios de comunicación y tratándolos jocosamente en vivo y en directo como granujillas –aunque, en este caso,

sus granujillas–, mientras estos exhiben en cada ocasión una sonrisita obediente.

Numerosos críticos y analistas creen que, al exhibir tal grosería, los líderes populistas no hacen sino rechazar la idea de que los medios de comunicación desempeñan un papel esencial en la democracia. No obstante, si se examinan diferentes ejemplos en todo el mundo, uno tiene la impresión de que esta ostentosa ofensiva constituye en realidad un requisito previo para establecer una comunicación directa entre el líder y las masas. Además, en realidad no representa en absoluto un rechazo de los medios, sino más bien un modo de aceptarlos y utilizarlos. La cuestión de si los periodistas son o no capaces de negarse a desempeñar el papel que se les asigna y defender su dignidad personal e institucional es otra historia, una historia que analizaremos en el próximo capítulo. Pero por el momento baste decir que ejercen inequívocamente la función del chivo expiatorio al que hay que atacar cada vez que se necesita demostrar que «Esta es mi gente y me importa un bledo lo que el *sistema* escriba sobre nosotros». El líder ni siquiera tiene que hablar de la terrible naturaleza del Sócrates *perdedor*: despreciar al Aristóteles *opresor* funciona bastante bien.

«Es como hacer un batido sin poner la tapa», escribía un tuitero turco, tratando de describir la imposibilidad de mantener una discusión política apropiada con los partidarios de Erdogan. Obviamente, el sujeto en cuestión se había visto sometido a versiones de la lógica y las tácticas de debate populistas más sofisticadas que las de nuestra anterior conversación con Aristóteles, y, por lo mismo, mucho más difíciles de identificar. Estas varían desde el «¡Y tú más!» hasta toda una serie siempre cambiante de argumentos contradictorios; desde sacar a relucir lo más absolutamente irrelevante hasta mostrarse orgullosamente incoherente. Y cuando la lógica comienza a parecer un batido sin tapa desparramado que gotea por la pared, parece que solo hay dos formas de avanzar: la francesa o la estadounidense.

El 4 de mayo de 2017, *La Dépêche du Midi,* un periódico de Toulouse, calificó de «revelador» el decisivo debate electoral entre Marine Le Pen y Emmanuel Macron realizado en el marco de las elecciones presidenciales. El artículo afirmaba: «A través de mentiras e incesantes interrupciones,

anoche se presentó una llamativa evidencia de que resulta difícil, si no imposible, debatir con la extrema derecha en condiciones de un mínimo respeto democrático.» Los franceses optaron por hacer caso omiso del desastre del batido, probablemente porque están más familiarizados con Albert Camus, que en cierta ocasión dijo: «Un hombre con el que no se puede razonar es un hombre al que hay que temer.»

En cambio los medios estadounidenses, con más humildad que sus homólogos franceses, publicaron algunos artículos que al menos intentaban *tener más juicio* que los infantiles «trumpistas». Paul Thagard, profesor de Filosofía y Ciencias Cognitivas en la Universidad de Waterloo, en Ontario, declaró a Nadya Apraval en una entrevista para el sitio web Popsugar que si uno pretende cambiar la mentalidad de un partidario de Trump, debería «buscar puntos de acuerdo o valores compartidos». Pero ¿qué se puede hacer cuando la vulgaridad y la ignorancia se convierten en valores apreciados?, ¿cómo puedes comunicarte con alguien que acepta la hipocresía y la incoherencia de su líder como una táctica empleada por el bien de su gente?

Mientras la opinión pública lidia con estas cuestiones fundamentales (cuestiones que no solo sacuden los fundamentos en los que se sustentan las buenas maneras, sino también el consenso básico en torno a ellas), el movimiento populista se dedica a reclutar intelectuales y líderes de opinión que resultan mucho más elocuentes que el interlocutor que lograba desubicar a Aristóteles antes en este capítulo. Esos nuevos reclutas habrían dejado a Aristóteles sumido en una profunda tristeza al darse cuenta de que eran colegas suyos, miembros de su propia Academia, adultos cultos, y no los ignorantes de Atenas. Algunos de ellos incluso podían ser personas a las que consideraba sus amigos.

Sus rasgos no parecerían tan «rurales» si sus gafas no fueran tan ostentosamente modernas. Su acento no sonaría tan «provinciano» si su audacia no resultara tan incendiaria y vulgar. Viste un comedido traje islamista de nuevo rico, y exhibe un enorme anillo otomano que en anteriores ocasiones debió de haberle funcionado con las mujeres a las que conoció, puesto que no puede dejar de jugar con él. Aunque lleva

aproximadamente un año pidiendo este nombramiento y haya sido rechazado en numerosas ocasiones, habla con cierta impaciencia, como si estuviera demasiado ocupado para dedicarme tiempo: una actitud muy utilizada en el mundo de los negocios que aspira a dañar la autoestima de los demás. Corre el verano de 2006, y estamos en uno de los cafés de moda de Estambul. Yo me limito a quedarme allí sentada escuchando, no solo porque la conversación me desagrada profundamente, sino porque él no para de hablar como si quisiera recordarme constantemente lo importante que es y cuánta influencia tiene *el movimiento* en los medios. Es evidente que confunde mi expresión impasible con la aprobación, ya que poco a poco se va expresando cada vez con más franqueza, hasta que finalmente llega al meollo del asunto.

–Entonces, para ir al grano, usted escribe cosas buenas sobre nosotros en su columna y a cambio nosotros le ayudamos. La conocemos muy bien, sabemos que no le interesa el dinero ni la publicidad. Pero... Bueno, permítame decirlo así: un grupo del movimiento irá al sur de África en visita oficial, y solo un periodista podrá entrevistar a Desmond Tutu, ya sabe a qué me refiero.

Su torpe sonrisa mafiosa me paraliza, y me limito a decir: «¿Ah, sí?», lo que aparentemente él interpreta como una invitación a explicarse con más detalle, de manera que profundiza un poco más.

–Como sabe, en realidad este movimiento no va de religión. Para serle sincero, yo también miro a las mujeres y a las chicas.

En ese momento baja su mirada hacia mis pechos, sonriendo abiertamente como si acabara de hacer algún tipo de revolucionaria declaración libertaria.

–Va de poder y de dinero. Bueno, pero eso usted ya lo sabe: ¡no deja de escribir sobre ello todo el tiempo! ¡Ja, ja, ja!... Así que, como le he dicho, usted nos apoya y nosotros la ayudamos, ya sabe a qué me refiero.

¡Pobre hombre!, sencillamente es incapaz de anticipar lo que va a suceder.

–¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve! –grito, aporreando la mesa.

Varias cabezas se vuelven hacia nosotros, mientras su cuerpo se encoge

en su reluciente traje y retorna a sus raíces provincianas, a la época anterior a que el partido gobernante le invistiera de poder.

Cuando la ira y la indignación bullen lo suficiente en mi interior, tiendo a repetirme. De modo que, antes de abandonar el café hecha una furia, grito de nuevo:

–¡Cómo se atreve!

Desde ese momento, concretamente a partir del día siguiente, mi persona se convierte en una especie de obsesión para los periódicos y sitios web que apoyan al gobierno. Durante más de diez años soy la malvada mujer de las mil caras. Un día soy una espía iraní; otro, la concubina de un jeque saudí; un día traiciono al país conspirando con los *taimados británicos* o los *traicioneros alemanes*, y al siguiente me dedico a organizar yo solita la revuelta de Gezi, viajando a la capital turca para hablar con enemigos extranjeros «en el vuelo TK-768, asiento 7C». Cuando no se les ocurre ninguna idea creativa, o no logran seguir mis pasos lo bastante de cerca como para saber mi número de asiento en el avión, se limitan a verter contenido irrelevante en Twitter con algún titular escandaloso sobre mí, confiando en que casi nadie leerá el tuit en sí, pero, si se repite lo suficiente, la calumnia acabará cuajando.

De modo que, como mínimo, mi experiencia con el lacayo del café, y los años de maltrato verbal y escrito que siguieron, me ayudaron a entender cómo los movimientos populistas de derechas intentan arrastrar a su bando a los intelectuales de izquierdas con el objetivo de forjar alianzas temporales que los legitimen a ojos de la opinión pública en general. No hay aquí sofisticación, ni sutileza, ni apenas contenido intelectual. Como dijo en cierta ocasión un famoso entrenador de fútbol turco: «¡Nada de tácticas! ¡Bam, bam, bam!» Yo siempre había imaginado que el proceso seguiría algún tipo de protocolo de reclutamiento estilo servicio secreto, pero en realidad resulta tan cutre y repugnante como cualquier negocio sucio. Los representantes del movimiento, una especie de departamento de recursos humanos, te piden una cita, tú te sientas en una mesa, ellos te sueltan su verborrea mafiosa de tres al cuarto, tú aceptas el trato, y de repente tu vida se vuelve próspera; o no lo aceptas, en cuyo caso te ves en la tesitura de tener que explicar a la gente que no eres una esclava sexual en

un palacio saudí y que en realidad estás en la plaza Tahrir siguiendo las protestas.

El encuentro del café tuvo lugar en un momento en el que Erdogan y su partido eran elogiados tanto dentro como fuera del país, de modo que no habría resultado tan embarazoso para mí como en los años posteriores aceptar aquel pacto, abandonar la mesa con un apretón de manos en lugar de con un grito, y luego ver mi rostro adornando las vallas publicitarias mientras se me anunciaba a bombo y platillo como una destacada líder de opinión. Para algunos, la justificación para forjar semejante alianza residía en un resentimiento compartido hacia la férrea administración militar. Para otros era el entusiasmo por restablecer los lazos de Turquía con los países de Oriente Próximo. Otros quizá creían que la cooperación podría servir para aportar una solución al conflicto kurdo, o confiaban en la nueva Constitución liberal que Erdogan había prometido *personalmente*. Por todas estas razones, y otras más, resultaba fácil para los líderes de opinión convencerse de que Erdogan era simplemente un hombre fuerte que necesitaba algo de apoyo de *auténticos adultos* así como algunos consejos bien fundamentados; en otras palabras, *sus* consejos. De modo que se convirtieron en los *sabios* de la época, y el mero hecho de ser invitados al avión de Erdogan para disfrutar de la tibia aureola que confería el hecho de gozar del favor del príncipe ya era recompensa suficiente para ellos. Puede que algunos aplicaran su elevada teoría política a la *realpolitik* del momento, y quizá creyeran genuinamente a nivel intelectual que, una vez se diera voz al oprimido *pueblo real*, este se convertiría en agente activo de una democracia liberal. También es posible que creyeran que el provincianismo politizado sería respetuoso con los derechos de los demás una vez se les diera la oportunidad de vivir plenamente su provinciano estilo de vida.

Pero en términos generales todos esos analistas tomaron parte en un juego político en el que sobrestimaron su propio papel. En el momento en que el partido populista empezó a colonizar el sistema judicial y se iniciaron procesos contra generales del ejército con falsas acusaciones, yo estaba hablando con uno de los columnistas periodísticos recién alineados,

un hombre que allá por la década de 1970 había sido un destacado líder de opinión izquierdista.

–Esto es peligroso –le dije–. Están politizando un sistema legal ya deteriorado, y usted está apoyando ese proceso. ¿No teme que al final eso pueda pasarle factura?

Él, que era al menos veinticinco años mayor que yo, procedió a darme unas cuantas lecciones de vida:

–Bueno, cariño, librémonos primero de estos hijos de puta del ejército, y luego ya nos encargaremos de Erdogan.

–Pero ¿cómo? ¿Con qué apoyo? ¿Con qué poder? –pregunté.

Me obsequió con esa sonrisa paternalista y compasiva que toda mujer joven conoce tan bien, y me dijo:

–¡Eres muy ingenua, querida! Esto es política. Forjas unas alianzas. Y luego forjas otras nuevas.

Al poco tiempo le dieron su propio programa de entrevistas en la televisión estatal.

Sin embargo, unos años después casi todos los intelectuales que habían apoyado a Erdogan o bien se exiliaron a otros países europeos, o bien terminaron en la cárcel. Algunos de ellos lograron reinventarse en países occidentales como miembros *engañados* de la oposición, forjando nuevas alianzas para proseguir su trayectoria profesional en el extranjero como las espectaculares víctimas de un dictador espectacular. Y el lacayo que en aquel café me había ofrecido un futuro próspero, antaño una figura prominente del movimiento Gülen –durante largo tiempo el más estrecho aliado de Erdogan–, pasó a convertirse luego en un *enemigo del pueblo real*, perseguido sin descanso internacionalmente por el presidente. Desapareció. Porque esto es política, *cariño*, y Erdogan había forjado nuevas alianzas, *ya sabes a qué me refiero*.

Tal vez alguien debería hablarle de estos pequeños Maquiavelos caídos al presentador de la CNN Fareed Zakaria, que el 7 de abril de 2017, al saber que Estados Unidos había bombardeado Siria, declaró alegremente: «¡Esta noche Trump se ha convertido en el presidente!» O al periodista y autor Jonah Goldberg, republicano y acérrimo crítico de Trump antes de las elecciones, que tras la investidura cambió de opinión y afirmó que

«[Trump] debe contar con nuestra aprobación en las cosas importantes»,* ignorando que quizá el nuevo presidente podía no sentir la necesidad de pedir consejo. O a Thomas Friedman, el columnista del *New York Times* que comparó la elección de Trump con Pearl Harbor y el 11-S antes de pasar a apoyarla solo porque le gustaba la idea de restringir la inmigración con un muro. O al difunto dramaturgo y premio Nobel Dario Fo, que apoyó a un populista como Beppe Grillo porque creía que Italia necesitaba «un fantasioso surrealista».

Actualmente varios intelectuales europeos han expresado un cinismo similar, intelectualizando la locura con el pretexto de hacer tambalearse al *sistema corrupto* y culpando a otros intelectuales de estar *desconectados de la realidad* y del *pueblo real*. Es fácil sacarse este truco de la manga cuando un escaso grupo de personas lúcidas tienen que enfrentarse a millones de fantasiosos surrealistas y además resulta que los primeros están empezando a dudar de sí mismos, haciéndose constantemente la pregunta: «¿Estoy desconectado?»

El 30 de noviembre de 2016, seiscientos periodistas internacionales de alto nivel abarrotaban el auditorio de conciertos Koncerthuset de Copenhague, que sin embargo permanecía silencioso como una tumba. Nigel Farage, el orador encargado de dar el discurso inaugural del simposio de News Xchange que allí se celebraba, estaba tan encantado de que el moribundo no fuera él, sino el público, que gritó: «¡Anímense! ¡Esto no es un funeral!»

Pero nadie se animó. Para cuando Farage inició su exultante presentación sobre el ya malogrado título del simposio, «¿Estamos desconectados?», las sonrisas sarcásticas que habían abundado antes del referéndum del Brexit y de las elecciones estadounidenses se habían visto reemplazadas por rostros serios e impasibles y por la constatación de que no era un solo hombre sino millones de personas quienes ondeaban aquella misma bandera. Frente al silencio de los periodistas, Farage podía permitirse el lujo de pasárselo bien, y, tras señalar lo extremadamente desconectada que estaba la prensa del pueblo real, procedió a darles amablemente una lección de periodismo.

La respuesta fueron los habituales contraataques por parte del resto de los

participantes en el debate y de algunos distinguidos miembros del público, pero estos no lograron acorralar a Farage y su discurso. Las herramientas que utilizaron fueron las mismas que habían adoptado muchos otros para poner de manifiesto la verdad sobre aquella clase de figuras políticas: contrastar los hechos, exigirle responsabilidades, promover un periodismo constructivo, e intentar avergonzarle y borrar aquella sonrisa de su rostro llamándolo mentiroso y xenófobo.

Yo era uno de los participantes en la mesa redonda, y no pude menos que sonreír amargamente al pensar en cómo todos aquellos brillantes periodistas todavía tenían que sufrir la desesperación de comprender que sus tácticas venían a ser como jugar al ajedrez contra una paloma, por tomar prestada la expresión que alguien utilizó en cierta ocasión para describir lo que suponía debatir sobre la evolución con un creacionista: la paloma derribará todas las piezas, se cagará en el tablero, y luego saldrá volando, atribuyéndose orgullosa la victoria y dejándote a ti la tarea de tener que limpiar la mierda. Por algo Garri Kaspárov, el excampeón mundial de ajedrez, abandonó Rusia para irse a vivir al extranjero después de jugar una espantosa partida con Putin.

Cuando Farage se marchó, anunciando, como si quisiera ausentarse de una fiesta mortalmente aburrida, que se iba a Washington a reunirse con Donald Trump, los centenares de periodistas allí reunidos apenas acababan de iniciar las que serían dos largas jornadas dedicadas a flagelarse por lo desconectados que estaban.

No sabían que todavía habían de sufrir un segundo y decisivo ataque: la humillación, la burla y el descrédito por parte de prominentes figuras públicas, intelectuales y periodistas. La auténtica quema de brujas aún no había comenzado.

Cuando eres Meryl Streep y un presidente como Trump te califica de «sobrevalorada», dos iconos de la modernidad como Robert De Niro y George Clooney pueden acudir a rescatarte y convertir el humillante ataque en un chiste de escala global. Pero el resto de nosotros, que tenemos amigos menos apuestos, o que nos enfrentamos a un líder populista que sabe perfectamente que es mejor empezar la campaña de desprestigio atacando a

figuras públicas más débiles, nos sentimos como si estuviéramos luchando a espadazos contra fantasmas.

En 2012 el acoso en la red todavía no era «algo concreto». Así que, cuando respondí a un ataque masivo en las redes sociales tuiteando «El gobierno ha librado una guerra contra figuras públicas de la oposición con su ejército de troles. Se está atacando especialmente a mujeres periodistas, incluyéndome a mí», la respuesta fue aún más burlona: «¡Vaya! ¿Tan importante te crees?»; «¡Mira, ahora se pone paranoica!». Comprendí que estaba atrapada en un bucle virtual del que una persona *real* no podía escapar con respuestas emocionales normales, y que intentar igualar el sarcasmo y la ironía de mis maltratadores con los míos propios sería meterme en un callejón sin salida, ya que –como veremos en los próximos capítulos– ellos siempre pueden superar tu sarcasmo con su vulgaridad.

Cuatro años después, la presentadora de televisión sueca Alexandra Pascalidou aparentemente sintió lo mismo cuando declaró al *Sydney Morning Herald*, el 24 de noviembre de 2016: «Algunos dicen pasa de ello, es solo la red. Eso no cuenta. Pero sí cuenta, y está teniendo un impacto real en nuestras vidas. El odio duele. Y a menudo alimenta la acción en la vida real.» Esta es una de las razones por las que en 2016, cuando el discurso populista empezó a contaminar la política austriaca, las periodistas del país aunaron sus fuerzas para hacer campaña frente al maltrato en la red. Ese mismo año, el Instituto Internacional de Prensa publicó un informe titulado «Contrarrestar el maltrato de las mujeres periodistas en la red». Posteriormente se ha recabado la atención de la Unión Europea sobre el tema, con la demanda de que se establezcan nuevas regulaciones al respecto. Sin embargo, aun en el caso de que se aprueben las leyes adecuadas, y por más que uno esté dispuesto a dedicar su vida entera a llevar a juicio a los autores de todos y cada uno de los cientos de miles de tuits injuriosos que se publican, ¿cómo llegar a la raíz de tal desvergüenza?

Al tiempo que las figuras públicas disidentes se ven asediadas por ese interminable ruido de fondo, el debate también se ve obstaculizado por los conceptos de nuevo cuño conjurados por los líderes de opinión y analistas del movimiento, como «presión vecinal»,* «laicos ansiosos»,** o, como ha calificado Trump a los demócratas, «obstruccionistas fracasados».***

Mientras se esquiva a los medios críticos y a las voces de la oposición mediante un bombardeo por parte de los líderes de opinión populistas, los nuevos conceptos se filtran a los ejércitos de troles y se simplifican, multiplican y utilizan como munición para colonizar el ámbito de las comunicaciones políticas. Al poco tiempo la comunicación se sume en el caos, transformando la forma de hablar de los intelectuales y convirtiéndolos en pandilleros semánticos. La actividad intelectual pasa a ser una mera cuestión de reaccionar a los diversos fragmentos del discurso populista con sarcasmo en un intento de combatirlos con sus propias armas. El lenguaje del debate político se reduce a una especie de lucha libre donde todo está permitido, hasta que incluso los intelectuales más prominentes terminan bailando al son de los populistas.

«No estoy seguro de que lo que estamos haciendo todavía pueda llamarse trabajo intelectual», me decía mi amigo Özgür Mumcu. Corría el invierno de 2018, y él se quejaba de que, a pesar de ser un popular columnista político al que se invitaba con frecuencia a participar en debates políticos en televisión, eso no significaba que la gente realmente leyera o escuchara lo que escribía o decía. Estaba convencido de que sus lectores y seguidores en las redes sociales se hallaban más interesados en saber si sus airadas frases estaban a la altura de lo que esperaban como respuesta al discurso populista. «Mientras emplees el mismo cinismo adolescente y utilices las mismas técnicas de combate, ni a los lectores ni al público les importa un pepino que tus palabras tengan enjundia o no. Simplemente quieren que ganes porque tú eres su luchador en la jaula, y no hay más.»

Unos meses después de la conversación con Özgür Mumcu, la lucha libre de la que él hablaba se convirtió en un asunto global gracias al antiguo estratega de Donald Trump y estrella de la derecha alternativa Steve Bannon, y a los eventos de primer orden a los que este fue invitado. El Open Future Festival del *Economist* en Londres, el Festival del *New Yorker*, el Festival NewsXchange en Edimburgo y la Oxford Union Society lo invitaron a asistir a sus debates. Tales invitaciones suscitaron numerosas protestas y llevaron a otros invitados prominentes a cancelar su asistencia. Los gigantes intelectuales se encontraron divididos entre la necesidad de

derrotar a la bestia del populismo de derechas en un combate de lucha libre y la impresión de verse rebajados a su mismo nivel al aparecer en el mismo escenario. Algunas organizaciones cancelaron los combates que ya tenían programados debido a las protestas, mientras que otras como la Oxford Union insistieron en que el fascismo es solo una más en el libre mercado de las ideas, y se lo puede refutar mediante la argumentación racional.

Independientemente de lo que sucediera en esos eventos, el de Bannon fue el único nombre que quedó grabado en la mente de la gente, dejando manchada o desvaída la reputación de los demás participantes, ya fueran reacios o entusiastas. Y lo que es más importante: el estamento intelectual establecido se debatía en torno a la cuestión de si a Bannon y los de su ralea había que combatirlos en «nuestro» territorio o no, transformando así ese territorio en mero escenario de una disputa infructuosa e imposible. Mientras tanto, a Bannon se le obsequiaba con el inestimable honor de ser «el hombre que aterrorizaba él solito a toda la élite intelectual de Europa».

En la medida en que la prominencia del intelecto progresista se ve poco a poco reducida a ganar puntos frente a un oponente en las redes sociales o en la pantalla de televisión, la cuestión de la respetabilidad se convierte en un problema para los críticos del populismo. Paralelamente, mientras el movimiento populista gana poder, la cantidad de intelectuales que se alinean con los líderes populistas aumenta; no porque apoyarlos resulte menos vergonzoso, sino porque ha pasado a ser algo normal. De ahí que los miembros del Congreso estadounidense se pusieran en pie para ovacionar a Donald Trump tras su discurso sobre el Estado de la Unión en enero de 2018, algo que les habría parecido inimaginable a muchos congresistas solo un año antes, cuando Trump entró por primera vez en la Casa Blanca.

El poder de la normalidad numérica alienta aún más el alejamiento de la racionalidad y expande los límites de la vulgaridad hasta que esta llega a invadir por completo la esfera pública. Uno apenas advierte la gravedad del daño causado a la libertad de pensamiento y a la libertad de expresión hasta que llega el día en que, por ejemplo, se presenta una importante petición en contra del líder populista y uno se sorprende a sí mismo esforzándose por encontrar nombres prominentes que no se hayan visto contaminados por la lucha libre o hayan enloquecido por el caos. Y al final resulta que no se le

ocurre ninguno. La voz crítica queda huérfana en la esfera pública, y las masas opositoras se convierten en una silenciosa nave a la deriva sin un faro que las guíe mientras pierden a sus líderes de opinión. Su desesperación se agrava aún más cuando comprenden que la centrifugadora del discurso dominante ha absorbido a quienes creían que tenían más juicio. Paralelamente, el discurso mediático populista se ve amplificado y reiterado hasta tal punto que hasta los sectores opuestos de la sociedad empiezan a perder de vista sus asesinatos en serie contra la racionalidad. Entonces es cuando uno se encuentra, finalmente, demasiado exhausto para decir: *«Bueno, no fue así. Lo sabe, ¿verdad?»*

No hay ninguna ley que impida que el lenguaje político populista de derechas invada y destruya la esfera pública. En consecuencia, cuando las voces disidentes se atragantan de ira, se quedan exhaustas por los incansables ataques de los *apparátchik* del partido y se desquician ante la ambigüedad del siempre cambiante discurso populista, su último recurso es mendigar unas mínimas maneras éticas y gritar en la calle o en las redes sociales: «¡Tengan un poco de decencia!» Y en un determinado momento también eso podría haber funcionado.

«¿Es que ya no le queda ningún sentido de la decencia?», preguntó el abogado estadounidense Joseph Welch el 9 de junio de 1954. Welch era el asesor jurídico principal del ejército, que estaba siendo investigado por presuntas actividades comunistas en las denominadas «audiencias Ejército-McCarthy» del Senado. En una de las sesiones, transmitidas por televisión, el senador Joseph McCarthy lanzó un ataque contra un joven empleado del bufete de Welch en Boston. Ante la asombrada audiencia televisiva, Welch respondió con las inmortales palabras que en última instancia acabarían con la carrera de McCarthy: «Hasta este momento, senador, creo que no había llegado a calibrar realmente su crueldad o su imprudencia.» Cuando McCarthy trató de continuar su ataque, Welch le interrumpió airado: «No sigamos asesinando a este muchacho, senador. Ya ha hecho usted bastante. ¿No tiene ningún sentido de la decencia, señor?» Tras una prolongada caza de brujas anticomunista que había durado cuatro años, la pregunta de Welch provocó el desvanecimiento de la popularidad de McCarthy prácticamente de la noche a la mañana.

Pero esa época ha quedado atrás. El mundo se ha transformado drásticamente desde que Joseph Welch cambiara la historia estadounidense simplemente haciendo una pregunta. Y en las últimas décadas las venas de la racionalidad se han hinchado de furia pidiendo –en vanoun poco de vergüenza, mientras los populistas se han limitado a ensanchar aún más su sonrisa y enorgullecerse de su victoria. Finalmente hemos perdido lo que Albert Camus denominaba «la antigua confianza [que] el hombre tenía en sí mismo, la cual le llevó a creer que siempre podía suscitar reacciones humanas en otro hombre si le hablaba en el lenguaje de una humanidad común». Así que no es de extrañar que cada vez más y más personas se rindan ante el cansancio del niño que solo quiere que llegue el final del cuento para poder irse a dormir.

3. ELIMINA LA VERGÜENZA: EN EL MUNDO DE LA POSVERDAD LA INMORALIDAD «MOLA»

En otoño de 2017, una nueva teoría *científica* de un miembro de la organización juvenil del AKP causó un repentino furor en Turquía. Su artículo, publicado en el sitio web del partido, sostenía que en realidad la Tierra es plana, y que la teoría del mundo esférico es una conspiración impuesta al pueblo real por el Vaticano, los sionistas, los masones y otros poderes malignos. Al día siguiente aparecieron montones de artículos en los periódicos progubernamentales explicando los fundamentos filosóficos de la teoría, y todos ellos compartían en última instancia la misma conclusión: que la ciencia es solo un relato entre muchos, solo una verdad más. Los troles del gobierno solo tuvieron que difundir esta absurda idea a través de las redes sociales para que se convirtiera en objeto de debate. En cuestión de horas, miles de troles y enardecidos necios clamaban a voz en grito, a la manera revolucionaria, contra los científicos opresores, protestando contra el cruel dominio de la ciencia. La exasperante arrogancia de los ignorantes celebraba una nueva fiesta; una de las muchas que había celebrado desde que su líder Erdogan, que cree que la evolución es «solo una teoría» que no debemos tomarnos demasiado en serio, llegó al poder. Y, una vez más, muchos ciudadanos turcos, desconcertados ante la ilimitada confianza en sí mismos de los ignorantes, trataban desesperadamente de mantener las buenas formas al intentar defender el carácter singular de la verdad.

Varios meses después, el 21 de febrero de 2018, David Hogg, de diecisiete años de edad, empezó a decir: «Es...», y luego se detuvo para encontrar la palabra apropiada, antes de terminar eligiendo «increíble». Hogg era uno de los supervivientes del tiroteo masivo producido siete días antes en el instituto de secundaria Marjory Stoneman Douglas de Florida, que había costado la vida a diecisiete personas entre estudiantes y empleados. Hablaba para la cadena CNN International, respondiendo al ataque de un grupo de troles que afirmaban que el tiroteo era una patraña y

que él mismo no era más que un actor. Tras expresar su preocupación por la violencia con armas de fuego, los troles estadounidenses solo habían tardado unos pocos días en sentarlo en el banquillo de los acusados. David Hogg se vio obligado a demostrar que no estaba actuando en nombre del grupo de presión contrario a las armas de fuego, y que su padre, antiguo agente del FBI, no le había instruido para hablar contra Donald Trump. Y finalmente, acorralado por el aluvión de mentiras, incluso se vio forzado a demostrar que realmente era alumno del instituto, lo que hasta entonces había creído que era un hecho incuestionable, como la redondez de la Tierra.

En los últimos años, innumerables personas en varios países se han encontrado en una posición similar, obligadas a defender la verdad contra quienes simplemente no tienen ganas de creerles. Librar las más encarnizadas batallas en torno a cuestiones de mera comunicación básica se ha convertido en algo rutinario, primero en las redes sociales y luego en las pantallas de televisión. Ante la ausencia de leyes de guerra que regulen el comportamiento en esas batallas, los saqueadores de la verdad han arrasado sin cortapisas. Las mentiras que han rebautizado como «hechos alternativos» se han multiplicado a tal velocidad que ha sido como si hubiera un bufé libre en el que uno puede limitarse simplemente a elegir qué le apetece creer. Mientras los defensores de la verdad observaban impotentes, los saqueadores no han tenido la menor vergüenza en apilar un plato tras otro de historias inventadas, ideas sin fundamento y teorías que no muestran ningún respeto por el sentido común ni por los conocimientos acumulados durante siglos. Y en 2016, cuando los diccionarios dieron finalmente nombre a ese caos –la «posverdad»–, entramos en una nueva era. O muchos lo creyeron así.

Las mentiras, y la sustitución de la verdad por meros disparates, son en realidad tan antiguas como la narración de historias. Probablemente se remontan a aquel *Homo sapiens* listillo que presumió de haber matado él solito al mamut más grande con una lanza cuando en realidad se había quedado en la cueva disfrutando de su nuevo juego de carboncillos mientras

los auténticos cazadores estaban fuera intentando traer comida a casa. Y cuando los humanos descubrimos por primera vez lo fácil que resultaba reescribir la historia, lo que coincidió con la invención de la escritura en Babilonia, ya no hubo vuelta atrás. Desde entonces los gobernantes pasarían a ser los dueños del poder mágico de la palabra, y, como los leones no podían contar su propia historia, seguimos escuchando la que glorifica al cazador, como reza el proverbio africano. De ahí que, cuando en 2016 los diccionarios empezaron a recoger el término –inicialmente en inglés, y luego en otros idiomas–, la posverdad ya no era ninguna novedad para los leones, las mujeres, los niños y todas las personas indefensas, deshumanizadas, marginadas e ignoradas, que durante miles de años no han dejado de formular estupefactos la pregunta que se ha convertido en el coro de nuestra época: «Pero ¿cómo pueden decir eso?» Esta vez, no obstante, la víctima es distinta. Ahora son los establecidos y los poderosos los que experimentan lo que se siente al ser objeto de mentiras descaradas. La verdad ya no es un venado en el coto del rey que solo pueden matar quienes se sientan en el trono.

Por desgracia, en la medida en que se debilitaba el antiguo monopolio de creación de la verdad, los ignorantes también socavaron la autoridad de la ciencia, el sentido común y el consenso moral básico, todo lo cual constituyó el botín de los combatientes de esta nueva guerra entre los líderes establecidos de la democracia liberal y los nuevos caudillos, los líderes populistas de derechas. En una era caracterizada por el todo vale, los saqueadores gozaron del permiso y, de hecho, del aliento de sus líderes para atacar todo lo que el viejo mundo consideraba bueno y correcto, desde la democracia participativa hasta la redondez de la Tierra o el consenso generalizado acerca de que no hay que matar a niños en las escuelas. La caballería de los ejércitos de troles lideró la campaña de unos «tontos útiles» que se hallaban ya exultantes por su recién descubierto poder. De manera similar al cruel soberano babilonio Hammurabi, que gozó del privilegio de escribir que él era «el rey de la justicia», los líderes autoritarios se presentaron a las masas como los verdaderos demócratas. A la larga, los ejércitos de la «verdad alternativa» se hicieron lo bastante fuertes como para alterar las realidades políticas a base de mentiras y

construir lo que aparentaban ser nuevos países basados en el sinsentido. Cuando finalmente el pánico se apoderó de la esfera política –cuando toda una serie de datos estadísticos inventados, como que «los musulmanes se reproducirán hasta convertirse en mayoría en Europa en el plazo de diez años», o teorías conspiratorias increíblemente ignorantes se multiplicaron hasta llegar a hacerse más poderosos que el análisis bien fundamentado–, se hizo fácil olvidar que habían sido los reyes de los últimos tiempos los que habían sentado las bases de esos crímenes contra la verdad.

El espectro de la verdad alternativa –mentiras a gran escala y extremadamente organizadas– que hoy atormenta al *sistema* vino precedido por la normalización de la desvergüenza. Y esa desvergüenza organizada, cuando hizo su primera aparición en la faz de la tierra, vino acompañada de uno de los espectáculos más dramáticos de toda la historia humana. Una noche de enero de 1991 encendimos nuestros televisores y ante nuestros ojos se produjo un terremoto que cambiaría la forma de nuestros corazones.

Ese mes de enero la población del globo quedó hipnotizada por la imagen de los misiles Scud volando por encima de Christiane Amanpour mientras esta informaba en directo sobre la invasión aliada de Irak para la CNN. De repente era moralmente correcto hablar de lo emocionante que resultaba el avance tecnológico que nos permitía ver una guerra en televisión en vivo y en directo. Un bombardeo real en un país real se convirtió en un espectáculo para los televidentes de todo el mundo, mientras que solo diecinueve años antes, en 1972, una sola foto de la Guerra de Vietnam había bastado para que miles de estadounidenses salieran a la calle a expresar su indignación moral. La foto de Nick Ut de la niña vietnamita desnuda con la carne quemada y huyendo de un ataque con napalm se hizo en un mundo en blanco y negro en el que lo bueno y lo malo, lo feo y lo hermoso, aún no se habían desdibujado, y mucho menos se habían visto reemplazados por sus opuestos. De ahí que el presidente Nixon intentara impedir la publicación de la foto por temor a la reacción de la opinión pública. En cambio, solo dos décadas después los grandes medios transmitían con orgullo la Guerra de Irak las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana, sabedores de

que las imágenes de niños moribundos ya no generarían ni tal vergüenza ni tal indignación.

Así se inició un enorme cambio en las placas tectónicas de la percepción humana del mal. Se abrió una grieta en el continente de la verdad, dividiéndola en islas separadas de realidad. Como humanidad, ya no compartíamos todos la misma y única verdad, lo que significaba que las tragedias de otras personas no generaban necesariamente una respuesta emocional dentro de nuestra isla de realidad personal. Nuestra percepción del mal empezó a evolucionar de tal modo que ya no hacía falta la tradicional «deshumanización del enemigo»: el sufrimiento del otro era sencillamente irrelevante.

Luego, después de la Primera Guerra de Irak, llegó el conflicto de la antigua Yugoslavia. Solo cinco décadas después de la Segunda Guerra Mundial, en este nuevo mundo hizo falta otro genocidio y las imágenes de nuevos campos de concentración para que volviera a entrar en juego la vergüenza y la gente se viera finalmente forzada a reconocer el horror producido en las «islas» de otras personas. De hecho, fue entonces cuando se utilizó por primera vez el término «posverdad». En 1992, Steve Tesich, en un artículo para *The Nation*, escribió:

> Nos estamos convirtiendo rápidamente en unos prototipos de personas con los que los monstruos totalitarios solo podrían babear en sueños. Hasta ahora todos los dictadores han tenido que esforzarse mucho para reprimir la verdad. Nosotros, con nuestras acciones, estamos diciendo que eso ya no es necesario, que hemos adquirido un mecanismo espiritual que puede despojar la verdad de cualquier significado. De manera esencial, nosotros, como personas libres, hemos decidido libremente que queremos vivir en un mundo de posverdad.

En aquel momento el prefijo «pos» (o «post») estaba bastante de moda, con el término «posideología» como uno de los ejemplos más en boga. Y probablemente era demasiado pronto para que Tesich comprendiera que estar ciego a los hechos o a la verdad no era necesariamente una opción libre elegida por personas libres. Lejos de ello, era más bien una mutación forzada de la mente humana para adaptarla a la nueva configuración moral de nuestro tiempo, donde la vergüenza y la compasión pasaban a convertirse en responsabilidad del individuo, dejando de ser asunto de las instituciones políticas.

El principio del fin, la desintegración irreversible del continente de la verdad en islas de realidades separadas, vino con los ataques de Occidente a Afganistán tras el 11-S. Solo unas semanas después del primer bombardeo, en 2001, la CNN International empezó a promover Afganistán como destino turístico para quienes querían disfrutar de una emoción *real*. Supuestamente eso formaba parte de un programa de reconstrucción, iniciado de forma prematura y destinado a convertir el país en un destino especializado en deportes extremos después de la guerra. Aparentemente no había nada inmoral en planificar tus vacaciones en una isla de realidad de otra persona solo porque esta estuviera inoportunamente abarrotada de cadáveres. En los años posteriores la idea de recorrer las islas de las realidades sangrientas de otras personas se hizo tan normal que el 3 de octubre de 2017 el entonces ministro de Exteriores británico, Boris Johnson, pudo decir complacido que la ciudad libia de Sirte podía convertirse en «la próxima Dubái», añadiendo un pequeño consejo turístico: «Lo único que tienen que hacer es retirar los cadáveres.»

Después de Afganistán, dado que las islas de realidad ya estaban separadas, fue posible ensanchar la brecha y forzar los límites de la creación de nuevas «verdades». El 5 de febrero de 2003, el entonces secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, mostró un tubito lleno de líquido de vivos colores en una reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en Nueva York. Empezó a hablar de centrifugadoras, uranio, instalaciones nucleares... y lo siguiente que supimos es que de nuevo empezaron a llover bombas sobre Bagdad. La transformación mental y moral que permitió esta monumental operación de posverdad quedó patente en 2004 en el *New York Times Magazine*. En un artículo firmado por Ron Suskind se reproducían las palabras de un asesor anónimo del presidente George W. Bush: «El asesor me dijo que los tipos como yo estábamos instalados "en lo que nosotros llamamos la comunidad basada en la realidad", que él definía como las personas que "creen que las soluciones surgen del estudio juicioso de la realidad discernible... Pero en realidad el mundo ya no funciona así", prosiguió. "Ahora somos un imperio, y cuando actuamos creamos nuestra propia realidad. Y mientras usted estudia esa realidad –juiciosamente, si quiere–, nosotros actuaremos de nuevo, creando

otras nuevas realidades que también podrá estudiar, y así es como se organizarán las cosas. Nosotros somos los actores de la historia... y usted, todos ustedes, se limitarán a estudiar lo que hacemos.”» *Un día perfecto en la cueva* para disfrutar del nuevo juego de carboncillos.

Aquella fue la última vez que esos humanos descritos burlonamente como «basados en la realidad» expresaron en masa su rechazo a la división de la realidad e intentaron mantener unidas las fragmentadas islas de la humanidad. Las protestas realizadas en todo el globo formaron la mayor manifestación contra la guerra de toda la historia de la humanidad. Por entonces ignorábamos que los eslóganes de «No a la guerra» que recorrieron todas las capitales del mundo en realidad representaban el canto del cisne de la moral en la política global. Pese al épico apoyo recibido, el movimiento contra la guerra fracasó en todos los países salvo en uno: Turquía. Cuando los pacifistas lograron evitar que el gobierno de este país se uniera a la coalición, yo celebré con orgullo esta hazaña en mi columna (dado que además era uno de los dos portavoces del movimiento), ante la desaprobación de los decepcionados columnistas probélicos que escribieron sobre la «oportunidad perdida» utilizando la jerga empresarial y culpando vehementemente a las personas como yo de ser infantiles. Según la nueva configuración moral dominante ya plenamente desarrollada, se suponía que nosotros, las personas que nos habíamos sentido demasiado avergonzadas de formar parte de una campaña despiadada, ahora debíamos avergonzarnos por no entender lo que ellos seguían calificando de *realpolitik*. La nueva realidad era que la guerra era justa y buena. Así nos convertimos en los leones del proverbio africano.

Fue más o menos por entonces cuando se generalizó en todo el mundo la práctica de dividir la pantalla del televisor en dos o más ventanas durante las transmisiones de noticias. Una de ellas mostraba las imágenes de la guerra en directo y de manera ininterrumpida, mientras en la otra iban apareciendo los comentaristas, algunos predicando sobre *realpolitik* y explicando con todo lujo de detalles el poder del armamento moderno, al tiempo que otros, invitados al estudio para representar la otra «verdad», intentaban recordar a los televidentes que había vidas humanas reales en

juego. También era posible que en la parte de abajo de la pantalla apareciera una cinta continua con las cotizaciones bursátiles, como si fuera algo natural mostrar las pérdidas y ganancias causadas por las imágenes que se estaban transmitiendo. Esta percepción escindida de una catástrofe venía a añadir otra capa más a nuestra vergüenza, pero la campanilla de apertura del Nasdaq sonaba más fuerte que ninguna voz humana al celebrar los beneficios de la guerra ya desde el primer bombardeo.

Las protestas del movimiento contra la guerra fueron la última ocasión en que las masas, actuando por vergüenza ajena, creyeron que su protesta cambiaría la política una vez se hubiera contado la verdad al *pueblo real*. Puede que fuera porque fuimos la última generación educada en la convicción de que la vergüenza y la compasión son cosas que deben valorarse en lugar de considerarse meras pruebas de una embarazosa ingenuidad que dificulta la visión de lo *real*. Aún teníamos frescas en la memoria las palabras de Primo Levi, el escritor italiano que sobrevivió a Auschwitz: «No fue posible para nosotros ni quisimos convertirnos en islas; los justos de entre nosotros, ni más ni menos numerosos que en cualquier otro grupo humano, sentían remordimiento, vergüenza y dolor por las fechorías que habían cometido otros y no ellos, y de las que se sentían partícipes, por la sensación de que lo que había sucedido a su alrededor y en su presencia, y en ellos, era irrevocable.»* Al fin y al cabo, puede que la nuestra fuera también la última generación reprendida por no sentir vergüenza al hacer la vista gorda ante el sufrimiento.

«¡Mira esos niños! ¡Ellos no tienen nada que comer, y tú enredando con la comida!»

Para las personas que, como yo, crecimos en las décadas de 1970 y 1980, Somalia y Etiopía no eran tanto países remotos afligidos por desastres y sequías como un medio para sentirnos avergonzados por tener de todo, una referencia que utilizaban los padres para reprender a los hijos que no se terminaban la comida. Aquellos niños hambrientos no eran los extras de una crisis humanitaria abstracta, ni la suya era una de esas imágenes que pueden «herir la sensibilidad» sobre las que hay que advertir a los telespectadores, como ocurre hoy. Eran nuestros hermanos menos afortunados, con quienes

compartíamos una misma matriz de verdad, a quienes se suponía que debíamos mirar y de quienes se suponía que podíamos aprender una lección. Aquellos niños moribundos moraban permanentemente en nuestra cabeza, en el interior de nuestra única verdad, en la mesa de nuestro comedor, y no en un continente demasiado remoto para ser relevante. Nuestras madres aún no eran capaces de imaginar un mundo en el que la gente pudiera alejar a sus hijos de tales imágenes solo porque podían disgustarles. En cambio, en septiembre de 2015 los jefes de redacción de todos los informativos del mundo se preguntaban si las fotos de Aylan Kurdi, el niño sirio de tres años cuyo cuerpo fue arrastrado por las olas a las costas del Egeo, debían publicarse o no. Su vacilación no solo se debía a lo inquietantes que resultaban las imágenes, sino también al hecho de que por entonces todos sabíamos ya que mostrar imágenes de una tragedia humana absurda probablemente no tendría consecuencias. La gente no iba a salir a la calle avergonzada para tratar de cambiar el curso de la historia, por más que formularan un montón de airadas condenas a través de etiquetas en las redes sociales. Sin embargo, lo que ocurriría en Hungría tan solo unos pocos días después causaría un gran impacto incluso en aquellos de nosotros que conocíamos muy bien las nuevas reglas de la vergüenza, la compasión y la escisión de realidades.

Mientras el mundo seguía profundamente conmocionado por las fotos del niño ahogado, en la frontera húngara una camarógrafa llamada Petra László fue fotografiada haciendo entusiásticamente la zancadilla a otro niño refugiado sirio. Pero lo más sorprendente de esta historia aún estaba por llegar. Un año después, en octubre de 2016, supimos que László era de hecho una persona muy sensible al tema de los refugiados cuando recibió un premio por una película que había hecho sobre los refugiados húngaros de 1956. El portavoz del gobierno húngaro que entregó el galardón, al igual que la propia Petra László, no vio ninguna contradicción moral en el asunto. Cuando en la ceremonia de entrega un periodista le preguntó si aquella no le parecía una situación hipócrita, el portavoz respondió: «No. Los refugiados húngaros de 1956 no son como los actuales migrantes.» La mutación de la percepción humana que había hecho posible la división de realidades había tenido tanto éxito que la cuestión de la moralidad había

pasado a ser irrelevante. Y en el siglo XXI ese descarado comportamiento no solo era posible sino que incluso podía considerarse «molón».

«¡Mola!»

En el innovador reality show estadounidense *The Simple Life*, emitido desde 2003 hasta 2007, Paris Hilton y Nicole Richie, dos *socialites* norteamericanas superricas, vivían por un tiempo las vidas de los pobres para explorar otras realidades. Su lema era «¡Mola!», aunque de hecho la mayoría de las vidas que estaban descubriendo no molaban tanto. En uno de los episodios, cuando la pareja se sube a un autobús por primera vez en su vida, un anciano les explica que acaba de asistir a un funeral. La respuesta de Hilton es breve: «¡Mola!» El desapego de las dos rubias ante otras realidades marginales, y a veces la repugnancia frente a ellas, resultaban tan divertidos a los televidentes que muchos no se dieron cuenta de que ese viaje turístico por la vida de otras personas no era muy distinto en esencia de su propia visión de los misiles guiados trazando una parábola sobre Bagdad. *The Simple Life* empezó a emitirse el mismo año de la Segunda Guerra del Golfo, y fue en ese momento cuando dejamos de ser ciudadanos que actuaban por vergüenza e inclinados a mostrar compasión para convertirnos en espectadores de realitys con el cerebro adaptado para navegar por el nuevo archipiélago de verdades.

Paris Hilton acertó cuando dijo: «No creo que nadie como yo haya aguantado nunca. Pero yo voy a seguir aguantando.» Su legado solo florecería con el tiempo. Apenas unos años después, superar los nuevos límites de la desvergüenza y mostrar desapego por las realidades de los demás se revelaría una actitud favorable. No solo el desapego frente a los menos afortunados sino incluso el hecho de reírse de ellos se convertiría en una auténtica industria, dando lugar a innumerables canales web cuyo material cómico estaba integrado por interminables vídeos de gente lesionándose. En los realitys, grupos pequeños y aislados de personas se hacían sufrir unas a otras, o incluso contemplaban cómo los perdedores se morían de hambre, como en *Supervivientes*. A la industria no le faltaron ardientes colaboradores ansiosos por mostrar de qué son capaces los

humanos cuando la vergüenza y la compasión se eliminan de la lista de normas básicas.

Este nuevo tipo de entretenimiento creó una nueva clase de ser humano, una audiencia no necesariamente entretenida por la inmoralidad pero claramente fascinada por ella, que con el tiempo se volvería casi adicta a presenciar crueldades. Los peores representantes del género humano se convirtieron en las estrellas de esta nueva moralidad, y la humanidad se mostró encantada de alterar su órbita moral para girar en torno a ellos. Al fin y al cabo, ver esos programas, presenciar su desprecio por la dignidad humana, ya no implicaba que tuvieras que compartir la misma realidad que las víctimas. Ya no había vergüenza ajena. Era fácil desconectar tu empatía. Tanto es así que en 2018 esa desconexión se convirtió en un orgulloso manifiesto personal para otra mujer, rubia como Hilton y Richie, aunque en un contexto bastante menos jocoso. En abril de ese año, Katie Hopkins probablemente debió de sentirse bastante «molona» al escribir en su columna del *Sun*: «NO, me da igual. Muéstrenme fotos de ataúdes, muéstrenme cuerpos flotando en el agua, pongan música de violín y muéstrenme a gente flaca de aspecto triste. Sigue dándome igual.» Ahora era un mérito no sentir nada.

A la larga, lo que había empezado como una broma de una chica rubia terminó enseñándonos que incluso podías llegar a ser el presidente de Estados Unidos si ejercías la desvergüenza y el desapego con el suficiente descaro. El estrellato de Donald Trump surgió del acto último de rechazar la compasión, de excomulgar a los débiles en el reality *The Apprentice*. Su famosa frase «¡Estás despedido!» se convirtió en su marca distintiva, y su ostentosa dureza de corazón se vendió a los televidentes como la esencia misma de la fortaleza y de la capacidad de tener los pies en la tierra. Lo que nadie supo prever fue que un día esos mismos televidentes resultarían ser sus votantes y cambiarían la historia del mundo. La escisión de la verdad que se había ido filtrando desde las grandes guerras hasta las vidas más sencillas retornaba así al nivel más alto de la política, alterándola de la forma más inaudita.

Trump no tardó en descubrir que «hacer de presidente» no era muy distinto de «hacer de jefe». En octubre de 2017 no se le ocurrió nada más

extravagante que arrojar toallitas de papel a las víctimas de un huracán que había asolado Puerto Rico, destruyendo sus casas y devastando las infraestructuras del país. En aquel acto, en el que Trump exhibió una amplia sonrisa ante el aplauso de la multitud, la vergüenza era un perro vagabundo que hacía mucho que había dejado de buscar a su dueño. La política se había convertido en un falso documental en el que el presidente estadounidense viajaba a las realidades de otras personas únicamente como un turista famoso. Pero al menos él se limitó a arrojar toallitas de papel, y no juegos de ajedrez...

En diciembre de 2013, Emine Erdogan, la primera dama de Turquía, se unió a su esposo –no sin un atisbo de disgusto en el rostro– para arrojar diversos regalos, entre los que se incluían juegos de ajedrez, a una enfervorizada multitud. Las gentes allí reunidas, en su mayoría pobres, no sabían realmente qué era lo que les arrojaban el presidente y la primera dama, pero aun así intentaron atrapar los regalos como si su vida dependiera de ello. Al poco rato la multitud se desbocó y hubo que formar un corredor de seguridad, con guardaespaldas separando a los poderosos de la masa de pobres enloquecidos. La primera dama, desesperada por zanjar al asunto, aceleró el ritmo de sus lanzamientos, con el resultado de que algunos de los regalos empezaron a golpear a la gente en la cabeza. La dignidad humana se vio así exprimida, aplastada y finalmente eliminada en riguroso directo. Como ocurriera en el cachondeo de las toallitas de papel de Trump, aquellas sí eran verdaderamente imágenes que «podían herir la sensibilidad», y que deberían haber ido acompañadas de la pertinente advertencia por parte de quienes todavía eran capaces de sentir vergüenza.

A medida que la desvergüenza de los desapegados se fue convirtiendo poco a poco en la cultura preponderante, aquellos a quienes resultaba difícil vivir en un *zeitgeist* de tal artificialidad, rodeados de una mayoría dominante que juzgaba ingenuas la vergüenza y la compasión, empezaron a dudar de sí mismos cada vez que sentían la necesidad de gritar: «¡Qué vergüenza!» Lo sé porque también a mí avergonzarme me hacía sentirme incómoda.

«Supongo que estoy..., hum..., avergonzada. Pero quizá no debería estarlo, ¿no?»

Me encuentro en París con mi nuevo y costoso impermeable azul, comprado en honor a la canción de Leonard Cohen, aunque no sin cierta incomodidad pequeñoburguesa, en una tienda de moda del bulevar Saint-Germain. Corre el mes de noviembre de 2006, y estoy generando una auténtica ola de irritación cuando al pasar obligo a apretar las rodillas a las personas sentadas en mi fila del cine Odéon. La película que se proyecta en pantalla, el falso documental *Borat: lecciones culturales de Estados Unidos para beneficio de la gloriosa nación de Kazajistán*, de Sacha Baron Cohen, ridiculiza tanto a los kazajos como a los estadounidenses que participaron en ella sin ser conscientes de su naturaleza. Cohen, que interpreta a su *alter ego*, el periodista kazajo Borat Sagdiyev, canta el supuesto himno nacional kazajo, una canción inventada que incluye fanfarronadas como «las prostitutas kazajas, las más limpias de la región». Al salir del cine debo de haber dejado escapar un exagerado suspiro, porque el tipo de la taquilla me pregunta:

–¿Está bien, señora?

Enciendo un vivificante cigarrillo y me tomo la pregunta demasiado en serio:

–Supongo que estoy..., hum..., avergonzada. –Dentro el público sigue riendo, de modo que no me detengo ahí–: Pero quizá no debería estarlo, ¿no?

Al cabo de unos días, sentada con mi impermeable nuevo en una cafetería de París mientras ojeo ociosamente las noticias con un café matutino, de repente pierdo mi elegante compostura al leer un artículo de Patrick Barkham publicado en el *Guardian*. En él se menciona la película *Borat* y el hecho de que los estadounidenses tienden a poner demandas judiciales cuando se consideran ofendidos, a diferencia de los kazajos, que se ven obligados a reír junto con su torturador. El artículo se pregunta: «¿Puede haber un final feliz para quienes se sienten ridiculizados o explotados?»

Me detengo al final de la frase y me acuerdo de un abrigo muy viejo que tenía, uno que usaba allá por los años noventa. Y un momento largamente

olvidado centellea un instante ante mí; un momento del tiempo en el que yo no solo era una persona guay de postal, sino de verdad.

«¿Sabes la puta rusa con la que me acosté anoche? ¡Resulta que era cosmonauta!»

Corre el año 1993, y Turquía no es todavía una pequeña *tierra de la abundancia*. Para los jóvenes, las opciones están claras: leemos a Charles Bukowski –recién traducido– y vemos la biografía cinematográfica de Jim Morrison; leemos tanto a Karl Marx como *El fin de la Historia* de Francis Fukuyama. La URSS se ha desintegrado, y los héroes *yuppies* del neoliberalismo, con su inagotable *energía positiva*, hacen que los izquierdistas parezcan pesimistas patológicos, cuando no soñadores eternamente derrotados. El antagonismo ha pasado de moda gracias al recién adquirido decoro de la política identitaria, de modo que estamos puliendo nuestra forma de hablar, empezando las frases con «Yo creo...» y «Me parece...», como si quisiéramos proteger nuestras convicciones políticas y morales con gestos de moda en el universo de las realidades múltiples. En el nuevo mundo unipolar nos vemos reducidos por triangulación a ser «bienintencionados». Sin embargo, no tenemos claro lo que eso significa. Nuestras posturas políticas y marcos morales flotan como un nenúfar arrancado de su raíz en un período en el que los grandes textos de la Ilustración están siendo destrozados por las nuevas estrellas de la filosofía occidental. Tenemos demasiado buen juicio como para elegir la religión como la Estrella Polar de nuestros corazones en un *mundo sin corazón*, pero aún somos demasiado novatos en ese mundo para concebir una moralidad laica. Además, la religión y la teología ya están siendo explotadas como una mercancía política por los jóvenes islamistas radicales. Sin embargo, pese a estos inconvenientes políticos y filosóficos, estamos descubriendo que hasta las migajas de las convicciones políticas del siglo anterior podrían bastar para mantener nuestra espalda erguida.

Este es mi segundo año en la Facultad de Derecho y el primero como periodista en Ankara. Todavía intento orientarme en esta capital sin salida al mar. Y cada vez que me siento desorientada en este mundo que cambia tan rápidamente, mi armadura y mi escudo son el largo pañuelo de mi madre,

con el que se envolvió durante su estancia en la cárcel cuando era una estudiante de izquierdas tras el golpe militar de 1971, y el viejo abrigo de mi padre, el que llevaba cuando, siendo un joven abogado, consiguió que la liberaran y le pidió la mano en el mismo momento en que salió de la celda. El abrigo tenía unos bolsillos lo bastante grandes para dar cabida a Gramsci, a William Blake, un paquete de cigarrillos Camel cortos y un Walkman en el que sonaba Janis Joplin remachando: «Tryyyyy just a little bit harder!». Muchos chicos de mi generación tienen abrigos como este que se remontan a la década de 1970. Nos mantienen calientes, a la vez que cubren nuestra confusión con las convicciones de la generación anterior.

Una mañana, en la entrada de la universidad, antes de que Janis tenga la oportunidad de empezar a gritar de nuevo en mis oídos, oigo un chiste por entonces bastante popular: «¿Sabes la puta rusa...?»

El chiste va dirigido a un par de alumnos nuevos con aspecto de no tener un céntimo procedentes de alguna de las antiguas repúblicas turcosoviéticas, Turkmenistán, Kirguistán o tal vez Kazajistán. Es el primer año en que Turquía los acoge como huérfanos de un régimen desmoronado, y solo por su origen étnico, que probablemente descubrieron tras su desintegración. Cualquiera puede identificar a los miembros de esta desorientada nueva especie en la ciudad, vagando en grupos con sus trajes de dos piezas estilo Telón de Acero y sus zapatos a juego sin cordones típicos de la economía planificada. Son *Borats* de la vida real, por así decirlo. Como si no bastara con perder un país y terminar de golpe y porrazo en el «mundo libre», todo el mundo habla de la derrota de su sistema, pero casi nadie lo hace *con ellos*. Y ahora, en la entrada de la Facultad de Derecho, tienen que escuchar ese chiste verde sobre sus antiguos conciudadanos. Me detengo y le grito al que lo está contando: «¿No te da vergüenza?» Es una reacción refleja, un acto no calculado por el que expulso mi vergüenza ajena por ser testigo de esa embarazosa escena y se la devuelvo a su legítimo propietario. Tengo la responsabilidad de hacerlo, ya que resulta que habito en la misma realidad que ellos. Incluso mi vacilante brújula moral lo tiene claro. Y hay millones de chicos como yo, que harían exactamente lo mismo de haber oído el chiste verde. ¡Qué

poco nos imaginábamos entonces que lo mejor de nosotros era que todavía nos aferrábamos a una única y obstinada verdad, a un código moral intacto!

Trece años después, al dejar mi ejemplar del *Guardian* en la cafetería de París, el sentimiento de vergüenza ajena y la responsabilidad de devolvérsela a su legítimo propietario cuando se humilla a alguien ya no es un acto reflejo; viene acompañado de cierta vacilación. *Quizá no debería hacerlo, ¿no?* Como una pequeñoburguesa que se odia a sí misma, culpo a mi famoso impermeable azul, y echo de menos los grandes bolsillos del viejo, que podía utilizar para esconder las manos cuando las sentía demasiado débiles para cambiar las cosas. Pero en ese momento –como nuestras madres no podían haber predicho las advertencias sobre imágenes «que pueden herir la sensibilidad»todavía no soy capaz de predecir un mundo donde los humillados saluden como a su salvador al responsable de su humillación.

«¡Aplaudo a Borat!»

El 23 de abril de 2012, seis años después del estreno de *Borat*, el ministro de Exteriores de Kazajistán, Yerzhan Kazykhanov, elogiaba a Sacha Baron Cohen en un discurso pronunciado en el Parlamento. Ese día la nación daba oficialmente las gracias al cómico porque «desde el estreno de la película los visados emitidos por Kazajistán se han multiplicado por diez». Puede que algunos kazajos se sintieran ridiculizados y humillados, pero ese no era un precio demasiado alto teniendo en cuenta la nueva afluencia de turistas. El pueblo kazajo ya no estaba molesto; lejos de ello, celebraba el hecho de que –en palabras de Kazykhanov– lo hubieran «puesto en el mapa»; ese nuevo mapa en el que la gente se halla plenamente satisfecha de que su isla de realidad sea visitada por ciudadanos de otras islas solo para ridiculizarla siempre y cuando paguen por ello. En eso no era muy distinto de las estrellas de los realitys que están encantadas de dejarse recluir en una casa constantemente monitorizada o de pasar hambre en una isla siempre y cuando se les reconozca como «alguien» en la cultura popular. Respondiendo a la pregunta sobre *Borat* que planteaba el artículo del *Guardian*, en realidad sí había un final feliz para quienes eran ridiculizados

y explotados siempre que se mostraran dispuestos a unirse al mapamundi de la moralidad de la capital global, donde los perdedores –como en *The Apprentice* de Donald Trump, o en los países asolados por la guerra rápidamente reconvertidos en destinos turísticos– se hallaban plenamente satisfechos.

Dado que nuestras brújulas morales, que suponemos menos descontroladas que las de los populistas de derechas, ya no nos obligan a reaccionar tan rápidamente como hacían en el siglo pasado, tal vez deberíamos *esforzarnos un poquito más* en disfrutar de la desvergüenza en este mundo de posverdad. Mientras tanto, siempre podemos entretenernos centrándonos solo en las manifestaciones externas del problema: troles de internet, tontos útiles, líderes despiadados, noticias falsas y demás, olvidando de nuevo que incluso estas son las consecuencias naturales de las últimas décadas.

Fue en la década de 1980 cuando los principales periodistas turcos empezaron a sentirse cómodos en el nuevo marco moral; puede que les despojaran de su derecho a sindicarse, pero en compensación fueron acogidos en plazas mediáticas esterilizadas donde no tenían que ensuciarse sus mocasines italianos recién importados. Vestidos como empleados corporativos, empezaron a referirse a sus periódicos y canales de televisión como «la empresa», y en sus publicaciones empezaron a aparecer nuevos suplementos con títulos en inglés como *Life Style*.

Más o menos en la misma época en que los periodistas turcos empezaron a no limitarse a informar, sino que fingían ser también el modelo de los nuevos *bon vivants*, el periodismo occidental comenzaba a obsesionarse con el concepto de «objetividad». Este no tardaría en exportarse al resto del mundo, donde los periodistas estaban dejando de ser chicos de la calle seducidos por la aventura, o vagabundos fascinados por la idea de descubrir la verdad, para convertirse en obedientes trabajadores corporativos. Este nuevo tipo de objetividad no consistía en la idea convencional de contrastar los datos y mostrar equitativamente todas las caras de la noticia, sino que se trataba más bien de la imposición de la esterilidad. Lo que se calificaba de objetividad era en realidad una neutralidad por la que los periodistas

sometían a la víctima o al débil al mismo nivel de cuestionamiento al que sometían al verdugo o al poderoso. No resulta sorprendente, pues, que este acto de equilibrio, esa supuesta objetividad, redundara en favor de los poderosos, de los que hablaban de *realpolitik*, del armamento. El espacio reservado a los «ingenuos» en las pantallas divididas se fue haciendo cada vez más pequeño. La mayoría de los periodistas establecidos pasaron por el aro, consolándose con la idea de que al menos seguían presentando hechos y no mentiras. En el nuevo entorno de políticas ideológicamente transformadas, mutaron en hábiles engatusadores capaces de vagar entre las diferentes islas de realidades mientras plantaban firmemente la bandera de su moralidad en la del conformismo.

En la década de 2000, el fundamento moral esencial del periodismo, que consistía en ser la voz de los sin voz y en cuestionar a los poderosos, se degradó hasta convertirse en una mera «opinión personal» del periodista. Ahora te veías obligado a declarar en tu perfil de las redes sociales que lo que allí escribías era tu «verdad personal» para no contaminar la neutralidad de *la empresa*. Como resultado, los periodistas no han podido evitar convertirse en los chivos expiatorios de los líderes populistas de derechas cada vez que estos últimos han necesitado demostrar que tenían línea directa con el *pueblo real*. De ahí que los estupefactos periodistas intentaran ocultar su debilidad tras las risitas en la sesión fotográfica de Trump y Putin en la reunión del G-20, en julio de 2017, cuando ambos líderes apuntaron directamente hacia ellos.

En los últimos años, especialmente desde que Donald Trump llegó al poder, se ha popularizado el recurso de reducir el problema de la posverdad a una competencia entre «los medios de comunicación establecidos» y los troles de las redes sociales. Resulta muy conveniente convertir ese gigantesco problema político en un combate de boxeo entre el heroico Rocky y el despiadado Drago. La yuxtaposición de periodismo *versus* posverdad proporciona una visión excesivamente simplista del asunto al tiempo que desvía la atención de la historia política de la posverdad y la cuestión moral que subyace a ella. Además, en ocasiones ha resultado beneficioso para los medios establecidos ignorar el lado más oscuro de la

complejidad del problema. Como expresó crudamente Trump, el hecho es que la circulación del *New York Times* se disparó tanto en versión digital como en papel tan pronto como aparecieron en la escena política las fuerzas rivales de las noticias falsas y la posverdad.

También las grandes cadenas de noticias se han beneficiado de esta crisis ética y política, que les ha servido para pulir su empañada imagen presentándose como valientes luchadores por la verdad frente a las oscuras fuerzas de la política. El mismo Trump declaró el 23 de febrero de 2018, en un discurso pronunciado en la CPAC (la Conferencia de Acción Política Conservadora), que «Hasta los medios... me apoyarán de manera rotunda en algún momento antes de las elecciones. Toda esa gente horrible me apoyará. ¿Saben por qué? Porque si ganara algún otro sus índices de audiencia bajarían, todos tendrían que cerrar. Nadie los vería. Todos tendrían que cerrar». Imposible explicar de forma más clara la transformación de los periódicos y canales de noticias en corporaciones, y cómo ello los ha hecho adictos a los beneficios (y, por ende, a los índices de audiencia y de clics en la red), llevándolos a la larga a dejar menos espacio a los aburridos hechos y verdades. Era como si Trump estuviera recordándole a la prensa el viejo adagio periodístico: «Sigue el rastro del dinero.»

Los gobiernos ruso y turco tienen la misma política de pagos para sus ejércitos de troles. Irónicamente, las fuerzas invasoras anticiencia y antihechos cobran más o menos el equivalente al salario de un profesor adjunto. Básicamente, si eres lo bastante inteligente como para mullir las ideas de la lista que cada día te entrega tu supervisor de posverdad, de adornarlas con algunos despiadados chistes adolescentes y atacar a personas de carne y hueso mientras tú te ocultas detrás de múltiples seudónimos, estás cualificado para el puesto. Asimismo, en el caso de quienes nacieron ya en esta época de islas separadas de realidad, y han crecido blindados y protegidos por el cinismo, su trabajo podría constituir no tanto un desafío ético como un método de supervivencia conductual en esta nuestra jungla de «verdades» múltiples. Incluso se les podría considerar buenos estudiosos de nuestra era si se tiene en cuenta el hecho de que lo que han presenciado en su breve vida es que saltar de una isla a otra, y mofarse de ellas o

ponerlas a parir, puede hacer que te ganes bien la vida –aunque no necesariamente que seas tan rico como Paris Hilton– o quizá incluso otorgarte la presidencia estadounidense.

Al fin y al cabo, el trabajo de un trol es relativamente prosaico. Su misión no es debatir un tema o refutar un argumento, sino aterrorizar el espacio de la comunicación con una hostilidad y agresividad sin precedentes con el fin de obligar a las ideas opuestas a retirarse. Los troles son los pitbulls digitales, entrenados para ahuyentar la etiqueta, la racionalidad y la sustancia propias de la comunicación expulsándolas del ámbito de las redes sociales, al tiempo que se convierten en modelos de conducta asalariados de descarada crueldad para otros usuarios de dichas redes, las «personas normales» que luego se alistan voluntariamente en las milicias de la inmoralidad.

«La gente es increíblemente cruel.»

En diciembre de 2016, muchas personas debieron de pensar eso mismo cuando Brandy Vela, una joven tejana de dieciocho años, se disparó en el pecho delante de sus padres tras sufrir varios años de feroces ciberataques. Pero quizá lo más increíble de la historia es que el acoso continuó después de su muerte y durante varios días su suicidio se convirtió en motivo de burla en las redes sociales. Su padre declaró a los periodistas que lo entrevistaron que la policía le había dicho a la familia que no podían hacer nada al respecto.

La ley no solo regula nuestra vida real, también fija el listón en cuanto a lo que constituye unos mínimos éticos en la interacción humana. Cuando las personas penetran en un espacio sin ley, sus interacciones quedan a merced de individuos o grupos que a lo largo de toda la historia humana siempre se han aprovechado de tales condiciones. La esfera digital, que hoy informa a la esfera política de la vida real, todavía carece de leyes y de fuerzas del orden que velen por su aplicación; en consecuencia, los troles y quienes se sienten inspirados por su inclemencia simplemente son crueles porque pueden serlo. En la red, el límite hasta el que pueden explotar la libertad de expresión viene definido únicamente por sus propios códigos morales, que, como hemos visto, se han modelado para adaptarse al marco

moral dominante de las últimas décadas. Es lógico, pues, que la pregunta «¿Cómo pueden ser tan crueles?» se convierta en «¿De dónde sale toda esa gente tan cruel?» en la medida en que sus voces se multiplican. Es entonces cuando el desconcierto se convierte en terror, en la sensación de estar rodeado de ejércitos de despiadados. En esta era de posverdad, cuando la compasión y la vergüenza ya no están protegidas por una identidad política que permita a la gente actuar conjuntamente rigiéndose por ellas, si tus valores morales no están políticamente organizados, puedes acabar sintiéndote completamente solo.

Ali İsmail Korkmaz tenía diecinueve años cuando murió tras estar en coma treinta y ocho días después de haber sido brutalmente golpeado por agentes de policía y comerciantes progubernamentales durante las protestas de Gezi, en Turquía, en el verano de 2013. Su asesinato se convirtió en símbolo no solo de la crueldad del gobierno, sino también de la contagiosa crueldad de sus partidarios: entre las personas corrientes que participaron en su muerte había tres panaderos. El vídeo del incidente, durante el cual Korkmaz suplicó a sus atacantes que se detuvieran, conmocionó a todo el país, o al menos a quienes no creían que mereciera morir por el mero hecho de manifestarse.

Yo me conté entre los numerosos periodistas y defensores de los derechos humanos que siguieron el ridículo proceso judicial que se desarrolló a continuación. Por «razones de seguridad», el tribunal se estableció en una minúscula sala en un edificio público abandonado de una remota ciudad de Anatolia. El espacio estaba tan abarrotado que la madre de Korkmaz casi rozaba con las rodillas a los asesinos de su hijo. Como si no bastaran todos estos obstáculos físicos intencionados y la tortura emocional, todos los que acudieron al tribunal fueron filmados sin tapujos por la policía –prácticamente nos frotaron con la cámara en las narices–. Pero lo más escalofriante fue ver cómo las redes sociales se llenaban de mensajes de troles que ridiculizaban a Korkmaz y a su familia. Tal nivel de crueldad habría dejado paralizado de horror a cualquiera con un sentido de la moral mínimamente humano. Estábamos confinados en una isla como la de *El*

Señor de las Moscas habitada únicamente por Jacks; y puede que quienes habían leído el libro se preguntaran: «¿Dónde están los Ralphs?»

Los Ralphs pasan las tardes haciendo periodismo ciudadano no remunerado, tratando de combatir a los troles de las redes sociales que se burlan de los débiles en sintonía con el espíritu del sistema dominante, solo para despertarse por la mañana y escuchar la última declaración escandalosa de su líder. Y al mismo tiempo intentan evitar el bombardeo de verdades alternativas desde ángulos cada vez más inesperados, que van desde la negación de la redondez de la Tierra hasta la creencia de que cualquiera que comete adulterio debe ser automáticamente encarcelado. Es ese mecanismo, el movimiento perpetuo del acto escandaloso y la desconcertada respuesta a él, atrapado en un círculo vicioso, el que explotan los líderes populistas de derechas, utilizándolo para desestabilizar la vida social y política.

«¿Qué piensa usted sobre el debate en torno a la criminalización del adulterio que tiene lugar en este momento en Turquía?»

Fue el corresponsal de la BBC en Turquía Mark Lowen quien me hizo esta pregunta durante su programa en el canal BBC World News, en marzo de 2018. Yo dejé escapar una risita sarcástica, algo que suena horrible en un programa de radio a menos que seas un oyente de Oriente Próximo.

–Bueno –dije finalmente–, el gobierno debe de estar haciendo algo muy malo en algún otro sitio.

Por entonces las tropas turcas estaban entrando en la ciudad siria de Afrin, y empezaban a llegar los primeros ataúdes a Turquía. De modo que Erdogan, como ha hecho docenas –si no cientos– de veces antes, optó por hacer una declaración escandalosa sobre algo absolutamente irrelevante para suscitar el debate público y eclipsar las inquietantes imágenes de los soldados muertos. La criminalización del adulterio es un tema que el gobierno turco se ha sacado de la manga al menos una docena de veces en las últimas dos décadas, y en cada ocasión estaba ocurriendo alguna otra cosa que convenía ocultar mediante la cortina de humo de las declaraciones impactantes. Si no era el adulterio, era la prohibición del aborto.

En lo que se refiere a utilizar la técnica del acto escandaloso y la reacción desconcertada para distraer a la sociedad y desestabilizar el debate político, los derechos de las mujeres constituyen siempre un terreno abonado. En marzo de 2018, Angela Merkel se encontró con que de golpe y porrazo tenía que lidiar con una ley del aborto de la época nazi que todo el mundo llevaba largo tiempo ignorando. La ley decía que los médicos tenían prohibido publicitar el aborto, pero nadie le había prestado atención hasta que los aliados conservadores de la nueva coalición de Merkel decidieron convertirla en un problema moral en un intento de debilitar a la canciller y desestabilizar la esfera política. Los conservadores, obviamente, movilizaron a sus partidarios para amplificar el asunto, y antes de que las mujeres alemanas supieran lo que estaba ocurriendo todo el país se hallaba preocupado por un problema que muchos pensaban que pertenecía a mediados del siglo pasado.

Mientras los políticos lo bastante lúcidos como para reconocer lo absurdo de la situación se mantenían agotadoramente ocupados organizando su reacción, los populistas de derechas aprovecharon la oportunidad para atraerse el apoyo de los votantes reaccionarios. La cuestión del aborto resulta ciertamente más accesible que las complicadas cuestiones financieras, y mucho más útil cuando se trata de desestabilizar el debate político para consumir la energía de los adversarios. El truco fue sacado directamente del cuaderno de estrategias de Erdogan: declarar periódicamente algo escandaloso sobre temas relacionados con la mujer; dejar que la opinión pública se quede estupefacta, y prolongar la controversia hasta que hayas terminado lo que fuera que estabas haciendo tras la cortina de humo.

El influyente político populista polaco Jarosław Kaczyński prefiere los gatos a las mujeres cuando necesita una cortina de humo. «No nos dejemos engañar», tuiteaba el diputado de la oposición Michał Szczerba el 24 de noviembre de 2017, después de que se viera a Kaczyński leyendo un libro sobre gatos durante la audiencia parlamentaria en la que se iba a cambiar la ley relativa a los jueces del Tribunal Supremo, dando más poder al gobierno de cara a su nombramiento. A lo largo de toda la jornada, lo que vieron los polacos en las redes sociales no fueron los detalles del nuevo reglamento,

sino chistes o comentarios indignados sobre el hecho de que Kaczyński se dedicara a leer un libro sobre gatos. El llamamiento de Szczerba a la población para que no se dejara engañar era una alarma demasiado débil, y prácticamente pasó desapercibida cuando la cortina de humo invadió la percepción pública.

Sin embargo, a la hora de crear una cortina de humo escandalosamente cegadora, la primera dama estadounidense, Melania Trump, puede darles una o dos lecciones a Kaczyński y sus gatos. En junio de 2018, cuando embarcaba en un avión para visitar un centro de internamiento de menores en la frontera entre México y Texas, la señora Trump exhibió una chaqueta que la situaría durante días en la lista de tendencias del momento. Los niños inmigrantes que habían sido separados de sus padres y obligados a comparecer solos en los tribunales ocupaban el primer lugar de la agenda política, y el presidente se veía presionado por la enorme reacción negativa que había desencadenado tan cruel medida. Muchos ciudadanos estadounidenses estaban ahora desesperados por demostrar que, a pesar de las políticas de su presidente, a ellos les importaban los niños. Pero resultó que la insólitamente barata (39 dólares) chaqueta de la primera dama llevaba el lema del marco moral dominante garabateado en la espalda: «De verdad que no me importa. ¿Y a ti?»

Imagino que posiblemente al lector de este libro le habría gustado responder a la pregunta de la señora Trump gritándole: «¡Sí, a mí sí me importa!» Pero ¿cuántos de nosotros somos capaces de exponer las razones por las que nos importa en oraciones claras, sin el uso de expresiones protésicas como *me parece* o *yo creo?* No es solo que lo que tenemos que decir se vea sofocado por las cortinas de humo y los arietes de la política populista de derechas, es que ya no disponemos de la certeza de un sistema de valores compartidos que nos permita probar, sin lugar a dudas, que se ha cometido un crimen moral.

En el corazón de nuestras dudas morales subyace el hecho de que en la década de 1980 la gigantesca cuestión filosófica de cómo ser una buena persona se vio arrastrada por la fuerza a los ámbitos de la religión y la conciencia individual. Y gracias a la política conservadora neoliberal

dominante, y en gran parte incontestable, la familia se convirtió en el único bastión en el que se suponía que podía satisfacerse la necesidad de fraternidad y solidaridad del individuo (salvo, quizá, en la serie de televisión *Friends*, donde los personajes no encontraban casi nada que pudiera poner a prueba la fortaleza de su solidaridad). Mientras la moral se encontraba acorralada en el redil de la religión, la propia religión se veía fragmentada y escindida en «espiritualidades» adaptadas a las leyes del mercado. Así, un día cualquiera de la semana, uno podía empezar la mañana con una meditación que le ayudara a elevarse por encima del mundo material y disfrutar de la levedad del ser, o bien escuchar el sermón de un telepredicador sobre la importancia de compartir, justo antes de iniciar la búsqueda del *verdadero* santo grial: los beneficios. Y, gracias a la reciente división de las pantallas del alma humana, hoy esta especie de mosaico moral se puede individualizar para adaptarse a todas y cada una de nuestras preferencias espirituales.

Cuando la moralidad se ve exiliada de la vida pública y aislada en el espacio privado del individuo para disfrutarla solo en ciertos momentos de la jornada, ¿cómo podemos saber con una mínima certeza que la vergüenza y la compasión son conceptos compartidos por todos? ¿Y cómo podemos convencer a la gente de que no haga el mal en aquellos ámbitos de la vida pública en los que no puede imponerse la ley? Estas son preguntas que solo pueden responderse con la ayuda de una moralidad laica, y aunque es posible que esta todavía no haya desaparecido por completo, desde la década de 1980 se ha convertido en un concepto que nos resulta cada vez más difícil de concebir. De ahí que en los últimos decenios, cada vez que las voces de la moralidad intentaban hacerse oír, incluso quienes estaban decididos a proclamar a voz en grito sus inquietudes morales se han visto obligados a bajar la voz y hacerse la pregunta: *Quizá no debería, ¿no?*

La verdad no es un concepto matemático que necesite ser demostrado con ecuaciones. Su singularidad exige una brújula moral intacta, con certezas sobre lo que está bien y lo que está mal. Y ese tipo de certeza, querido lector, requiere primero una perspectiva política y después un movimiento político lo bastante fuerte como para luchar no solo contra los reyes sino también contra los dioses. Y ello porque en el camino de dicho

movimiento político se interpondrán no solo los guardianes de los tronos, sino también, y lo que es más importante, el supuesto –normalizado y, por ende, invisible– de que los humanos no pueden tener convicciones morales a menos que crean en uno u otro dios.

Vale, vale... Admito que, cuando surge la cuestión de dios, uno tiende a retirarse a la seguridad del terreno de juego conocido: el problema de los troles, la connivencia rusa en las elecciones estadounidenses, las noticias falsas y la creación de una industria intelectual basada en elaboraciones en torno al concepto de posverdad. La *auténtica* verdad es que el tiempo transcurre más fácilmente cuando nos limitamos a jugar en ese recinto de arena; un recinto que de hecho nos construyeron los reyes que quieren volver a aquellos tiempos en los que solo ellos podían matar al venado.

4. DESMANTELA LOS MECANISMOS JUDICIALES Y POLÍTICOS

PREGUNTA: «Si fuera estadounidense, ¿a quién votaría?»

RESPUESTA: «A Trump. Me horroriza. Pero pienso que el auténtico peligro es Hillary... En toda sociedad hay un entramado de reglas no escritas sobre cómo funciona la política y cómo creas consenso. Trump ha alterado eso. Y si gana Trump, los dos grandes partidos, republicanos y demócratas, tendrán que volver a lo básico, repensarse, y quizá sucedan algunas cosas. Mi esperanza desesperada, muy desesperada, es que si gana Trump... Mire, Estados Unidos todavía no es un estado dictatorial, no introducirá el fascismo. Pero será una especie de gran despertar. Se pondrán en marcha, se desencadenarán, nuevos procesos políticos.»

Cuando apareció en el informativo de la televisión británica Channel 4 News el 3 de noviembre de 2016, justo cinco días antes de las elecciones presidenciales estadounidenses, el filósofo esloveno Slavoj Žižek, estrella del marxismo moderno, pensó que podría sorprender a sus seguidores con esta declaración. Pero en Turquía sus palabras fueron acogidas con un agotado gesto de indiferencia. Los teóricos políticos turcos habían expresado similares esperanzas *desesperadas, muy desesperadas*, antes de cada convocatoria electoral y de cada referéndum desde la llegada al poder de Erdogan en 2002. Cuando a Žižek se le ocurrió la idea, la noción de que «cuando se altera el *sistema* surge un nuevo movimiento político que mejora la política» se había convertido ya en un manido cliché. Desde hace largo tiempo este punto de vista ha sido despreciado por las voces disidentes de Turquía, donde en general se ve a quienes expresan esos interminables *quizás* como colaboracionistas del régimen autoritario con el que ha terminado el país. Después de autoexiliarse en diversos países europeos, algunos de esos cínicos intelectuales se han dedicado a hacer declaraciones y conceder entrevistas explicando cómo *Erdogan de repente se volvió autoritario* y cuán *sorprendidos* estaban por ello. Los que habían optado por resistir, los que seguían viviendo bajo un régimen autoritario y

se mantenían en primera línea luchando por la democracia y defendiendo su último bastión, las urnas, no podían por menos que leer con desdén toda esa historia acerca de lo *engañados* que se sentían los exiliados y la *impredecible* congoja que ahora sentían.

«¡Aquí estoy, he pasado de anarquista posestructuralista a supervisor electoral! ¡Sí, ahora todo el mundo sabe cuál es su lugar!»

El 1 de noviembre de 2015 este tuit se convirtió en un clásico instantáneo en el repertorio cada vez más amplio del humor negro turco. Se publicó el día de las elecciones generales, y se difundió entre la amplia comunidad de personas cultas que se habían ofrecido voluntarias para supervisar los comicios. Esa red de voluntarios, que se extendía por todo el país, se organizó de forma profesional gracias al inmenso trabajo y energía de la gente que se había unido a la revuelta de Gezi en 2013 y había decidido mantenerse activa en política tras finalizar las protestas. El meollo trágico del chiste, la caída de la teoría izquierdista de las alturas al duro suelo de cemento de la práctica democrática básica, halló eco en muchas personas. Eran personas que habían preferido permanecer en el lado teórico de las cosas en lugar de involucrarse en la *banalidad* de la política de partidos, hasta que un día se vieron en la obligación de impedir que el gobierno turco cometiera un nuevo fraude electoral. Su capacidad intelectual había sido marginada como algo superfluo por el estatus infantilizado y patético del clima político, y ahora veía reducida su función a permanecer en los colegios electorales para asegurarse de que los partidarios de Erdogan no manipulaban las urnas como habían hecho en pasadas elecciones. Los que difundieron el chiste lo hicieron aludiendo también a los años anteriores, durante los cuales habían presenciado divertidos cómo el *sistema* y su podrido aparato estatal se habían visto sacudidos y literalmente *deconstruidos* por los despiadados asesores políticos de un movimiento populista. La ironía era que previamente muchos de ellos habían considerado que la democracia moderna era un mero escaparate del sistema neoliberal, y habían disfrutado viendo cómo el aparato estatal era castigado por su hipocresía. Ahora, sin embargo, experimentaban un extraño cambio de rumbo por cuanto tenían que defender la maquinaria política y proteger

un sistema de democracia representativa que la mayoría de ellos consideraba obsoleto.

Por desgracia, mucho antes de que la supervisión de las elecciones se convirtiera en un deber innegable y transformara a muchos en «ciudadanos militantes», Turquía llevaba ya una década de gobierno populista de derechas en la que había quedado patente que el universo político no seguía las reglas de la naturaleza establecidas en las *grandes expectativas* de Žižek. Era obvio que los ataques de la derecha al *sistema* no habían generado un *gran despertar*. Ni tampoco las deterioradas estructuras políticas (el aparato estatal; toda la maquinaria política, incluidas las organizaciones no gubernamentales; o el propio tejido del país, sometido a años de palizas políticas y morales) se habían alzado del fondo ni reformado. Y ello por dos sencillas razones: en primer lugar, a diferencia de un espacio físico, el universo político no tenía una superficie resistente que pudiera calificarse de «fondo»; y en segundo término, aunque uno creyera que la política había alcanzado su nadir, no había motivo alguno para que no se quedara allí. Sin embargo, ese cinismo desesperadamente esperanzado siguió siendo influyente, haciendo que las voces disidentes permanecieran en silencio durante el período de hundimiento y que sus poseedores se encontraran en una especie de limbo. Los defensores de las *grandes expectativas* legitimaron el deterioro de la situación asegurando a las masas que aún no habían tocado el fondo que les permitiría recuperarse y volver a la superficie. La naturaleza humana tiende a creer en las afirmaciones esperanzadoras aun cuando la realidad las refute, de modo que los disidentes siguieron esperando que aquellos *quizás* se materializaran.

Al final, ese persistente sentimiento de esperanza desesperada no solo causó una reacción política tardía y, por ende, ineficaz, sino que también destruyó la fe de la gente en la teoría política, despojando a los periodistas de opinión de su peso y credibilidad en el ámbito político. Y quienes habían predicho un futuro oscuro difícilmente pudieron resistirse a la tentación de echar mano del «os lo dije» cada vez que abrían la boca.

Hablando de peso, parece necesario hacer hincapié en los años de pérdida de peso intelectual que había experimentado la izquierda global en las décadas de 1980 y 1990. Dejando aparte los detalles concretos de las

razones históricas y económicas del fenómeno, no deberíamos olvidar la época en que los creadores de opinión izquierdistas más influyentes disfrutaron y saborearon las comodidades de reducir la izquierda a una mera producción de crítica cultural al tiempo que, voluntaria o involuntariamente, se cortaban los lazos con las penurias de las «bases», el *pueblo real* de hoy. Dado que yo viajaba a bordo de ese mismo *Titanic*, puedo afirmar sin temor a equivocarme que la disección de las *imágenes* o la deconstrucción del *discurso* con un montón de citas de Theodor Adorno y Roland Barthes integraban la partitura del concierto para violín del que casi todos nosotros disfrutábamos por entonces. Nos considerábamos demasiado inteligentes para dejarnos marginar por la *realpolitik*, y nuestro refugio intelectual no solo era seguro, sino también *más o menos* éticamente *correcto*. Hasta que, obviamente, nuestras palabras empezaron a parecer inútiles ornamentos en un naufragio político global.

Cuando las personas como nuestro anarquista posestructuralista vieron que se estaban convirtiendo en la infantería de la democracia, supervisando el proceso de votación y recuento, de inmediato empezaron a olerse que había gato encerrado. O más bien empezaron a oler a cebolla: un olor fuerte y repugnante, uno que tal vez sintieran que no podían pero debían soportar. Al final de este capítulo, y con suerte antes de que su propio país, estimado lector, tenga que soportar un hedor similar, entenderá por qué el olor a cebolla es parte integrante de la democracia. Si no puede tolerar su olor, entonces puede que esté en peligro de perder el mal menor –el imperfecto triunvirato formado por la democracia, el *sistema* y el estado– a cambio de un régimen autoritario.

Cuando Recep Tayyip Erdogan llegó por primera vez al escenario político, quienes seguían la política de partidos desde una segura distancia teórica experimentaron una especie de deleite cínico, no muy distinto del que sintieron sus homólogos en Hungría, Gran Bretaña y Estados Unidos cuando empezaron a surgir sus propios populistas. El AKP de Erdogan desafiaba constantemente al poder establecido con tácticas de choque basadas en asestar golpes inesperados: atacar a prominentes figuras del Estado hasta entonces consideradas intocables; desechar las opiniones de

consenso o amagar con retirarse de los acuerdos internacionales... Todo esto imprimió una vigorizante sacudida al conjunto del sistema político y supuso una llamada de atención para los políticos de todos los colores. En todos los canales de televisión, los representantes del AKP dejaban sin habla a las más distinguidas figuras del *sistema* con su atrevido rechazo a las convenciones políticas, mientras la sensación de asombro que causaban no hacía sino ensanchar aún más su desafiante sonrisa populista. La táctica era sencilla: hacer una declaración explosiva durante el debate, sembrar la confusión o iniciar un enfrentamiento entre los políticos del centro-derecha y el centro-izquierda establecidos, atacar los frágiles equilibrios del país, y regodearse en el caos antes de terminar el debate declarando que ninguna de las partes estaba en sintonía con las demandas del *pueblo real*, y que las demandas de la calle hacía tiempo que se hallaban desconectadas de la percepción política del *sistema*.

Mientras este cabaret enturbiaba el debate político, ciertos cínicos izquierdistas se quedaban pegados a sus televisores disfrutando del espectáculo de contemplar cómo aquellos individuos provincianos de poca monta desmantelaban el *sistema* tanto tiempo respetado, cuando no temido. «La periferia finalmente está haciéndose con el poder del centro» era un análisis de moda en ese momento, como lo sería en Estados Unidos después de un año de administración Trump o en Gran Bretaña tras el referéndum del Brexit. Había en ello, obviamente, un atisbo de celos: la izquierda confiaba en que sería ella la que llevara a cabo ese acto *revolucionario*. Muchos de sus miembros estaban tan enamorados de la destrucción política que tardaron varios años en plantear la cuestión crucial: «¿Con qué vais a reemplazar el *sistema?»* Y cuando finalmente se acordaron de formular la pregunta, todos los años desperdiciados en aquel voyerismo político se los llevó el viento, dejándolos frente a las verdaderas consecuencias de sus *desesperadas expectativas*. Baste recordar todos los comentarios publicados tras el referéndum del Brexit en las redes sociales por personas jóvenes y cultas cuyo mensaje se reducía simplemente a: «¡No sabía que esta votación iba a tomarse en serio!» Cuando la nueva generación de *flâneurs* de la política quiso darse cuenta de que sus votos tenían consecuencias más serias que los «Me gusta» de Facebook, su nueva vida no europea ya estaba

siendo moldeada por la política de la vida real, del mismo modo que en Turquía nuestra vida se ha visto configurada por el conjunto de valores de los conservadores provincianos.

Žižek llegó casi dos décadas tarde al debate con su creencia de que un organismo político antidemocrático podría favorecer de algún modo la construcción de una democracia mejor. Pero en Turquía la cuestión había quedado solventada muy pronto mediante prácticas autoritarias, y cuando los nuevos «ciudadanos militantes» que hacían trabajo de campo se encontraron cara a cara con los entusiastas partidarios del líder, quedó claro que sería casi imposible cambiar sus convicciones o canalizar sus frustraciones para crear una democracia mejor. Los cínicos izquierdistas también descubrieron que no bastan las buenas maneras y la moderación para evitar una pelea a puñetazos –a veces literalmente– cuando uno se enfrenta a los matones de un líder autoritario para los que todo vale.

Durante las elecciones de 2015 en Turquía, nuestro anarquista posestructuralista y ciudadano militante, junto con todos los que teorizaban y creían que existe un fondo político que tocar, tuvieron que lidiar físicamente con los simpatizantes del gobierno que intentaban meter votos falsos en las urnas. Creyeron que aquello era lo más bajo que se podía caer... hasta que experimentaron el referéndum de 2017 sobre la ampliación de poderes del gobierno tras el fallido golpe de Estado. Tras presentarse una vez más como voluntarios para supervisar los comicios, no tardarían en llegar a la deprimente conclusión de que esta vez el fraude electoral era aún más descarado que la anterior. Aunque los voluntarios supervisaron meticulosamente el proceso de votación, cuando empezó el recuento y quedó claro que Erdogan no iba a ganar, la Junta Electoral Superior cambió la ley electoral en cuestión de una hora tras las presiones del propio líder, y los manifiestos votos falsos en favor de Erdogan se declararon válidos.

La oposición comprendió entonces que, con todos los poderes del Estado en manos del régimen autoritario, aun en el caso de que hubiera un nuevo despertar político resultaba casi imposible detener aquella marea haciendo uso de su comportamiento político habitual. Se precipitaban más allá del nuevo fondo político y moral, algo inimaginable hasta que sucedió realmente. Y en cuanto a nuestro anarquista posestructuralista, como la

mitad del país que votó contra Erdogan en el referéndum que lo convirtió en el único gobernante de Turquía, sintió que ese último golpe era su muerte. Poco imaginaba que la «otra vida» que le esperaba sería aún peor.

La muerte de nuestro particular anarquista, como la de Dario Fo, no tuvo nada de accidental. Se habría previsto mucho antes si los líderes de opinión progresistas de la época no hubieran desperdiciado años esperando que se produjera una metamorfosis política a partir del colapso total de la política y, en cambio, se hubieran apresurado a informar a las masas. En cuanto a la «otra vida» de nuestro anarquista y sus compañeros, en 2018, después de haber pasado por varios nadires, tuvieron que oír a Erdogan dar discursos hasta tres veces al día en los que calificaba a las personas como ellos de «maleantes». También fueron explícitamente amenazados por el presidente, que dijo: «Si los que viven en Cihangir o Nisantasi [el Soho y el Greenwich Village de Estambul] se portan bien, no los tocaremos.» Ahora se esperaba que guardaran silencio mientras ardían en el infierno del autoritarismo. Y aunque en las elecciones anticipadas de 2018 se esforzaron de nuevo en ocupar su puesto y supervisar los comicios, fue solo para aprender una vez más la lección que ya les había enseñado el referéndum de 2017. Así muchos de ellos volvieron a *saber cuál era su lugar*.

Sin embargo, Žižek tenía razón en una cosa. Cuando el populismo de derechas toma el poder y penetra en el aparato estatal, desencadena un extraño tipo de politización. Por desgracia, es un tipo de politización que podríamos definir como política del pánico; una defensa insuficiente frente al populismo y sus nuevos mínimos políticos, y nada parecido al «despertar» que podía esperar Žižek. Es más bien como una pelea entre hermanos en la que el más débil termina tendido en el sofá dando patadas en su intento de defenderse del más fuerte. Y la rapidez con que actúa el líder autoritario, en cuanto que no se molesta en observar las *obstructivas* regulaciones legales, no deja tiempo a la oposición para volver a lo básico ni para repensarse. La única opción que le queda es seguir dando patadas mientras aguanten las piernas.

«Se pueden identificar tres estrategias en respuesta a las provocaciones

del [*partido populista de derechas alemán*] *AfD* [*Alternativa para Alemania*]. *En primer lugar, la respuesta emocional: Cem Özdemir, el líder del Partido Verde, recientemente dio un apasionado discurso en el hemiciclo calificando al partido de "racista". El vídeo se hizo viral. En segundo término, señalar las incoherencias del AfD cada vez que cometa errores. En tercer lugar, afrontar las falsas acusaciones con hechos...»*

En un artículo publicado en el *New York Times* el 14 de marzo de 2018, Anna Sauerbrey, directora de *Der Tagesspiegel*, escribía sobre los esfuerzos de Alemania para lidiar con su nueva oposición populista de derechas en el Bundestag. Sauerbrey concluía su artículo diciendo que hasta el momento ninguna de las tácticas había tenido éxito.

Por razones históricas obvias, cabía esperar que se hubieran utilizado métodos más eficaces para contener a los populistas por parte de los políticos alemanes. Pero la situación debe de ser bastante desesperada cuando ni siquiera a los alemanes, que han producido la bibliografía intelectual y académica más importante sobre el tema, se les da mejor que a mi madre lidiar con el populismo y sus intentos de desmantelar los mecanismos políticos.

«¡Ahí van las preocupadas comadres laicas! ¡Ja, ja, ja!»

En los primeros años del AKP, mi madre, como muchas otras mujeres turcas laicas y progresistas de mediana edad y clase media, fue como uno de esos canarios que se llevaban a las minas de carbón. Mientras algunos intelectuales públicos todavía seguían esperando que ocurriera algo mágico, ella ya estaba convencida de que ninguna respuesta política funcionaría a menos que la oposición movilizara deliberadamente a las masas a través de las redes de base. De hecho estaba cumpliendo la predicción de Žižek de que la gente empezaría a *repensarse y volver a lo básico en política*. Muchas mujeres turcas como ella habían participado en política en sus años universitarios, de modo que sabían más o menos cómo organizar y movilizar políticamente a la gente. Sin embargo, los golpes militares de 1971 y 1980 habían cortado los vínculos morales y políticos entre la clase media culta, por un lado, y la clase trabajadora y la población marginada, por otro (algo que también ocurrió en los países occidentales, aunque por

distintos medios). Había pasado mucho tiempo desde que aquellas mujeres se encontraran cara a cara con el *pueblo real*. Por lo tanto, para poner en práctica políticas reales, la herramienta más conveniente de la que disponían era el principal partido de la oposición, que, obviamente, formaba parte del *sistema*. De modo que en 2007 se encontraron en lo que para muchas era la incómoda posición de alinearse hombro con hombro con el *sistema* «corrupto» y en contra de las opciones políticas del *pueblo real*, en un momento en el que –como les ocurrió a Žižek y a varios otros analistas políticos con Hillary Clinton– el *sistema* parecía ser el auténtico peligro.

Irónicamente, aquellas mujeres fueron objeto de burla por parte del gobierno populista de derechas y de quienes disfrutaban del espectáculo a través del prisma de la teoría política con la misma forma de condescendencia. La etiqueta que ambos grupos les adscribieron fue la de «las preocupadas comadres[2] laicas», una expresión despectiva que hacía referencia a su supuesto *distanciamiento del pueblo real*. Pero ellas ignoraron aquellas burlas injustas y se pusieron a trabajar. Empezaron por visitar barrios pobres, principalmente progubernamentales, llamando a todas las puertas para hablar de la hipocresía del gobierno. Dieron charlas en cafeterías sobre el auge del conservadurismo y acerca de cómo este estaba desmantelando la sociedad turca. Sin embargo, toda su labor política terminaba aplicando los mismos métodos utilizados por los partidos de la coalición alemana del Bundestag: pronunciando discursos emocionales que condenaban la crueldad de los populistas, denunciando la política del gobierno por ser incoherente con las promesas del partido y esgrimiendo hechos incontestables frente a las dulces mentiras del gobierno. Hablaban de la necesidad de un gobierno que acatara la ley, de la necesidad de igualdad, y del vínculo entre los derechos sociales y la salud de una democracia. Y tenían buen cuidado, como sus homólogos de los países occidentales, en *empatizar* con los partidarios del líder.

Sin embargo, después de cada discurso, cuidadosamente redactado para no ofender a los votantes del AKP, aparecía un camión cargado de pasta, carbón y alubias secas –parte del programa político de trabajo de campo del gobierno–, se detenía delante del lugar del evento, y un grupo de miembros

del AKP empezaban a repartir comida y otras provisiones gratis a los lugareños, la mayoría mujeres que venían a escuchar a *las preocupadas comadres laicas*. Allí paradas, como personajes de una novela de Virginia Woolf que se hubieran tropezado por accidente con *Germinal*, mi madre y las otras damas sin duda se asemejaban a los políticos del Bundestag preguntándose cómo todas sus teorías y experiencia política se habían evaporado ante el tosco relato de los políticos del AfD. De habérselo preguntado, *las preocupadas comadres laicas* de Turquía podrían haberles dicho a los miembros del Bundestag que tenían que idear una cuarta táctica, dado que la política populista de derechas es inmune a los otros tres remedios. Además, a partir de sus muchos años de experiencia, también podrían haberles explicado a las sociedades occidentales –que tienden a pensar que sus cimientos son más fuertes que los de Turquía y más capaces de resistir al populismo de derechas– que la usurpación definitiva del poder no se produce mediante un espectacular incendio del Reichstag, sino que, lejos de ello, constituye un proceso terrible, que se prolonga a lo largo de muchos años, integrado por numerosos pequeños incendios dispersos, aparentemente insignificantes, que arden sin llama.

También podrían haber dado una larga conferencia sobre el nuevo tipo de cruzada de derechas que reduce la democracia a las urnas, y acerca de cómo esta subyuga las opciones políticas a los temores ligados al hambre, el paro y, en última instancia, la inseguridad social. Y cuando la democracia se encoge hasta el punto de convertirse en nada más que un proceso de votación, el destino de un país pasa a ser inseparable de la existencia política de su único gobernante.

«¿Qué podemos hacer? Tenemos hambre. Antes fueron los izquierdistas, y ahora es Erdogan.»

En marzo de 2007, cuatro meses antes de que Erdogan ganara sus segundas elecciones generales, yo estaba realizando entrevistas sobre la pobreza en las zonas más olvidadas de Estambul. Las personas con las que conviví durante varios días vivían en las aceras en tiendas de campaña y refugios de cartón, bebían agua infestada de gusanos, algunas de ellas dependían para calentarse de los trozos de carbón que sus hijos recogían en

las autopistas, arriesgando su vida y, a veces, pereciendo en el intento; recuerdo que en ese momento pensé que era como un universo dickensiano sin la figura del narrador. Muchos de ellos eran votantes del AKP: eran los mismos que saqueaban los camiones de pasta y carbón que aparecían tras las visitas de *las comadres laicas*. Hablando con ellos se hacía evidente no solo cómo Erdogan controlaba personalmente las principales arterias de la capital, sino también cómo viajaba el dinero por los capilares hasta llegar a los más pobres, creando así una compleja red de partidarios cuya propia supervivencia dependía de la existencia política del líder.

Para construir tan gigantesco entramado, el partido de Erdogan explotaba las ya terribles condiciones de vida de esas personas, y, lo que es más importante, transformaba gradualmente sus derechos sociales básicos en una cuestión de caridad política del partido. Cuando las necesidades de la gente son apremiantes, no es difícil convencerla de que en lugar de luchar por la igualdad social tiene más sentido mostrar lealtad a un partido político a cambio de una barra de pan y unos cuantos trozos de carbón diarios. Esta caridad, obviamente, dependía de la generosidad de Erdogan, que solo se otorgaba a cambio de votos.

Al principio la distribución de esta ayuda en especie se camuflaba bajo la forma de caridad religiosa, pero más tarde el partido no vio razón alguna para ocultar cuáles eran sus requisitos previos para ayudar a los pobres o su parcialidad en la distribución de los servicios públicos. En marzo de 2018 ya no sorprendía a nadie escuchar a los representantes del partido proclamar abiertamente que las nuevas estaciones de metro se construirían de acuerdo con la geografía política y que se daría prioridad a los distritos que votaban al AKP. Lógicamente, esta grandiosa operación política, que iba desde la distribución de pan hasta la prestación de todo tipo de servicios públicos, requería de una increíble dosis de microgestión, que Erdogan y su partido consideraban parte integrante de su cruzada política. Por desgracia, sus adversarios políticos se centraban en la mala praxis en el aparato del Estado y en la forma de abordar las réplicas sísmicas de la política populista en los debates de televisión, mientras la mayoría de los hambrientos pensaban: «Con tal de que tengamos asegurado el pan, me da igual lo que haga el partido.»

Como mencionaron varias personas durante mis entrevistas, antaño habían sido los estudiantes de izquierdas los que habían *nacionalizado* el pan y el carbón y llevado los camiones a los barrios pobres. En realidad la mayoría de los pobres no recordaban qué había sido de aquellos jóvenes izquierdistas, ya que la memoria política del país había sido borrada por el más cruel de los golpes militares. Era demasiado tarde para recordarles –y quizá resultara también ridículo hacerlo– que aquellos estudiantes, en consonancia con los cambios globales acontecidos en la historia, se habían transmutado en *comadres laicas*. Además, las propias comadres también tenían dificultades para recordar aquella época, y cómo casi siempre la política se basaba en el pan y la esperanza, no en conceptos políticos o en datos deprimentes relacionados con la mala praxis en el aparato estatal. La labor de los teóricos políticos debería haber consistido en recordarle a la gente que, si no hay justicia social, no hay democracia, pero la mayoría de ellos padecían una forzada amnesia que eliminaba la expresión «justicia social» de su léxico político. No obstante, las comadres laicas eran conscientes de que la gran pregunta que se planteaba en la calle era tan cruda como sencilla: «Dígame, ¿por qué no debería aceptar la comida si tengo hambre?»

Paralelamente se estaba tejiendo otra red no alrededor del hambre, sino en torno a una codicia insaciable. Esta red involucraba a los ricos que ahora se veían haciendo cola impotentes ante el gobernante para obtener su parte de riqueza con el mismo gesto hambriento que los pobres. Aunque su historia se desarrollaba sobre un glamouroso telón de fondo de palacios y hoteles de cinco estrellas, su necesidad era exactamente la misma.

«Algunos han llegado a la conclusión de que se trata de un simple problema de autocracia, de que ya no hay distinción entre el Kremlin y Putin. Como ha declarado públicamente Viacheslav Volodin, actual presidente de la Duma, pero luego asesor de alto nivel de Putin en asuntos de política interior: "Mientras haya Putin, también habrá Rusia; cuando Putin se vaya, también lo hará Rusia." Esta concepción de Putin como soberano único se ha ido desarrollando de manera gradual.»

Gleb Pavlovski, que fue asesor del Kremlin entre 1996 y 2011, escribió estas palabras en un artículo publicado en el número de mayo-junio de 2016 de la revista *Foreign Affairs*. Pavlovski, que además de asesor político había sido uno de los arquitectos de la Rusia de Putin, esperó a caer en desgracia para hacer públicas sus revelaciones sobre los males del régimen. En su largo artículo explicaba cómo en Rusia se había creado una plutocracia dirigida por un solo hombre tejiendo una vasta trama de vasallos que actuara como red de seguridad para el poder político de Putin. Pero cuando se publicó el artículo de Pavlovski ya era demasiado tarde para deshacer aquella trama que equiparaba a Putin al Estado y el pueblo rusos.

Irónicamente, solo unos meses antes, el 16 de marzo de 2016, Erdogan daba uno de sus periódicos discursos en la «Reunión de *mujtars»*, un invento político suyo en el que reúne en su lujoso palacio a unas trescientas autoridades vecinales de bajo nivel –cuya función era anteriormente insignificante– para hablar sobre lo que le apetece, con una gran ovación garantizada al final. Mientras los *mujtars* escuchaban, en su mayoría completamente ajenos a cuestiones como la última declaración de la Secretaría de Estado estadounidense o el reciente cambio de la política comercial alemana, el presidente espetó de repente: «Quieren que me vaya. Pero si Erdogan se va, Turquía se destruye.» No es que el presidente estuviera simplemente prodigándose alabanzas disfrazadas de humildad, como hace con frecuencia, sino que expresaba algo que ha llegado a convertirse en una creencia generalizada, no solo por parte de sus devotos partidarios, sino también de muchos de sus críticos, que sufren de un grave caso de síndrome de Estocolmo. Como Putin, desde sus primeros días en el poder Erdogan creó una leal trama de vasallos, y fue transformando poco a poco el proceso de adopción de decisiones en los asuntos financieros de la nación hasta que toda transacción económica, desde la más micro hasta la más macro, acabó estando vinculada a él de un modo u otro.

Ni que decir tiene que los primeros años de este proceso siempre son aplaudidos por las grandes finanzas, debido a que la idea de un Estado más reducido encaja en el discurso dominante del sistema neoliberal. Sin embargo, la nueva vuelta de tuerca del populismo de derechas en ese manido coro de «un Estado más pequeño es un Estado mejor» se traduce en

el hecho de que, gracias a las políticas populistas, el líder se convierte en la única voz de la distribución de la riqueza y el poder del Estado, en contraste con los anteriores líderes derechistas o liberales, que compartían el poder con las grandes finanzas establecidas. Y a veces esa única voz puede ser tan arbitraria que incluso los hábitos personales, los gustos o las aversiones del líder se convierten en requisitos previos para que los ricos puedan probar un bocado del pastel del capital. Por ejemplo, una de las condiciones que Erdogan imponía a los ricos era que dejaran de fumar sus grandes cigarros y se tragaran parte de su orgullo.

«... Y así, querida, algunas de las diez personas más ricas de Turquía se encontraban en esa condenada fila haciendo cola por una tortilla con los platos vacíos como en una escena de Los miserables.»

En cuanto los financieros laicos establecidos de Estambul se dieron cuenta de que el juego había cambiado, y de que la única forma de ganar gigantescas licitaciones públicas y obtener acceso a grandes préstamos bancarios era a través de la aprobación personal del señor Erdogan, la línea de acción por la que optaron no fue movilizar el mundo de los negocios para protestar u organizarse políticamente para resistir, sino hacer todo lo que estuviera en sus manos para congraciarse con el líder. La forma más eficaz de ser aceptado en su corte era «subirse al avión», es decir, ser elegido para viajar al extranjero con Erdogan en su jet presidencial. Todos los propietarios de grandes empresas –firmas con miles de empleados– empezaron a intentar conseguir desesperadamente habitaciones en los mismos hoteles que Erdogan, y algunos de ellos tuvieron que dejar de fumar a regañadientes, dado que Erdogan es muy estricto con el tabaco y nunca deja pasar la ocasión de reprender y avergonzar públicamente a los fumadores. Un periodista financiero amigo mío no pudo evitar reírse mientras me contaba las grotescas escenas que se desarrollaban en esos viajes y el inmenso placer que sentía Erdogan al menospreciar o embaucar a toda aquella gente antaño poderosa: «Deberías haber visto a todos aquellos jefazos intentando esconder sus gigantescos cigarros cada vez que se abrían las puertas del ascensor, y cómo competían por coincidir con Erdogan en el vestíbulo, utilizando constantemente espráis bucales.»

Toda la diversión de jugar al corre que te pillo desapareció cuando los jefes de las grandes finanzas se dieron cuenta –demasiado tarde– de que ya no eran necesarios en la nueva Turquía de Erdogan, y de que sus negocios podían ser embargados de la noche a la mañana si se presentaban cargos de terrorismo contra ellos. Como consecuencia, varios de aquellos grandes financieros trasladaron las sedes centrales de sus empresas a Londres o Nueva York. A ello le siguió una emigración constante de empleados de oficina, hasta el punto de que en 2018 Erdogan empezó a decir: «Si quieren irse, hasta les compraremos los billetes de avión.» Para entonces el presidente se había creado ya su propia clase de partidarios burgueses y financieros, y estos constituían lo único que necesitaba para dirigir su farsa de democracia. Los grandes empresarios que abandonaron Turquía fueron calificados de «maleantes», un término que ellos mismos habían creído durante largo tiempo que solo se aplicaba a los izquierdistas o a los anarquistas posestructuralistas. Y muchos pasaron por alto el hecho de que ese proceso se había iniciado hacía años, con un fenómeno aparentemente insignificante que aconteció en las remotas ciudades provincianas de Anatolia.

«¿Qué son esas alfombras de oración que hay en lo alto de las estanterías de todas las oficinas?»

Aquí estoy, en 1997, en una población abandonada de la mano de Dios en medio de Anatolia, sentada con algunos empresarios de poca monta y unas cuantas mujeres muy jóvenes de Estambul en un *meyhane*, o taberna.

Lo de «taberna» no es más que un eufemismo. Casi todas las pequeñas ciudades de Anatolia, por piadosas que sean, cuentan con una. En su mayoría están fuera de la población, en la carretera, es una forma de seguir pecando fuera de la conservadora vida provinciana: prostitutas, alcohol y demás cosas *sucias*, como comer y beber en compañía de gente de toda laya. Y heme aquí bebiendo con ellos debido a que estoy escribiendo un largo artículo sobre los «tigres anatolios», una versión menor de los «tigres asiáticos» de la época, los capitalistas emergentes de la economía de libre mercado. Tras pasar varias semanas recorriendo las poblaciones más conservadoras de Anatolia y hablando con piadosos hombres de negocios

de nivel medio, había empezado a hacerme preguntas existenciales. Y de alguna manera, en un estado de aturdimiento, me había parecido buena idea empezar a beber con un puñado de hombres que, como mujer periodista, me veían de manera muy similar a como veían a las prostitutas de Estambul que se sentaban en la misma mesa. Así que los hombres se relajan, yo me relajo, y gracias al coraje adquirido por cierta solidaridad tácita con las prostitutas –las únicas mujeres presentes aparte de mí–, formulo la pregunta que ha estado persiguiéndome durante días: *¿Qué son esas alfombras de oración...?*

Durante varios días, en todas y cada una de las entrevistas que he realizado en todas y cada una de las ostentosas delegaciones provinciales que he visitado, he encontrado exactamente lo mismo: una estantería llena de *Enciclopedias Británicas* por estrenar (probablemente una promoción de algún periódico) y, en lo alto de la estantería, una alfombra de oración del tipo más barato, las *alfombras de oración del pueblo real* antes de que eso del *pueblo real* existiera siquiera.

Los hombres sueltan una risita, algo que no habrían hecho nunca en el núcleo urbano con una mujer, y desde luego no con una mujer que les pregunta por las alfombras de oración, el tejido sagrado de todo musulmán practicante. Uno de ellos responde, mientras los otros ofrecen sonrisas de aprobación y asienten con la cabeza:

–Si no pusiéramos esa alfombra ahí arriba, nadie haría negocios con nosotros.

Luego me explican –en medio de un montón de groseros chistes verdes del tipo que suelen contar los hombres reprimidos cuando se encuentran con una mujer *abierta* (que libera al adolescente enjaulado en su interior)– que allí el dinero se desplaza a lo largo de politizadas trayectorias religiosas y que la mayoría de la gente en realidad solo finge ser piadosa para poder moverse en los círculos adinerados. Esto ocurría años antes de que se creara siquiera el AKP, pero la nueva burguesía provinciana conservadora ya estaba empezando a despegar. Unos años después de esta entrevista, aquellos nuevos empresarios anatolios llegaron a ser lo bastante poderosos como para exigir su propia representación política, y el AKP se fundó con su apoyo.

Lo que mejor recuerdo de aquella noche en la taberna es que uno de los hombres me susurró una extraña pregunta:

–¿Es verdad que en Estambul necesitas un carnet de socio para entrar en una discoteca?

A él le habían negado la entrada en una de ellas, supuestamente por el problema del carnet, y quería asegurarse de que los gorilas de la puerta no le habían mentido.

–No –respondí, afligida por herir su orgullo provinciano–. En las discotecas no hay carnets de socio.

Años después, ese mismo hombre de negocios compró la discoteca a la que le habían negado la entrada y la convirtió en un «restaurante familiar», lo que en Turquía significa un establecimiento conservador en el que no se sirve alcohol. Tras la llegada al poder de Erdogan, todos aquellos hombres, y muchos como ellos, se fueron trasladando poco a poco a Estambul para hacerse cargo de los negocios que los empresarios laicos habían tenido que abandonar, en gran parte debido a la presión política y legislativa de Erdogan.

Esta gigantesca red que conectaba las grandes finanzas y el pan nuestro de cada día con las subvenciones políticas –en forma de préstamos no garantizados de bancos públicos o de ventas de instituciones de titularidad pública a miembros de su círculo de amigos íntimos– constituyó la base del respaldo a Erdogan y permitió a sus devotos transformar el aparato del Estado hasta que el Estado se convirtió en sinónimo de su líder. A la larga, la idea de que «si Erdogan se va, Turquía se destruye» dejó de ser solo un mito fabricado por la maquinaria propagandística para convertirse en una sólida realidad política que implicaba que, si Erdogan perdía el poder, se rompería el cordón umbilical. Así pues, no era solo por mera convicción política por lo que los *apparátchiks* del partido se liaban a puñetazos con los voluntarios que supervisaban las elecciones (incluido nuestro anarquista posestructuralista): en realidad estaban luchando por su vida.

No resulta difícil imaginar de qué podríamos ser capaces si estuviera en juego el pan nuestro de cada día, nuestra casa, nuestro trabajo o nuestro

negocio. Pero si el lector no se lo imagina, siempre puede preguntárselo a los habitantes de Siklósnagyfalu, un pueblecito del sur de Hungría.

«En invierno no hay mucho trabajo que hacer. Hay días en que no hacemos nada.»

Gyöngyi Orgyan, residente de Siklósnagyfalu, le dijo estas palabras a un reportero del *New York Times* el 3 de abril de 2018, unos días antes de las elecciones generales húngaras. Ella era una de las muchas personas que se habían beneficiado de los puestos de trabajo ficticios que el líder húngaro de derechas Viktor Orbán proporcionaba a los aldeanos para tejerse su red de seguridad de votantes. Durante los ocho años de su segundo mandato como primer ministro, proporcionando a los parados empleos estivales de baja cualificación remunerados por el Estado y diseñados por la administración local, con jornadas de solo unas pocas horas al día, Orbán había reducido la tasa de paro del 11,4 al 3,8 %. Esto le proporcionó miles de leales partidarios cuyo sustento diario dependía de su reelección. Su base de poder eran los pobres y quienes se beneficiaban económicamente de su régimen, que se convirtieron –como diría Jan-Werner Müller en un artículo publicado en *New York Review of Books*– en «los nuevos ricos, una cívica burguesía conservadora».

Aunque Müller calificaba de «orbanomía» a este tipo de economía, en realidad puede discernirse ese mismo patrón en el régimen de Erdogan y en el del novato líder populista Donald Trump. Solo un día después, el 4 de abril de 2018, el *New York Times* informaba sobre un caso similar, en el norte de Minnesota, de una red de votantes agradecidos construida sobre una serie de decisiones económicas aparentemente escandalosas. Mientras en las portadas de los periódicos estadounidenses las grandes empresas expresaban su alarma por los aranceles impuestos por Trump a las importaciones de China, según esta noticia, que en gran parte pasó desapercibida, los trabajadores de las minas de taconita de Minnesota estaban encantados con la decisión, y, de hecho, las «tácticas de loco» que empleaba Trump en el ámbito económico estaban cambiando la geografía política de la zona, que tras varias décadas votando a los demócratas había pasado a votar a los republicanos.

Al sopesar esas noticias, es fácil reconsiderar la idea de construir un muro entre México y Estados Unidos y verlo como una oportunidad de trabajo largamente esperada, un atisbo de esperanza para miles de trabajadores de la construcción. También cabría preguntarse cuántos lectores del *New York Times* estarían dispuestos a donar su propia sangre, sudor y lágrimas para proteger a las instituciones democráticas en una lucha contra las masas hambrientas. O cuántos de los críticos de Trump tendrían el tiempo y la energía necesarios para transformarse en ciudadanos militantes y detener la marea. Y más concretamente, quiénes entre los grandes financieros se negarían a invertir en un proyecto de construcción pública tan enorme debido a sus reservas morales y políticas. Imagino a miles de trabajadores de la construcción congregados en una manifestación gritando: «Si el muro se va, Estados Unidos se irá con él», con su almuerzo gratuito, junto con la promoción en las redes sociales, pagados por las empresas que han ganado la licitación. Tras la experiencia turca, incluso puedo imaginar en la manifestación a otro millar de personas que en realidad no tienen nada que ver con la construcción del muro pero gritan como locas solo porque les han dado perritos calientes gratis. Eso es lo que ha ocurrido en cientos de mítines del AKP en Turquía, un país donde puede que la democracia sea menos madura y el *sistema* más débil, pero donde las personas se mueren de hambre exactamente igual.

Así pues, cuando hablamos de que la política populista se apodera del Estado, lo que dice el antiguo líder del UKIP, Nigel Farage, en un pub de Dorset, o lo que sienten los partidarios de Trump en Kentucky, no es realmente el problema. Lo importante es si los asistentes al pub de Dorset han acumulado los recursos financieros necesarios para respaldar la locura o no; o si los partidarios de Trump están construyendo en algún condado rural alejado de la capital nuevas redes económicas que al principio podrían parecer una broma pero que terminan siendo cualquier cosa menos divertidas. Las cuestiones importantes que constituyen el núcleo del verdadero poder del populismo afectan a la reorganización de las transacciones financieras y las relaciones económicas: si los nuevos triunfadores económicos son lo bastante numerosos y están lo bastante establecidos como para requerir una nueva representación política, y si los

entramados económicos que construyen son lo bastante fuertes como para crear una red de seguridad que permita al líder populista hacerse con los poderes del Estado. Sin embargo, cuando uno empieza a ser testigo del carácter invasor de esta operación política vinculada a la riqueza o al sustento, y lo formidable que puede llegar a ser, se ve obligado a construir refugios mentales para proteger su propia cordura.

«Bueno, no le dejarán hacer eso.»

En las salas de estar de todo Estados Unidos, y de cualquier país europeo donde el populismo de derechas se está haciendo con el poder del Estado, puede oírse esta frase abstracta de labios de la gente que mira los informativos de la noche cada vez que el líder populista hace algo que hasta ese momento se consideraba prohibido. Por la experiencia turca sé lo molesto que resulta escuchar la pregunta obvia: *«¿Quiénes* son los que van a impedirle hacer lo que quiera?» En el caso de Turquía, al principio la respuesta variaba en función de la postura política de la persona a la que se le formulaba la pregunta: «Bueno, el *sistema»*; «El ejército, por supuesto»; «Se acercan elecciones: la oposición se unirá para detenerlo»; «El estado profundo[3] no permitirá que eso suceda»; «La gente no se dejará engañar hasta ese punto»... Pero el líder populista termina por fundir y convertir en espadas todas esas férreas palancas aparentemente tan sólidas, y el país se ve abocado a hacer frente al poder brutal del régimen sin la restrictiva protección imaginaria de ninguna institución estatal o práctica democrática. Al menos eso fue lo que le dije al presidente de la Fundación Obama, David Simas, en nuestro encuentro en Oxford el 11 de abril de 2018, y probablemente en ese momento mis palabras debieron de parecerle excesivamente pesimistas.

«Eso son refugios mentales. Durante un año la oposición estadounidense confió en el *impeachment* como herramienta para detener a Trump. Al cabo de un año, cuando el *impeachment* resultó ser una opción legal y política descabellada, rediseñaron su refugio mental para hablar de las elecciones de mitad de mandato.»

Simas, antiguo asesor político de Obama, sonrió cortésmente cuando se lo dije, en la mesa redonda sobre «Populismo, polarización y compromiso

cívico» en la que ambos participábamos en el marco del Foro Mundial Skoll. Sucedió justo después de que él mencionara su esperanza de que las siguientes elecciones de mitad de mandato debilitaran a Trump. Como nos había ocurrido a muchos de nosotros en Turquía, le preocupaba la polarización que había creado Trump, y estaba ansioso por encontrar formas de superar las tensiones que ello había generado. Y su solución no era distinta de la que habíamos intentado muchos de nosotros en Turquía: reforzar los vínculos sociales de los ciudadanos a través de la empatía y crear formas de comunicación más sinceras entre los partidarios y detractores de Trump. Aunque este era un enfoque bien intencionado, yo era consciente de que podía hacer que miles de estadounidenses –como les había ocurrido a los turcos antes que a ellos– dedicaran demasiado tiempo a intentar establecer algún tipo de conexión con los votantes de Trump, cuando en realidad la situación requería urgentemente soluciones políticas mucho más profundas que esa especie de terapia de pareja, sobre todo teniendo en cuenta que su líder populista estaba tomando decisiones serias a toda velocidad y alterando tradiciones hasta entonces consideradas inquebrantables. Solo siete meses después Donald Trump, atribuyéndose una dudosa victoria en las elecciones de mitad de mandato, atacaba despiadadamente a un periodista de la CNN en una conferencia de prensa de la Casa Blanca. Su inaudito tono y actitud se reprodujeron sin descanso en todos los informativos del mundo. Posteriormente la CNN demandó a la Casa Blanca por prohibir el acceso a su corresponsal solo un año después de haber intentado hallar puntos de confluencia emocionales con el populismo de derechas. Y hablando de cosas que van a toda velocidad, cuando el lector lea este libro probablemente comprobará que ya ha olvidado algunos de los incidentes que describe, pese a que en ese momento parecían impactantes, increíbles y difíciles de olvidar.

Solo tres días después de la mesa redonda del Foro Mundial Skoll, el bombardeo de la OTAN en Siria vino a alterar de nuevo la agenda política. La primera ministra británica, Theresa May, el primer ministro francés, Emmanuel Macron, y el presidente estadounidense, Donald Trump, enfrentados todos ellos a la inestabilidad interna en sus respectivos países, unieron sus fuerzas para llevar a cabo un bombardeo «de una sola noche»

debido a los informes sobre un presunto ataque a civiles con armas químicas en la ciudad de Duma. Vladímir Putin y el gobierno sirio argumentaron que dicho ataque no se había producido y que las potencias occidentales no se habían molestado demasiado en intentar convencer a la comunidad internacional, al tiempo que el legendario periodista británico Robert Fisk viajaba a Duma e informaba en el *Independent* de que no había encontrado evidencia alguna de un ataque químico. Dejando a un lado la disputa sobre si el ataque tuvo lugar o no, el bombardeo no contaba con el consenso parlamentario, ni tan siquiera con un apresurado consenso internacional. La velocidad de los acontecimientos no dejó tiempo a la oposición para *repensarse y volver a lo básico*, o, ya puestos, para intentar *empatizar* con quienes clamaban por algún tipo de respuesta militar.

Un día antes del bombardeo, el 13 de abril, yo me hallaba en el estrado en el Lincoln Center de Nueva York; a mi lado, de entre todos los participantes en el debate, se sentaba nada menos que la exsecretaria de Estado y candidata demócrata a la presidencia Hillary Clinton, que actuaba como moderadora del evento, una mesa redonda celebrada en el marco de la Cumbre de Mujeres del Mundo y titulada: «Una amenaza creciente: el auge de los autócratas.» Yo hablaba a los aproximadamente tres mil invitados de la ficticia confianza en las instituciones del Estado y de nuestras ideas ilusorias al respecto, nuestra falsa creencia de que estas pueden salvar a la democracia de la locura de los líderes populistas. La decisión de bombardear Siria ya se había tomado, y ahora muchos juzgaban una vez más como belicista a la población de los tres países involucrados, sin que dicha población hubiera tenido siquiera la oportunidad de dar o negar su aprobación a la acción militar. Paralelamente, después de aquella repentina decisión política que se había saltado el sistema de equilibrio de poderes que se suponía que debía controlarles, Trump, May y Macron se veían aclamados por sus partidarios como los auténticos líderes de sus respectivos países. Me chocó comprobar en qué extraordinaria medida ello me recordaba el entusiasmo que a menudo se muestra hacia otros líderes populistas tristemente célebres como Putin y Erdogan...

Al público del Lincoln Center solo le quedó aplaudir como una forma de desesperada protesta porque se les considerara miembros de un país

belicista. En los días siguientes Theresa May fue cuestionada en el Parlamento sobre una acción que ya se había llevado a cabo. Su respuesta se redujo a: «La operación redundaba en interés de nuestra nación. Assad utilizó armas químicas contra su propio pueblo, y eso contraviene el derecho internacional, de modo que hemos actuado.» Punto. La nación tenía que agruparse en torno a su líder, como hace siempre que se percibe que hay una crisis. Con su inestable política interior, no es probable que ni a May ni a Macron se les califique con frecuencia como líderes populistas *per se*, pero la forma en que ambos sortearon esta crisis internacional venía a imitar más o menos la técnica de los líderes populistas de hacer movimientos rápidos que apenas requirieran del debate público, así como su percepción de la nación ideal como una fuerza unificada en torno a su líder.

Apenas unos días después, y de manera similar, Erdogan anunció la celebración de elecciones anticipadas con la esperanza de consolidar una vez más su poder, a pesar de que ello iba en contra de todos los precedentes políticos y pese al hecho de que el líder del tercer partido del país en importancia estaba en la cárcel acusado de terrorismo junto con miles de otros presos políticos. Pero, naturalmente, las elecciones redundaban «en interés de nuestra nación». Al igual que en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, en Turquía ya era demasiado tarde para enfriar el entusiasmo de los partidarios de Erdogan y decirles que se estaba sorteando al Estado y su sistema legal, y que eso sentaría un nuevo precedente en la práctica política que permitiría a los líderes ejercer un poder ilimitado siempre que lo desearan. La ironía de esta historia es que en los tres días que pasé en el Foro Skoll y en la Cumbre de Mujeres del Mundo escuché en repetidas ocasiones pronunciar la misma frase a mucha gente: «Bueno, no le dejarán hacer eso.»

Por razones que no soy capaz de comprender, muchas personas permanecen ciegas al hecho de que sus líderes, dondequiera que se sitúen en el espectro político, se molestan cada vez menos en buscar consenso o aprobación. Por aquellas mismas fechas Trump atacaba a la CIA y al FBI, reemplazando a funcionarios de alto nivel en ambos organismos y rechazando la investigación bipartita del FBI sobre la connivencia de Rusia

en su campaña electoral. No era difícil imaginar una habitación, en algún lugar de los oscuros pasillos de la sede central de la CIA, en el corazón mismo del *sistema* estadounidense, donde varios agentes se decían lo mismo unos a otros: «No le dejarán...» El hábito de concebir a nuestras instituciones como entes poderosos y abstractos, y olvidar que en realidad están formadas por personas que podrían estar demasiado paralizadas para reaccionar, es un fallo habitual cuando nos enfrentamos al autoritarismo, incluso entre los directivos de esas mismas instituciones.

El punto de inflexión crucial en el largo proceso de desmantelamiento del aparato del Estado y los mecanismos legales no es la implantación de cuadros formados por obedientes y leales miembros del partido o de la propia familia, como mucha gente tiende a pensar. La vuelta de tuerca que permite a los líderes jugar a voluntad con este aparato se inicia cuando estos empiezan a socavarlo para crear la sensación de que es *superfluo*. En un abrir y cerrar de ojos se filtran al debate público toda una serie de preguntas que tienen el potencial de alterar las reglas del juego: «¿De verdad necesitamos esas instituciones?»; «¿De verdad necesitamos seis puestos de alto nivel en el Departamento de Estado»?; «¿Acaso no llevan vacantes más de un año y las cosas han seguido funcionando sin ellos?»; «¿Para qué sirve el Parlamento británico si no es necesario ni siquiera cuando se decide cometer un acto de guerra?».

Al crear esta percepción generalizada del carácter superfluo del Estado gracias a una enérgica maquinaria propagandística y al apoyo de las masas devotas que confían en la caridad del partido, paralelamente el líder populista empieza a reforzar la idea de que su poder y el de sus partidarios son de hecho mayores que los del *sistema*. En el tiempo que transcurre antes de que este último responda o reaccione ante el desgaste provocado por el líder en el sistema legal surge un nuevo sentimiento generalizado: «Resulta», empieza a pensar la gente, «que lo que considerábamos un poder fundamental nunca ha sido más que un tigre de papel.» ¡Incluso la CIA, el FBI y el Tribunal Supremo! Es como si el líder, al jugar constantemente con estas instituciones, transmitiera de manera indirecta un mensaje a las masas: «Ya veis, el palacio del poder está vacío. Entremos y tomemos el control.»

Lo importante en esos primeros intentos de restar autoridad a dichas instituciones no son los cambios reales, los nuevos nombramientos, o el hecho de que las decisiones como bombardear Siria sean acertadas o erróneas, sino más bien la creación de la percepción pública de que el aparato del Estado está condenado al fracaso y hace mucho que debería haber sido expoliado por el *pueblo real*. A partir de ahí, las siguientes elecciones se convierten en una mera formalidad, una simple cuestión de aprobar el derecho del líder a seguir manejando el país y distribuyendo la riqueza pública expoliada entre sus partidarios. Y ello porque, para seguir regalando el botín político a las masas, el líder también debe mantener la maquinaria electoral funcionando ininterrumpidamente: las elecciones permiten reorganizar la manada y dar esperanza a nuevos individuos o grupos de que ahora podrían ganar el premio gordo y beneficiarse de la riqueza estatal.

«¿Hay unas nuevas elecciones locales, o es alguna otra cosa de la que no me he enterado?»

Después de hacerme traducir numerosos carteles y anuncios publicitarios al inglés, un periodista alemán amigo mío me preguntó si Turquía había entrado en un nuevo ciclo electoral. Los objetos estaban dispersos aquí y allá en pequeños pasos elevados, vallas de reparación de carreteras y obras municipales. Todos exhibían fotos de Erdogan besando a bebés o cortando cintas rojas, e iban acompañados de rótulos de «¡Gracias!» dirigidos a él y a sus alcaldes de distrito en Estambul. «No hay elecciones», respondí, «pero no pasa un solo día sin que nos veamos sometidos a propaganda como si fuera a haberlas en cuestión de pocos días.»

El doble juego que practica el líder populista queda perfectamente ejemplificado en estos aduladores mensajes presentados por los alcaldes del AKP. La incesante atmósfera electoral que crean permite al líder desempeñar dos papeles a la vez: no solo pasa a convertirse en el propio Estado, sino que además actúa como si un líder de la oposición tratara de arrebatar los poderes de este. Si a ello añadimos la ficticia ilusión política de que se ataca al *sistema* cuando en realidad lo que se está haciendo es convertirse en él, es fácil ver por qué criticar a un líder populista es como

ver a Bruce Lee atacando imágenes especulares del villano. Cuando criticas al líder por ejercer el control exclusivo del aparato del Estado, él asume el papel de líder de la oposición; y cuando intentas atraparlo ahí, él recupera el papel de identificarse con el propio Estado, reprendiendo a la oposición por estar obsesionada con disputas políticas partidistas. Así el líder populista paraliza el mecanismo político mientras va invadiendo poco a poco el aparato del Estado. Partido y Estado se convierten en uno y lo mismo: el líder necesita los poderes del Estado, pero estos se desintegran cada vez que necesita eludir las críticas. Y mientras tanto el aparato del Estado, el tigre de papel, se va haciendo cada vez más y más pequeño, hasta que se convierte en una bola de papel con la que jugar al fútbol en el lujoso palacio de Erdogan, o al golf en la residencia de Trump en Mar-a-Lago.

El órgano legal que uno imagina presidiendo el cuerpo político ciertamente no es inmune a la intromisión del líder populista. Mientras el Estado sea rentable, el líder puede contar con un clima político en el que cada vez menos personas cuestionan el desmantelamiento del sistema legal y en el que resulta cada vez más fácil calificar de terroristas a quienes lo hacen. Cuando, luego, las víctimas del régimen opresor que defienden el Estado de derecho son arrestadas por hacer «propaganda terrorista», todo el mundo hace oídos sordos a sus gritos de protesta. En ese punto, cualquiera que –en palabras de Erdogan– «obstruya el camino» se convierte en un terrorista al que hay que encerrar para que no perturbe el fluido discurrir de las cosas. No es casualidad que, como Erdogan, el gobierno conservador de Gran Bretaña y la administración Trump en Estados Unidos vean el Estado de derecho como un obstáculo a la voluntad del pueblo cada vez que los jueces –o «los enemigos del pueblo», como los llaman el británico *Daily Mail* y los principales medios de comunicación progubernamentales turcos– fallan en contra del gobierno. De este modo, el apogeo de la ignorancia y el partidismo movilizados por el líder populista puede ser tal que haga que el *pueblo real* de un país acabe siendo más peligroso que los miembros de Al Qaeda.

«Es la única vez en toda mi carrera judicial que he tenido que pedirle a la

policía que nos brinde asesoramiento y protección en relación con las emociones que se estaban suscitando», declaraba el presidente del Tribunal Supremo británico, John Thomas, en marzo de 2017. Como juez de mayor rango de Inglaterra y Gales, el delito de Thomas había sido fallar contra el gobierno británico dictaminando que este necesitaba legalmente el consentimiento del Parlamento para poder invocar el artículo 50 e iniciar el proceso de salida de la Unión Europea. La decisión le valió amenazas de muerte de una serie de furiosos partidarios del Brexit que parecían más amenazadores que los miembros de Al Qaeda a los que había condenado anteriormente. El periodista Nick Cohen acertaba cuando escribió en el *Guardian* el 3 de febrero de 2018: «En Rusia, Hungría, Polonia, Estados Unidos y Venezuela hemos visto a varios autócratas electos sorteando, o intentando sortear, las restricciones a su poder. Ellos tienen el mandato del pueblo. Cualquiera que se interponga en su camino es, pues, un enemigo de la democracia misma [...]. El mero hecho de que no haya ocurrido aquí no significa que los británicos puedan consolarse con la feliz idea de que no puede ocurrir.»

El aspecto más alarmante de este proceso es que el tiempo que transcurre entre el momento en que se escriben este tipo de artículos y el momento en que se aprueban leyes que criminalizan cualquier clase de crítica al partido gobernante es mucho más breve de lo que creería cualquier ciudadano estadounidense o británico que se mantenga fiel a los centenarios pilares del Estado. Y cuando empiezan a desencadenarse causas judiciales, al principio parecen desconcertantes, pero pronto se vuelven demasiado numerosas para pararlas, y no digamos ya para analizarlas.

«En 2017 debió de haber más de ciento sesenta vistas. Ese no es el número total, obviamente. Son aquellas a las que pude asistir. Y algunas coincidieron con otras vistas, así que tuvimos que dividirnos para asistir al mayor número posible. Hace unos días creo que otras personas estaban preocupadas por el posible estallido de una Tercera Guerra Mundial en el resto del mundo, pero ni siquiera pude leer las noticias. Todas esas causas judiciales nos están machacando, amiga mía.»

Elif Ilgaz es una antigua periodista que actualmente –como muchas

personas sin trabajo– asiste a las causas judiciales de carácter político de Turquía como activista. Es también una de las principales figuras de una comunidad de prensa que ha realizado una labor inmensa en favor de los periodistas encarcelados. Ríe amargamente mientras trata de calcular el número de causas judiciales a las que tuvo que asistir en 2017: académicos encarcelados por hacer llamamientos en favor de la paz, estudiantes detenidos con cualquier pretexto, sindicalistas, maestros..., y la lista continúa. Cuando empezó como activista sus gemelos iban a la escuela primaria, y ahora se están examinando en la universidad. «Ahora nuestra vida transcurre entre salas de juicios, querida. No podemos hacer nada más. Nada», me decía por teléfono unos días después del bombardeo sirio. Desde hace años, así es la vida de los opositores en Turquía, con calendarios repletos de múltiples vistas diarias que no solo no les dejan prácticamente tiempo para organizar ningún otro tipo de resistencia, sino que además, como describiré en el último capítulo, les hacen sentirse humillados e impotentes, como si formaran parte de una gigantesca broma cósmica a costa suya. Recuerdo que el asunto empezó con algunos de nosotros escribiendo artículos como el de Nick Cohen. Pero antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, en 2010, una mañana muy temprano, Ahmet Şık, periodista y «uno de nosotros», fue detenido por la policía en su apartamento y acusado de «terrorista». Mientras era arrastrado al coche patrulla, gritó: «¡Este es un Estado mafioso! ¡E irá a por cualquiera que lo toque!»

«[*En su libro titulado* Orbán: Hungary's Strongman *(Orbán: caudillo de Hungría)*] *Paul Lendvai no está seguro de cómo clasificar el régimen de Orbán. Al final se decide por el término "Führer-democracia" para hacer hincapié en la extraordinaria centralización del poder en manos de Orbán. Y hace suya la idea del "Estado mafioso", una expresión acuñada por el sociólogo húngaro Bálint Magyar para sugerir que el reinado del Fidesz* [*el partido político de Orbán*] *tiene poco que ver con las ideas políticas, y constituye simplemente el medio para que una "familia política" expolie el país bajo la protección de su padrino.»*

Esta reseña de Jan-Werner Müller apareció publicada en *New York*

Review of Books la primera semana de abril de 2018. Hacía solo un mes que Ahmet Şık había sido liberado de la cárcel por segunda vez tras cumplir más de un año de condena. Cuando se vio ante las cámaras no pudo evitar gritar de nuevo: «¡Este es un Estado mafioso!» Debido a las estrictas limitaciones impuestas a la lectura de libros en su celda de la prisión de alta seguridad, Ahmet probablemente no estaba al tanto de la expresión acuñada por el sociólogo húngaro; pero después de ser encarcelado en dos ocasiones, en cada una de las cuales transcurrieron varios meses sin que se celebrara vista alguna por sus ridículos cargos de terrorismo, sabía por experiencia que *quien toca al padrino se quema*.

Después de aquella primera e impactante detención, escribí en mi columna: «Ha llegado el momento: ahora empezarán a hacer esas cosas que uno cree que no pueden hacer.» Me refería al tipo de cosas sobre las que mucha gente pensaba: «Bueno, nunca dejarán que Erdogan haga eso.» Las causas judiciales que llevaron a la cárcel a cientos de analistas laicos, miembros del ejército, periodistas, activistas políticos, sindicalistas, académicos e intelectuales –como Ahmet Şık– no surgieron de la nada. Durante meses, los medios de comunicación progubernamentales habían estado recurriendo a la desinformación para difamar a aquellos supuestos «terroristas». Los periodistas favorables al gobierno se cebaban en una persona, la calificaban de delincuente y luego pedían abiertamente a los fiscales que la detuvieran de inmediato. Cuando el clima político llegó a estar lo bastante cargado, se hizo peligroso para los propios fiscales no detener a aquellas figuras públicas, ya que en ese caso ellos mismos pasaban a convertirse en objetivos de las campañas de desinformación por no responder a los llamamientos del *pueblo real*, esto es, del partido.

Durante un tiempo, decir «¡Me alegro de verte! ¡Así que todavía no te han detenido!» se convirtió en una broma popular entre los periodistas, académicos y disidentes turcos. Cada vez que uno de nosotros era objeto del ataque de los medios de comunicación progubernamentales y se veía convertido en el centro de una lluvia de desinformación, los amigos le llamaban y le decían: «No te preocupes, pronto estaremos en Silivri publicando un periódico juntos.» Silivri era una prisión de alta seguridad –

entonces recién construida– que parecía un enorme monumento de hormigón al régimen autoritario. Situada justo a las afueras de Estambul, contaba con su propia sala de juicios para hacer más fácil que los acusados pudieran asistir a las vistas judiciales y luego regresar a sus celdas, y más difícil que sus amigos pudieran presenciar los grotescos procesos judiciales allí celebrados. En la mayoría de las vistas había que responder a campañas de desinformación, y siempre recaía sobre los «culpables» la responsabilidad de demostrar su inocencia, y no al revés. Dado que aquella era una guerra *contra el terror*, y dado que había un *interés nacional*, la judicatura ya no tenía que obedecer las leyes pertinentes, sino que disponía de plena libertad para seguir los descabellados caprichos de aquellos cuyo trabajo consistía en difundir mentiras sobre cualquiera que no se inclinara ante el padrino. Recuerdo que en un determinado momento, en el transcurso de una sola semana, varias destacadas figuras que escribían nada menos que siete columnas para el mismo periódico progubernamental pidieron al fiscal que me detuviera. Pero tuve la suerte de contarme entre los pocos afortunados que, pese a ser objetivo de la desinformación, solo vieron el interior de la cárcel de Silivri como visitantes, en mi caso para ver a Ahmet Şık.

«En este país la desinformación nunca ha sido tan compleja y eficaz.»

Me hallo en el Reform Club de Londres –una de las muchas instituciones cuyos cimientos creen los británicos que nunca se verán sacudidos porque se asienta en un impresionante edificio con grandes y antiguas columnas– tomando el té con el periodista Patrick Cockburn. Estamos hablando de la desinformación de los populistas de derechas dirigida contra figuras políticas de la oposición. Todavía no se ha publicado en el *Sun* la noticia sobre «Jeremy Corbyn y el espía comunista»: esa historia «un poquito a lo James Bond» –por emplear las propias palabras de Corbyn– en la que se le acusaba de vender secretos de Estado a un espía checo no aparecería hasta febrero de 2018. Aun así, en ese momento Gran Bretaña era lo bastante interesante como para deducir similitudes con Turquía, aunque con cautela.

Cockburn se siente más inclinado que yo a señalar las diferencias tanto como los paralelismos:

–Gran Bretaña es el único país donde la oposición ofrece una opción real. No posee la fortaleza del *sistema*, pero tener esa opción podría salvar al país.

Luego menciona el proyecto de nacionalización de Corbyn, una visión que supera a las de otros partidos socialdemócratas de Europa y Turquía, donde la oposición progresista no ha sido capaz de plantear una propuesta tan audaz en favor de los pobres y en contra de la injusticia social. Cockburn sabe lo que pretendo: tratar de detectar las similitudes entre los dos países y elaborar el argumento de que el populismo de derechas es un movimiento global en auge que opera siguiendo la misma pauta en todos los países, independientemente de lo sólido que sea su *sistema* o de lo madura que sea su democracia. De hecho, el propósito de este libro es precisamente llamar la atención sobre esas pautas. Pero él está decidido a mantener su relativo optimismo respecto al Reino Unido.

Al final le pregunto por el creciente número de solicitudes de pasaportes irlandeses por parte de ciudadanos británicos tras el referéndum del Brexit, y le cuento la historia de un amigo:

–Este es el asunto: ese amigo mío, bueno, ideológicamente está por encima de los Estados-nación y nunca me había hablado de Irlanda, pero tenía una abuela irlandesa, de modo que tras el referéndum, como otras cincuenta mil personas, solicitó un pasaporte irlandés para seguir siendo ciudadano de la Unión Europea. Y ahora me dice que de repente se siente irlandés, y eso que casi no ha estado en Irlanda. Así que piensas que, años después del Acuerdo de Viernes Santo...

Antes de que pueda terminar, Cockburn me interrumpe con una historia aún más interesante:

–Hace unos años los gobiernos de Portugal y España dijeron que los judíos sefardíes podían optar a sacarse el pasaporte como «acto de desagravio». Ya sabe, por la expulsión de decenas de miles de judíos sefardíes en el siglo XV por parte de los monarcas de las cruzadas. Antes del Brexit nadie se lo tomó en serio. Pero ahora los judíos británicos están intentando remontar su árbol genealógico hasta la Edad Media para poder solicitar un segundo pasaporte.

Poco a poco pasamos a hablar de la situación fronteriza en Irlanda del

Norte, de las secuelas del Brexit y de cómo podrían surgir tensiones étnico-nacionalistas en la política británica. Cockburn no ve ninguna razón para que las tensiones no se reactiven.

–Esto es lo que pasa –digo en voz alta, haciendo añicos la atmósfera melancólica del Reform Club–. El populismo de derechas agita los frágiles equilibrios del país, hasta que se convierten en tensiones activas, con el fin de llevar a cabo su asalto al aparato del Estado. Desmantelar el mecanismo judicial y paralizar a las masas disidentes mediante causas judiciales resulta mucho más fácil cuando el líder puede calificar a la gente de terrorista, y cuando los miembros de la sociedad están demasiado polarizados para apoyarse mutuamente en aras de la igualdad ante la ley. Es exactamente como en Turquía.

Obviamente, si me oyeran comparar Gran Bretaña con Turquía, la mayoría de los miembros del *sistema* británico me llamarían «apasionada», lo peor que puedes ser en Gran Bretaña después de «interesante». Pero Cockburn, sin duda porque ha presenciado con sus propios ojos cómo han ido las cosas en los países de Oriente Próximo y Turquía, conoce mi historial. Así que nos quedamos en silencio, justo la clase de silencio apropiada para el Reform Club.

Cuando salgo a Pall Mall y enfilo en dirección a Piccadilly Circus, pasando junto a edificios centenarios, clubs exclusivos para miembros y hermosas arcadas antiguas, me pregunto cuántas de las personas acomodadas que me rodean estarían dispuestas a defender el Acuerdo de Viernes Santo si las cosas se pusieran feas. O cuántas de ellas estaban dispuestas a unirse a las manifestaciones de condena de los bombardeos sirios por ilegales, especialmente cuando la política declarada del gobierno británico era crear un «entorno hostil» para los inmigrantes. Y lo que es aún más importante: ¿cuántos ciudadanos británicos optarían por defender sus derechos sociales en lugar de limitarse a recoger las migajas que caen de las altas mesas de los triunfadores del sistema como una forma de caridad política, sabiendo que podrían morir en un pasillo de hospital por la parálisis del Servicio Nacional de Salud? ¿Cuántos pilares harían falta para sustentar la democracia en un país donde decenas de personas mueren quemadas en un bloque de pisos para gente de escasos recursos por culpa de

las medidas adoptadas para reducir costes por parte del ayuntamiento, como ocurrió en Londres el 14 de junio de 2017? Cuando la oposición no puede ser tan ágil como el dinero, cuando ignorar la injusticia social tiene efectos devastadores, la democracia empieza a tener un olor raro; de hecho, empieza a oler a cebolla podrida.

«No, tienes que comerte la cebolla. ¡Hazlo por la democracia, cariño!»

Grigoris Bekos, mi editor griego, es todo un personaje, un tipo cada vez más raro en la era de Facebook, cuando todos aparentan ser iguales pero intentan parecer diferentes. Hace uno de esos días calurosos característicos de Atenas en este verano de 2016, y estamos promocionando dos de mis libros, que se han traducido al griego. Tengo seis entrevistas seguidas, así que Grigoris me lleva a la azotea de un hotel con vistas a la Acrópolis. En cada una de las entrevistas poso con la cuna de la democracia como telón de fondo, y además hablo de democracia: es imposible no captar el mensaje.

Durante esta maratón de entrevistas, Grigoris tiene la amabilidad de hacerme un hueco de diez minutos para almorzar, y estoy atacando una maravillosa ensalada griega con la misma saña que emplearía cualquier turco que acabara de pasar varias semanas en Londres, donde la comida sabe como una especie de experimento desesperadamente ambicioso. Pero entonces me doy cuenta:

–¡Mierda! ¡Lleva cebolla cruda, voy a atufar a los periodistas!

Grigoris, como siempre, habla en términos mayestáticos:

–Cariño, si defiendes la democracia tienes que comer cebolla y tiene que gustarte su olor. –Yo suelto una carcajada, pero él continúa–: ¿Sabías que los ciudadanos de Atenas solían escalar cada día esa montaña y subir a la Acrópolis con una hogaza de pan y una cebolla bajo el brazo? Ya ves, no querían pasar hambre allí arriba mientras construían la primera democracia. La democracia es un trabajo arduo, cariño, y desde luego no huele a rosas. –Alza el dedo como si estuviera haciendo historia, y añade–: De modo que la cebolla es parte integral de la democracia.

Me acuerdo de un amigo mío llamado Emre, dueño de una gran empresa textil de Estambul, que la noche del 1 de noviembre de 2015, al volver de supervisar unos comicios, me dijo: «Los tíos del AKP se han llevado pita, y,

¡santo Dios!, la sala ha estado apestando a cebolla durante todo el día. ¡Como si luchar con ellos no fuera ya bastante difícil!» Aunque la cebolla es lo único que no puede soportar, permaneció en su puesto hasta que se selló la urna. Tenía que quedarse allí, de hecho, para expiar todos los años pasados en los que pensaba que no podría soportar el olor a cebolla, a la política práctica, a la vida real. Rió amargamente, y luego aludió al famoso chiste del anarquista posestructuralista: «Como decía Erdogan, ¡ahora *ya sé cuál es mi lugar!* ¡Por lo visto, es con la gente que come cebolla!»

5. DISEÑA TU PROPIO CIUDADANO

Ella no llora, ni yo le sujeto la mano; no es así como las mujeres fuertes entran en una clínica abortiva. Llevo un pastel de chocolate, su único deseo para «después de la fiesta». De todas formas, anoche ya hubo bastante llanto cuando me dijo: «Puedo hacerlo todo sola. Lo he *hecho* todo sola en este puto país. Pero esto no. No puedo incluir a un hijo en mi guerra contra la misoginia.» Hacia las once y media se había calmado, decidida a aparcar toda esa *mierda* emocional hasta su próxima sesión de terapia.

Así que aquí estamos, en la clínica, con pinta de ser dos estrellas del rock con resaca debido a nuestras gigantescas gafas de sol. Se pone la bata de papel para la operación mientras hacemos penosos intentos de bromear sobre las muñecas de papel recortado que hacíamos de pequeñas. Suena su teléfono. Es su padre. Ella le quita el sonido y me lo da. El teléfono sigue vibrando mientras esperamos al médico en silencio. Parece que el maldito cacharro no va a parar.

–La vida no piensa dejarme en paz, ¿verdad? –murmura, y coge el teléfono–: ¿Sí, papá? ¿Es urgente? Tengo... una reunión.

Con los ojos cada vez más desorbitados, como en esas imágenes aceleradas de un clavel floreciendo, cuelga y grita:

–¡Enfermera!

Aparecen dos enfermeras en la puerta. Con una mano en la cadera y la otra dando manotadas en el aire, la postura clásica de la mujer turca cuando se pone hecha un furia, grita:

–¿Quién ha llamado a mi padre? ¿Quién le ha hablado a mi padre del puto embarazo? ¡Contestad!

La enfermera de mayor edad, aparentemente la más razonable de las dos, murmura:

–¡Mierda! ¡Lo han vuelto a hacer!

Tres de nosotras estamos junto a la cama. Una enfermera le sujeta una mano; yo la otra. Ahora las imágenes son las de un clavel moribundo a

cámara lenta. La enfermera explica, intercalando las correspondientes maldiciones:

–En cuanto se obtiene un resultado positivo en el laboratorio, lo registran. Primero te llaman. Si no pueden comunicarse contigo, llaman a tu marido y le hablan del embarazo, y si vives sola llaman a tu padre, independientemente de la edad que tengas. Se llama «supervisión de la salud del embarazo». Pero ya ves, en realidad lo usan para impedir un aborto en el caso de que estés planeando decidir algo así, quiero decir, ¡Dios nos libre!, por tu cuenta. Ya hace algún tiempo que funciona así. Y las clínicas privadas también tienen que informar de todos los abortos al Estado. Si hubieras estado casada, también habrías necesitado la aprobación por escrito de tu esposo. De lo contrario hay una cuantiosa multa para la clínica. ¡Esos hijos de puta hacen todo lo que pueden para mantener las manos entre nuestras piernas!

Nos dirigimos juntas hacia la puerta del quirófano en actitud solidaria. Se la entrego a la doctora, y ahora mi amiga llora a moco tendido. La doctora la abraza.

Dos horas después, ya en la planta, nos comemos juntas el pastel en silencio. Ella se reajusta constantemente su traje de papel. Corre el año 2014, y se diría que representamos la última escena de un largo documental titulado *Aborto: cómo crear a la ciudadana ideal para tu dictadura*.

A lo largo de la historia, todos los proyectos sociales, religiosos o políticos han tratado a las mujeres como muñecas de papel recortado a las que vestir o desnudar con el atuendo ideológico elegido por el poder gobernante. Desde la trinidad de la mujer ideal del Partido Nazi, *Kinder, Küche, Kirche* («hijos, cocina, iglesia»), o la heroína de clase trabajadora de Stalin, «la nueva mujer soviética», hasta la actual «mujer guerrera de vientre plano, profesional de éxito, felizmente casada y con hijos», el impulso de crear muñecas de papel no ha cesado en ningún momento. La imagen de la mujer, y a veces su alma, se moldea y se desmolda, se configura según el gusto del régimen y se utiliza como los maniquíes de las tiendas para promover el concepto de ciudadana ideal del poder político predominante. Todo régimen, sin excepción, empieza a construir su ciudadano ideal manipulando a sus mujeres. Se necesita toda una

generación para crear un nuevo hombre, pero rediseñar a las mujeres es un trabajo que se realiza de la noche a la mañana, o eso es lo que creen. Y resulta lamentable que todos y cada uno de esos proyectos, a pesar de su evidente hostilidad hacia las mujeres, siempre logren encontrar simpatizantes femeninos cuya consistencia es tan flexible como la plastilina. No es casualidad, pues, que en todos los países que actualmente están experimentando el auge del populismo de derechas las mujeres sean las primeras en reaccionar y las que lo hacen con mayor vehemencia. Ellas son las primeras en sentir el pinchazo de la misoginia, que es el compinche inseparable del populismo de derechas. Incluso las que optan por esperar a ver qué pasa, a la larga se dan cuenta de que, cuando el líder autoritario emprende su marcha hacia el poder, la cuestión que habrán de afrontar todas las mujeres tarde o temprano será si aceptar hacerse de plastilina y sacrificar su dignidad para obtener la aprobación del líder/*padre* o entrar en una sangrienta lucha que empezará cuando digan: «Se lo agradezco, pero no, gracias.»

«Por favor, piénselo. Queremos colaborar con las mujeres como usted.»

Corre el año 2009, y el régimen de Erdogan está intentando obtener a regañadientes el consenso de la población laica de Turquía en la que resultará ser la última vez antes de que decida diseñar en lo sucesivo a sus propios ciudadanos, como corresponde a la nueva Turquía, y «enseñar la puerta» a todos los demás. La repetición obsesiva de la palabra «empatía» la ha despojado de todo sentido, y debido a la creciente polarización ni siquiera se da el más mínimo consenso en la vida cotidiana. En esta época se pueden ver anunciados en vallas publicitarias proyectos residenciales «solo para laicos» o «solo para personas religiosas», los primeros por miedo, los segundos con entusiasmo. Los códigos sociales comunes están desapareciendo poco a poco. Cada vez que una mujer es acosada por llevar pantalones cortos, o que un hombre es golpeado por no ayunar durante el mes sagrado de Ramadán, los partidarios del gobierno sonríen con ironía y dicen que se trata de *un incidente aislado* y que no hay que exagerar. Pero no es a los responsables del incidente, sino a quienes llaman la atención sobre él, a quienes se culpabiliza de la polarización de la sociedad y se

acusa de estar alejados de los valores del pueblo real. Y cada vez que este tipo de ataque provoca reacciones excesivas, Erdogan reprende compasivamente a sus partidarios diciéndoles: «Eso está mal. Nosotros respetamos a las mujeres.» Dado que él está por encima de la ley, nadie tiene derecho a preguntarle por su propia contribución al aumento de la polarización y la hostilidad hacia las mujeres laicas. Además, su politización del sistema legal hace que este resulte irrelevante, dejando al país a su merced y con una limitada interpretación de la justicia. Es una época en la que el régimen abofetea con una mano a las mujeres que no le apoyan mientras con la otra les ofrece repetidamente una rama de olivo; una época vertiginosa.

Tras recibir varias invitaciones, a cuál más insistente, finalmente decidí asistir a una reunión de la directiva de la sección femenina del AKP. En la lujosa sede central del partido, domina la sala un gran retrato de vivos colores de Erdogan, el gran líder. Las ejecutivas regionales de la sección femenina, algunas con velo y otras sin él, representan para mí el acto de «celebrar una reunión ordinaria». La sala parece una clase de niñas donde todas las alumnas son aplicadas y educadas, y se muestran anormalmente contentas. Parece que la única persona curtida en la política local es la jefa de la sección, una mujer menuda e inquieta; las demás parecen demasiado serenas para haber tenido que luchar en un mundo de hombres. Cuando termina aquella reunión extrañamente pacífica, con su curiosa atmósfera de perfecto consenso, la jefa de la sección femenina me lleva a su despacho. De repente, el tono cambia a una conversación íntima. Me dice:

–Queremos colaborar con las mujeres como usted.

Con lo de las *mujeres como yo* se refiere al tipo de mujeres con las que no pueden y de hecho no deberían colaborar: solteras, abiertamente críticas, izquierdistas, independientes y todas las demás cosas que se consideran impropias de una comunidad piadosa. Me explica que cada semana reciben a una mujer *del otro bando*. Su actitud amistosa hace que no resulte difícil imaginar cuántas mujeres podrían dejarse convencer por esta tentadora oferta de una rama de olivo en un clima donde la polarización está destruyendo cualquier sentimiento de solidaridad entre las mujeres. El llamamiento en favor de la empatía parece una tregua después de una lucha

agotadora. Sin embargo, no está nada claro si me están invitando a firmar un acuerdo de paz en igualdad de condiciones o me están pidiendo que me rinda. De modo que respondo:

–Se lo agradezco, pero no, gracias.

Unos años después, Erdogan nombra ministra de Mujeres y Familia a otra mujer que cree que de hecho los matrimonios infantiles «en el fondo son inocentes». En 2014, en una cumbre de grupos progubernamentales en favor de los derechos de las mujeres, el presidente se siente lo bastante confiado para decir: «Nuestra religión [el islam] ha definido un puesto para las mujeres: la maternidad. No puedes explicárselo a las feministas porque ellas no aceptan el concepto de maternidad.» Ese mismo año arremete contra la píldora anticonceptiva por constituir *una traición al país*, y tilda el aborto y los partos por cesárea de *homicidios*. Nadie entiende realmente por qué de golpe y porrazo las cesáreas son malas, pero bastan sus palabras para hacer que los hospitales apliquen restricciones *de facto* a este tipo de intervenciones. Los asesinatos de mujeres se han disparado, al tiempo que se legitiman los matrimonios infantiles enmarcándolos en «nuestros valores tradicionales», los promovidos por Erdogan y su partido.

En 2017 las redes sociales se agitan cada dos por tres por algún nuevo vídeo o foto de niñas de primaria vestidas como minimujeres ideales, con el velo en la cabeza, lavándoles los pies a sus compañeros varones en las ceremonias de fin de curso; o de niñas de cinco años rezando vestidas con chadores en torno a una Meca ficticia. Y las mujeres como yo nos vemos obligadas a ser fuertes cada vez que el régimen hurga en nuestra vida cotidiana y en nuestras partes íntimas. Difícilmente podemos confiar en que las instituciones del Estado nos protejan frente a cualquier clase de violación a menos que nos contemos entre las pocas mujeres u hombres que todavía se las arreglan para ocupar cargos públicos y arriesgan su trabajo respetando las exigencias que estos llevan aparejadas más que las palabras de Erdogan.

En 2016, la producción masiva de nuevas ciudadanas –ya sea por la transformación de las existentes o criando a una nueva generación mediante una educación conservadora– está en pleno apogeo, con los nuevos especímenes listos para su presentación en el mercado: piadosas, obediente,

dóciles, calladas y en gran medida confinadas al hogar. La fase de tolerancia, empatía y diálogo ha terminado, y ha llegado el momento de reemplazar el antiguo modelo por la nueva versión. Las buenas chicas del partido llevan mucho tiempo esperando asumir todas y cada una de las posiciones sociales ocupadas por mujeres laicas..., siempre con el consentimiento de sus guardianes varones, por supuesto. Pero ¡un momento! Si quieren que las mujeres sean buenas chicas, todas recatadas y conservadoras, ¿qué hacen una mujer transgénero y una cantante sexy en el palacio del presidente Erdogan, sentándose a su mesa y rompiendo con él el ayuno del Ramadán?

La foto se distribuyó a la prensa nacional e internacional. Bülent Ersoy, conocida como «Diva», se sometió a una operación de cambio de sexo en 1981 y se convirtió en la persona transgénero más conocida de Turquía. También es un icono de la música clásica turca y la reina del glamour más histriónico y extravagante. Diva aparece conversando alegremente con Erdogan y la primera dama en compañía de Sibel Can, una antigua bailarina especializada en la danza del vientre y luego la cantante más popular de Turquía. Las dos mujeres, que aparentemente pertenecen al *otro bando*, exhiben una modosa sonrisa de niñas y miran a Erdogan como si necesitaran desesperadamente su aprobación. La foto define perfectamente a la nueva ciudadana de Turquía: «No le pedimos necesariamente que cambie, que lleve velo y esas cosas. Lo único que le pedimos es su plena obediencia y sumisión.» De lo contrario...

La cena tiene lugar un día después de que la policía utilizara balas de goma y gases lacrimógenos para impedir un desfile del orgullo gay en el centro de Estambul, en el que se protestaba contra la tolerancia del gobierno frente a los asesinatos de odio. Hoy los canales de televisión exhiben, naturalmente, a Diva, con sus interminables y obsequiosos elogios a la virilidad de Erdogan, en lugar de la versión indeseable de los ciudadanos transgénero. El único miembro que falta en este momento en el elenco del régimen es una presencia internacional. Alguien como, pongamos por caso, Lindsay Lohan.

«En Turquía tienes libre albedrío como mujer. Es increíble, puedes hacer

lo que quieras y se acepta», declara la estrella de cine estadounidense en octubre de 2016. Lohan lleva un pañuelo en la cabeza durante su visita a Turquía como parte de un chapucero acuerdo diseñado para utilizarla como material publicitario en pro del gobierno turco. En realidad tiene razón: mientras elogies a Erdogan («Tiene un gran corazón», afirma), Turquía es un lugar maravilloso para ser mujer. No importa que haya fotos tuyas desnuda circulando por las redes sociales. Siempre puedes ponerte un velo para reiniciar el pasado, y todavía puedes seguir siendo la chica de póster de un piadoso líder autoritario, utilizada para promover *la causa*. *Stanno tutti bene!*

Mientras tanto, en los círculos sociales y políticos, maestras, académicas, parlamentarias, cargos públicos y funcionarias están siendo reemplazadas por miembros del partido, o por esposas o hijas de miembros del partido, la mayoría de las cuales llevan velo. La forma de sentar las bases para introducir a la nueva ciudadana ideal del partido en todos los ámbitos de la vida consiste en promulgar nuevas regulaciones. En la medida en que Erdogan y sus compinches hacen la vida más fácil a *su nuevo tipo de chica*, a todos los demás tipos les resulta cada vez más difícil sobrevivir. La vida cotidiana se vuelve cada vez más intimidante, y a veces realmente peligrosa, para las mujeres que no se visten «adecuadamente». En un momento dado las mujeres deciden colectivamente ponerse pantalones cortos como gesto de solidaridad con las chicas que han sido golpeadas por llevarlos. La naturaleza de esas agresiones es tan primitiva que genera actos de desafío aparentemente ridículos de los que rara vez se habla en los medios de comunicación, al tiempo que los ataques a la versión de ciudadana no deseada se intensifican con rapidez. Sin embargo, dichos ataques no provienen solo de hombres alentados por las regulaciones o las declaraciones misóginas del gobierno, es a la nueva generación de ciudadanas, enardecidas y encolerizadas por el discurso del partido, a las que de hecho se les da mejor realizar esta labor. He aquí una historia para quienes no son capaces de imaginar lo despiadadas que pueden llegar a ser estas «hijas recatadas» a la hora de ejercer sus recién descubiertas atribuciones cuando su líder/padre les suelta la correa.

«Bueno, si se suicidó es que debía de ser atea, así que irá al infierno. En cualquier caso, un voto socialdemócrata menos :)»

Una de las integrantes de la junta directiva de la sección juvenil del AKP, una mujer que rondaba la treintena, escribió este comentario en Twitter en abril de 2018 (el emoticono de la sonrisa se debe a su sentido del humor, no a un error tipográfico mío). Reaccionaba así al suicidio de una maestra que, como otros 43 docentes más entre un total de 439.000 jóvenes profesores en paro, se había quitado la vida llevada por la desesperación. La tuitera del AKP, la clásica *chica del partido* militante, tenía aproximadamente la misma edad que la maestra. Ambas habían crecido con el AKP en el poder, pero ella había resultado ser la chica ideal del régimen, y la que murió no.

La actitud de esta mujer del AKP no es demasiado infrecuente entre los miembros y simpatizantes del partido. De hecho, algunos presentadores de televisión solo mencionan de pasada aquellos crímenes cuyas víctimas son laicas y díscolas con el régimen. Es cierto que esta militante llevaba velo, pero esa no era la parte más importante o significativa de su perfil «ideal». Muchas mujeres que llevan velo protestaron contra su perverso comentario, mientras que muchas simpatizantes del AKP que no lo llevan compartieron el chiste, agregando sus propios emoticonos de sonrisas. No se trata aquí de una simple polarización –como les gusta retratar a los medios de comunicación occidentales– entre mujeres que se cubren o no se cubren con el velo; la distinción entre estos dos grupos de mujeres no tiene que ver con lo que llevan en la cabeza, sino con lo que tienen *dentro* de ella. La retorcida expresión de alegría de la joven levantó una oleada de ira en las redes sociales, y muchos se encontraron en la tesitura de tener que preguntar (y no era la primera vez que lo hacían en los últimos años): «¿Cuándo os habéis vuelto tan crueles?»

«¿Cuándo se ha vuelto usted tan cruel? Ha muerto un hombre, un profesor jubilado, debido al uso excesivo de gases lacrimógenos. Y usted se limita a sonreír sarcásticamente y decir: "¡Descanse en paz! No debería haber desafiado a Erdogan." ¿Exactamente cuándo se ha convertido en esa clase de persona? Dice: "Es nuestro primer ministro, tiene carisma; puede hacer lo que quiera." ¿Desde cuándo cree tal cosa? Escuche y

respóndame. Le pido que señale el año exacto en que se convirtió en esa clase de persona. ¡Le pido que diga cuándo exactamente se convirtió en... esto!»

Esa soy yo actuando como *la valerosa escritora que se abalanza sobre un partidario de Erdogan* en el programa de debate político más conocido de la televisión turca, después de que el hombre defendiera la violencia policial sin restricciones contra las voces de la oposición el 10 de junio de 2011. A partir de ese día, la pregunta «¿Cuándo se ha vuelto usted tan cruel?» se convirtió en una especie de consigna adoptada por muchas otras personas, y llegó a repetirse tantas veces que, aun varios años después, si escribías las palabras en turco en Google lo primero que aparecía era mi rostro retorcido de ira. Probablemente aquella pregunta debía de parecerles retórica a muchas personas, ellas mismas abocadas a afrontar una sensación similar de desconcierto ante la rabiosa polarización que se había creado entre los ciudadanos ideales del régimen y todos los demás. Pero yo le estaba pidiendo de verdad que especificara el momento exacto de su transformación, el momento en que sus valores humanos básicos se habían disipado por completo. La pregunta trataba realmente de cuándo, o en qué circunstancias, los seres humanos pierden su sentimiento básico de empatía hacia el prójimo y en su lugar se convierten en seres políticamente cargados de antipatía.

En mi carrera como periodista, y gracias a la reciente historia política de Turquía, aprendí muy pronto que los torturadores son seres humanos normales. Los sociópatas que sienten una antipatía extrema son raras excepciones, y de hecho no se les considera candidatos ideales para el trabajo. Aunque hacer el mal acaba traumatizando a los verdugos además de a las víctimas, los torturadores viven la mayor parte de su vida como hombres de familia normales y corrientes, con hijos a los que abrazan después de una larga jornada de trabajo. Y cuando alguno de ellos confiesa sus crímenes, en general da dos razones para justificar el mal que ha perpetrado. De entrada: «No teníamos elección, era nuestro trabajo»; y luego, si profundizas un poco más, sale a la superficie la segunda razón:

«Ellos eran malvados, y nosotros queríamos erradicar el mal del país. Teníamos una causa.»

Tarde o temprano, cuando su causa queda obsoleta debido a los cambios producidos en el panorama político, se quedan solos con el hecho de que en realidad son *ellos* la encarnación del mal, y se ven obligados a vivir el resto de su vida sabiendo que han perdido una gran parte de su humanidad por una causa que ahora parece absurda; *un arte* que no resulta nada *fácil de dominar*. Es entonces cuando –y es esa la razón por la cual– empiezan a frecuentar los medios como miserables mendigos, desesperados por confesar, por ser perdonados. Casi siempre hablan en voz muy baja, porque saben que las víctimas siempre reconocen a sus torturadores por la voz. Y susurran pidiendo perdón por su extrema antipatía.

Fascismo, reza en grandes letras rojas el título del libro de Madeleine Albright, que lleva por subtítulo *Una advertencia*. La exsecretaria de Estado norteamericana explica que se sintió obligada a escribir el libro no solo por la elección de Donald Trump, sino también porque ha observado un peligro mucho mayor en el actual *zeitgeist* político y social al que no duda en denominar «fascismo». Con ayuda de sus alumnos de la Universidad de Princeton, explora los síntomas del malestar político y social actual en Estados Unidos e intenta conceptualizarlos. Una de las tres principales formas en las que se afianza el fascismo –explica– es «ahuyentando la empatía». Uno se pregunta cuánta empatía debía de hacer falta en el mundo en el que Albright fue una de las principales figuras políticas, en los que aparentemente ella considera que fueron tiempos mejores. O por decirlo de otra forma: cuánta antipatía resulta normal y legítima en un sistema neoliberal donde el ganador se lo lleva todo y, como veíamos en el capítulo dedicado a la posverdad, no parece avergonzarse en absoluto por la injusta distribución de..., bueno, de casi todo, ¿incluida la justicia? ¿Quién puede trazar la línea roja que separa la antipatía normal que se requiere para sobrevivir en estos tiempos y la antipatía excesiva que convierte a un humano en un fascista, en un *miliciano de la antipatía?*

«De todas formas se está muriendo.»

En la primera semana de mayo de 2018, los principales medios de comunicación estadounidenses experimentaron una especie de frenesí de empatía. Todos los medios informativos se mostraban profundamente preocupados por la filtración de una reunión del gabinete de la Casa Blanca. El senador republicano John McCain, crítico acérrimo de Trump y héroe de guerra para muchos estadounidenses, un personaje político considerado intocable, tenía cáncer cerebral, y al parecer alguien de la administración Trump, mientras destrozaba las críticas de McCain, había dicho: «De todas formas se está muriendo.» Durante casi una semana entera, los canales de televisión y los periódicos esperaron ansiosamente una disculpa de la Casa Blanca. Varias veces se planteó en distintos debates televisivos una u otra versión de mi pregunta: «¿Cuándo se ha vuelto usted tan cruel?», al tiempo que las discusiones se centraban en la inquietud surgida en torno a qué clase de personas eran los partidarios de Trump. Existía una creciente preocupación ante la posibilidad de que los valores promovidos por la Casa Blanca se difundieran por todo el país y acabaran creando un nuevo tipo de ciudadano: un matón rebosante de antipatía. Pese a los desesperados llamamientos en favor de una disculpa, la respuesta de la Casa Blanca siguió siendo glacial: «Preferimos no comentar una filtración de una reunión del gabinete.» En ese momento muchas personas, yo entre ellas, pensamos: ¿y qué pasaría si se disculparan? ¿Eso convertiría automáticamente en buenas personas a los miembros de la Casa Blanca de Trump? ¿Bastaría una disculpa para cambiar las cosas?

La dificultad que afrontan quienes luchan por la democracia, quienes no tienen ningún problema con los valores neoliberales *en sí*, es que no tienen una buena historia que contar sobre sus ideales para los seres humanos. Y ello porque para promover un objetivo político necesitas un relato intacto con un personaje bueno, un ciudadano ideal al que presentar como modelo de la postura ética de tu sistema. De ahí que, cuando se les plantean las preguntas cruciales, o bien se quedan en silencio o bien hablan de más para ocultar el hecho de que no están diciendo nada; puesto que las preguntas cruciales son: ¿quién es el ser humano bueno en *tu* historia? ¿Quién es *tu*

ciudadano heroico ideal? ¿Cuáles son los maravillosos valores de *tu* hombre o mujer?

Los seres humanos son incapaces de funcionar y de convivir sin un buen relato que los vincule y que mantenga intacto un conjunto de valores. De ahí que la falta de relato del neoliberalismo, la falta *de sentido y de causa*, pueda resultar insoportable para la mente humana. Dado que los humanos se ven obligados a vivir en un estado de leve antipatía –una cantidad aceptable de antipatía que resulta crucial para el sistema neoliberal–, sienten siempre la necesidad apremiante de una causa, de un punto de triangulación central que puedan utilizar para orientarse en relación con lo que es bueno y lo que es malo. El vacío ético del neoliberalismo, su negación del hecho de que la naturaleza humana necesita sentido y busca desesperadamente razones para vivir, crea un terreno abonado para la invención de *causas*, y, a veces, de las más infundadas o superficiales de ellas. Contrariamente a lo que creen quienes defienden el sistema, el deseo de tener más o el temor a tener menos nunca pueden llenar el vacío de una mente humana. Siempre ha sido la solución más fácil calificar de «locos» a los norcoreanos o a los miembros de Al Qaeda o el Dáesh, pero eso equivale a no reconocer que una causa y su capacidad para dar sentido pueden ser más poderosas que cualquier máquina de guerra que el hombre haya construido nunca. Así pues, cabe pensar que el populismo de derechas proporciona su causa al neoliberalismo. El ansia desesperada de las masas se satisface con una simple historia en la que el villano es obvio: la élite, las «brujas feministas», los extranjeros, los traidores o quien sea. De ahí que, por más que los políticos establecidos se quejen del populismo de derechas, en realidad el movimiento es como una prótesis que viene a reemplazar el relato ausente del neoliberalismo, con su *causa/sentido* maravillosamente intactos. El deseo de la gente de tener una causa se ve satisfecho mediante el confiado relato narrado por el autoritario líder. Sin embargo, el villano de esta historia no se encuentra necesariamente entre las filas de los líderes autoritarios.

«Cuando veo a Mark Zuckerberg con sus camisetas, vaqueros y zapatillas de deporte, recuerdo que Umberto Eco decía que el fascismo no

siempre se presenta de uniforme. Ahora sabemos que también puede presentarse con ropa informal.»

En abril de 2018 me encontraba en Berlín pronunciando uno de los discursos de apertura de re:publica, el mayor evento europeo centrado en la vida y la política digitales. Hablaba del ciudadano ideal según el conjunto de valores neoliberal. Durante mucho tiempo, los muñecos de papel recortado del sistema neoliberal, los ciudadanos ideales y, por ende, los pioneros de la humanidad, fueron personajes del mundo de la alta tecnología vestidos con camisetas y sudaderas con capucha. Ya desde la época de Steve Jobs se habían convertido en los profetas más admirados del nuevo mundo, y todos aguardaban ansiosos sus revelaciones para calmar su desesperada sed de conocimiento y de progreso. Cada vez que se aprestaban a revelar su sabiduría –o, en otras palabras, las últimas versiones de sus artilugios–, sus apariciones públicas se celebraban con fastuosos espectáculos difundidos por todo el globo, como si a través de ellos se nos estuviera transmitiendo un mensaje desde lo alto a nosotros los simples mortales. Inicialmente todo iba bien y todo parecía puro, tan inmaculado como un iPod blanco. Pero entonces llegó Mark Zuckerberg.

Al principio Facebook se anunció como un gran vínculo que uniría a la humanidad, y todo el mundo aguardaba la última revelación del señor Zuckerberg como si el secretario general de las Naciones Unidas estuviera a punto de hacer una declaración que iba a cambiar el futuro del planeta. Sin embargo, durante la audiencia celebrada en el Senado estadounidense en relación con la venta no autorizada de datos en abril de 2018, el ciudadano ideal de nuestra época resultó ser –¡sorpresa, sorpresa!– un joven que solo buscaba el beneficio y al que en realidad no importaba demasiado la verdad, la política o el bien de la humanidad.

Así pues, probablemente no deba sorprendernos el hecho de que más o menos en la última década la nueva generación de pioneros de internet, junto con los activistas en favor de buenas causas que necesitan promoción, hayan propugnado campañas apolíticas y «socialmente responsables» cuidadosamente diseñadas destinadas a proporcionar una «causa» que llene la gran vacuidad, el vacío moral que subyace en el corazón de la red de comunicación global. Probablemente la más famosa de todas ellas sea el

«Reto del cubo de hielo», destinado a luchar contra la enfermedad de la motoneurona, y al que se unieron muchas personas en todo el mundo, desde estrellas del deporte hasta políticos. Así los profetas ofrecían a la humanidad divertidos juegos que, pese a su proliferación en la red, resultaban lamentablemente insustanciales en cuanto a materializar cualquier cambio real. Constituían una forma de comunicación global en la que en realidad se comunicaba muy poco, y resultaban desesperadamente insuficientes a la hora de proporcionar una causa duradera a la gente. De ese modo fuimos testigos una vez más de esa máxima que vale tanto para la naturaleza como para la política: *horror vacui*, el aborrecimiento del vacío. El vacío interior de la red global se llenó con éxito mediante grandes «causas» de aspecto serio acordes con la definición de los líderes derechistas.

No es que los numerosos nuevos artilugios y plataformas de comunicación promovieran necesariamente el populismo de derechas, pero, como un campo en barbecho, la mente humana había permanecido inculta durante décadas de despolitización, y ello, a su vez, proporcionaba un terreno abonado para quienes proclamaban tener una causa que propagar. Resultó que no bastaba conectar a la gente para intentar crear empatía. Los que tenían una causa «real» –ya fueran Trump, Putin o Erdogan– cogieron el vacío del corazón de la red global y lo llenaron jubilosos, convirtiendo a la gente en militantes de la antipatía. Les dijeron a sus seguidores: «A nadie le importas, así que tampoco tienes que preocuparte por nadie. *De todas formas se están muriendo.»* Manipularon sistemáticamente los resentimientos y la ira de las masas olvidadas, convirtiéndolos en un discurso político xenófobo y hostil. Esos militantes se convirtieron en los ciudadanos ideales del populismo de derechas, personas capaces de decir: «De todas formas se está muriendo», o «Se merece morir si se interpone en el camino de la causa». Y el único antídoto ofrecido contra este potente veneno político y ético era el bonito y dulce eslogan de Google: «No seas malo.»

Pero, entonces, ¿cómo deberíamos ser? ¿De qué dirección viene el mal? ¿Cuál *es* la causa que unirá a la gente para mantenerla moralmente intacta?

¿Hacia dónde se supone que nos dirigimos todos? ¿Quizá el lector no lo sabe? Bueno, pues ellos sí. O creen que sí, lo cual es más que suficiente.

«Está nuestra causa», ha repetido Erdogan una y otra vez durante años, «y están los que se interponen en el camino...» El contenido de la causa que él aportó a la política turca nunca ha quedado claro. Durante sus dieciséis años en el poder, Erdogan en ningún momento ha definido ni explicado realmente cuál es esa causa, aunque con el tiempo se ha hecho evidente que no solo quiere una Turquía islámica y ultraconservadora, sino también un régimen autoritario en el que hasta los niños estén sometidos a una severa politización, obligados a mostrar total obediencia al gobernante y convertidos así en sus ciudadanos ideales.

«Se han hecho los arreglos necesarios y se han sometido a su amable consideración, señor.»

En Turquía el 23 de abril es el Día Nacional de la Soberanía y los Niños, que celebra el aniversario de la fundación del Parlamento en 1920. Existe la tradición de que ese día todos los organismos estatales de alto nivel se ponen en manos de los niños, mientras que los funcionarios fingen ser sus subordinados. El simbolismo que entraña esta tradición es que los niños gestionan temporalmente el país porque ellos representan el futuro. En 2010, esta encantadora costumbre se convirtió en una experiencia embarazosa para el entonces primer ministro Erdogan. La valerosa niñita que fue nombrada parlamentaria durante la jornada hizo una declaración a la prensa sobre la democracia y luego respondió a las preguntas de los periodistas. Cuando le preguntaron por el sistema presidencial en favor del que Erdogan había empezado a presionar por entonces, ella respondió: «Lamento decir que no estoy de acuerdo con el primer ministro. Turquía es una democracia y debería seguir siéndolo.» Erdogan soltó una risita nerviosa y se hizo un silencio glacial en la sala.

Ocho años después, el 23 de abril de 2018, un niño pequeño ocupaba el escaño presidencial y la prensa estaba a punto de empezar a plantear sus preguntas. Antes de que se formulara ninguna, Erdogan se volvió hacia el ministro de Educación y le preguntó con la mirada si todo estaba bajo

control. El ministro le dijo: «Se han hecho los arreglos necesarios...» El niño había sido examinado e instruido por sus mayores, y respondió a las preguntas tal como le habían indicado, con frases memorizadas y un texto previamente expurgado por el partido. Pero la imagen más llamativa de la jornada fue la de la niña de nueve años que ocupó el escaño del presidente del Parlamento: llevaba un pañuelo en la cabeza. La foto que se distribuyó a la prensa era la representación perfecta de unos orgullosos padres cuyas hijas eran íntegramente productos de su propia creación: la niña en medio, a ambos lados el presidente del Parlamento y el primer ministro auténticos, y tras ella Erdogan con las dos manos apoyadas en sus hombros, como si quisiera exhibir a la niña como su botín en una guerra política denominada *la causa*. Las versiones anteriores ya eran lo bastante crueles como para burlarse, en nombre de la causa, del suicidio de una mujer desesperada, y ahora había llegado su hora: sería educada para adquirir la antipatía hacia sus conciudadanos que el partido requería de ella.

Cuando vi la foto, me pregunté si la causa seguiría estando ahí cuando ella creciera, o si, por el contrario, la imagen la avergonzaría, como le ocurre a cualquiera cuya causa se queda obsoleta como resultado de los cambios acontecidos en el panorama político. En cualquier caso, el simbolismo político de la foto constituía una carga demasiado pesada para los hombros de una niña pequeña. Ella no era una profesional como Lindsay Lohan, y no tenía edad suficiente para saber que en realidad su velo formaba parte de una gigantesca bandera: para Erdogan y sus partidarios, todos los velos de Turquía se entretejen formando una gran bandera mágica, una bandera que ellos usan para crear una burda tensión entre la ciudadana modelo y todas las demás mujeres, y que se utiliza para disimular las diferencias de clase entre los partidarios del partido y ocultar el hecho de que la propia burguesía del partido es asquerosamente rica. Es una bandera que agitan antes de cada convocatoria electoral para extraer el capital político de las simpatizantes femeninas, avivando la sensiblería al proclamar: «Nuestras hermanas que llevan velo han sido humilladas.» Es una bandera bajo la que se puede reunir a todas las mujeres ideales del régimen, dejando a las menos ideales en el rincón de las no deseadas.

«Será mejor que se siente al otro lado, señora Temelkuran.»

En lo que se refiere a escribir creo en el arduo trabajo monacal: después de estar sentada en el mismo escritorio, contemplando la misma pared, escuchando repetidamente la misma música y llevando la misma asquerosa chaqueta de punto durante meses, al final terminas lo que estabas haciendo por puro aburrimiento. Pero hay momentos en que el cuerpo se rebela y grita: «¡Lo siento, cariño: sácame de aquí!», y entonces me voy a trabajar fuera.

El Parque Emirgan, con su gran casa de madera de la época otomana, es uno de los lugares más hermosos del Bósforo. Pero ese día concreto de la primavera de 2014, al entrar en el parque con mi ordenador portátil, observé que estaba lleno de automóviles de alta gama: Porsches, Ferraris, Bentleys, Hummers..., nada por debajo de un Mercedes Clase S. Y cuando estaba en el abarrotado jardín de la mansión vi que había una especie de «convención exclusiva para mujeres con velo». Todas las mujeres presentes iban empingorotadas de pies a cabeza con marcas de lujo. Ya fuera por mi aspecto desaliñado, o por el hecho de que no era una de ellas, el caso es que me sentí algo intimidada. Aparentemente yo era la intrusa, una infractora, una mujer del otro bando. El camarero, que al parecer no solo reconoció mi rostro sino que también conocía mi postura política y, por lo tanto, era consciente de la incomodidad de la situación, se acercó a mí tratando de ocultar una sonrisa. Mis cejas levantadas bastaron para que me ofreciera el contexto político completo:

–Ya hace algún tiempo que sucede. Ahora este es *su* sitio. Solo para las ricas, por supuesto.

Me contó que varias mansiones situadas a ambos lados del Bósforo se habían convertido en lugares de reunión de las *chicas del partido*, las nuevas ricas, donde gozaban de las delicias del «nuevo otomanismo» que constituía uno de los componentes de la *causa* de Erdogan. El camarero me llevó suavemente a un rincón aislado y me dijo:

–Será mejor que se siente al otro lado, señora Temelkuran.

La falsa dicotomía del choque entre la mujer ideal y la no ideal se ha construido en función de los gustos del partido: la «chica mala» (laica y

desobediente), por un lado, y, por otro, la «chica acosada» (leal al partido). Sin embargo, esta orquestada lucha de mujeres no requiere necesariamente la presencia de bandos: la mayoría de las veces bastarán unas cuantas mujeres bien dispuestas y otras más bien renuentes.

«¡Hemos salido de la sombra! No nos dejaremos intimidar por matones que nos digan a quién se "supone" que...»

Aunque parezca el inicio de una declaración del movimiento #MeToo, o de una declaración de intenciones de una minoría oprimida, en realidad este grito de guerra era la introducción del manifiesto de womenvotetrump.com publicado en 2018. El sitio web anunciaba, tras años de insoportable represión de la que hasta 2017 nadie era consciente, ni siquiera las propias integrantes del movimiento, que estas ya no iban a seguir callando. Se sentían especialmente airadas después de que la comediante Michelle Wolf se hubiera dedicado a despellejar a la secretaria de prensa de la Casa Blanca, Sarah Huckabee Sanders, durante la Cena de los Corresponsales, un evento anual en el que los periodistas políticos de Washington se burlan del presidente y los miembros de su gabinete, y viceversa, mediante una serie de monólogos cómicos. En el suyo, Wolf, que en este caso representaba a la élite política de la capital, arremetió contra la portavoz de la Casa Blanca; Sanders tuvo que quedarse allí sentada y tragar mientras se vertía sobre ella toda la ira acumulada que había generado su papel de representante de Trump ante los medios.

A la mañana siguiente bullía en el ambiente, a punto de estallar, una versión «típicamente americana» de lucha de mujeres entre las ciudadanas ideales y todas las demás. Esta vez el estandarte de la controversia no era el velo, sino unos carteles que proclamaban la «humildad frente a la mezquindad» que exhibían las partidarias del presidente. En Fox TV y otros medios favorables, las acosadas mujeres de Trump anunciaron un nuevo amanecer de resistencia. Utilizando un lenguaje adolescente para avivar la controversia, las mujeres pro-Trump calificaron a Wolf de «chica mala», al tiempo que se elogiaba la tranquila actitud de Sanders la noche anterior como un «signo de distinción». Era otra bonita polarización que creaba una

causa, o la ilusión de una causa, y que inevitablemente engendraba sus propios modelos femeninos de conducta.

«¿Quién no querría que su hija fuera como Ivanka Trump?»

Esta es otra cita del sitio web de mujeres pro-Trump. Para que la cadena de producción de modelos de conducta femeninos funcione a pleno rendimiento, el líder debe ofrecer un proyecto de ciudadana ideal. Del mismo modo que en los primeros días de la administración Trump se promovió a Ivanka Trump como mujer ideal (en palabras de su padre, «una mujer con un cuerpo perfecto»), también se promocionó a la hija de Erdogan, Sümeyye, en los primeros años de gobierno de su padre. ¿Quién no querría que su hija fuera como Sümeyye Erdogan en la nueva Turquía? Una joven piadosa, culta pero obediente, que haría cualquier cosa por su padre, por el líder, por la causa... o por lo que su padre diga que es la causa.

Y si tú vas y dices lo ridículo que resulta todo esto, especialmente sabiendo que esas chicas del partido ganan millones de dólares gracias al nepotismo, entonces, ¡Dios nos libre!, podrías ofender a esas mujeres y convertirte en la «chica mala». Una vez que el adversario se ha atribuido la superioridad moral no es fácil recuperarla, ni siquiera si te muestras muy muy políticamente correcta.

«Entonces, ¿no ves ningún problema, desde un punto de vista político... o ético?»

El 7 de mayo de 2018, la noticia del presunto pago de sobornos de Trump a una o varias estrellas del porno acompaña a la de su revocación del acuerdo nuclear con Irán en vivo y en directo en todas las cadenas de televisión. Las pantallas son un auténtico galimatías. En la CNN International se empareja a una mujer *del otro bando* en un debate en directo con una partidaria de Trump. Apenas queda un atisbo de decoro cuando esta última proclama repetidamente: «Bueno, no le votamos por su vida personal.»

La mujer del otro bando se atiene a cuestiones retóricas para no cruzar la línea y pasar a la «ofensa mordaz», una seria limitación en la vida social y política estadounidense. Mientras ella sigue preguntando acerca de cómo se

«canalizaron» los sobornos –un acto muy repetido en el caso de Trump–, y acerca de si silenciar a las mujeres con dinero es ético o no, su oponente no deja de repetir la misma respuesta: «Creemos que está haciendo un buen trabajo por nosotras, y eso es lo que importa.» De modo que este desigual debate desemboca en un callejón sin salida donde no hay otro argumento que no sea «Él es nuestro hombre, y ustedes no pueden entenderlo porque no comparten nuestra causa» *versus* «Nosotras no entendemos cómo ustedes no se sienten avergonzadas». A la larga la mujer del *otro bando* deja de hacer preguntas para no convertirse en la «chica mala». La presentadora sonríe impotente. La partidaria de Trump hace oídos sordos a la discreta apelación a su posible sentimiento de vergüenza, y, en un nuevo «signo de distinción», se aferra a su ignota causa.

Ese mismo día tengo un evento de promoción de un libro en Portland, Oregón. Hablo de cómo se está visibilizando en términos políticos un desmoronamiento de la moralidad a escala global, y de cómo podemos superarlo si sabemos apreciar la historia del problema. Como siempre, varias de las preguntas del público se centran en mi situación personal: mi vida en Zagreb, mi «autoexilio», etc. Finalmente una mujer me plantea la pregunta clásica:

–¿Se siente en peligro?

Yo sonrío y le respondo:

–No se ofenda, pero..., en casa del herrero..., ¿se siente *usted* en peligro? ¡Al fin y al cabo tiene un presidente que acosa a las mujeres!

El ataque global a las mujeres, y el consiguiente intento del populismo de derechas de transformarlas en personajes de *El cuento de la criada*, no respeta ninguna nacionalidad, clase social, religión ni privilegio. Ella asiente con preocupación.

–Empiezan por las mujeres, por los «débiles», ya sabe –añado–. Y luego continúan con el resto.

Más tarde se acerca a mí durante la firma de ejemplares, y me habla de la polarización que existe entre las mujeres estadounidenses y de lo terrible que resulta.

–No entiendo la razón, es decir, cuál es la causa principal –me explica.

Yo me limito a responderle:

–Quizá no tengamos que entender la razón, o, por lo mismo, la causa. Puede que no haya nada que entender.

Y ello porque la respuesta a la pregunta «¿Cuándo se ha vuelto usted tan cruel?», la planteen los estadounidenses, los alemanes o los ciudadanos de cualquier otro país, es que esas personas cambiaron el día en que su líder mencionó explícitamente o insinuó implícitamente una *causa*. Mientras haya una causa, y, en consecuencia, el líder pueda trazar una línea entre los que están a favor y los que están en contra, no habrá un delito ético al que los humanos no recurran. Esto es fácil de ver con solo echar un vistazo a la historia. La actual vuelta de tuerca de la experiencia es que, con los nuevos movimientos populistas de derechas, en realidad no existe una supuesta causa sólida y noble, ni un manifiesto escrito al que estos se sientan vinculados, ni un relato ideológico que utilicen como tapadera; no existe más que el ansia de poder.

En su libro *Anatomía del fascismo* –publicado en 2005–, Robert O. Paxton afirma que ni Hitler ni Mussolini tenían un programa de partido claramente definido, lo que les permitía remodelar sus informes movimientos políticos cada vez que lo necesitaban. Sin embargo, los líderes autoritarios del siglo XX tenían al menos un punto de partida ideológico, una u otra clase de «ismo» bajo el que operar, a diferencia de los autócratas de hoy, que no mencionan ninguna ideología por su nombre. Lo único que tienen son sus promesas personales y sus objetivos siempre cambiantes. Por lo tanto, a sus partidarios hay que mostrarles qué hacer, cómo se supone que deben transformarse para cumplir los requisitos del líder. Con cada cambio de dirección en las políticas del movimiento tienen que averiguar la manera de comportarse para no terminar en la categoría incorrecta de ciudadano. Su única Estrella Polar, la única guía que deben seguir en ese entorno político en perpetuo cambio, es su líder incuestionable. La información relativa a los rápidos cambios que se producen sobre la marcha en la supuesta causa se transmite mediante el lenguaje cifrado que conecta al líder con sus partidarios. En este nuevo entorno, la incoherencia política o la falta de integridad no solo devienen insignificantes, sino que además, mediante el uso de rápidos cambios en el discurso, permiten al gobernante aturdir a sus críticos y hacerles dudar incluso a la hora de dar nombre al nuevo

fenómeno. Esto, obviamente, hace sentirse inseguras a esas personas del *otro bando*, a esos ciudadanos indeseables.

–¿Pero no se supone que debemos entender *por qué?* ¿No se supone que debemos dialogar con esas personas y tratar de entender su causa? –me pregunta una estudiante estadounidense después de otra de mis charlas universitarias, en mayo de 2018.

Yo me veo en la necesidad de decirle que no, un claro y rotundo no, y le pregunto a mi vez:

–¿Acaso usted hace, o hacemos, realmente el mismo esfuerzo para entender o hablar con «los nuestros», por así decirlo? ¿Cuándo fue la última vez que habló con progresistas para tratar de entender *su* causa?

Ella se queda en silencio. Intento explicarme con mayor detalle: si todo el esfuerzo empleado en tratar de entender a los partidarios de los líderes populistas se hubiera empleado en hablar con el *otro bando*, es decir, con el nuestro, tal vez las cosas habrían sido distintas. A lo largo del debate había quedado patente que los miembros de la audiencia no habían leído ni la mitad de noticias sobre Bernie Sanders que sobre Donald Trump, y al final coincidimos en que de hecho no se publican tantas noticias sobre lo que sienten o piensan los votantes de Sanders como los de Trump. Seguir observando obsesionados las palabras y los actos del gobernante/verdugo es como ser uno de esos conejos que se quedan hipnotizados por los faros del coche, olvidar que en realidad puedes hacer algo para evitar lo que se precipita hacia ti. Y les digo a los estudiantes:

–Los conejos no piensan. Un conejo o bien da el primer paso y corre a protegerse..., o no lo hace.

«¿Recordáis lo que dijo aquel "famoso" trol en su entrevista en televisión? Lo habéis olvidado, por supuesto. En los últimos años han pasado demasiadas cosas. Dijo: "Queríamos empezar haciendo a las mujeres menos fuertes y ver qué pasaba; era solo un experimento." ¿No os acordáis?»

Quien así habla es Aylin Aslim, compositora, política y mujer de increíble belleza; y sí, también una estrella del rock. Estamos con unas

amigas en el norte de España. Cuando las cosas se pusieron feas en Turquía, algunas de nosotras empezamos a vivir temporalmente en el extranjero, mientras que otras, como Aylin, se mudaron a recónditas poblaciones costeras dentro del propio territorio turco. Evitamos hablar de nuestra derrota y nuestro retiro para no arruinar estas breves vacaciones y el poco tiempo que podemos pasar juntas, lejos del deprimente embrollo de la política turca. Ella fue la primera de nosotras en ser atacada por los partidarios del gobierno, y en un momento dado las redes sociales se llenaron de mensajes de gente que amenazaba con presentarse en sus conciertos con machetes o con publicitar su dirección y su número de teléfono por si alguien quería atacarla en persona, al tiempo que se asociaba su nombre a toda una serie de mentiras que la convertían en la madre de todos los males.

Raramente hablamos de lo que de verdad nos ha ocurrido en los últimos años, del perjuicio que han sufrido nuestras vidas, porque las mujeres fuertes no hacemos eso: simplemente sobrevivimos. Pero ahora, en otro país y varios años después, me dice que se le partió el corazón. No por los ataques en sí, sino por el silencio de sus amigos, y por el absoluto sinsentido de los crueles actos cometidos contra ella. «Cuando se ataca a una mujer, y esta no es la hermana o la esposa de algún poderoso, se produce ese extraño silencio. Nadie quiere mancharse las manos. Esperan que salgas por ti misma de la ciénaga, y eso es imposible. Lo más horrible es que no hay ninguna razón para ello, ¿sabes? Arruinaron mi vida solo como un experimento, como una práctica, antes de hacer lo mismo con las mujeres más establecidas.»

Las mujeres nunca se convierten en héroes políticos, aparte, obviamente, de las que están muertas. Casi nunca se elige a mujeres para ser símbolos de resistencia, para movilizar a la oposición. Y es exactamente por eso por lo que los regímenes autoritarios empiezan por las mujeres. La difamación, o cualquier otro tipo de vulneración cometida contra figuras femeninas de la oposición o mujeres juzgadas ciudadanas indeseables por el régimen, rara vez desencadenan una reacción unificada entre los disidentes, y eso el régimen lo sabe. De ahí que mucha gente ignore quién es Claudette Colvin, una mujer que se negó a sentarse en la parte trasera de un autobús

segregado nueve meses antes de que lo hiciera Rosa Parks. Dado que era una adolescente soltera y embarazada, habría sido presa fácil para los segregacionistas, y no se la consideró lo bastante respetable como para ser el mascarón de proa del movimiento pro derechos civiles.

De modo que probablemente es más importante construir con urgencia vínculos de solidaridad, sin analizar cuán respetable es la víctima, que tratar de entender la razón de los ataques contra ella. Al fin y al cabo, son ataques que nos convierten en los muñecos de papel del régimen, o, al menos, en los primeros experimentos con ellos. La víctima no solo lo es por el hecho de ser atacada, sino también porque lleva la carga de no entender al verdugo; y ello no por una necesidad desesperada de empatía, sino porque necesita dar sentido a lo que le ha ocurrido. Pero el mal radical, en la medida en que como seres humanos hasta ahora hemos sido incapaces de entenderlo, no requiere una razón concreta. Y aunque así fuera, la carga de tratar de entenderlo debería pesar sobre el verdugo. Después de que en Turquía se partieran miles de corazones, y de vidas, nosotras, como mujeres, entendimos esto: quieren que seamos exactamente como ellos, y punto. Y la única defensa significativa que nos permite protegernos –a nosotras mismas, y unas a otras– es crear vínculos de solidaridad para cambiar la atmósfera política y hacerla obsoleta, convirtiéndola en una mala causa que no fue más que una tendencia pasajera.

«Una sociedad que se mueve por el afán de beneficios está condenada al fracaso.»

Dos días después de mi evento en Oregón, el 9 de mayo de 2018, veo un periódico local, *Willamette Week*, en el vestíbulo de mi hotel. En la portada, una joven grita a través de un megáfono. El titular reza: «La red socialista». El largo artículo habla de Olivia Katbi Smith, una mujer de veintiséis años que convenció a los trabajadores de los restaurantes de comida rápida para sindicarse –la primera vez que ocurría en este sector en todo el país–; según el articulista, corre una extraña nueva ola política por la ciudad:

> Entre enero de 2016 y el día de hoy, el número de residentes de Oregón que marcan la casilla de «no soy miembro de ningún partido» al registrarse para votar ha aumentado un 58 %, mientras que el número de demócratas lo ha hecho solo un 15 %. Esa es una indicación reveladora de cómo los

jóvenes votantes ven la política. Ellos buscan algo nuevo. Algo así como los Socialistas Democráticos de América (DSA). El DSA no es un partido político reconocido, pero sus mítines atraen regularmente a hasta doscientas personas; en comparación, los mítines del Partido Demócrata en Portland atraen a un centenar de personas, en su mayoría jubilados, mientras que el Partido Republicano de Portland reúne a unas quince.

En el artículo, la propia Olivia cuenta la historia de su transformación: habla de cómo Obama rescató a los bancos a partir de 2008, de cómo ella comprendió que los demócratas del *sistema* «solo arrojan huesos a los pobres», y de cómo en realidad este partido no es muy distinto del republicano. Ella es una de las mujeres jóvenes que hicieron que en 2016, en Estados Unidos, «socialismo» fuera el término más buscado en Wikipedia. Representa a la nueva generación de izquierdas. Al observar su foto veo el rostro de una joven recordando algo que puede que ni siquiera fuera consciente de haber olvidado: que es un sujeto político capaz, y que en realidad la política funciona con pan y mantequilla, un recuerdo crucial que se borró en la década de 1980. Está recordando lo que su madre, como las comadres laicas de Turquía, se vio forzada a olvidar. Es una de las miles de mujeres en todo el mundo que utilizan el *zeitgeist* de lo que se ha dado en llamar el «poder de las chicas» para politizar y organizar a la gente con el fin de exigir justicia social. Entienden que los partidos políticos establecidos no sirven de nada a la hora de impulsar la nueva agenda de la izquierda. De hecho, ella está ahí para recordar a todos los que le rodean lo que los progresistas de su país olvidaron en la década de 1980: que hay una alternativa. Es el nuevo tipo de mujer que de hecho podría desafiar a las muñecas recortadas del régimen autoritario, a diferencia de las críticas convencionales con sus vacilantes preguntas en los debates televisivos que enfrentan a mujeres demócratas y partidarias de Trump. Puesto que tiene respuestas, tiene también una contracausa con la que cuestionar la ilusión de una causa del populismo de derechas. Es el conejo que decide dar el paso adelante.

«Entonces, ¿cree que hay esperanza?»

Cada vez que termino una charla sobre el estado del mundo, ya sea en Turquía o en alguna ciudad europea o americana, a continuación se produce siempre un incómodo silencio que dura un minuto o dos, acompañado de

suspiros de desesperación que me hacen sentirme como una especie de Casandra de nuestra época. Luego viene la primera pregunta, que casi siempre es: «Entonces, ¿hay esperanza?» Tengo memorizada una respuesta en la que digo: «Esperanza es una palabra frágil. Prefiero creer en la determinación, la determinación de crear belleza, belleza política.» A veces sucede que entre el público hay una persona especialmente decidida que pregunta: «¿Y dónde está la esperanza?» Mi respuesta es siempre la misma: «Siga a las mujeres jóvenes.»

En este momento de la historia humana, nosotras, las mujeres, tenemos más poder que nunca. Y lo que es más importante: esta es la primera vez en la historia en que las mujeres estamos aprendiendo a no tener miedo ni a sentirnos avergonzadas por tener más poder que los hombres. Esta nueva generación de mujeres –mujeres que han crecido no con historias de Cenicienta, sino con *Los juegos del hambre* y *Mad Max 2*– están dispuestas a romper la tregua que ha permitido a los hombres dominar el *sistema* político. Han comprendido que no se trataba de un acuerdo de paz firmado en condiciones de igualdad, sino de una indigna rendición. Esta es una de las razones por las que en muchos lugares la gente habla de una crisis de masculinidad y en Estados Unidos los hombres de la derecha alternativa hablan de su «derecho» a mantener relaciones sexuales con mujeres. Y también es la razón de que la misoginia sea parte integral del auge del populismo de derechas en todo el mundo occidental. Se trata de una tensión creciente que se percibe cada vez más como una guerra en gestación, una guerra que va más allá de la política de partidos y las facciones políticas convencionales. Una gran guerra en nombre de minúsculas demandas.

«Bueno, lucho porque quiero ir a trabajar durante la semana y a bailar tango los sábados.»

Corre el año 2003. La crisis económica en Argentina está arruinando vidas, pero también suscitando nuevas formas de solidaridad, obligando a las clases media y baja a unirse y crear el tipo de resistencia política carnavalesca que exploraré en el próximo capítulo. La gente inventa su propia moneda, crea mercados de trueque, y las calles se llenan de manifestantes. Voy en un tren que circula por la mañana muy temprano y no

tiene ventanas, tendida en el banco con un paquete de arroz bajo la cabeza. El arroz es para uno de los «piqueteros», como se conoce a quienes defienden las barricadas. Los manifestantes han cerrado las principales arterias de entrada a Buenos Aires, construyendo barricadas para detener el tráfico de la ciudad y empuñando palos de metal con los que batallan cada día contra la policía. Voy a reunirme con una de las líderes vecinales, una mujer menuda de veinticuatro años que vive sola con su hijo de uno; es un espíritu apacible que habla con voz queda. Tiene una pequeña choza con el suelo de tierra. Me trae mate, lo único que puede ofrecerle a un invitado. Hablamos del país, de las terribles condiciones de vida que soportan las mujeres pobres, de cómo tiene que proteger a su bebé mientras se enfrenta a la policía. Al cabo de una hora le pregunto finalmente por qué lo hace, qué espera del futuro: «Ir a trabajar durante la semana y a bailar tango...»

No espera cambiar el mundo, no habla de una revolución global; solo quiere una vida digna..., y esa es su *causa*. La demanda parece minúscula, pero la lleva a batallar físicamente contra los poderes políticos y a arriesgar la vida de su bebé. Algunos la llaman terrorista, y, desde luego, no representa la idea que tienen algunas personas de la ciudadana deseada. Y aunque su demanda parece pequeña, está obligada a librar una gran batalla para conseguirla.

En los últimos años he pensado a menudo en esa joven argentina, porque dondequiera que vaya su rostro sigue reapareciendo ante mí con diferentes formas y colores. Está emergiendo un nuevo tipo de mujer como reacción política no solo a la misoginia que flanquea como compañera inseparable a los movimientos de derechas, sino también a las dudas de sus hermanas ante la idea de involucrarse en la política convencional. Esta nueva mujer rara vez aparece en los debates televisados o en los medios de comunicación establecidos, pero me tropiezo con ella en todos los países a los que viajo. No se pierde en los meandros del discurso político: sabe que solo puedes combatir una causa con otra. No exige poder; de hecho, lo rechaza. Quiere una vida digna para todos, y sabe que no se puede hacer frente a la polarización política y las medidas hostiles de los poderes políticos con técnicas propias de la terapia de pareja como la empatía. Como la estatua de la niña pequeña situada ante la Bolsa de Nueva York, no

teme a los especuladores ni a los matones. Y lo que es más importante: ya no cree en el actual sistema legal, sino en la justicia. Y tampoco está dispuesta a ser «el burro de las minas».

«Usted era el burro de las minas», dice una mujer en el comedor de un exclusivo club londinense «solo para miembros» en abril de 2018. A través de un viejo amigo me han invitado a conocer a las integrantes de la nueva diáspora turca, todas ellas mujeres muy ricas. Tienen aproximadamente mi edad, son extremadamente cultas, algunas de ellas son socialdemócratas y puede que también haya unas cuantas de centro derecha. Han pasado solo unas semanas desde su llegada a Londres, pero todas ya han comprado casas en los barrios más acomodados. Contratan a sus niñeras y doncellas a través de una serie de «agencias de reubicación» informales que se han convertido en una industria emergente en varias ciudades europeas gracias a los exiliados turcos de clase alta tras el intento de golpe militar de 2016 y el interminable toque de queda que siguió a continuación. Algunas de las exiliadas ya han restablecido sus negocios en Londres, mientras que otras todavía están estudiando sus opciones.

Acepto la invitación porque pienso que será interesante observar el mundo de estas inmigrantes privilegiadas; y lo es. Mis amables preguntas no tardan en convertir la cena elegante en una sesión de terapia de grupo sobre lo desesperante de vivir en el extranjero. Una de ellas afirma: «Me encanta Londres, pero aquí no soy nadie, y no conozco esa sensación. Es algo muy nuevo para mí.» Durante años fue ejecutiva de una multinacional en Turquía. Otra habla del problema de la peluquería, no porque en las ciudades europeas no haya buenos peluqueros, sino por su sensación de no ser tratada como una princesa como nos pasaba a todas en los salones turcos. Una de ellas revela que tras llegar a Londres se cambió el nombre: «Nunca me gustó mi nombre, así que pensé: ya que tengo una nueva vida, también puedo tener un nombre nuevo.» Cuando su lista de traumas pasa a la cuestión de la manicura –los ingleses simplemente no tienen ni la menor idea de hacer la manicura–, de repente mi presencia hace que sus problemas parezcan vergonzosamente insignificantes. Una de ellas me dice en tono compasivo: «Por supuesto, en comparación con lo que usted ha pasado...»

Y entonces otra añade: «Usted era el burro de las minas.» Se trata de una expresión turca (similar a cuando se alude a los canarios en las minas de carbón) que hace referencia a los burros que utilizaban los militares para avanzar a través de los campos minados. Naturalmente, la mayoría de ellos terminaban saltando en pedazos, en gran medida como pensaban estas mujeres que me había ocurrido a mí.

De modo que redirijo la conversación hacia el pasado, a los primeros años de Erdogan y su nueva burguesía. Una a una me explican que al principio habían acogido muy bien la nueva situación, dada su condición de clase empresarial laica establecida, y habían pensado que las cosas serían distintas. Una de ellas, que trabaja en capacitación para el liderazgo, dice que incluso formó a un directivo del AKP que quería incrementar sus dotes de mando, «y de verdad que era una buena persona, quiero decir de corazón». Las confesiones terminan con: «Creíamos que habría diálogo. Obviamente, nunca pensamos que se llegaría a esto.»

«Esto» significa un país donde sus hijas no pueden ir a una escuela secundaria auténticamente laica, donde se confiscan empresas de un día para otro si alguien acusa a su propietario de ser un terrorista, donde se puede agredir a una mujer por cómo va vestida por la calle; un país donde ni siquiera pueden escribir lo que piensan en sus páginas de Facebook por temor a ser encarceladas. «Bueno, como saben, las mujeres kurdas y las socialistas fueron las primeras a las que atacaron. Han pasado unos cuantos años antes de llegar a *esto»*, digo yo. Y con *esto* me refiero ahora a ellas sentadas en Londres hablando de lo que sucedió después de no haber dicho nada hasta que la opresión las afectó personalmente y de haber tenido luego la libertad de abandonar el país cuando lo hizo. La carta de postres acude en su rescate. Y lo único que puedo añadir es: «Sentirse como un don nadie es bueno para el alma humana. Resulta educativo.» Intercambiamos unas sonrisas corteses, y luego empiezan a hablar sobre lo que implica pertenecer a sus clubs londinenses. Este es un fenómeno nuevo para ellas, pero algo que ya han determinado que necesitan para llegar a ser alguien en este país; su forma de aprender qué se siente al ser un miembro oprimido de una minoría política.

«Yo... ya... no tengo... sitio... para enterrar... a otro... hijo.»

Apenas puede pronunciar las palabras; es como si, en lugar de hablar, estuviera masticando vidrio. Estamos en un apartado rincón del campus de la Universidad de California en Los Ángeles, en el verano de 2018. Ella es una antropóloga kurda, yo soy la escritora turca que viaja para promocionar sus libros, y ambas estamos fumando clandestinamente en un campus donde está prohibido hacerlo. Estoy esperando que de un momento a otro aparezca de la nada alguna autoridad universitaria y empiece a gritarnos, pero a ella le trae sin cuidado:

–Soy kurda –me dice sonriendo, lo que en este contexto significa: «después de todo lo que he pasado me importa un comino».

Tras años de lucha, ambas estamos ahora en un país donde nuestras historias se difuminan. Como miembro de los círculos intelectuales kurdos, ella fue una de las primeras en sufrir la opresión, y finalmente tuvo que abandonar el país. En 2016 llegó un momento en que los ataques antiterroristas del gobierno en la zona suroriental de Turquía, una región mayoritariamente kurda, se hicieron tan implacables que la gente ni siquiera podía salir a enterrar a los muertos. Tenían que vivir con ellos en casa y meter a los bebés fallecidos en los congeladores. Por eso hablamos con palabras diminutas, con medias frases.

–Es difícil hablar –me dice.

–Sí, es difícil –respondo.

Así que nos fumamos tres cigarrillos seguidos, mirando cada una de nosotras en distinta dirección. Porque eso es lo que hacen las mujeres cuando ya saben lo que es ser un don nadie. No hablas de ello. Y al final no acabas pareciéndote a los personajes de *El cuento de la criada*, sino más bien a siluetas difusas a las que no les gusta hablar mucho. El auténtico dolor no tiene una bonita foto ni da lugar a una elaborada historia que explicar en las charlas TED. El auténtico dolor te hace desear realmente convertirte en *un don nadie* y mantenerte alejado del *cenagal de admiración* al que le encantan las historias de mujeres exiliadas; ese cenagal sobre el que escribió una vez Emily Dickinson.

Solo unos pocos días después de esta conversación entre dos don nadie, Erdogan proclamó «Libertad, justicia y democracia» al enumerar sus

promesas electorales para 2018. Después de dieciséis años en el poder. En cuanto hizo esa declaración, los miembros de su círculo de allegados empezaron a cambiar su actitud arrogante. Era obvio que hasta ellos sabían que el programa de diseño del ciudadano ideal ya no funcionaba para la reelección. Uno de los modelos de conducta del partido, un alto asesor de Erdogan que dio una patada a un minero tras el desastre de la mina de Soma en 2014 porque el hombre había perdido a un pariente y pedía justicia, de repente se disculpó públicamente por aquel repulsivo acto. Una disculpa muy similar a la que el pueblo estadounidense esperó en vano por parte de la Casa Blanca con respecto al senador John McCain.

Aunque durante años las principales figuras del AKP no habían dudado en pedir a sus partidarios que atacaran verbal y, a veces, físicamente a sus críticos, ahora mostraban sus caretas electorales. Erdogan, como siempre, se situó por encima de la ley y le dijo a todo el mundo que él personalmente prometía que habría más justicia para quienes no encajaban con la idea de ciudadano ideal del partido. Y en cuestión de días los personajes más crueles del partido se remodelaron a sí mismos con la misma facilidad que si fueran figuras de plastilina, convirtiéndose en seres humanos normales aparentemente capaces de empatía, como si algo así fuera posible. Para quienes no logran hacerse una idea de lo extravagante que resulta tal cosa, digamos que sería más o menos como si Trump, después de años elogiando a los supremacistas blancos, de repente apareciera sosteniendo una pancarta del movimiento Black Lives Matter en una campaña electoral. Cuando hay una causa, y esa causa se limita al ansia de poder, su contenido se hace tan irrelevante que hasta los más crueles de nosotros pueden fingir ser Papá Noel durante un tiempo en aras de la causa. Y quienes no solo se limitan a rechazar los regalos de Navidad, sino que además denuncian todo el asunto como un crimen contra la dignidad humana y un último intento del poder político de remodelar a los ciudadanos en función de los designios del partido, se convierten en huérfanos de su propio país.

En el verano de 2018 toqué algunos de los temas de este capítulo en un discurso pronunciado ante una audiencia de unas ciento cincuenta personas en la Universidad de Stanford. La charla incluyó mi rutinaria explicación

sobre la esperanza de la que he hablado antes, pero a pesar de ello una joven del público se levantó, sonrió y formuló la pregunta de todos modos:

–Entonces, déjeme preguntárselo una vez más, ¿hay esperanza?

Yo solté una carcajada, y luego le respondí:

–Digamos que no hay esperanza. ¡Pero todavía quedamos usted y yo, mujer!

Supongo que eso es suficiente, tal vez más que suficiente. Y a veces es lo único que tenemos.

6. DEJA QUE SE RÍAN ANTE EL HORROR

«La única diferencia entre Guantánamo y lo de anoche fue que las víctimas rezaban para que no parara la tortura.»

Alrededor de la mesa donde nos sentamos para hacer un desayuno-comida, mis amigos ponen los ojos en blanco de manera ostentosa, pero a mí me trae sin cuidado. ¿Qué resulta más delicioso, me pregunto, la mermelada de nueces que ellos han traído de Turquía o mi recién exprimida venganza de la mañana siguiente? Anoche me obligaron a salir de mi búnker de Zagreb para sofocar mi triste añoranza «divirtiéndome». De ahí que ahora esté disparando mi artillería matutina personal. Diserto sobre los efectos pacificadores de la música electrónica y su ritmo monótono, reflexiono sobre la tendencia del sistema neoliberal a reemplazar la alegría por diversión y, por supuesto, lamento la desaparición de la música de baile y la evolución que la ha llevado a su actual estado trágico, una mezcla de catatonia y marchitamiento. Adorno todo lo que puedo mi descripción de la noche: luces destellantes diseñadas para provocar ataques epilépticos masivos, un ruido ensordecedor que sonaba como un método comprobado de tortura por privación de sueño y una multitud poco comunicativa que se bamboleaba en curiosa sincronía como los miembros poseídos de algún idiotizante culto religioso. No hay auténtico baile, no hay risas, no hay interacción entre la gente.

Pero mis amigos insisten en que yo no lo entiendo. Dos de ellos, festivaleros profesionales de cuarenta y tantos años con distintivos de honor del festival Burning Man a su nombre, me dicen una y otra vez que la mejor manera de disfrutar de esta diversión carnavalesca es uniéndose a la *fraternidad química* que todos aquellos ojos en blanco que vi en realidad eran gente que iba hasta arriba de MDMA o de éxtasis y, en consecuencia, estaba llena de *alegría*.

–Mi opinión exacta –replico– es que todas esas personas eran meras unidades atomizadas que viajaban por separado en distintas realidades aumentadas, cada una de ellas totalmente incapaz de conectar con las

demás. ¡Qué conveniente para el mundo actual! Y, por cierto, fingir que nos divertimos a una escala tan masiva es solo una manifestación de nuestra perdida capacidad de experimentar alegría. Y otra cosa...

Finalmente la mesa contraataca con su argumento clásico:

–¡Tú eres una maniática del control! ¡Te da miedo dejarte ir, abrazar el espíritu del carnaval!

Dejo a un lado mis cubiertos.

–Eso, amigos míos, es una gilipollez. ¡Yo soy la maldita Cenicienta del carnaval, y me refiero al carnaval *de verdad*, como todos sabéis muy bien!

Y lo saben. Porque desde el verano de 2013 nos hemos encontrado muchas veces repitiendo lo mismo: *¡Todos estábamos allí, maldita sea!*

Llevo el dobladillo de la falda metido en el cinturón, la blusa envolviéndome la cara, y corro por las calles de Ankara con un solo zapato en los pies. Es la noche del 31 de mayo de 2013, solo dos días después de que en Estambul estallaran las protestas masivas que inspiraron a todo el país a unirse a un movimiento de carnavalesca resistencia contra un régimen opresor que duraba ya una década. En Ankara, una serie de toscas barricadas apresuradamente construidas cierran todas las calles que desembocan en el Parque de los Cisnes, en el centro de la ciudad. Jóvenes que hasta ese momento habían encendido como mucho algún pequeño fuego en la playa ahora hacen grandes hogueras para celebrar la revuelta. La policía acaba de lanzar gases lacrimógenos, y yo he perdido una de mis zapatillas de ballet mientras huía frotándome los ojos.

Este es un curioso fenómeno humano: el miedo y el dolor –antes que el coraje y la alegría– disminuyen cuando se comparten, y así yo, como cientos de personas a mi alrededor, río mientras las dolorosas lágrimas provocadas por los gases me corren por las mejillas y el asfalto me lastima los pies desnudos. Un hombre con el rostro envuelto en una bufanda me grita a través del caos de la multitud que huye:

–¡Eh, tú! ¡Tengo tu zapato! ¡Sigue corriendo!

Más adelante nos detenemos y el tipo se descubre el rostro. Resulta ser alguien a quien conocí hace unos años.

–Aquí tienes –me dice mientras me da mi zapatilla de ballet–. ¡La

Cenicienta de la revolución!

Nuestros rostros se ven reconfigurados, modelados por una clase de risa hasta entonces ignota que surge de nuestras entrañas y se apodera de nuestras facciones. Nos abrazamos. No estoy del todo segura de que en el pasado nos hayamos abrazado alguna vez. Intercambiamos brevemente información sobre nosotros. Ahora él es un *maldito abogado podrido de dinero*, mientras que a mí me han despedido de mi trabajo. Él acaba de terminar de redactar un contrato multimillonario, y se suponía que yo debía volar desde el sureste de Turquía a Estambul tras un evento de presentación de un libro, pero me había saltado el vuelo de enlace en cuanto me había enterado de lo que estaba sucediendo en Ankara. Tras un segundo de ridícula sonrisa, él grita:

–¡Esto es un puto carnaval! ¡Pero el de verdad! –Se produce otro ataque con gases lacrimógenos, y él me empuja suavemente–: ¡Corre, Cenicienta, corre!

Arrancamos, enfilando cada uno una calle distinta, lanzándonos despreocupadamente a las olas de una marea humana confiados en que el agua aligerará nuestro peso.

Personas hasta entonces desconocidas se abrazan, se besan, se protegen mutuamente. Gentes de todas las edades bailan entre un ataque policial y otro; ricos y pobres cantan empleando partes de sus pulmones que hasta ese momento no habían utilizado nunca. De vez en cuando veo los rostros sorprendidos de jóvenes que escuchan sus propias voces cantando por primera vez; están aprendiendo a gritar lo bastante alto como para no poder escucharse a sí mismos. La alegría de cruzar todos los límites y desafiar todos los temores acumulados se funde en la enorme y dulce embriaguez de hacernos uno, libres de nuestro propio yo. Esta es una noche que borra todo el conocimiento del mal que reside en los seres humanos, y de repente nos vemos unos a otros como origen del bien, solo del bien, aunque estemos rodeados por las nubes de gases lacrimógenos del mal. La gente tuitea: «¡Qué hermosos somos!»

Entre los ataques con gas, ya sea en persona o en la red, a la gente se le ocurren los golpes de humor más ingeniosos que jamás ha presenciado el país, burlándose de los que mandan, de las vacas sagradas, de los

intocables, de los temerosos. Alguien con el apodo de «Alá» tuitea desde lo alto: «A todos los que estáis en la calle esta noche: tenéis garantizado vuestro lugar en el cielo»; un acto de herejía que hasta ahora habría sido impensable. El peligro y el dolor se afrontan y se desafían colectivamente. «¡Adelante!», grita la multitud tras cada descarga de gases lacrimógenos; y después de cada ataque, mientras el viento dispersa los gases, reaparecen las siluetas danzantes coreando: «¡Tampoco nos habéis hecho daño!» Se alzan vasos de cerveza y se improvisa un brindis carnavalesco sobre la marcha: «¡Va por ti, Tayyip!» Toda la rabia atragantada durante años de represión parece haberse tragado, digerido y escupido de repente, y ahora saboreamos nuestra recién descubierta fortaleza. Hemos aprendido a llamar al rey por su nombre de pila, y su trono ha pasado a convertirse en nada más que una ridícula trona para niños.

La multitud parece hablar con una sola voz, haciendo interminables chistes, despojándose unos a otros de todo lo que de ornamental hay en su vida y revelando su esencia, su simplicidad. La risa es purificadora. Al principio la ingeniosa lluvia de burlas va dirigida al cruel gobernante y su gobierno hipócrita; luego pasan a centrarse en todo tipo de actos pretenciosos. Emana una sensación de asombro desde todos y hacia todos, por la sencilla razón de que somos a la vez el espectáculo y el público. Nuestros cuerpos aprenden mágicamente a operar en sintonía con esta repentina oleada de fraternidad. La carne olvida al instante las líneas divisorias: personal-público, hombre-mujer, joven-viejo, extrañoamigo... Es como si ya supiéramos cómo actuar como un solo cuerpo y lo recordáramos en el momento en que todos al unísono han decidido hacerlo.

En medio de los gases y el humo veo un espectáculo fascinante: un hombre y una mujer jóvenes, probablemente universitarios, intentan sujetar a uno de los cisnes del parque para protegerlo de los gases lacrimógenos. Yo entonces aún no lo sabía, pero ese momento, su determinación de proteger la belleza y la elegancia frente a la crudeza y el mal, inspiraría mi siguiente novela, *Devir*. Y lo que es más importante: estos acontecimientos nos convencerán, a mí y a muchos otros miembros de una generación de escépticos, de que todavía podía haber una parte no contaminada, una sala oculta en el corazón humano indiferente a los conceptos de jerarquía, poder,

posesión y todos los demás apéndices milenarios que reducen la esencia de la vida y sofocan su alegría. En las redes sociales, la gente comparte su propio testimonio de momentos similares de fascinante bondad: «No puedo creerlo. Podemos morir aquí, y, sin embargo, todo el mundo es extremadamente educado y amable con los demás.» Y hoy en día aún no sé, como otras personas que a lo largo de los siglos han vivido carnavales similares, si presenciar en primera persona una humanidad tan completa, un éxtasis tan genuino por estar vivo, fue una bendición o una maldición.

*«Durante el carnaval se consideraba igual a todo el mundo. Aquí, en la plaza del pueblo, reinaba una forma especial de contacto libre y familiar entre personas normalmente separadas por barreras de casta, propiedad, profesión y edad.»**

El crítico literario ruso Mijaíl Bajtín escribió estas palabras a finales de la década de 1930. Intentaba entender lo que había sucedido realmente durante el primer período de la Revolución rusa, y cómo el auténtico carnaval de la revolución había dado paso a los sombríos mítines masivos organizados en la época de Stalin. Como nos sucedió a quienes estábamos en Turquía en el verano de 2013, también él debió de sentirse fascinado por lo que vivió, y no pudo por menos que tratar de demostrar que allí la pureza del espíritu humano había hecho realmente acto de presencia, que no era un cuento de hadas, que no le engañaban sus recuerdos. Quizá como consecuencia del tipo concreto de soledad que traen esos recuerdos, se sintió obligado a retroceder a través de los siglos y buscar un compañero con el que tratar del asunto. Rabelais, un monje francés del siglo XVI, acudió en su ayuda con su obra *Gargantúa y Pantagruel*.

Rabelais era, como Bajtín, un pensador que había saboreado la risa rebelde de las masas. De modo que Bajtín empezó a analizar aquel texto secular y escribió *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, para tratar de entender cómo funcionaba esa risa y de qué era capaz. La obra de Rabelais se inicia con estas palabras: «Viéndoos por el duelo socavar y consumir / mejor será de risas que de lágrimas escribir, / puesto que lo propio del hombre es reír»; mientras que la de Bajtín comienza con una cita de Aleksandr Herzen:

«Sería extremadamente interesante escribir la historia de la risa.» Estos tres hombres, en cierto sentido trabajando hombro con hombro, se esforzaron en profundizar en el estudio de la risa colectiva, un medio de expresión *peculiarmente humano* y no menos admirable por ello. Bajtín sabía que solo quienes habían vivido una resistencia carnavalesca podían realmente entenderse entre sí, aunque estuvieran separados por siglos de distancia. Y sabía muy bien, como cualquiera que hubiera presenciado los jubilosos movimientos de resistencia de principios del siglo XXI, que la risa masiva te deja una marca permanente en el alma, aun después de que la resistencia se haya desmoronado, cambiando la propia urdimbre de todos los que han participado en ella.

La obra de Bajtín no se publicó en la URSS hasta 1965 por razones obvias: contaba la historia de un tipo de alegría no regulada y, por ende, peligrosa; una que inventaba canciones llamando a los reyes por su nombre de pila. El ingenioso Bajtín intentó descifrar este tipo de risa especial, una risa *terrorista* con todo lo artificial. Y para ello volvió la vista al valiente bufón que provocaba el decoro del poder con sus dardos, no a los *pagliacci* que realizaban obedientes trucos divertidos para ganarse el pan. De ahí que escribiera lo siguiente: «La risa popular festiva no solo presenta un elemento de victoria sobre el temor sobrenatural, sobre lo sagrado, sobre la muerte; también implica la derrota del poder, de los reyes terrenales, de las clases altas terrenales, de todo lo que oprime y restringe.»

Como Bajtín, las personas que se han unido a los movimientos de resistencia carnavalesca del siglo XXI siguen intentando entender de dónde proviene la risa, esa mágica herramienta transformadora de resistencia. Su búsqueda no obedece meramente a la curiosidad intelectual, sino también a la obstinada esperanza de recrear de nuevo el momento revolucionario. Esta es la razón por la que quienes se unieron a Tahrir, Gezi y otras protestas masivas similares ríen y bromean, se zambullen en el humor como si estuvieran realizando un ritual, una sesión para convocar al espíritu a tomar nuevamente las calles.

«¡Somos los soldados de Gandalf!»

Alguien inició la chanza, y cuajó. En ese verano de 2013, las paredes de

todas las ciudades de Turquía se llenaron de declaraciones similares. Después de ser calificados por el gobierno como los *apparátchiks* de un complot, la multitud de resistentes se autoproclamaron los soldados de Gandalf, de varias famosas estrellas del porno turcas, de Yoda, de antiguos cantantes de folk o del futbolista Didier Drogba, y en algún momento incluso mi propio nombre apareció en las paredes como parte de la chanza. Aquella generación, que no estaba acostumbrada a formar parte de ninguna organización política, ideó una nueva lógica, un relato rebelde. En ningún momento respondieron al gobernante diciendo «no»; en lugar de ello, empleando el absurdo y el ridículo, se limitaron a dejarle solo en el escenario, solo con su propia furia. Aun así, estaban mucho más organizados que muchos otros ejércitos de la historia, caminando, hablando, respirando y riendo perfectamente al unísono pese al hecho de que no había nadie al mando.

No es de extrañar que aun hoy, cuando se les pregunta por aquellos embriagadores días y cómo lograron actuar con aquella armonía, la gente hable del «espíritu de Gezi», un espíritu que no era ajeno a Bajtín ni a Rabelais. Ese espíritu representaba el rechazo último del poder, puesto que surgió de una enorme comunión donde la necesidad de poder era objeto de burla y se celebraba la impotencia abrazando todos y cada uno de los insultos que el gobernante les dirigía. «Sí, ¡somos saqueadores!», respondieron cuando Erdogan los calificó de tales. «Sí, somos alcohólicos, ¡y de la peor clase», replicaron de nuevo. «Sí, ¡formamos parte de una gigantesca conspiración!», clamaron. «¡Es un complot organizado desde el extranjero!» Y cuando uno de los asesores de Erdogan afirmó que pretendían asesinar al presidente por telequinesia, ellos respondieron: «Sí, ¡somos maestros en telequinesia!»

La fuerza del espíritu no era solo consecuencia del brillante humor destinado a ridiculizar a quienes ostentaban el poder, también provenía del sentimiento de fraternidad creado a través de un carnaval que sacaba lo mejor de las personas. La confianza, la única mercancía que se ha vuelto escasa en esta época de abundancia, era un bien que todos se otorgaban unos a otros sin esperar nada a cambio. La ética del carnaval rechazaba de

la noche a la mañana todo un conjunto de valores basados en la individualidad agresiva y la necesidad de protegerse del prójimo.

«Tome, quédese las llaves del coche, mañana vendré a verle.»

Eso fue lo que dije cuando le di las llaves de mi automóvil a un extraño en un aparcamiento de Beşiktaş antes de caminar colina arriba los últimos cinco kilómetros que me faltaban para llegar a Taksim, al parque Gezi. Era la mañana siguiente a mi noche de Cenicienta en Ankara, el día en que miles de personas dejaron su trabajo para unirse a la ocupación del centro de la ciudad. Se bloquearon calles y se suspendió el transporte público para evitar que la gente llegara al parque Gezi, de modo que tuvimos que andar. Como Beşiktaş era el último barrio donde se podía dejar el coche, no había ni una plaza de aparcamiento libre. Después de dar varias vueltas sin resultado, vi al conserje de un edificio que miraba pasar a la gente apoyado en un bastón. Le pregunté si le importaría vigilarme el coche, y me respondió: «Por supuesto que no»; así que le di mis llaves. Luego me dijo: «¡Grite alguna consigna por mí!» Ese verano confiar plenamente en la gente parecía algo completamente normal. La desconfianza era una rareza.

En el centro urbano, la multitud se movía como una pacífica masa de lava, avanzando a ritmo *andante*. No se limitaba a ocupar el espacio, sino que interactuaba con él, modificándolo constantemente. Un grupo se iba convirtiendo poco a poco en un foro; luego el foro se disolvía en un grupo de baile; el baile atraía a más gente, y así florecía otro foro. Surgió una biblioteca, un espacio de donación de alimentos para la gente que decidía no abandonar el parque, un dispensario médico, un curso de pintura para niños, un rincón veterinario para animales callejeros afectados por los gases lacrimógenos, y todas las demás cosas que normalmente la gente no sería capaz de crear después de una noche de ataques policiales. La vibrante sensación de paz de la plaza te traía a la mente la imagen de niños haciendo castillos de arena: construían lo que soñaban y soñaban lo que construían, hasta que soñar y construir se convertían en un mismo acto.

La risa se transformó de la noche a la mañana, pasando de ser un ocasional estallido emocional a convertirse en el acompañamiento constante de las nuevas tareas diarias: hacer máscaras de gas con botellas de plástico;

reparar las barricadas; hacer pancartas que rezaban: «Retira a tus soldados, Tayyip. ¡Nos vamos a casa a practicar sexo!»... Tal era la sensación de rotundo despertar, el rechazo del aletargamiento, que mucha gente, reacia a dejar siquiera un momento de sentirse tan plenamente viva, descubrió que su cuerpo se negaba a dormir. Había un flujo constante, en las calles y en las redes sociales, guiado por el espíritu de Gezi. Aquel flujo que todo lo abarcaba *era* el espíritu.

Sin embargo, lo que nadie sabía entonces, como tampoco sabían los egipcios de la plaza Tahrir, los tunecinos de la Kasbah ni los griegos de la plaza Síntagma, era que, una vez que hubiera terminado toda aquella actividad, y tras haber contemplado al ser humano a través del caleidoscopio del carnaval, los que habían participado en ella se verían convertidos en los solitarios vagabundos de la historia. Y pronto descubrirían, como hiciera Bajtín, que habrían de pasar el resto de su vida buscando compañeros con los que recordar juntos aquellos días gloriosos para asegurarse de que realmente habían sucedido, de que por un momento en la historia los humanos habían sido capaces de tanto bien y su risa había hecho temblar de temor a los reyes. Aún no sabían que terminarían tratando de imitar desesperadamente su propia risa revolucionaria.

«Máscaras *V de Vendetta*. 4 dólares. Solo al por mayor.»
«Máscaras *V de Vendetta*. 5 dólares. Buen estado. Originales.»
«Máscaras *V de Vendetta*...»

En 2018, los sitios web turcos se llenan de incontables anuncios de las máscaras que en su momento se convirtieron en el símbolo de las protestas de Gezi. Mientras los exploro desplazándome por la pantalla pienso de nuevo en aquellos días, en un momento en el que las máscaras estaban vivas y sonreían ante el miedo en lugar de ser meras reliquias muertas en venta. Pero hay alguien que recuerda esas máscaras más vívidamente que ninguno de nosotros: el presidente Erdogan. Inmediatamente después del intento de golpe de Estado de julio de 2016, cuando habían pasado tres veranos desde las protestas de Gezi, Erdogan convocó a sus partidarios en la plaza Taksim. Tenía la intención de arrebatar el espacio a los fantasmas que todavía seguían riendo en el parque Gezi. Quería demostrar que su

gente también era capaz de crear espectáculo, y, como Stalin y otros de su ralea, estaba convencido de poder conjurar el espíritu carnavalesco mediante manifestaciones reguladas con tal de que estas tuvieran una escala lo bastante épica. Pero los partidarios de Erdogan, a quienes él calificaba de «guardianes de la democracia», actuaban en nombre del poder y, en consecuencia, eran incapaces de crear humor espontáneamente; de hecho, se quedaron paralizados hasta que se les dijo que hicieran ruido. El líder ordenó a unos pobres miembros del AKP que permanecieran en la plaza durante días, en una deficiente imitación de los manifestantes de Gezi, repitiendo una y otra vez la canción «Tayyip Erdogan», que después de toda una noche en la calle sonaba como una tortura. Sus versiones del humor de Gezi no fueron más que malas imitaciones que solo sirvieron para ensalzar aún más el original. Cumplieron físicamente su misión de recuperar el espacio, pero el espíritu se hallaba tan notoriamente ausente que al cabo de unos días Erdogan se sintió obligado a hacer una declaración aparentemente irrelevante: «Vamos a construir ese cuartel [en la plaza Taksim] lo quieran o no»; se refería al hecho de que la chispa que había iniciado las protestas había sido su plan para restaurar un cuartel otomano en Taksim. Al parecer, el espíritu de Gezi también seguía rondando a Erdogan.

Pero por más que las máscaras que tanto habían aterrorizado al gobernante todavía siguieran circulando, ahora se habían transformado en mercadería, desprovistas de las caras que, tras ellas, habían dotado de rebelde significado a su sonrisa. Las sonrisas carnavalescas aparecían teñidas de sarcasmo, al tiempo que el escepticismo había empezado a corroer la alegría. Se había diseccionado el espíritu en un millón de pedazos, cada uno de los cuales permanecía ahora a la espera en un solitario aislamiento, tratando de sobrevivir, y confiando en que, mientras todavía pudiera reír y hacer reír a otros en las redes sociales, podría seguir vivo.

«¡Basta de oír al eterno llorón / que sufre sin tener por qué! / La vida es un cabaret sin más. / Vamos al cabaret.»

Estar sin empleo y rodeado de artistas geniales también sin empleo te inspira a hacer cosas que nunca pensabas que harías. Corre el otoño de 2015, y me encuentro escribiendo un guión de cabaret. Por entonces todos

los disidentes han terminado quedándose sin trabajo y dedicándose a algo distinto: los actores se convierten en cantantes, los académicos abren cafeterías, los maestros recurren a la construcción y, a veces, se caen y mueren en las obras. Todos tratamos de resistir al borde de un precipicio emocional y financiero.

El ambiente cargado de pesimismo me había convencido de que el cabaret iba a ser el próximo fenómeno. Cuando el autoritarismo hostiga el libre pensamiento y la creación artística, les dije a mis amigos actores en paro, la gente se retira puertas adentro. El *flujo* de energía disidente se había visto obstruido, por lo que se escurría hacia pequeños rincones, buscando lugares recónditos donde agruparse y sobrevivir. La alegría se vuelve grotesca, añadí. Y por primera vez entendimos por qué el cabaret había sido tan importante en Alemania cuando Hitler estaba en alza. Descubrimos que solo quienes estaban lo bastante enfadados consigo mismos por retirarse y sentirse impotentes podían realizar semejante espectáculo circense. Una profunda amargura había invadido el humor, y los bufones antaño tocados por el espíritu carnavalesco se volvían ahora unos contra otros. Al final nuestro cabaret no llegó a materializarse nunca, pero en cambio presenciamos una especie de cabaret perverso que se escenificaba allí donde acechaba el espíritu resentido. El espíritu de Gezi estaba dañado, airado, y exigía sacrificios a través de *su materia oscura*, el humor descubierto durante el carnaval.

«Esos hipsters, ¡Dios mío!, no saben cómo defenderse, ¿verdad?»

El 17 de junio de 2016, tres veranos después de las protestas de Gezi, empezaron a circular en las redes sociales imágenes de un joven sangrando abundantemente. Tres hombres de un barrio conservador vecino habían asaltado una tienda de discos del barrio progresista de Cihangir, en Estambul, blandiendo palos y amenazando con quemar viva a la gente. El asalto a la tienda, que dejó a dos personas gravemente heridas –una de ellas el sangrante hipster de la foto–, se organizó por la sencilla razón de que un grupo de jóvenes muy reducido había estado escuchando música y bebiendo algo de alcohol durante el sagrado mes del Ramadán. Los atacantes fueron liberados tras declarar brevemente, y el propietario del edificio desahució a

la pequeña tienda de discos. Los vecinos del barrio salieron a la calle para protestar por el incidente. Pero durante la noche empezaron a circular en las redes sociales numerosas bromas de mal gusto relativas al ataque, insinuando que las víctimas eran demasiado débiles para hacer frente a sus atacantes. Tanto las referencias como el tipo de humor recordaban a las protestas de Gezi, pero esta vez los chistes rebosaban de amarga irrisión y sarcasmo, sin el menor atisbo de la compasión que les acompañaba entonces. A diferencia de los días de Gezi, la gente se mostraba renuente a identificarse con las víctimas, y se reía *de* ellas, no *con* ellas. Ya no celebraba ni abrazaba la impotencia.

Tres años después del abandono de la resistencia, no estaba claro si la gente rechazaba la idea de ser una víctima o negaba serlo ella misma, una víctima por asociación. Parecía haberse olvidado la tremenda distancia que separa rechazar la victimización y negarla. Y gracias a los efectos del sarcasmo se difuminó la diferencia entre lo bien y lo mal intencionado, lo que dio lugar a pequeños pero significativos crímenes éticos.

En la medida en que enfrentarse a la opresión y la violencia del régimen mediante el humor sarcástico se convirtió en un hábito, y oponerse a él con una resistente carcajada llegó a ser casi una adicción, se hizo cada vez más difícil diferenciar entre un rechazo jubilosamente digno de la condición de víctima y la simple negación. Y lo que es más importante: la risa que se había utilizado como herramienta para abrazar la diversidad durante la resistencia de Gezi se convirtió en un instrumento con el que destruir y dividir a los disidentes una vez suprimidas las actividades rebeldes e interrumpido el *flujo*. Quienes no eran capaces de expresar un ilimitado sarcasmo, quienes no se resignaban a apoyar un enfoque carnavalesco de actos violentos, pasaron a verse excluidos del «nosotros», de la resistencia. En ocasiones aquel progresivo cinismo alteró el carácter del relato carnavalesco, y la gente se volvió demasiado impaciente para ofrecer un hombro a los que lloraban; a aquellos a quienes les flaqueaban las piernas (y a veces incluso a las Cenicientas que perdían los zapatos) se les dejaba atrás. Después de presenciar esta desalentadora transformación de la alegría omnímoda a la diversión excluyente, no era difícil convertirse en un *eterno llorón*.

«Por favor, tengan cuidado con esas risas. Presten mucha atención a por qué se ríen y cómo se ríen.»

Mi dramático comentario flota en el aire en el vasto Lincoln Center de Nueva York, y me siento como una aguafiestas. Corre el mes de abril de 2017, han pasado cuatro desde que Donald Trump asumiera la presidencia, y una audiencia de tres mil mujeres han estado riendo cada vez que en el escenario se bromeaba acerca del *primer presidente naranja de Estados Unidos*. De hecho, es como si el público congregado en la Cumbre de Mujeres ni siquiera necesitara un chiste para soltar la carcajada: la mera mención del nombre de Trump funciona como ese botón secreto que activa las risas enlatadas en las telecomedias. Y a mí, como uno de los oradores de la noche inaugural, me ha tocado hacer el papel de *eterno llorón*.

Estoy balbuceando cosas acerca del tiempo que perdimos en Turquía reaccionando ante el populismo de derechas con humor y sarcasmo, tratando de reírnos de nuestros miedos, y de cómo eso llevó a nuestra cultura política a un callejón sin salida, provocando un nuevo tipo de fatalismo, un fatalismo que siempre termina con un emoticono de sonrisa. «Esa es la primera etapa», farfullo. «Las siguientes no tienen nada de divertidas. Simplemente imitas tu primera risa una y otra vez hasta que se convierte en un cáscara demasiado estrecha para dar cabida a tus temores.»

Pero me precipito en mi intento de pedir a las mujeres estadounidenses que quemen esas etapas de shock que tanto tiempo consumen, lo que constituye claramente un movimiento desesperado por mi parte. Ello se debe a que recuerdo nuestra primera etapa, cuando la risa era como nuestro escudo y nuestras flechas, esencial e indispensable, como ahora lo es para ellos. Sentíamos que si hacíamos chistes lo bastante inteligentes nuestra realidad se volvería inofensiva, y a veces nuestro asombro ante nosotros mismos por crear tan tremenda cantidad de ingenioso humor político hacía insignificante la brutal realidad de aquello que inspiraba los chistes. Es demasiado pronto para que mi audiencia comprenda que no está haciendo otra cosa que imitar su yo carnavalesco, el que experimentaron durante su *flujo* masivo en las calles ataviadas con gorros de color rosa. Creo que también ellas pondrán la risa y el humor en el centro de su protesta... hasta

que ya no puedan hacerlo. Quizá la propia sonrisa a la larga se convierta en un acto de resistencia para ellas, como lo fue para nosotras.

«Fijaos en esto. El viceprimer ministro acaba de decir: "La castidad es de suma importancia para nosotros. No debería verse a mujeres riendo en público." ¡Ja, ja!»

Heme aquí en la costa de Croacia con Petra Ljevak, mi editora croata además de una querida amiga. Corre el verano de 2014, y durante la última hora ha estado intentando convencerme, con su dulce voz, de que debería comprarme una propiedad en Europa, preferiblemente en Zagreb, «solo para estar segura, ya sabes, dada tu situación en Turquía». Llevo ya más de un año en esa *situación*, con mi vida en constante crisis. Ha pasado un año desde Gezi, y la represión se está intensificando con una vigorosa aceleración. Mi voz se reduce a un murmullo mientras le digo lo humillante que resulta la idea de huir. Pero ella me recuerda que en las últimas detenciones se están utilizando mis libros como «pruebas», y además están prohibidos en las cárceles, donde actualmente residen varios amigos míos. Como tiendo a hacer durante las conversaciones deprimentes, mientras hablo empiezo a desplazarme por mi línea cronológica de Twitter. Es entonces cuando veo la ridícula declaración del viceprimer ministro sobre las risas de las mujeres, una increíble oportunidad para cambiar de tema.

Petra me hace una foto riendo y yo la publico en Twitter, añadiendo una elegante etiqueta: #resistlaughter, una referencia a las etiquetas de resistencia que se hicieron famosas durante las protestas de Gezi. En cuestión de minutos, primero varias mujeres turcas, luego europeas, y finalmente un incontable número de ellas en todo el mundo, desde Alaska hasta Australia, empiezan a publicar fotos suyas riendo. Unas horas después nos convertimos en una de las principales tendencias del momento según la lista de la BBC, y al día siguiente los medios internacionales se deleitan en publicar hermosas imágenes de miles de mujeres con un aspecto muy feliz. Nos sentimos orgullosas de nosotras mismas porque podemos reír «contra» el gobernante, pero en realidad no hay nada de que reír. El número de mujeres asesinadas en Turquía se ha disparado, alcanzando las peores cifras de la historia del país, mientras nuestro ilustre Erdogan está jugando el

partido decisivo para convertirse en presidente omnipotente, lo que debería bastar para *borrar todas las sonrisas*. Aun así, y al igual que las mujeres de Nueva York, sentimos que mientras podamos seguir riendo aún podemos recuperarnos de nuestra derrota. Pero ¿qué sentido tiene reír cuando en realidad no quieres hacerlo y solo lo haces porque algún político dice que no puedes? Seguir riendo cuando en realidad quieres llorar es como dibujarte una sonrisa de Joker en la cara. Entonces, ¿por qué lo hicimos? Porque fue nuestro intento desesperado de mantener vivo el *espíritu* y tratar de proteger la poca dignidad que nos quedaba.

Aunque esté contaminado por la amargura de la derrota, el humor político y la risa que genera ante todo reviven un sentimiento de comunidad, y sirven como catalizador para reagruparse cuando las masas han sido derrotadas y deben hacer frente a su debilidad colectiva. Cada risa es como una luz que centellea en las tinieblas para dotar a la comunidad de un «nosotros», al tiempo que hace que «ellos», el gobernante y sus partidarios, parezcan menos aterradores. Pero si bien reconstruye la confianza de la comunidad, también crea una distancia virtual de la realidad manteniendo la crisis a raya. La risa colectiva crea la ilusión de alzarse con firmeza frente a la humillación del opresor, y ofrece un tranquilizador autoengaño, una habitación del pánico a la que retirarse a fin de prepararse para el serio combate que nos aguarda. Acumular chistes críticos como quien acumula munición nos ayuda a gestionar nuestras inquietudes sobre el futuro. De ahí que en tiempos de crisis, cuando cada uno de nosotros intenta mantenerse más sereno de lo que realmente está, la necesidad de risa surja antes que el humor político, y no al revés. Y de ahí que en Nueva York tres mil mujeres apenas pudieran aguardar a que se contara otro chiste de Trump para echarse a reír a carcajadas, del mismo modo que aquel verano de 2013, en Turquía, lo primero que hacíamos cada mañana era abrir Twitter, ansiosos por ver los mejores chistes colgados durante la noche a fin de extraer aquella indispensable sensación de fuerza.

Sin embargo, llega un momento en que la habitación del pánico se vuelve demasiado confortable para abandonarla y surge cierta renuencia colectiva a salir y afrontar la realidad. Cuando ya no hay nada sobre lo que bromear, el reflejo de la risa persiste como un huérfano errante, repitiendo

patéticamente sus recuerdos de aquellos días felices en los que las voces de la oposición todavía creían en un mañana en el que las cosas se pondrían serias. O, a la inversa, la risa se agota y hasta los chistes más inteligentes apenas generan una sonrisa rota. Esta es la última etapa antes de que el sarcasmo se vuelva fatalista y envenene la mente humana. Es la fase en la que todo el mundo bromea sobre casi cualquier cosa, las voces oprimidas empiezan a volverse unas contra otras, y ya nadie ríe.

«¡Al menos eso nos hace sexys! ¡Seríamos unas agentes provocadoras de la hostia!»

Nuestra risa exuberante hace que se frunzan algunos ceños en el restaurante Le Pain Quotidien de Covent Garden, en Londres. Mi amiga, una periodista iraní, y yo brindamos triplemente con nuestras copas de vino como si quisiéramos poner tres signos de exclamación: ¡¡¡Salud!!! Sería la puntuación apropiada de haber sido verdaderamente felices. La gente vuelve la cabeza para presenciar esta secuencia propia de una película de cine negro de Oriente Próximo, mientras nosotras prolongamos nuestra risa de desesperación. Seguramente no entienden por qué, al cabo de unos minutos, de repente las dos nos interrumpimos y miramos en direcciones opuestas, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, guardando el más absoluto silencioso imaginable.

Es el final del verano de 2013. Estoy –una vez másfuera de Turquía gracias a dos llamadas telefónicas de sendos amigos periodistas bien conectados que me han aconsejado, en los últimos días de las protestas de Gezi, que no se me ocurra volver al país. Al mismo tiempo mi amiga, la periodista iraní, lleva siendo objeto de amenazas manifiestas por parte de su gobierno desde hace más de un año. Nos hemos convertido en presas desamparadas en plena temporada de caza, fingiendo que simplemente nos encanta correr. A ella su gobierno la ha calificado de «agente extranjera», mientras que a mí los troles gubernamentales de Turquía me llaman «provocadora». Y resulta que, juntos, esos dos insultos forman una seductora marca de ropa interior británica: Agent Provocateur; una pareja sexy, por así decirlo, que es justo lo último que te sientes cuando tienes miedo de volver a casa. Un sitio web erótico iraní está publicando historias

de alcoba haciéndose pasar por ella e inventando jugosos detalles, mientras que uno de los más destacados periodistas progubernamentales turcos ha escrito una columna sobre mí afirmando que yo «planeé y organicé personalmente» las protestas de Gezi, proporcionando incluso mi número de asiento en mi vuelo a Ankara el día en que comenzaron las protestas. La única razón por la que no lloramos es que no podemos soltar un elegante y femenino «¡Oh, lo siento!» antes de enjugarnos las lágrimas como las estrellas de las telenovelas. De modo que forzamos la risa hasta sus límites. Después de beber unos sorbos, ella me pregunta:

–¿Y ahora qué?

Imito mi risa de Gezi y le digo:

–¡Seguiremos siendo sexys, cariño!

Pero ella no se ríe, y pregunta de nuevo:

–No, en serio, ¿y ahora qué?

«¿Y ahora qué?»

En 2001, en el aeropuerto brasileño de Porto Alegre, estoy sentada junto a un hombre mayor que toma el mismo vuelo nocturno a Buenos Aires. Cuando se presenta –Tom... Tom Hayden–, su nombre no me suena, y todavía no existe el verbo «guglear», de modo que no me entero de que *es* Tom Hayden, el famoso activista que luchó contra la Guerra de Vietnam, además de político, escritor y, por supuesto, exmarido de Jane Fonda. Nos habíamos conocido en la sala de prensa del Foro Social Mundial (FSM) unos días antes, y es la segunda vez que nos tropezamos. La tercera resultará más sombría, pero por el momento hablamos sobre la oposición carnavalesca, fascinados por la alegre muchedumbre internacional de Porto Alegre; los innumerables y concurridos foros diurnos, celebrados bajo el lema «Otro mundo es posible», y las noches de baile como si no hubiera un mañana; los movimientos anticapitalistas de todo el mundo que celebran su mera existencia tras una década de autocrítica destructiva de la izquierda global, y las gentes que intentan descubrir cómo superar y avanzar más allá del mundo neoliberal. Mientras tanto, el mundo neoliberal real estaba en Davos, siguiendo el FSM en vivo y en directo, ansioso por observar lo que sucedía en el carnaval rebelde. Después de los acontecimientos de Seattle

en 1999, los señores del capital global sentían una comprensible curiosidad acerca de cuál sería el siguiente movimiento de aquellas nuevas y bufonescas criaturas con máscaras.

Pero ni Seattle ni el FSM señalaron el inicio del concepto de resistencia carnavalesca: el «socialismo con rostro humano» en la Checoslovaquia de la década de 1970, los revoltosos enanos naranja en la Polonia de la de 1980 y otros movimientos de resistencia europeos igualmente lúdicos sentaron las bases que permitirían repensar la protesta política, además de proporcionar una cara humana y amable a los movimientos de izquierdas después de que su imagen se viera contaminada por los regímenes autoritarios de la URSS y los países del Telón de Acero. El libro *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri, publicado en el año 2000, trataba de este nuevo tipo de resistencia; la obra fue un éxito de ventas, y la risa rebelde se convirtió en la última tendencia: resistir con júbilo y ridiculizar al gobernante para derribar a los intocables del sistema neoliberal.

Después de tres días tomando caipiriñas en vasos de plástico y montones de notas con manchas de café, la noche antes de viajar a Buenos Aires me senté en la habitación de mi hotel para redactar un informe sobre la crisis económica y el movimiento piquetero, pensando en lo que vendría a continuación. ¿Qué se suponía que íbamos a hacer cuando terminara el carnaval? Aquel era el único hotel con habitaciones disponibles que había podido encontrar en toda la ciudad, y sus habitaciones se alquilaban por horas, ya sabe a qué me refiero. Dada la gran cantidad de ruidos molestos que provenían de las habitaciones vecinas, me costaba mucho hallar una respuesta a esa pregunta, de modo que no tardé mucho en encontrarme en el aeropuerto sentada al lado de Tom, el «viejo sabio». Así que le pregunté: «¿Y ahora qué?» Él se limitó a sonreír. Entonces yo era demasiado joven para saber que solo quienes han vivido un carnaval, como le ocurrió a él en la década de 1970, adquieren esa sonrisa, muda pero cuidadosamente elaborada para dejar la respuesta flotando en el aire, sin permitir que llegue al suelo, pero impidiendo a la vez que desaparezca entre las nubes.

A la mañana siguiente, en Buenos Aires, observo a las Madres de la Plaza de Mayo moverse como lápidas vivientes dedicadas a sus hijos ausentes. Son las mujeres cuyos hijos «desaparecieron» debido al terrorismo de

Estado de la dictadura militar entre 1976 y 1983. Iniciaron su silenciosa protesta en la plaza de Mayo en 1977, y no han parado desde entonces. Las ancianas, cogidas del brazo, se abren paso en la historia mientras caminan en círculo en torno a la principal plaza de la ciudad. Las ventanas del palacio presidencial dan a la plaza, y las madres son un recordatorio de que, aunque la política puede cambiar, y los presidentes van y vienen, ellas seguirán estando ahí, caminando durante décadas sin ir a ninguna parte. Son los nobles espíritus del dolor, que cargan con la dignidad del país sobre sus espaldas rotas. Me fijo en sus pañuelos blancos, en las fotos color sepia de sus hijos en la década de 1970, en el acompasado movimiento de sus hombros –memoria muscular de años de fraternidad– y en la forma solemne en la que exhiben sus rostros de desesperación. Me recuerdan a las Madres de los Sábados de Turquía, que resistieron durante dos décadas con el mismo espíritu en el corazón de Estambul.

La resistencia de las madres afligidas en todo el mundo es el extremo opuesto a la nueva resistencia carnavalesca celebrada en Porto Alegre. En la plaza de Mayo no solo resulta imposible sonreír; la atmósfera reinante obliga a participar a los turistas políticos como Tom Hayden y yo. Cuando nos divisamos mutuamente en extremos opuestos de la plaza, nuestras sonrisas de reconocimiento no tardan en desaparecer. El ritual para los visitantes es que camines con las madres en silencio. Ellas no te miran, ni necesariamente te hablan, pero tú prestas tu cuerpo a la plaza. Y ellas asienten con la cabeza y mantienen la mirada fija. Pero yo sé que sin duda hubo una época en la que incluso ellas, las más resueltas de entre las mujeres, rieron a más no poder.

«Tienes que probar este. Y este también. ¡Pero si este aún no lo has probado!»

Fatma, una mujer de cincuenta y cinco años que vivía en una casita en los suburbios de Ankara, me alentaba a que probara todos los productos que había en una mesa llena de comida hasta arriba. Corría el invierno de 1996, sus dos hijos estaban en la cárcel, y al parecer se suponía que yo tenía que comer también por ellos. Sus hijos, de diecinueve y veinte años respectivamente, hacían huelga de hambre. Pero ahí estaba ella, intentando

hacerme comer y negándose a esconder su sonrisa mientras intentaba emparejarme con el mayor. «Es un año más joven que tú, pero no pasa nada», no dejaba de repetir.

Por entonces yo era una reportera novata veinteañera que escribía constantemente sobre las huelgas de hambre de los presos políticos, la mayoría más o menos de mi edad o incluso más jóvenes. En aquel momento 1.500 de ellos protestaban contra las recién construidas celdas de aislamiento con una huelga de hambre indefinida. Fatma no fue la única madre que bromeó sobre mi matrimonio con uno de aquellos hijos que se encaminaban poco a poco hacia la muerte. Aquella broma íntima, que siempre se hacía cuando no había hombres cerca, se convirtió en uno de los pequeños asideros que impedían a las mujeres precipitarse desde lo alto del acantilado a un mar de dolor, y fue estar con ellas lo que me enseñó a forzar una carcajada. Incluso cuando dos de los progenitores de los presos políticos iniciaron su propia huelga de hambre en solidaridad con ellos en el Centro de Derechos Humanos, siguió habiendo bromas ocasionales sobre «la futura esposa».

Su dominio de este tipo de humor específico –adquirido con gran esfuerzo– me enseñó mucho sobre las texturas de la vida: que los humanos necesitan el humor para suavizar el dolor; que la risa es el pegamento que puede mantener íntegra una vida destrozada... Cada vez que las madres se manifestaban frente al Ministerio de Justicia y eran golpeadas por la policía, las mejores chanzas venían cuando luego regresaban al Centro con una mueca de dolor, pero riéndose de sí mismas. Se reían de la extraña vida que les había tocado vivir, obligadas a salir de sus cocinas para convertirse en *terroristas* de la tercera edad. Pero cuando desde la cárcel llegó la noticia de la que sería la primera de doce muertes, nadie intentó diluir el dolor: solo se oyó el llanto único e incesante de la madre del preso muerto, mientras el resto guardaba un respetuoso silencio. El mismo respetuoso silencio que nos recibiría en la plaza de Mayo a Tom Hayden y a mí, recién llegados del bullicio del carnaval, cinco años después.

La resistencia a través del dolor se da en un universo completamente distinto al de la rebelión carnavalesca. A algunos incluso podría resultarles aburrida. Sin embargo, y a diferencia de la lúdica resistencia del día anterior

en el Foro Social Mundial, para las Madres de la Plaza de Mayo el contenido de su resistencia –sus objetivos y demandasera algo concreto y plenamente definido. Para ellas la respuesta a la pregunta «¿Y ahora qué?» era clara e inalterable, a diferencia del FSM y de todas las demás acciones políticas carnavalescas que le siguieron, donde el contenido quedaba difuminado por un jubiloso alborozo. Y hoy, muchos años después de Porto Alegre, cuando bailamos todo lo que nos permitió el carnaval y nos unimos a su risa adictiva, la respuesta a esa misma pregunta sigue siendo vaga y sigue flotando en el aire.

«Y Jeremy Corbyn va a lanzar su nuevo single. Estoy especialmente interesado en él.»

El 16 de junio de 2018, Owen Jones, la joven estrella de los simpatizantes laboristas británicos, parecía un artista profesional en el escenario del festival de música del partido, el Labor Live, que la prensa británica denominaba «JezFest». Además de ser columnista del *Guardian* y un destacado activista del partido, tiene una cuenta de Instagram donde publica bonitas fotos de su gato y divertidos vídeos en los que se invita a sus seguidores a abrazar la línea política laborista o asistir a manifestaciones del partido. Pertenece a una generación que ha estado intentando añadir diversión a la política hasta llegar a convertir la política y la diversión en una misma cosa. Sin embargo, pese al hecho de que los británicos son personas amantes de la diversión –al menos durante un limitado número de horas los fines de semana–, el festival, de un día de duración, no fue precisamente una juerga. Según varios observadores de la prensa, fue un día de diversión forzada antes que algo auténticamente carnavalesco. La razón –pensé yo– podría ser que la gente está cansada del interminable entretenimiento que desde hace unas décadas se espera que sea siempre la política y del hecho de que nuestros políticos se hayan convertido en artistas. Además, lo carnavalesco no puede regularse, montarse en un escenario y representarse cobrando entradas y separando al público del espectáculo. La diversión que durante aquella jornada se impuso a la política no estaba en sintonía con la textura de la vida.

Irónicamente, ese mismo día en Turquía, Muharrem İnce, el candidato

socialdemócrata que representaba nuestra última esperanza para el país, estaba haciendo campaña para las siguientes elecciones, y, de manera no muy distinta de Corbyn y Jones, se sintió obligado a hacer que su público riera y se divirtiera. Como había hecho varias veces durante la campaña, ejecutó un baile popular en el gran escenario del mitin. Al ver desarrollarse escenas similares en la política británica y turca, y como alguien que –tras presenciar la alegría de Porto Alegre– argumentaba a favor de inyectar un poco de risa en el discurso político, no pude por menos que preguntarme: ¿no estaremos llevando demasiado lejos el concepto de carnaval y convirtiéndolo todo en diversión?

Más o menos al mismo tiempo que en Gran Bretaña y Turquía se celebraban los reglamentados festivales de la socialdemocracia, Trump se reunía en Singapur con Kim Jong-un para hablar de armamento nuclear. Aunque difícilmente podría haber algo más serio que eso, Trump se dedicó a bromear con los fotoperiodistas: «¿Tenéis todos una buena foto? ¿Salimos bien, guapos y delgados? ¡Perfecto!» Dado que no es precisamente un hombre esbelto, la expresión facial de Kim sugería que estaba muy lejos de divertirse. Aparentemente, pese al hecho de que el tema del día era la destrucción nuclear, Trump pretendía abordar la política internacional como un combate de lucha libre americana, una extravagante forma de entretenimiento que se cuenta entre las aportaciones de Estados Unidos a la interpretación global de la diversión. Aquí se limitaba a repetir la fórmula propia de este tipo de espectáculo consistente en crear personajes caricaturizados para entretener al público. Trump era el «Presidente Perfecto» que retaba al «Rechoncho Tigre Asiático» a entrar en el ring. Pero, dado que casi con toda seguridad cuando se trata de dar espectáculo ningún líder puede igualar las habilidades de Trump, ¿por qué los políticos de izquierdas intentan vencer a sus oponentes en su propio terreno?

¿Cuánto tiempo podemos alargar la diversión antes de llegar a lo realmente esencial? ¿Cuánto tiempo podemos endulzar el meollo de la política para atraer a las masas apolíticas al carnaval? Y cuando por fin lleguemos al meollo del asunto, ¿cuántos festivaleros se quedarán junto a los activistas para compartir la parte aburrida con ellos? ¿O se supone que

debemos mantener indefinidamente la sonrisa y dejar la respuesta flotando en el aire eternamente. Y lo que es más importante: ¿de verdad la respuesta es tan oscura, o es que simplemente nos da miedo hablar de ello por si la pista de baile se queda vacía? ¿Nos da miedo el hecho de que la respuesta probablemente dividirá a las masas que acabamos de atraer a la fiesta y engatusar con el espíritu del carnaval? Después de dos décadas de humor, risas, música y baile, ¿aún no hemos terminado?

Este escenario global de resistencia carnavalesca me recuerda a un documental de naturaleza que vi en cierta ocasión. Tres cachorros de guepardo dan sus primeros pasos aprendiendo a cazar de su madre. Por desgracia para ellos, su madre muere después de haberles enseñado cómo atrapar a sus presas, pero antes de enseñarles cómo matarlas. Abandonados a su suerte, comprenden que tienen que alimentarse y salen a cazar. Sin embargo, cada vez que atrapan una presa, le ponen las garras encima, se detienen, y se quedan esperando y mirándose unos a otros. Como ignoran el siguiente paso, empiezan a jugar con su presa, hasta que finalmente esta se escapa. Al final los tres mueren de hambre. Nunca llegué a entender por qué los documentalistas no ayudaron a aquellos animales moribundos.

Como todos tuvimos ocasión de descubrir gracias a los carnavales de resistencia de Tahrir, Gezi y otros lugares, la risa ponía de manifiesto el hecho de que los tronos de nuestros gobernantes no eran más que ridículas tronas infantiles, pero no bastaba para hacerlos caer. Tras llevar a la gente a las plazas, el espíritu de júbilo no apuntaba en ninguna otra dirección. La respuesta no estaba en la risa ni en el lugar de celebración del carnaval. No lográbamos averiguar qué se suponía que debíamos hacer tras sujetar a la presa con nuestras garras. De manera que seguimos jugando hasta que la presa se escapó. Y todavía seguimos anhelando la jugosa carne de una respuesta.

Sin embargo, en los últimos años ha habido algunos casos de cachorros de leopardo que han aprendido por sí solos a morder a esa bestia amorfa que es el *sistema*. En Estados Unidos las nuevas estrellas de la política emergen de entre las filas de los socialistas democráticos, que han acelerado

su marcha hacia la visibilidad impulsados por la cultura de comportamiento político del movimiento Ocupa Wall Street y la urgencia generada por la presidencia de Trump. Sin embargo, estos jóvenes héroes y estrellas todavía tienen dificultades para encontrar un punto de apoyo dentro del grupo de poder del Partido Demócrata. Grecia y España son actualmente los únicos países donde los movimientos de resistencia carnavalesca han logrado establecer su presencia en la escena convencional de la política nacional y son capaces de tener voz y voto en los procesos de toma de decisiones. Sin embargo, aún no está claro si se trata de una evolución progresiva hacia un nuevo tipo de política o más bien de una especie de domesticado retroceso hacia las viejas formas de democracia representativa. Parece ser que el flujo bidireccional entre la política convencional y la nueva política que emerge de la resistencia carnavalesca –las cuales están aprendiendo una de otra en igualdad de condiciones y transformándose mutuamente en armonía– todavía no ha logrado recrearse con éxito en la liga de primera división de la democracia representativa y la política de partidos. Quienes antaño saborearon el carnaval en el *agora* al aire libre no se dan por satisfechos con las serias y estiradas conversaciones de interior del *senado*, pero tampoco son lo bastante poderosos o tienen la suficiente presencia para cambiar esa situación de acuerdo con su imaginación.

Recuerdo los últimos días de los carnavales de resistencia en Estambul y El Cairo. Los carnavales se agotaban, pero se esforzaban por mantener su espíritu con el mismo vigor que en los primeros días. La gente era como teloneros en un escenario, improvisando chistes para ganar tiempo hasta que llegara el actor principal; un documentalista compasivo, por así decirlo. Seguía siendo un misterio qué se suponía que debían hacer en el caso de que los soldados y la policía no les atacaran violentamente. La multitud no podía trasladar el *flujo* al ámbito de la política real. Recuerdo a un joven exhausto que se quedó en la plaza Tahrir después de que la mayoría de la gente se hubiera marchado. Le pregunté por qué seguía ahí. «No puedo marcharme», me respondió. «No sé adónde ir.» Otro joven de Túnez, que guardaba un extraño parecido con su compañero egipcio, me contó en cierta ocasión que, tras ser desalojado de la Kasbah, donde tenía lugar la

resistencia tunecina, no podía dejar de beber. «Porque todo parece..., no sé..., incompleto», murmuró. Y cada vez que bebo con amigos turcos, cuando de algún modo nos forzamos a divertirnos, siempre surgen nuestras historias de Gezi, a las que siguen de inmediato nuestras expresiones de desesperanza con respecto a la política de partidos. Somos los compatriotas de una *multitud*[*] política informe que anhela una respuesta. Esa multitud todavía es demasiado joven para decidir qué hacer consigo misma, pero a la vez ya es demasiado mayor para limitarse a jugar en el recinto de arena y soñar despierta. Su cuerpo adolescente, a veces torpe y a veces genial, sigue esforzándose, buscando una ruta para seguir el flujo. Y cuanto más anhela la respuesta, más baila... para pasar el rato.

«Porque ahora están en la última fase: la fase del baile.»

Como narra una leyenda popular anatolia, el despiadado sultán aumenta los impuestos. Cada vez que el recaudador va a la aldea, los aldeanos pobres le piden que les exima de pagarlos. Pero en lugar de ello los impuestos aumentan de nuevo. Los aldeanos pasan hambre y lloran cada vez más en cada visita, pero el recaudador no se inmuta. Sin embargo, un día llega y encuentra a todos los aldeanos bailando. A su regreso informa al sultán:

–Tenemos que dejar de subir los impuestos, mi señor.

El sultán pregunta por qué.

–Porque –dice el recaudador– ahora están en la fase del baile.

Una de las frases ingeniosas más populares que aparecieron en las redes sociales unos años después del levantamiento de Gezi era: «Enloquece si tienes cómo.» La gente colgaba toda clase de imágenes de personas dementes y expresaba su deseo de enloquecer para no sentir nada. «La fase del baile», decían. «Quiero llegar ya.» No se quejaban tanto de la opresión como de la avalancha de absurdos que la acompañaba. Una cosa es el dolor de verse sometido a la maldad descarnada y otra muy distinta que la opresión se proyecte como la «verdadera democracia», como la voluntad del *pueblo real*, ver cómo el poder político hace una cosa mientras afirma hacer exactamente lo contrario.

Cuando se viola repetidamente a niños por docenas en un albergue

regentado por una fundación islamista progubernamental en Karaman –una ciudad conservadora y bastión del partido gobernante en 2016– y se encarcela a los periodistas que lo denuncian en lugar de a los responsables; cuando después los miembros del gobierno elogian a la fundación como la institución más escrupulosa del país en lo relativo a los derechos de los niños y organizan una sesión de fotos familiar con los representantes de la entidad..., ¿qué posible respuesta hay? Te quedas boquiabierto de perplejidad, te quedas sin palabras, con los ojos desorbitados, y de tu boca sale un sonido como un hipido: «¡Ah!» Y tu cerebro, engañado por la tensión de tus músculos faciales, empieza a producir risas. Esa es la risa que surge en los límites emocionales de la humanidad. Cuando la mente se ve obligada a poner a prueba su capacidad para procesar lo repulsivo y lo ilógico, y cuando la tarea se hace cada vez más ingente y cada vez más frecuente, hasta resultar absolutamente despiadada, el cerebro simplemente termina sobrecargándose y en consecuencia genera un mensaje de error. Es como si ese nuevo tipo de emoción fuera incapaz de encontrar su lugar en el mapa neuronal y solo pudiera emerger en forma de risa. Tal es lo que sucede cuando se te acaba la ira y cuando tus reservas de desesperación e indignación también se agotan. Pero a diferencia del sultán de la leyenda popular, el gobernante sigue forzando más y más los límites, hasta que lo repulsivo y lo absurdo se convierten en la nueva normalidad.

«Los estadounidenses quieren fronteras fuertes. Trump tiene que mantenerse firme en ese aspecto e ignorar los gritos provenientes de los medios liberales», declaraba Nigel Farage el 20 de junio de 2018. El tema en cuestión eran los 2.300 niños inmigrantes separados de sus padres y trasladados a centros de acogida «para personas de tierna edad» debido a la política de «tolerancia cero» de la administración estadounidense en su frontera con México. Mientras tanto Trump, en respuesta a preguntas como «Señor presidente, ¿acaso no tiene usted hijos?», se dedicaba a declarar que no se permitiría que los inmigrantes «infestaran» Estados Unidos.

Cualquiera que en Turquía leyera las noticias sobre la crisis seguramente habría recordado una expresión que se hizo famosa con Erdogan: «Eres tan malvado que es como si nunca hubieras sido un niño.» Sin duda Rachel

Maddow, comentarista de la cadena MSNBC, pensaba lo mismo cuando se le hizo un nudo en la garganta por la rabia y la indignación al tratar de dar la reciente noticia. Quizá todavía no fuera consciente de ello, pero estaba atravesando el último umbral antes de llegar a la fase del baile. En esa fase, después de tragarse su perplejidad e indignación, aún tuvo que soportar que los partidarios del gobierno se burlaran de sus lágrimas antes de ver cómo la Casa Blanca emitía un comunicado declarando que ningún gobierno había sido nunca tan sensible a los derechos de los niños como la administración Trump.

Ahora imagine que eso ocurre todos los días durante años. Es entonces cuando aflora el «¡Ah!», seguido de la carcajada de la locura. Esta no se parece en nada a la sonrisita provocada por un sofisticado humor negro como el producido por los británicos tras la votación del Brexit. Entre esa primera reacción –reír para mantener la cordura– y la última –producto de una mente humana dañada por la enloquecedora frecuencia de la ira y la desesperación– hay un período de agudo sufrimiento. De modo que, cuando llega la locura, esta se percibe como un alivio, una especie de diversión perversa. Pero para saborearla de verdad tienes que unirte a la fraternidad de los indefensos y los exhaustos, tienes que enfurecerte al máximo. Luego también tú podrás bailar la danza de la locura, esa mezcla de catatonia y marchitamiento, una danza que carece de espíritu pero exhibe una sonrisa fija, una máscara hueca que una vez se utilizó en un carnaval.

7. CONSTRUYE TU PROPIO PAÍS

«La maestra de mi hija le ha asignado como lectura estival Olmayan Kuşlar Ansiklopedisi *(La enciclopedia de las aves inexistentes) de Ece Temelkuran.»*

El 25 de junio de 2018, al día siguiente de las elecciones presidenciales que en Turquía se percibieron como la «última esperanza», había un extraño e inédito silencio. Después de los espectaculares mítines de la oposición, el coro de descontento expresado públicamente por todos los partidos políticos unidos contra el autoritarismo y la red de voluntarios que en todo el país se ofrecieron a vigilar que no hubiera fraude electoral, de repente parecía la última escena de *Gladiator*. Máximo, herido, hacía su último envite al psicótico emperador mientras el público contenía el aliento. Todo el cuerpo político estaba listo para saltar al ring al menor signo de que el emperador jugara sucio, como cabía esperar. Durante el recuento de votos todos aguardaban una señal del héroe. Pero nuestro Máximo, Muharrem İnce, el líder del principal partido de la oposición que durante la campaña electoral había desencadenado un sentimiento de rebelión sin precedentes en todo el país, terminó reconociendo, antes siquiera de que se hubiera terminado de contar todos los votos, que Erdogan había obtenido una nueva victoria. «Bueno, ha ganado. Así funciona la democracia», declaró İnce, como un futbolista reacio a quejarse de la parcialidad del árbitro o de su pierna rota.

En realidad, definitivamente *no* es así como funciona la democracia, y para muchos de nosotros resultaba trágicamente claro que desde hacía bastante tiempo no funcionaba y punto. Los disparos de celebración en las calles de los partidarios del gobierno constituyeron una apropiada evocación de qué tipo de país esperaba a partir de entonces a todos los demás. Grandes sectores de la población turca se convencieron de que habían perdido su país y, de una forma u otra, se aprestaron a sentirse sin hogar, ya fuera en una tierra extranjera o dentro de sus propias fronteras. Mientras todo eso sucedía, yo permanecía sentada sonriendo y con la

mirada fija en un sombrío parque infantil situado detrás de mi apartamento en Zagreb.

Últimamente ser escritor se ha convertido en un oficio que requiere hablar tanto como escribir. En consecuencia, mi profesión me obliga, especialmente en las jornadas históricas como aquellos comicios que representaban nuestra última oportunidad, a ponerme unas cuantas capas de polvos de Christian Dior y utilizar todos mis libros de teoría política para ajustar la altura de la pantalla de mi ordenador para poder hacer unas cuantas entrevistas vía Skype. La tarde del 25 de junio de 2018, después de hablar con BBC World News, Euronews, Channel 4 News y varias emisoras de radio internacionales, y de haber escrito un artículo sobre las elecciones para el *Guardian*, me quedé allí sentada con mi maquillaje intelectual corrido, sola en mi apartamento, en un país que no era el mío. Una vez más, había llegado el momento de retirarme a la orilla tras contemplar a mi patria a través de la lente del «comentarista político». Los fotógrafos y camarógrafos de guerra mencionan hasta qué punto su trabajo depende de la «ilusión de la máquina»: mientras tienen los ojos fijos en el visor, se convencen de que las bombas y las balas no pueden tocarles. El arte de escribir realiza un truco mental similar al de guardar distancia con la realidad. Algunos pueden llamarlo coraje, pero en realidad se trata más bien de aferrarnos a la ilusión de que mientras escribamos –y, por supuesto, nos lean– no nos sucederá nada. Pero, una vez terminado el trabajo, la ilusión desaparece.

Y así, como el Principito sentado junto a su rosa en un planeta distante, esa noche me encontré sonriendo ante el florecimiento de una frase insignificante en Twitter. Debió de haberla colgado una joven madre en alguna parte de Turquía: *«La maestra de mi hija le ha asignado...»* En mi imaginación, la niña crecía, conocía a un chico –pongamos un chico con una hermosa y despiadada sonrisa–, y mientras hablaba nerviosa de sí misma, buscando un elemento de interés común que fuera una señal de que estaban hechos el uno para el otro, surgía *Olmayan Kuşlar Ansiklopedisi*. El chico, jugando con sus cabellos con aire despreocupado –¡ese viejo y astuto

truco!–, diría: «¡Ah, sí, la recuerdo!», y ambos reirían de aquel estúpido libro que los dos habían leído. Qué mágico sería, ¿verdad?

Esto es lo que ocurre cuando las cosas van auténticamente mal en tu tierra natal. Cuando ya no hay un *nosotros* que represente una realidad conjuntamente vivida, el *yo* no puede hacer sino retirarse a la isla de la imaginación mágica; una tierra de cuentos de hadas sobrevolada por aves inexistentes.

Mientras escribía ese libro seguí minuciosamente todos los días, durante 2017 y 2018, las representaciones más desagradables de la humanidad y de la política. También era necesario que reabsorbiera todo el vertido político y emocional que había dejado mi alma y las almas de mis conciudadanos completamente secas a fin de alertar a otros que probablemente también se encuentren pronto en vías de perder su país. En la primavera de 2018, después de terminar el segundo capítulo, sentí que estaba hastiada de todo lo que hay de feo y banal en el mundo, de manera que una mañana temprano, como una niña que coge sus lápices de colores en cuanto se despierta, empecé a imaginar un ave de una especie inexistente. Luego, cada amanecer, me despertaba y creaba otra ave, sumergiéndome en ese libro de fantasía. Me inventé supersticiones sobre aves imaginarias en Escandinavia, escribí viejas canciones populares mongolas dedicadas a otras, e incluso establecí las reglas de un antiguo estilo de lucha chino inspirado en un fantástico pato. Con sus nombres latinos inventados, mi colección de aves se convirtió en un libro que más tarde se publicaría en turco, mi lengua materna. Quería enviar cosas hermosas que fueran volando a casa, como la poetisa que graba su nombre en los troncos flotantes de un río para informar a las personas que viven río abajo de que sigue viva en Siberia. La idea era tan tonta como hacer volar una cometa durante un ataque aéreo para recordar a las víctimas que el cielo es más grande que las bombas. Pero era lo único que el frágil pronombre *yo* pensaba que podía hacer. Enterrados en ese libro estaban mis temores de que algún día mi país se convirtiera en una tierra completamente extraña, y mis esperanzas de que yo no terminara siendo una absoluta extraña para la siguiente generación, la que nacería en mi lengua materna, pero «no en mi país».

Al fin y al cabo, era mucho más probable que nuestro gobernante hubiera acabado ya con el presente y que el futuro se rociara con el Agente Naranja del autoritarismo para garantizar que la tierra siguiera siendo estéril durante generaciones para las aves extrañas como yo.

«¡Dios maldiga a esa gente!»

Un grupo de niños desfilan por las calles de un barrio comercial de Estambul. Deben de tener entre ocho y doce años. Los que van delante llevan *taqiyah*, un gorro islámico corto y redondo. Las niñas, todas con pañuelos de color rosa en la cabeza, van detrás, puesto que las mujeres islamistas ultraconservadoras deben caminar detrás de sus hombres. Encabezando el desfile marcha una banda de música jenízara, y la pancarta que llevan los niños reza: «Empieza el curso de verano sobre el Corán».

Este vídeo empezó a circular en las redes sociales al día siguiente de las históricas elecciones. El hombre que lo grabó en su teléfono móvil hablaba en voz baja de los derrotados. «¡Mirad esto!», decía. «¡Pobres niños! A su edad tendrían que estar jugando.» A continuación enfocaba a los maestros coránicos que custodiaban a los niños: mujeres cubiertas en el caso de las chicas, y hombres con *taqiyah* en el de los chicos. Luego murmuraba: «¡Dios maldiga a esa gente!» Los niños parecían tan contentos como tigres recién nacidos en una jaula circense.

Aquellas imágenes venían a confirmar de forma manifiesta que ahora se esperaba que viviéramos en un país donde la próxima generación tendría referencias y códigos comunes muy distintos de los que habíamos tenido nosotros; un país que probablemente excluiría a cualquiera que no cumpliera con la norma. Se estaba construyendo «una nueva generación que se aferraría a su religión y a sus rencores», tal como había prometido el presidente Erdogan unos años antes. A pesar de ello, hubo unos pocos lo bastante resueltos como para decir: «También nosotros deberíamos construir nuestro propio sistema educativo. Como mínimo deberíamos proteger a la próxima generación.» Y ello porque, bajo la sensación de rendición predominante, se mantenía cierta determinación de luchar por el futuro. Por eso sonreí ante aquel tuit en mi apartamento de Zagreb; por una

niña que, en mi imaginación, al crecer quizá fuera un poco como yo: otra extraña ave que tal vez me recordara.

«¡Este no es mi país!»

Así clamaba una mujer en Estados Unidos a finales de junio de 2018. Expresaba en voz alta los sentimientos de mucha gente mientras hablaba con un periodista acerca de lo cruel que era separar a los niños inmigrantes de sus padres en el marco de la política fronteriza de tolerancia cero de Trump. Miles de personas en varias ciudades se negaron a formar parte de un país donde se esperaba que unos niños de corta edad comparecieran solos en los tribunales. En un sala de justicia se pudo ver a una niña de cinco años que gateaba sobre la mesa, y otra, demasiado pequeña para saber de qué país era, intentaba dibujárselo con lápices de colores a su abogado. Mientras tanto, la estrella cinematográfica Susan Sarandon permanecía detenida junto con otras quinientas personas por ocupar un edificio público en protesta por aquella ridícula crueldad, al tiempo que los partidarios de Trump la ponían por los suelos calificándola de «puta que solo busca atención». Ahora el país era solo *suyo*, ya que *ellos* se lo estaban arrebatando a la «élite», mientras Trump se dedicaba a decir: «Ellos se autodenominan las élites. Pero nosotros *somos* las élites. ¡Somos las superélites!» El *pueblo real*, que en el plazo de un año se había convertido en las *superélites*, estaba plenamente a favor de separar a los niños de sus padres para hacer que Estados Unidos volviera a ser grande, mientras sus compatriotas, hombres y mujeres, estaban decididos como mínimo a intentar proteger a otros de aquello frente a lo que ellos mismos no podían protegerse. La vacilante pregunta que habían estado formulándose durante el último año –«¿Es este mi país?»– había empezado a desvanecerse, reemplazada ahora por una desesperada afirmación: «¡Este no es mi país!»

«¿Qué es un país? Mientras buscaba una respuesta a esta pregunta recordé la gran película de Theo Angelopoulos. «¿Qué es el mañana?», se preguntaba el filme, y la respuesta era el título: La eternidad y un día*. Un país, pensé, es de hecho un vasto territorio y una mesa. Es una mesa*

rodeada de seres queridos a quienes no tienes que explicarles tus chistes, y el vasto territorio que la rodea, que es principalmente tu imaginación.»

Fue en 2011 cuando escribí estas palabras, un día que aún recuerdo vívidamente. Estaba ante una puerta de embarque en el aeropuerto de Túnez después de hablar con mi abogado, que me había dicho: «Hoy están deteniendo a periodistas por docenas. Tómate unas vacaciones o algo. No sé, vete a algún sitio.» Observé a los pasajeros que embarcaban en el vuelo a Estambul, y luego miré mi tarjeta de embarque. Mientras intentaba cambiar mi billete de vuelta a casa por uno que fuera a *algún otro sitio*, sentí por primera vez que Turquía no era mi país. Mi país era en realidad una mesa, no el vasto territorio que la rodeaba. Una mesa que me era propia, mientras que el territorio de alrededor me había repudiado, o al menos en ese momento me había convencido de haberlo hecho.

El vasto territorio al que creías pertenecer no se reduce hasta convertirse en una mesa de la noche a la mañana. Pasan años. Quizá imagines que la causa de esa reducción es la opresión y el temor que genera. Pero en realidad esta no se inicia en el momento en que un payaso asume la presidencia, o un emperador psicótico empieza a gritar órdenes a la nación desde su palacio. No comienza cuando se aplican leyes parciales contra los disidentes como si fueran prisioneros de guerra, o cuando el hecho de ser castigado por la ley deja de parecer una consecuencia comprensible de tus actos para percibirse, en cambio, como una venganza ilegal perpetrada por un enemigo. Ni siquiera empieza en el momento en que te das cuenta de que esos inéditos quebrantamientos de la justicia se han convertido en la norma. Retrospectivamente, resulta obvio que el proceso solo se inicia realmente después de que se han causado graves daños al concepto fundamental de justicia, y una vez se ha destruido el mínimo de moralidad del que no sabías que dependías. Es esa inmoralidad agotadora y aterradora la que te obliga a buscar *algún otro sitio*. No es el emperador quien te empuja al margen de la arena para convertirte en un mero observador disociado, sino sus súbditos.

«¡Corred! ¡Corred! ¡Está en otro piso!»

Embajadores, parlamentarios, periodistas..., en total somos más de cincuenta, y corremos de un piso a otro en el gigantesco Palacio de Justicia de Estambul. Estamos en 2010, y esta es la nueva técnica para ridiculizar a la oposición en los juzgados. Cada vez que hay disidentes siguiendo un juicio político, como este de hoy, primero se nos dice que esperemos fuera de una determinada sala, y luego la cambian en el último minuto para que todos los asistentes, muchos de ellos de mediana edad, tengamos que ir corriendo a otro piso. Entonces vuelven a hacerlo, y nosotros volvemos a correr. La mayoría de la gente termina jadeando sin aliento, y cuando finalmente encontramos la sala misteriosa, resulta ser la más pequeña de todo el edificio, de modo que, aunque nos apretemos como sardinas en lata, muchos terminan quedándose tirados fuera.

La mayoría de las veces la vista será la primera ocasión en más de un año que tengamos de ver a nuestro amigo encarcelado, puesto que durante todo ese tiempo él o ella habrá estado encerrado en una celda sin que se haya celebrado ninguna vista judicial. Mientras tanto, el fiscal se ríe de los jadeantes observadores, y a veces el juez echa a cualquiera que muestre su indignación por ser el blanco de esa broma concreta en el llamado «Palacio de Justicia» (parece ser que, cuando se destruye el concepto de justicia, en su lugar construyen palacios). Dado que los medios de comunicación establecidos de Turquía no informan sobre sus juicios, hay miles de presos políticos de los que nadie sabe realmente qué les pasa, de modo que nuestra labor como testigos presenciales incluye también tuitear en directo sobre cada caso; tuits que algunos de nosotros traducimos al inglés para que los entienda el resto del mundo.

Cuando termina la vista, salimos a reunirnos con los escasos –y para entonces agotados– miembros de la prensa de la oposición. Nosotros los conocemos a ellos y ellos a nosotros; de hecho, cabríamos todos alrededor de una mesa. Todos han sido demandados o lo están siendo, y muchos se han sentado en el banquillo como acusados en juicios similares a los que hoy presenciamos. La policía, que nos supera de largo en número a nosotros y a nuestros colegas, no nos quita ojo, preparada para echársenos encima al menor detalle en los comunicados de prensa que se pase de la raya y les

permita hostigarnos. Pero hostigados o no, todos nos vamos a casa dispuestos a repetir lo mismo al cabo de unos días.

De vez en cuando el juez decide poner en libertad al acusado, y los asistentes se abrazan entre sí. Siempre tuitean lo mismo: «¡Hemos rescatado a nuestro amigo de sus garras!» Pero luego empezamos a pensar: ¿de verdad lo hemos hecho?, ¿o es solo que los jueces liberan periódicamente a algunos de los detenidos para reducir la tensión de la situación? Y mientras nosotros nos hacemos estas preguntas, no es nada raro que la persona recién liberada sea detenida otra vez acusada de nuevos cargos tan pronto como sale del juzgado. De modo que los tuits se actualizan: «¡Vamos a rescatar a nuestro amigo de sus garras!», lo que a su vez se recibe con sorna: «¡Mira cómo empiezan a correr otra vez!» Y nosotros nos quedamos preguntándonos: ¿todo el mundo se burla de nosotros?, ¿solo somos parte de una enorme y horrible broma en la que nuestro sufrimiento proporciona el material cómico?

Ya no vivimos en el mundo de Espartaco, Gandhi, Nelson Mandela o Bobby Sands, donde se reconoce la dignidad de quienes sufren y a la larga la determinación de su lucha acaba obligando a intervenir a los espectadores en nombre de la humanidad. El nuestro es un mundo donde la gente se burla de quienes oponen resistencia calificándolos de «putas que solo buscan atención», y donde ya no existe la posibilidad de morir noblemente como mártir por los oprimidos, sino únicamente la probabilidad de ser ultrajado y desfigurado por los troles de internet. A la víctima ni siquiera se la etiqueta de «enemigo del pueblo», un título que al menos uno podía exhibir como distintivo de honor en las dictaduras, sino que se la convierte meramente en un chiste público.

Esta no es la clásica historia del gobernante que desacredita a las figuras públicas disidentes a través de su maquinaria propagandística. Es algo mucho más sombrío: es como si, mientras el gladiador caído intenta defenderse del cruel emperador, los romanos empezaran a mofarse masivamente del aspecto rechoncho del moribundo Russell Crowe. Y, por supuesto, alguien se hiciera un selfi con el guerrero caído y lo colgara en la red acompañado de un alegre emoticono sonriente. O cortara y pegara unos

cuantos videoclips para crear un breve falso documental estilo *Borat*, convirtiendo a la víctima en el hazmerreír de todo el mundo al hacerse viral esa pequeña *obra de arte*. El tiempo de fingir no ver a la víctima ha llegado a su fin: ahora toca quedarse boquiabierto mirando a los oprimidos y echar unas buenas risas a su costa, incluso cuando el opresor ni siquiera nos ha pedido realmente que lo hagamos.

La lucha por la libertad y la dignidad se ha convertido en un reality, y en este campo de batalla las normas de las Convenciones de Ginebra sobre el trato a los prisioneros de guerra han dejado de tener la menor validez. Quizá por primera vez en toda la historia de la humanidad, hoy quien produce el sucio y repugnante material cómico que desacredita a los oprimidos no es el gobernante, sino la ciudadanía, actuando según su supuesto libre albedrío. Y quienes en ese proceso intentan aferrarse a su cordura y a su moral, y seguir siendo solidarios con los oprimidos, se ven en la tesitura de tener que compartir no solo las penurias de estos, sino también la vergüenza de ser objeto de burla, y el efecto silenciador que esta comporta.

Aunar acciones y cuerpos, como hicimos en nuestras protestas carnavalescas, está resultando cada vez más difícil, no tanto por la opresión como por el paralizante temor a ser objeto de burla y de bochorno. Y ello porque lo que más te afecta no son las amenazas de muerte o de violación, o el hecho de que miles de personas te conviertan en un objetivo, un «traidor» que es el siguiente en la lista de los que hay que encarcelar, sino el hecho de ser objeto de mofa. Llega un punto en el que hasta las amenazas de muerte parecen tener cierta clase en comparación con la burla, que te despoja de toda dignidad. En algún momento del camino adquieres conciencia de una extraña circunstancia: mientras que puedes mostrar con orgullo a la gente las amenazas de muerte y de violación, en lo que respecta a las burlas descubres que te da vergüenza compartirlas incluso con tus amigos, dado que siempre existe la posibilidad de que uno o dos de ellos no puedan reprimir una sonrisita, lo cual te mataría más deprisa que cualquier amenaza de muerte.

Ahora imagine el lector lo que representa ser objeto de burla y de desprecio de esa forma durante años y años, y entenderá por qué la pregunta

«¿Sigue siendo este mi país?» finalmente, y en gran medida secretamente, acaba por traducirse en «¿Hay algún sitio *–no sé..., algún sitio, en alguna parte–* donde pueda escapar de esto?»

El 7 de julio de 2018 me hallaba en *algún sitio,* más concretamente en un pueblecito de la costa croata. Esa noche, Croacia jugó contra Rusia en los cuartos de final del Mundial de Fútbol, y ganó en la tanda de penaltis. Cuando se marcó el penalti que dio la victoria al equipo, el cura del pueblo hizo sonar las campanas de la iglesia; Croacia estaba en semifinales. Los croatas se parecen a los elfos de *El Señor de los Anillos*: como ellos, son graciosamente grandes. Conscientes de la masa espacial que ocupan, siempre se comportan de manera responsable, incluso cuando están locos de alegría. De modo que aquella fue una noche pacíficamente victoriosa. A la mañana siguiente uno o dos automóviles recorrieron el paseo marítimo tocando el claxon; algunas de las personas que estaban nadando en el mar se detuvieron y les respondieron alzando el puño en señal de victoria, saludándose también unos a otros. Su país había ganado, de modo que el 8 de julio de 2018, a pesar de que esas personas no se conocían de nada, todas tenían la sensación de conocerse. Para ellas, ese día, el vasto territorio era como una mesa infinita en la que no hacía falta conocerse de antes para reír juntos.

Pero había dos personas en el pueblo que no compartían esa alegría. Una pareja inglesa que se había unido al éxodo provocado por el Brexit y había optado por llevar una vida retirada en la costa croata, ahora intentaba evitar por todos los medios los dos únicos cafés que había en el pueblo. Croacia iba a enfrentarse a Inglaterra en semifinales, y de repente la pareja se había vuelto embarazosamente popular. Cada vez que pasaban por delante del gran café de la plaza, los lugareños los saludaban en inglés chapurreado: «Nos vemos el miércoles, ¿no? ¡El partido! ¡El partido!» En cada ocasión, la pareja tenía que asegurar a sus convecinos que también ellos irían a ver el partido al café donde iba a reunirse todo el pueblo para enfrentarse a ellos dos. Ambos habían alcanzado ya el límite de bronceado de mediados de julio que admitía su pálida tez, pero durante varios días no tuvieron forma alguna de ocultar su británico embarazo delatado por un intenso rubor. Eran

solo dos de los miles de británicos que habían abandonado su patria para unirse a la tierra de «Este ya no es mi país», un lugar fluctuante e inespecífico con una población cada vez más variopinta de diferentes nacionalidades. Y aquel verano estaban experimentando, como hicieran varias generaciones antes que ellos, el hecho de que «mi país» puede convertirse en una carga aún más pesada cuando no estás en él, cuando eres un extraño en la tierra de otros.

La noche del partido fui al café, más por ver a la pareja inglesa que el encuentro. Pero no se presentaron; la mesa que tenían reservada estaba vacía, rodeada de territorio foráneo. Quizá habían comprendido ya que tendrían que exhibir la misma sonrisa tanto si Inglaterra ganaba como si perdía, porque, como extranjero, uno aprende muy pronto a mostrar siempre la sonrisa contrita de los turistas. Yo misma había tomado conciencia de esa sonrisa cuando me mudé a Zagreb en 2016, y al parecer ahora les había tocado a ellos el turno de experimentar ese dolor en los músculos de las mejillas.

Esa noche Inglaterra perdió ante Croacia. Los lugareños estaban demasiado contentos para acordarse de la pareja de ingleses. Estos ni siquiera merecieron un chiste, demasiado insignificantes incluso para ser objeto de burla.

Actualmente hay muchas personas que se sorprenden a sí mismas diciendo «Este ya no es mi país»: en Estados Unidos, Hungría, Polonia, Alemania, Gran Bretaña y muchos otros lugares. Se han familiarizado con la sensación de estar inmóvil y, pese a ello, notar que la tierra se ha movido bajo tus pies. Es como si el plan maestro de tu país hubiera cambiado de la noche a la mañana y ya no se necesitara tu contribución para llevarlo a cabo. Pero lo que pocas personas comprenden es que, desde el momento en que se pronuncia, esa frase –«Este ya no es mi país»no solo transforma a la persona que la dice, sino también al país mismo. La historia de lo que le sucede a la gente cuando deja su hogar y se convierte en extranjera en una tierra extraña se ha contado ya muchas veces (quizá muchas más de las necesarias), pero nunca se habla de lo que le sucede a un país *cuando* sus ciudadanos se van. Es como si el país se considerara inviolable, a menos

que su propio territorio se desgaje. Hace unas décadas esta elusiva cuestión habría hallado eco entre los iraníes, afganos e iraquíes, y hoy apunta directamente a naciones que antaño se consideraban inmunes a tal locura, como el Reino Unido, Estados Unidos o Alemania.

Hacia finales de octubre de 2015, el periodista Helmut Schumann se preguntaba, en un artículo publicado en *Der Tagesspiegel*: «¿Sigue siendo este nuestro país?» Reaccionaba así al hecho de que en los últimos tiempos Alemania estuviera presenciando unos niveles de xenofobia sin precedentes. Al cabo de unos días, mientras caminaba por una calle de Berlín, alguien se le acercó, le preguntó si era «ese cerdo izquierdista de Helmut Schumann» y le dio un puñetazo. Horrorizado ante aquel incidente y otros síntomas similares de locura política, un mes después el responsable de opinión de *Der Spiegel*, Markus Feldenkirchen, repitió la misma pregunta en su columna. El sentimiento que experimentaban los dos periodistas alemanes no era muy distinto del que hemos vivido los periodistas turcos en las últimas dos décadas.

Cuando un país se vuelve hostil a sus propios hijos, el precio que puede terminar pagando un individuo, salga de dicho país o no, constituye una sangrienta lección que la humanidad ha aprendido durante siglos, y de manera especial en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Pero el precio que paga el país cuando es abandonado parece una ecuación imposible de calcular. La respuesta se explora a menudo en la literatura, que, a semejanza del filme *Dos vidas en un instante*, puede hacer el truco de imaginar resultados distintos para los acontecimientos históricos. Pero aun sin la ayuda de la literatura, está claro que la historia y, por ende, el alma de un país se ve alterada de manera irrevocable cuando repudia a sus propios ciudadanos.

«Hablas de Sivas como si fuera París. Bueno, pues no lo es, por no decir otra cosa.»

Corre el año 2007, y estoy hablando con un estudiante de doctorado armenio en un café de la Universidad de Harvard. Es un joven brillante que de forma natural se mantiene al tanto de los asuntos mundiales y además sabe de historia. Sin embargo, cuando habla de su ancestral ciudad natal de

Sivas –un lugar al que en realidad no ha vuelto nunca–, y la colma de infinitas alabanzas, me resulta imposible no interrumpirle y preguntarle: «Sabes que Sivas es famosa por una masacre, ¿no?»

Sivas es una conservadora ciudad de provincias situada en el centro de Anatolia, y cuando uno la busca en Google, no tarda en descubrir que está asociada a una masacre que lleva su nombre. En julio de 1993 los ultraconservadores de la población provocaron un incendio en un hotel que causó la muerte a un grupo de treinta y cinco escritores, poetas y músicos a los que acusaban de ser «herejes». Más tarde se abrió un kebab junto al hotel, debido a lo cual la ceremonia que se celebra anualmente en recuerdo a las víctimas debe realizarse en medio del humo de la carne asada. Los abogados que defendieron a los responsables de la matanza, a los que describieron como sensibles personas religiosas a las que previamente se había provocado, se convertirían en funcionarios del AKP en los años posteriores. De modo que era imposible no reaccionar con sarcasmo cuando el joven estudiante de doctorado se deshacía en elogios al hablar de Sivas; era imposible no decir: «Sivas no es París, por no decir otra cosa.» De manera bastante inesperada, y pese a su despreocupado acento norteamericano, apareció en su rostro una sonrisa sarcástica muy característica de Anatolia mientras me respondía: «Bueno, quizá si vosotros hubierais protegido a los armenios en 1915, en lugar de abandonarnos, puede que esa masacre no hubiera sucedido. Si los armenios hubiéramos seguido viviendo en Turquía, ¿quién sabe?, quizá Sivas *sí* se habría convertido en París.»

Una suposición esta de la que yo no me atrevo a hablar, y mucho menos a discutir.

Entonces, ¿qué pasaría si todas las personas que han abandonado su país de origen regresaran a él? Esta pregunta podría parecer fantástica hasta que fue parcialmente respondida el 25 de junio de 2018, cuando miles de ciudadanos irlandeses de todo el mundo volvieron a casa para votar. El referéndum para liberalizar la ley del aborto en Irlanda proporcionó por primera a toda una generación de mujeres irlandesas la posibilidad de opinar acerca de sus derechos sobre su propio cuerpo. Como declaró a la

BBC la actriz Lauryn Canny, que viajó desde Los Ángeles para participar en la votación, al día siguiente Irlanda era un lugar «más compasivo». Sin duda, aquella mañana muchos miles de irlandeses en todo el mundo sintieron, por primera vez en su vida, que todos se conocían mutuamente, como si todos se sentaran a una misma gran mesa. Puede que la percepción de muchos de ellos fuera: *«Este* es mi país.»

Pero «mi país» es una ilusión compasiva, en la misma medida en que «no mi país» es un cruel engaño. El país se expande en su mejor momento y se contrae en su jornada más oscura. Tu «país» constituye tu realidad tanto como tu sueño, ya represente la carga que debes llevar en tierras extranjeras o el peso de sentirte un extraño en tu propia patria. Es la historia que te enseñaron, o el pasado que no siempre aparece en los libros de historia, y todos los futuros posibles e imposibles que se te permite o no se te permite imaginar. Un país es algo demasiado grande e informe para ser poseído por completo o totalmente desposeído. Pero una cosa es cierta: con cada partida de un ciudadano, el pasado y el futuro de ese individuo se eliminan del relato, al tiempo que se amplía el territorio que pueden invadir los *gángsteres*, hasta que al final se convierte por entero en *su* país.

Mientras escribo este último capítulo, Steve Bannon, el antiguo jefe de estrategia de Donald Trump, se ha embarcado en una ambiciosa –y peligrosa– cruzada contra Europa, en Europa. En varias entrevistas, Bannon ha declarado que está decidido a unir a la nueva extrema derecha del viejo continente para crear un movimiento global que dividirá a la Unión Europea. Muchos se preguntan qué daño puede hacer un osado hombrecillo al vasto poderío de Europa, pero al mismo tiempo –y recordando la historia europea en el siglo XX– casi todos coinciden también en que esta cruzada de un solo hombre *podría* llegar a hacerse peligrosa si a la extrema derecha europea empiezan a lloverle dólares de Estados Unidos. Esta siniestra noticia sobre Bannon y su tentadora promesa de dinero estadounidense me recuerda al entramado de dinero político que tan cuidadosamente construyeron Erdogan y sus partidarios en Anatolia. Además, cada vez que leo una entrevista en la que Bannon utiliza términos como «tío» o «colega» que parecen sacados de una película de Hollywood, no puedo por menos

que imaginarlo como un nuevo Michael Corleone de la política (¡mis disculpas, señor Pacino!) dedicado a unir a todos los líderes mafiosos para formar una red clandestina más grande y fuerte donde todos colaboren juntos hasta que, de manera inevitable, en sus ansias de obtener más poder empiecen a matarse unos a otros.

Por supuesto, esto no es más que una deprimente ensoñación mía, pero los últimos años nos han enseñado que podría hacerse real, dado que otras fantasías aparentemente sombrías han llegado a serlo sin necesidad de recurrir a ningún mecanismo literario distópico. Nuestra generación afronta –o eso esperamos– la última crisis del neoliberalismo, que ha obligado al sistema gobernante a transformarse en una red global de tipo mafioso. Al igual que las generaciones anteriores tuvieron que lidiar con diferentes trucos del sistema, hoy debemos abordar el hecho de que su vacilante conjunto de valores solo puede mantener su solidez sin fisuras cuando se ve respaldado por las armas virtuales y reales del autoritarismo y por una manipulación sistemática de las masas, a menudo diseñada para generar hostilidad. El resultado de ello es la creación de vastos territorios de inmoralidad.

Actualmente casi la mitad del mundo vive bajo el mandato de líderes políticos que actúan como «padrinos», y hay mucha gente que les vota y apoya de buena fe, como ocurre en cualquier barrio que haya perdido toda esperanza de obtener justicia por parte de un *sistema* que se desmorona. Esos líderes son «los suyos», les proporcionan una especie de distorsionada sensación de justicia, y en consecuencia el barrio obedece sus reglas sin cuestionarlas. De ahí que todos esos lujosos palacios, todo ese nepotismo, todas esas fechorías y toda esa crueldad que uno personalmente podría encontrar indignante y que le llevarían a decir «Este no es mi país» en realidad no constituyan más que el telón de fondo de la escena que ellos se han propuesto representar. Estos líderes son los chicos de la calle que han aprendido las maneras cortesanas. Para el *pueblo real* son «nuestros chicos en la capital», y si se les pregunta dirán que no son más crueles que esos otros líderes que se presentaban a sí mismos como estadistas serios y responsables pero en realidad, bajo esa apariencia, actuaban como

mafiosos. Para mucha gente, esos nuevos líderes fuertes son sus «Michael Corleone», que hacen lo que tienen que hacer para sobrevivir en un mundo corrupto a la vez que intentan mejorarlo; o al menos eso es lo que habrían hecho creer a sus respectivos barrios. En consecuencia, las masas, en creciente número, acaban implorando convertirse en los obedientes súbditos de un palacio, de un caudillo, de un padrino.

Una vez más, nos hallamos en una fase de la historia en la que las masas proclaman sus *tristes pasiones* y *luchan por su servidumbre como si fuera su salvación*, como escribiera una vez Spinoza. Esas personas no son necesariamente unos completos idiotas, o gente deplorable; lejos de ello, como han tenido ocasión de descubrir numerosos pensadores a lo largo de la historia, son ciudadanos normales que en determinadas circunstancias –circunstancias que este libro ha tratado de poner en perspectiva– terminan apoyando activamente a gobernantes autoritarios, y con ellos, ese concepto que parecía haber quedado obsoleto: el fascismo.

Sin duda resulta lamentable que la herencia más evidente que nuestra generación ha transmitido a partir de los escombros del siglo XX esté representada por Vladímir Putin, Marine Le Pen y Tayyip Erdogan como modelos de liderazgo; unos políticos que cada día crean miles de personas «Este no es mi país», algunas de las cuales pueden abandonar su tierra, mientras que otras no pueden. Y el resto del mundo sigue mirando impotente y diciendo: «¡No pueden hacer eso! ¿Por qué iban a hacer tal cosa? ¡Es una locura!», solo para ver cómo los gobernantes continúan como si tal cosa, regodeándose: «¡Vaya si podemos! Y lo hacemos simplemente porque podemos hacerlo.»

Ese suele ser el panorama que pintan incluso quienes desearían que las cosas fueran distintas. Sin embargo, en la trama del relato mafioso que se ha impuesto al mundo actual hay varias historias que aún no han concluido. Y que, de hecho, están cambiando ya.

En el bando derechista del mapa mundial, el islam político, que ha producido millones de ciudadanos «Este no es mi país» dispersos por todo el planeta, ha perdido su prestigio y ha demostrado ser un fraude de

limitada imaginación y aún menor viabilidad para el siglo XXI. Allí donde los islamistas políticos se han hecho con los poderes del Estado, no han podido ocultar que en realidad no solo eran incapaces de establecer la justicia celestial que habían prometido, sino que ni siquiera tenían la menor intención de hacerlo. Debido a ello, la falsa superioridad moral del islam político se está viendo erosionada con rapidez.

En la parte central del mapa del mundo, el neoliberalismo, con su podrido decorado del Estado-nación y la democracia representativa, ha perdido su encanto después de que millones de sirios y otros migrantes se dispersaran por el viejo continente para poner a prueba el conjunto de valores del sistema y los límites de esa *democracia decorativa*. La Unión Europea, un gigante económico carente de una postura política equiparable, está aceptando el hecho de que un organismo internacional no es más que un estúpido espectáculo de feria a menos que tenga unos valores morales que defienda activamente y unos objetivos políticos más vitales que su mera supervivencia. Paralelamente, el resto del mundo ya no cree que Estados Unidos sea una presencia intocable y omnipotente, el fantasma que configura la política global entre bastidores. Tras repetidos fracasos, todos y cada uno de sus intentos de imponer algún tipo de prematura democracia en Oriente Próximo parecen las torpes maniobras de un adolescente, alterando para siempre unos delicados equilibrios políticos que raras veces han logrado mantenerse hasta principios del siglo XXI. Primero fue Dios, ¡ahora ha muerto Superman! Luego está el Brexit, obviamente: los tres leones de la camiseta de Inglaterra se han convertido ahora en tres gatitos confusos solo porque se celebró un referéndum por capricho (no, por desgracia el asunto no es más complejo que eso). Cierta arrogancia centenaria hace que muchos todavía sigan convencidos de que Gran Bretaña puede apañárselas sola, pero con el tiempo esta se va debilitando poco a poco, lo que deja al país con una perspectiva más realista de su lugar en el mundo.

Aunque todo pueda parecer una especie de caos demencial, hay ciertas realidades que de hecho están clarificando las cosas, ayudando a las numerosas personas que todavía siguen resistiendo a escribir para sí mismas una historia más humana que la trama argumental de una película de la mafia, siempre que sean capaces de aunar esfuerzos, librarse de su exceso

de equipaje emocional y centrarse en el modo de no perder su país. Para quienes ya lo hemos perdido, la forma de no perderlo no podría resultar más evidente: nuestro error no fue no hacer lo que podíamos haber hecho, sino no haber descubierto antes lo que debíamos hacer; estábamos demasiado ocupados entregados a lo que podría calificarse de *pseudocomprensión*.

Como nos ocurrió a nosotros en Turquía, hoy en día muchas personas en diversos países han intentado sobrevivir manteniéndose *al margen* de la batalla. Observan la desagradable contienda sin entender que también ellos son presuntos gladiadores. Nuestra ansia de *comprender* el deseo de la gente «de ser esclava» nos ha dejado enganchados a nuestros teléfonos móviles y pantallas de ordenador en busca de respuestas, y ese proceso se ha hecho a la vez tan largo y satisfactorio que hemos terminado percibiendo que las cosas no nos estaban sucediendo realmente. No es solo que hayamos confundido tratar de comprender a las masas con dejarse fascinar por la crueldad de estas, sino que tampoco hemos sabido captar el hecho de que la comprensión requiere acción. Si no somos políticamente activos o reactivos, el acto de comprensión se convierte tan solo en expresión e intercambio de respuestas emocionales. Nuestras reacciones se desvanecen poco a poco para convertirse en poco más que un triste cabaret. Las expresiones orales y escritas de ira y temor reemplazan no solo al acto de comprensión y a la conversación activa, sino también a la acción política real. Y con el paso del tiempo el *yo*, el cuerpo altamente capacitado, se convierte en un pronombre insuficiente, capaz únicamente de soñar despierto y de buscar consuelo en los cuentos de hadas, mientras que el nuevo *nosotros* político –el *pueblo real*– deviene cada vez más invasivo y revigorizado con más hostilidad y capacidad de manipulación. Al final quedarse al margen ya no es nuestra *elección*, porque de hecho no hay ningún otro lugar adonde ir.

Hoy parece que nuestras opciones son limitadas. O caemos en el paralizante bucle emocional de «¿Es este mi país?» / «Este no es mi país», un círculo vicioso que no tiene trascendencia política ni consecuencia moral, o bien comprendemos realmente al tiempo que actuamos, y actuamos al tiempo que comprendemos. Y lo que es más importante:

debemos aceptar el hecho de que no puede haber comprensión sin acción; de lo contrario no tardaremos en descubrir que no hay en el mundo márgenes incontaminados a los que retirarnos y con los que soñar despiertos.

El tiempo de vida de un ser humano resulta trágicamente breve en proporción a las ambiciones de la humanidad. Vivimos vidas más cortas que los erizos de mar o las tortugas, que aparentemente no comparten nuestro deseo de crear un mundo mejor ni nuestra capacidad de sentirnos decepcionados cuando nuestros sueños se desmoronan. Quizá sea por eso por lo que estas palabras de Samuel Beckett parecen tener una especial resonancia hoy en día, cada vez que la oposición fracasa en un país: «Lo intentaste. Fracasaste. Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.» Puede que el autor se inspirara en la naturaleza de los erizos de mar o de las tortugas. Sin embargo, nuestra situación no es la de Sísifo: empujar la roca cuesta arriba una vez más, o ser derrotados *mejor*, no es una opción; a diferencia de las generaciones anteriores, para nosotros el mundo, el aire, el mar y la tierra son demasiado viejos para que podamos empezar de nuevo. Nuestra generación y la siguiente tendrán que responder a la pregunta, quizá por última vez, de cómo debe vivir un individuo y cómo debe comportarse la humanidad.

Sea cual fuere la respuesta, debe quedarnos claro a todos que esta no incluye permitirse el lujo de no actuar, es decir, de no emprender una acción política. Debemos redefinir nuestro concepto de alegría para entender que la acción colectiva contribuye no solo a hacer un mundo mejor, sino también un individuo plenamente realizado. Los movimientos espontáneos de resistencia carnavalesca estaban ahí para recordarnos que, cuando libras tu combate, este no deja tiempo para que arraigue la melancolía debilitante. Nuestra generación, y probablemente la siguiente, tendrán que encontrar formas de hacer sostenible la alegría de estar unidos. De lo contrario...

«Hablaremos de ello en la isla», me dice mi amiga Ayşe. Tiene una hija de cinco años, un alma gemela llamada Zeyno. Desde que es madre, Ayşe no para de decirme que tiene la sensación de estar *rindiendo* por primera vez en su vida. «Ahora tengo que ser mejor persona. ¡Estoy moldeando a un

ser humano, por Dios!», me ha repetido en varias ocasiones. Y ahora, mientras hablamos por Skype sobre la *situación*, me confiesa: «¿Qué voy a decirle a mi hija cuando un día me pregunte qué hicimos todo este tiempo?» Ayşe se siente realmente avergonzada cuando añade: «¿Le diré: "Tuiteamos todo lo que pudimos"?» A mí no se me ocurre una buena respuesta, así que le digo: «A lo mejor no te lo pregunta.» En ese momento, Zeyno crece en nuestra imaginación y se convierte en una joven que no hace preguntas serias, pero a ninguna de nosotras le gusta la idea. Fruncimos el ceño y decimos: «Nos vemos en la isla.»

En cuestión de unas horas partiré rumbo a una isla griega, la más cercana a Turquía, desde donde se ve mi ciudad natal, Esmirna. Es el lugar más cercano de mi país al que puedo llegar, y a la vez el más lejano, porque ves la tierra todos los días y al mismo tiempo se te recuerda que no puedes volver. Es la isla donde me reúno con mi familia y amigos, y formo mi propia mesa sin el vasto territorio que la rodea. Como ha ocurrido en los últimos años, reunirme con ellos será una experiencia abrumadora, como un safari de emociones en mi sabana. Lejos de casa, he aprendido a mantener mis aves interiores en orden, estables, domesticadas, aparentemente en paz. Pero cuando mi gente, con todas sus preguntas y sus formas visibles de expresar sus emociones, entra en mi paisaje interno, trayendo alegría y melancolía, las bestias de mi interior se despiertan, vagan, se ocultan, se vuelven temerosas. Ahora entiendo por qué las personas que viven lejos a menudo parecen vacías y perplejas cuando se reúnen con los seres queridos que han ido a visitarlas. Es porque, tras la reunión, el *yo*, el pronombre insuficiente, tendrá que agrupar de nuevo a las aves silvestres, calmarlas y restablecer la serenidad. Se necesita tiempo para volver a la vida silenciosa de la sabana, el único lugar donde las aves pueden descansar tranquilas, al margen del mundo.

Este libro es mi respuesta a la pregunta que formulé en Londres en 2016: «¿Qué puedo hacer *yo* por ustedes?» Son las palabras que se me ocurren para ayudar al lector a identificar las señales de advertencia de que podría estar a punto de perder su propio país, y de lo que le ocurrirá al *yo* cuando

lo haga. Pero en realidad esas palabras deberían ser capaces primero de evaluar y luego de sanar la tierra que he dejado atrás. Debe de haber una manera mejor que inventarse una serie de estúpidas aves. Pero esas palabras no provendrán del *yo*, sentado a solas *al margen*, sino del *nosotros*, actuando al unísono en el centro de la arena y transformándola en un *agora* global.

AGRADECIMIENTOS

Mientras escribía este libro, varias mujeres tejieron una red que me impidió caer en el abismo de mi propio mutismo. Annelies Beck, Mika Buljevic, Petra Ljevak, Mireille Bermann, Merita y Suzanne Arslani, Burçak Ünver, Ayşe Akkızoğlu, Ayşegül Şenarslan, Selen Uçer, Aylin Aslım, Tina Brown, Anna Hall, Kalypso Nicolaidis, Işıl Öz, Şebnem Arsu, Çağıl Kasapoğlu, Hande Yaşargil, mi madre Lale Temelkuran, la baronesa Beatrice von Rezzori... Ha habido muchas otras mujeres en varios países que, a veces sin saberlo, me levantaron la moral y me ayudaron a sobrevivir en estos difíciles dos últimos años, principalmente las camareras de los cafés en los que escribí. Vaya mi agradecimiento a todas ellas.

Gracias, Jethro Soutar, por tu paciencia al sujetarme la mano a través de la infinita meseta de la lengua inglesa.

Vaya un agradecimiento especial a mi agente, Robert Caskie, que supo escucharme, y a mi editora, Helen Garnons-Williams, que supo verme.

Aunque para escribir este libro no he tenido que *sacrificar a ningún ser querido*[4] –al menos que yo sepa–, uno de ellos tuvo que sufrir mucho en soledad. Mi mentora, Demet Börtücene, siempre serás la insustituible *gran dama* de mi vida.

Título de la edición original:
How to Lose a Country

Edición en formato digital: octubre de 2019

© imagen de cubierta, lookatcia.com

© de la traducción, Francisco J. Ramos Mena, 2019

© Ece Temelkuran, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4090-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

* Karl Jaspers, Prefacio a Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 1951.

1. El término inglés es *establishment*, que a veces se reproduce tal cual en español o bien se traduce como «clase dirigente», «orden establecido», etc.; sin embargo, en este contexto nos parece más adecuado traducirlo simplemente como «el *sistema»,* resaltándolo en cursiva para diferenciarlo de otros usos del término. *(N. del T.)*

* Donald J. Trump y Tony Schwartz, *The Art of the Deal*, Random House, 1987 [*El arte de la negociación,* Grijalbo, 1989].

* Megan McArdle, «“Deplorables” and the Myth of the SingleIssue Voter», *Bloomberg*, 19 de septiembre de 2016.

* Fiona Hill, «This is What Putin Really Wants», www.brookings. edu, 24 de febrero de 2015.

* Citado en Michael Wood, *Literature and the Taste of Knowledge*, Cambridge University Press, 2009.

* Yanis Varoufakis, «The High Cost of Denying Class War», *Project Syndicate*, 8 de diciembre de 2017.

* Fabio Bordignon y Luigi Ceccarini, «Five Stars and a Cricket: Beppe Grillo Shakes Italian Politics», *South European Society and Politics*, 21 de febrero de 2013.

* Kelefa Sanneh, «Intellectuals for Trump», *New Yorker*, 9 de enero de 2017.

* Un concepto utilizado para aludir a las voces de la oposición, argumentando que los intelectuales críticos están influenciados solo por sus propios círculos.

** Una etiqueta que se utilizó en Turquía para dar a entender que los intelectuales disidentes sufrían de islamofobia y estaban paranoicos con la idea de una república islámica.

*** Trump utilizó este calificativo durante el cierre de la administración estadounidense en enero de 2018.

* Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*, 1986.

2 La traducción literal del término turco es «tías», en su acepción de parentesco, un término que en Turquía se utiliza con connotaciones peyorativas para referirse a las mujeres de cierta edad; traducimos «comadres» por parecernos que refleja mejor este sentido. *(N. del T.)*

3. En turco *derin devlet*, «Estado profundo» o «Estado dentro del Estado»; la expresión nació en Turquía, aunque luego se haría popular en Estados Unidos. *(N. del T.)*

* Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, 1965.

* Véase Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*, Hamish Hamilton, 2005 [*Multitud: guerra y democracia en la era del imperio*, Debate, 2004].

4 La expresión inglesa *kill one's darlings*, literalmente «matar a los seres queridos», fue presuntamente acuñada por William Faulkner para advertir a los futuros autores de que a la hora de escribir debían desprenderse de sus muletillas. *(N. del T.)*